

pasar adelante, por mi corta capacidad y noticia, que no cues- poca fatiga el investigarla: finalmente, por esto que se dice, esto que se debate, aunque contra las pocas fuerzas de salud, gastadas sin por qué en estas materias, proseguiré por tocar con las manos y con los otros sentidos, que tan grandes y funestas son aquellas cosas que hemos de ver y que tan epantables son las que hemos de acabar. Si nuestros oficios es la causa del enojo de Dios, prouita tenemos su misericordia, y la derogacion de sus decretos, si nos humillamos á pedir con enmienda y satisfaccion, con oraciones y holocaustos, obseruacion y cumplimiento de sus preceptos, con no resistir la potestad de su brazo, á las órdenes y consejos mal cimerados, y que si uno no es á propósito, por el menoscabo á todos é infeliz fortuna, no sea proteruo y rebelde contra si persistir contra la salud pública y general, y en moder aquél dedo más pesado ni más grueso que la espada de Salomon. Si siguiésemos las huellas de la virtud y tomásemos las cosas con humanidad y con templanza, y advirtiésemos que los vasallos no son esclavos para ajarlos en la honra y en la hacienda, ¿quién duda que tendríamos la benignidad del Cielo de nuestra parte? Quanto se puede adivinar por los astras seria ninguno; que si nos valiésemos de la perfecta sabiduría, como dicen, los podríamos dominar como lo han hecho verdaderos y valientísimos varones que aspiraron á la inmortalidad y á la alteza de las cosas heroicas. Con este intento proseguiré los libros referidos, y ésto de 37, notable por algunos acaccimicatos poco advertidos del juicio humano; ménos esperados, no por otra virtud que por una viciosa confianza en que hemos caído por tropezar en ella, de ejemplo para los Príncipes por inconstancia y fracaso de otros, y de atención por los muchos émulo que nos rodean, de que nos conviene cuidar profundamente y con incansable desvelo para inquirir las escursions de los detractores, para hundirlos y elevarse al trono de la reputacion antigua en que vive con perpétua corona, los Reyes antecesores al que hoy reina.

Dejamos en el libro cuarto coronado á Fernando III, re-

de Hungría y de Bohemia, por Rey de Romanos en Ratisbona, con plena autoridad y poder, y de un comun acuerdo, con ceremonias festivas y nupciales, por los Príncipes electores del Imperio, ménos por el arzobispo de Tréveris, depuesto por rebeldía á la Magestad, introducido con franceses, y haber entre- cado la plaza más principal de su Estado, que no tuvo lugar ni los admitido á la Dieta. La turbacion de los tiempos, las reuelas de muchos Príncipes protestantes, las inquietudes de sus contentos y codiciosos, y las injurias de los forasteros habian puesto de arto el Estado, que era menester mucho escampo y mucho juicio para componerle. Reclamaban muchos, depuestos por sus tiranías y rebeliones, y otros fugitivos por sus acometimientos, á ser restituidos, como el Palatino del Rhin, el Lansgrave de Esen, el duque de Wittemberg, el duque de Veimar, el de Luxembourg y otros Príncipes bulliciosos, enenigos de la religion Católica, Apostólica Romana y del Imperio; y mandábanles que comparciesen y estuuiesen á derecho para oírlos en justicia, por ella destruidos y echados de sus tierras, y tomádoselas, que procuraban huir de los cálicos publicados contra ellos y contra sus atreuidades, resguardando las vidas y las cabezas: algunos fueron áidos, manifestados y restituidos en pocas cosas por la enmienda, sumision y rendimiento que prestaron. El Embajador de Francia no hallaba pié en ninguna de sus pretensiones ni materias, ni para la Francia, ni para sus amigos y confederados, porque se reconoció, como siempre, que todas eran sañosas, llenas de engaños y suposiciones, y sin razon: entónces, por las viboras que le roían el corazon con la eleccion augustísima de Fernando, llegóse á tratar de la paz de Europa, de sus medios y necesidades; pero la maldad de los enemigos, sus ambiciones y codicias no la dejaban arribar. El rey de Inglaterra solicitaba, por sus ministros en Maguncia y en Castilla, la restitucion del Palatino del Rhin, su sobrino, por el abrigo de los demas, que todos andaban desamparados y merrenarios en los Estados vecinos; y viendo que allí y en las otras instancias jamás recobraba su intercesion ni tenia

efecto, y que las esperanzas que le habían dado eran mal haber querido que llegase al cumplimiento de la Dieta, para atraer por aquí el partido de los herejes á la decisión de su deseo, y que la enfermedad del César y las revueltas de muchos en sus proposiciones las turbaban y cada día se ponía de peor condición, y que el Emperador, por lo referido, abandonó y repartió á Viena; el Inglés amenazó de nuevo que se declararía, enviaría sus naves á infestar las Indias, y se ligaría con el rey de Francia en ofensa de las costas de España, de que era continuamente persuadido con embajadas por el Richelieu. En apoyo de esta propuesta, juntó el Parlamento de Londres, y fué respondido no poder, por solas las convenciones de Palatino, romper con España; que si fuera por otras causas le cantes al reino, servirían á S. M. No quiso el Rey contravenir parecer y consejo de sus Ministros, y se suspendió por entonces el recelo que de aquella parte se tenía de la Liga y de armadas por la mar, porque los franceses descabían con todas sus fuerzas consolidar á ambos Reyes para poner en la mar una poderosa armada para terror del Universo, como si el brazo de Dios pudiera ser vencido, que constase de número prodigioso de bajeles, así de Inglaterra como de los suyos, de holandeses, dinamarqueses y suecos, más para el dictámen y apoyo de sus materias, que de las que solicitaba á sus aliados y á la que inducía á su confederación, teniendo á muchos Principes huindidos y asolados con promesas sin fundamento, restituiciones falsas y otras quimeras semejantes. Esperábase la paz en el mundo con esta elección y esta Dieta; pero á los franceses y nuestros émulos, sus aliados, les parecía que era darles mucha dicha y mucha falta á los Principes de la Casa de Austria, en añadirles á la prosecucion del Imperio, el descanso de la paz, cuando por esta acción les solicitaban y habían procurado ruina y desolacion y ruina. Y porque en el libro cuarto ofrecí tratar de estos materias en éste, de las dificultades de la concordia y de la condicion y peso de los tributos, siendo en el que proseguimos, en lugar de la primera, referiré mi intento, bien que para mayores hombres y más elevado espíritu; la otra nos dará

el apoyo á fin de este progreso, porque allí parece se apretó más el cordel y se dió causa á muchos desórdenes y conmo-

Debaten grandísimos varones las causas de esta guerra, que ya las dejamos decididas, y viéndolos á todos causas y destruidos, asolados los pueblos, los vasallos, las ciudades y los reinos, se admiran que no entren por la salud de todo esto en el asilo de la paz, union y sosiego; á que respondo, que se hace por ódio envejecido que estas dos naciones francesas y española se tienen, sino por haber habido en esta era un Rey desbarazado para acudir á las querellas de sus pasadas, á sus intereses, deposiciones y pérdidas recibidas y ocasionadas por nosotros, y el haberle arimado un privado cruel, enemigo mortal de españoles y de sus Principes, no amigo de los vasallos de su Rey, y émulo de sus valimientos; y por hablarle bajo, soberbio, ambicioso, sanguinolento, indigno del título de aquélla Magestad, hálo ofrecido vanamente hacerle señor del mundo y volver la Francia á sus antiguos derechos y posesiones; le dice que mientras tenga la espada desnuda y abierta la guerra no los ha perdido, y que tenerla envainada, y reservada la milicia, es darse por vencido, reconocer mayor y someterse por inferior en grandeza á la Francia; y dice que los franceses antiguamente fueron señores de la Europa, saquearon muchas y varias provincias, que domaron con el valor y las fuerzas, dieron leyes y llegaron al Asia y conquistaron el Santo Sepulcro de Jerusalem, fué suyo el Imperio y la mayor parte de los Países-Bajos, Italia, las Borgoñas, el Condado de Rosellon y lo demas del Principado de Cataluña, Navarra, unos hereditarios á sus progenitores, y otros á vasallos y á la Iglesia, y todos usurpados; y ha concebido y entrado en sospecha, con las pérdidas capitales de las plazas mejores de Flandes, de flotas armadas y bajeles y otros descuidos nuestros, si la nacion española descendia por infelicidad de la altísima cumbre en que estuvo puesta en el condeño de las otras, y declinaba de favor de la Magestad y del Imperio, como los asirios, medos, partos, persas, griegos, ro-

manos, godos, árabes y otras graves naciones y repúblicas. Para probar y tentar esta fortuna, aunque con sumo alboroto faltándole un aliento ú otro, no dejó la guerra, la prosiguió valientemente haciéndose fuerza un año tras otro; y por las mudanzas cometidas en la Francia, en la sangre y honra de los nobles, como político y diligente, no quiere dar puerta á la paz, porque sosogada aquella tierra y aquella corte, tomasen la mano el Parlamento, y gobernara, y cada uno se volvierá contra él con la calumnia y con el cuchillo oculto, porque todos los tiene, á los mayores y á los más ilustres, en fronteras en armadas, en ejércitos, en provincias forasteras, más por ocasionarles la muerte que para adquirirles las honras y mercedes y que no puedan prevalecer, con que han perdido muchos; el Roan, el Crequí y otros. De esto hay muchos escritos que lo aseguran y lo insinúan en particulares libros ordenados por los mismos franceses, porque hay algunos ordenados por Lucifer, que si no lo están trasgando los otros ardidés, los parece que no tienen segura la silla en Aquilon, y así le van inventando y produciendo estas y otras quimeras para tener suspensos á los Príncipes, y con barbotropel de negocios que no se den manos á entender ni saber con ninguno. El primer artículo y más principal, el tocado á la restitucion de la Reina madre á París y á su Palacio como ántes estaba, con sus expensas y ornato en su cuarto, el que hace mayor contravencion á esta paz, porque con los Príncipes dan á estos tales tan suprema autoridad sobre todo, hasta su misma sangre, madre y hermanos, habiéndose salido de París la Reina por no sufrir ni poder tolerar las exhorciantes artes de Richelieu, ni esta guerra, temiendo en su parte el rigor y la ira de mujer, que alguna vez ha prevalecido contra tales monstruos la propia, pero las madres matan; sin embargo, contradice que vuelva, porque es más contra sí el enemigo en casa: por aquí arma al Rey para quitarle el maternal amor, y le dijo, cuando supo la fuga, que con el dinero que le costaba el sustento de su casa, había

de aborrazado, podría mantener la guerra contra el rey de España; y así contradice poderosamente á la paz, porque no se sea su torcedor. El otro es no dar por bueno el matrimonio de Monsieur, duque de Orleans, hermano del Rey, hablando públicamente con la princesa Margarita, hermana de Carlos, duque de Lorena, que él mismo por particulares voluntades suyas ha pretendido deshacer, y que todos los Prelados del reino lo diesen por nulo, hasta los maestros y catedráticos de la escuela de Sorbona, ó los hermanos de la Princesa, Francisco y Carlos, buseasen medios para que no pasasen adelante, por quererlo casar con la Convalette, mujer desgraciada para tan gran intento y empresa desatinada, como si la Princesa de Lorena no hubiera sido tronco, raíz y fuente de donde han salido tantos Reyes que coronan la Europa. Contradice á eso vivamente y á que la Princesa Margarita ni el Monsieur, ni sean en consorcio maritalmente, porque ha de venir á París y á aquel Palacio, y ha de ser tratada como Princesa, duquesa de Orleans, y gozar de las rentas de su esposo y de aquellas que está obligado el Reino, la justicia y la razon; y de aquí sacure, que es añadir enemigos á su prosperidad, que es su principal negocio y cuidado, y han de procurar de minarla por los malos oficios que han recibido de ellos y de sus hermanos. De aquí le nace otra dificultad, como la restitucion del Ducado de Lorena á los Duques, usurpado por las artes de Richelieu, más que por engrandecer y extender los términos de Francia, por poderse llegar mejor y darse la mano á la restitucion de las otras provincias y hacerse universal tirano del Imperio, sobre que ha cometido tantas maldades y sacrilegios; ha de dejar en Italia el Marquesado del Monferrato, sacar de allí las guarniciones y restituir á la casa de Mantua y de Nivernois, su sobrino, con quien no tiene fe, las ciudades de Piñaturo y Suya, y sacar toda la gente de Italia, la que tiene en el Abruzzo, y la que está en la Alsacia. Y esto es de tan grande inconveniente para su conservacion, que nadie es tan liberal que se deshaga de ello si no es obligado y constreñido de las fuerzas

y armas, cuando el dictámen no es otro que ambicion y tes porque le tienen y le deben al Cristianísimo, y quiere que emulacion, á la grandeza y soberanía de la casa de Austria deshacarla, aniquilar y serle mayor; han de ser perdonados los agresores y recibir en gracia los confederados que le tomado armas contra ambos Príncipes, y vuéltolos sus Estados; han de ser recobrados en sus haciendas los mercaderes, los hombres de negocios, que por los rompimientos fueron despojados, y han de volver al comercio y á la contratacion. Estas son las causas que impiden la paz, y la más capital de todas que jamás la hicieron los franceses con España sino cuando fueron traídos á la melena por los españoles y por el rey D. Fernando el Católico, que á Carlos VIII y Luis XII los turci rayá para que no quitasen el reino de Nápoles á sus parientes, ganándosele dos veces con valor memorable á todos los reinos con prosperidad, contrastando á todos sus invasores, y los est varias veces de aquellos confines, hasta que los hizo reconocer y someterse á la paz. Los Capitanes de Carlos V., emperador de Alemania, prendieron á Francisco I., rey de Francia, esclarecidísimo Capitan, si bien no tan dichoso como esforzado en Pavia, y le arrojó otras muchas veces de las fronteras de País-Bajo, con que le obligó á la paz por su libertad, y por poder contrastar su infortuna ni la grandeza de ánimo de nuestro rey de Francia, á cruzar las manos y á solicitarla, tomándole muchas y muy grandes plazas en la Picardia y en el Valonés, y taló aquellas provincias, y creyó que le entraba en París, y redujo á no contender más con él ni le inquietase á Flandes porque le volviese lo tomado: lo mismo le sucedió despues de lo postrero de su vida con Enrique IV, que lo pidió la paz por recobrar las plazas que se le habian tomado en aquellas muchas provincias; y esto lo conservó el Rey Católico, D. Felipe II, y el orden de su gobierno, y el que observaron sus Ministros fué tal, que les obligaron á guardar el decoro y el respeto á España. Mientras no se los tomare á los franceses y se ma-

degaro á entrar primero en sus tierras que ellos entren en las nuestras, no hay que esperar paz: no se les ha tirado un arcabuz en su casa, y si se les ha tirado alguno ó les hemos tomado algun respeto fuerte ó villeta, ellos vuelven luégo sobre ella y la asauran: tienen á su reino libre con ontrarse ántes que nosotros toquemos caja en los nuestros, de que han de pedir la paz, ó porque quien tambien tiene por materia de Estado, por mucho que le inundan sus gentes y se tomo de ellas, limita el reino de sediciosos; y así abunda y hierve en ejércitos para purificarle y hacerle más fiel y agradable á su Príncipe, cuando no se interesaban otras usurpaciones, y cuando le dice, para tenerle más de su mano, que le ha hecho rey de Francia y que ninguno lo ha sido sino él por haberle tenido más obediente y rendidos los vasallos. Estas son, á mi parecer, las razones que hacen á Richelieu no abrazar la paz de Europa, porque muchas de ellas no convienen con sus mismos particulares y conveniencias, ni ajustan ni se componen con su conservación y prosperidad, que es á lo que más y á lo primero que aspira y lleva sus pensamientos, sin atender á los de su país, y al universal sosiego de las gentes y bien de los súbditos, porque ellos lo quieren y sus Príncipes sólo consienten y ballan color en ellos por lo ospeioso y colorido de sus artes, y potencia que se han tomado; cosa que causa admiracion, y que el más delgado ingenio no sabe especular, porque el Príncipe se rinde y se deja atar de un superior y se consente tomar la potestad de uno, que Dios y el beneplácito de los hombres le dieren las veces para convertirle en el mal, y sólo á sí y á sus deudos, negándose á los más beneméritos.

Hacian los holandeses sus aprestos para la primavera de este año y salir en campaña, como les era de costumbre y los decía el Rey de Francia; pero entro uno de sus caprichos y seuras, inventados entre los monstruos, criados en esta era por su malicia y vanidad, se introdujo, y este consejo no sería otro que inventado del cervelo de Richelieu, que de un Rey daban tanta prudencia como el de Luis XIII, á quien ellos han dado el renombre de justo, y de un Parlamento tan auto-

rizado y de tanta opinion como el de Paris, no se pueda presumir semejante desacierto: finalmente, por adular al tirano de los Estados de Holanda, y embravecerte más con su señor natural, hacerle más rebelde y encenderle en el progreso de la guerra, le embistió y aconsejó que tomase el título de Alteza á Enrique de Nasao, caudillo de las armas de aquellas gentes, porque así como era infiel en todo, lo fuese en el título, y confundirlo todo, y pretendió igualarle con él al frente D. Fernando y al príncipe Tomás; porque já qué juicio por moderado que sea en la noticia de estas cosas, no causaría que se introduzca el rey de Francia en lo que no le toca y en aquellos dominios y honores que son del dominio y jurisdiccion del Emperador, y que las otras repúblicas libres, soberanas como Venecia y Génova, que son democracias, no pueden obtener sino de aquella Magestad, con acuerdo de los Electores del Sacro Imperio? Fué notable la risa y mofa que á este embeleco hubo en el mundo entre sus Príncipes, y particularmente en los de la Europa. Decian que delibera Richelieu; y áun los mismos holandeses, y sus Magistrados lo tomaron muy pesadamente y vacilaban en llamárselo, ni en verlo en ello, porque les parecía era querorles meter en el Señor cuando por no admitirle dejaban su natural Señor y Monarca el mayor y mejor de la tierra. En efecto, era el intento de raro todo metiéndolo en riesgo, porque acometió á diversos Estados y á diferentes señores que tomasen títulos, se introdujesen en prerrogativas, en derechos y acciones vagas y obscuras, no más que por controvertirlos, trasegarlos y consumirlos en guerras, y verlo arder todo para conseguir y arrebatarlo que viniese á las manos y subir al universal señorío. A este fin con esta cautela, para abrasar á Italia y encender en celos las otras repúblicas y potentados, persuadía á los genoveses que tomasen el título de rey de Córcega; para que siendo forzoso acometer esto á la sombra de algun Príncipe grande, sabido que por respetos justos habian de contradecir esto el Rey Católico, el Emperador y las otras Potencias, se sometiesen para que debajo de su dominio y ganándolos, sacándolos de la divisa

de España, para señorearse de tan importante paso, atacar el Estado, quitarle el socorro de Españoles, tenerle más pronto para insidiarle y correr con brevedad á los reinos de Nápoles y Sicilia; y, finalmente, este título ladrón, hurtado á la sombra de un mal intencionado, se desaparecerá y será confundido como la niebla seguida del sol, que se bajará á lo más profundo de la tierra.

Llamó el César á Viena, al duque Carlos de Lorona para verle, y que ayude, no sólo á la restauracion de su Estado, sino á los del Imperio, y á concluir con la guerra de los suecos, no acabados de echar de aquellos términos porque el duque, su Capitan y caudillo, armado de alguna parte de los y de los alemanes mal afectos, molestaba los lugares del Estado de Sajonia al que le habia degollado 4.600 hombres restandose los deuas á Iepsich. Corrió con diligencia el Banihera en su alcance y sitió la plaza; y metió en contribucion la misma Estogia y parte de la Sajonia. Decia el Duque habia perdido los mejores de sus Capitanes en estos reencuentros y los soldados viejos de su campo, y que hasta los bisoños se los solicitaba para que militasen debajo de otras banderas, ni llevasen soldo, y esto por envidia y pasion del conde Hansfelt, su caudillo; pero esta fortuna de los suecos comenzó á menguar brevemente, con pérdidas notables y otros estragos por los Capitanes del Emperador. Degolló junto al Rin, Juan Bert, 4.500 caballos al enemigo que querian socorrer á A. Tomóles la artilleria y municiones, con que redujo al Embajador de Suecia y á sus mayores Cabos á tratar de acuerdos, y tomar acuerdos con el César. Refieren que querian dejar la tierra y retirarse á la Pomerania, dándoles 200.000 escudos para su viaje, y que lo habian propuesto al Emperador: finalmente, estas cosas se pusieron en tal estado con las pérdidas hechas en Pomerania, que hubieron de salir de ella y acabarse de consultar y deshacer en el principio, de donde salieron hacia el mar Báltico y de Noruega. El duque de Parua, reconociendo el mal estado de sus cosas, la pérdida de reputacion, de gente y de dineros, y que el Placentino y Parmesano estaban para

fracasar por los estragos que hacía en ellos el marqués Leganés con el ejército de España, ocurrió al Papa, á Florencia, á Venecia y Luca; pedía por el Embajador de la Señoría que por este tiempo iba y venia al Pardo, á que se remitieran todos, pedía misericordia al Rey Católico; fué oído benévolutamente y admitido á la clemencia y al perdón de los delitos cometidos, con condicion que echase la guarnicion francesa de aquellas ciudades y la admitiesen española: hizoselos muy dificultoso y replicaron á ello, porque el Duque, viniendo en echar la francesa y volverse á la proteccion del Rey, queria admitir ninguna, pareciéndole que hacia cuanto era de su parte: propúsosele, que si era por la avercion que la lengua que la admitiese italiana, y á esto tambien replicaba, porque el Duque se ajustaba en retirarse y no ir más contra las cosas del Rey Católico, sosegarse y quietar sus pueblos, como se habian pedido sin aquel juro el Papa y todos aquellos Principes y repúblicas; hasta el duque de Módena, su cuñado, hacian vivamente por él: finalmente, se mostró el semblante agradable á todo y fué el Duque dado por libre, y sus ciudades exentas de aquel cuidado. Puestas las cosas de aquel Principo en este estado, para salir de todo y cumplir con lo prometido y con lo que más le convenia, dijo á los Capitanes franceses les queria dar una paga, que sabiesen á la campaña para tomarles muestra y reconocerlos; creyeronlo los franceses, y cuando los tuvo fuera y en el campo, les dijo los habia sacado de allí para decirles que el rey de Francia no habia cumplido lo capitulado con él, y que así los despedia, y viendo las espaldas y entrándose en la ciudad, y cerrándose en ella, comenzó á cañonearlos sin bala, de las murallas no más que para amedrentarlos y que se pudiesen en fugarse de la tierra. Este fin tuvieron las cosas de aquel Principo, fomentadas por franceses y por su despecho, y soldado por el Rey de España, para restituírle á su quietud y descanso y á que se recobrase en su fortuna, seguridad y estado.

Los venecianos, atentos á sus materias y á la Liga antigua con nuestros enemigos, y á tener alianza para en cualquier

ocidente con ella para contra el Rey Católico y el César; éste, por las dependencias del Friuli y la Istria, y aquél por las de Italia y Nápoles, por estos dias, para el progreso de la guerra en el País-Bajo y la contratación con ellos en aquel levanto, acordaron de darles cada mes 50.000 escudos; porque los que se tratan con el turco, aunque sean vecinos á la cabeza de la guerra, no hacen escrúpulo de tratar con hercjes, que ya los franceses se le han quitado en la escuela de Sorbona, donde tambien, sin haber causa para ello ni género de fundamento, deshacen los matrimonios conyugales de sus Principes sin temor de la reprehension, y sin censura de los hombres mejores y más fieles, y los genoveses admiten á los contratos á los holandeses, que poco más ó ménos son lo mismo. No tuvieron efecto los tratados de paz con Francia, ántes se encontraron más rigurosamente con la eleccion de Ferdinando por Rey de Romanos, á que aspiraba su Rey, y los Ministros del Parlamento para que se trovesen con fruto tantas armas, convocaron enemigos, asolaron pueblos y provincias enteras en daño irremparable y menoscabo de la religion, trujeron ejércitos y los perdieron, ora haciendo plaza de armas en Burdeos para acometer á Navarra, que si no fuere este año lo escribieron en Guipúzcoa, lastimosamente aunque con fin glorioso, á que viene: querian pasar adelante los nuestros en los lugares y puestos que tenian en Francia en la provincia de Labort, adelantarse á San Juan de Luz y al puerto de Zocoa, con intento de sitiarse á Bayona, que la gente plebeya culpaba no haberse hecho el año pasado á quien no hay que dar satisfacción por su delito. Estaba por caudillo en esta guerra y por Rey de Navarra el duque de Nochera, de nacion napolitano; enviábasele mucha gente alistada de Castilla y de los otros reinos de España; pedianse las lanzas á los señores de título y á los que tenian obligacion para darlas; era ya esto á los principios de Marzo, y en todas partes se oian aparejos de armas, levantar caballos y otras máquinas militares. Habian en la guerra, poco ántes, mandado registrar los caballos de los condeses, y á esta hora iba un alcalde y un hombre que llamaban

Frias, escogiendo si tales bestias son ó eran á propósito para el manejo de la guerra, ó los habian ensuciado para ella, y mandaban de cada coche uno, que pagaban á bajo precio: vino que admiró mucho á la gente, que, teniendo potestad y poder para tomar cosas mayores y cuanto se les antojaba, hubieron conmisericordia en esto. Tomado el mejor caballo, mandaron por auto de escribano tuviesen pronto el otro; y esto es porque no se sacase la fruta para otra guerra, sino que comprasen el otro, para que todo se tuviese, y lo intimaban con grandísimas penas haciendo lo contrario; de suerte que el uno no tenia tanta prisa para comprar otro, ó queria dejar el coche, no podia hacer de sus bienes lo que quisiera, ni vales por otro camino de lo que le dejaban; y dejándolo con el coche, con un caballo y con un cochero, no le dejaban en nada de servicio ni de comodidad, sino con el peso, la fatiga y el gasto y con el embarazo de comprar otro caballo, y en esta sazón no era posible, porque se habian huido, y si parecia alguno pedian por él lo que por un caballo, regalado, ó comprado en Córdoba. Hacianse sillas nuevas y todos los demas aderezos enviábanse en tropas de 30 en 30, de 50 en 50, desmontados á cargo de esportilleros, que llegados á Guipúzcoa, dechaban el duque de Nochera, no tenia donde ponerlos; remitiálos á un vecedor ó pagador, y decia lo mismo, que á él no le habian dado orden de que se hiciese cargo de tanto caballo, sino que á cada caballo diese tanto y se le hiciese bueno. Con esto, y á cada más providencia en una cosa en que se habia puesto tanto cuidado y tanto gasto, los echaban á los prados, dormidos en las lagunas y en los pantanos, porque se esperaban los hijos de los señores de la montaña para montarlos; pero los franceses, despiertos del todo, discuriendo una noche por las trochas más incógnitas, ceñidos de ellas, de los capotes ó jubones los ataban, y se los llevaban. Se embargó, los que quedaban morian del descuido y mal tratamiento, pues el Virey hizo un puente en el Vidasos, para pasar artillería á Andaya, en que se gastó tanta brea, que todo aquel paraje estaba inficionado del mal olor, y morian muchos

de frío y del hambre, y de dormir en el suelo expuestos á la inclemencia del cielo, con que se comenzó á prender una peste en todo el campo, cuando nos guardábamos de la de Nápoles, donde moria mucha gente: no se podia poner en pie siquiera un tercio ni un escuadrón, no quedando compañía que no pareciese, faltándole el sustento y la paga para los soldados, muriendo casi sin Sacramentos, de suerte que no se atrevia el intento á su fin, y el puente al primer paso y á la primera pieza se hundió. Vinieron á aquella parte los jinetes de la costa de Andalucía, muy ligeros y desembarazados en el manejo de las adargas y las lanzas: era el designio poner allí 10.000 infantes españoles y 4.000 caballos. Sintiéronse las diligencias en Pamplona para volar la casa de la pólvora por la intervencion de los frailes que, á mi parecer, serian necesarios; de que avisado el Virey y la ciudad se puso remedio y guarda para que no sucediesc; que en todas partes, y en las más retiradas y escondidas, no se vivia sin sobresalto y zozobra por la dañada intencion del enemigo. Evió la corona de Aragón un tercio de 3.000 infantes, y por su Maestre de campo á D. Juan de Torres, hermano del marqués de Torres, á propósito para todo; y sin saber por qué los catalanes enviaron 500 caballos y levantaron otros 500 sardos, porque las compañías de algunos de los señores de Castilla estaban en Portugal aguardando comodidad para embestir todos, por ambas partes, y poner la Francia en necesidad; pero no fué así, porque las cosas de la provincia de Guipúzcoa iban de caída y cada tenia efecto, porque los aparcjos faltaban, ó por descuido, ó por no dar el dinero necesario, ó porque los Ministros y proveedores lo ocultaban, ó se convertia en sus mejoras.

El Rey de Francia tenia en sus fronteras y esperaba con 48.000 soldados, entre infantes y caballos; parto de estos se adelantaron á quemar los lugares abiertos y caserías de Navarra y Guipuzcoanos, y salió á ellos D. Diego Sarmiento, hermano del conde de Salvatierra, que hoy llaman de Isasi por haber casado en aquella casa, y púsolos en huida. Pues por las cosas en este estado, malogrados los aprestos, muerta

la gente, que casi pasaban de 40.000, con más cuidado á limpiarse del castigo que de otra empresa, de improviso, no saber otra causa ni por qué, dejaron el Virey y otros Caballeros puestos fortificados, ganados el año pasado á los franceses como San Juan de Luz y el puerto de Zococa, y áun sin retirar la artillería. Causó esto una admiración muy grande en todo el reino, viendo que afanes tan grandes y tan largos no servían á poderios relevar de los venideros, que fracasaba la honra de España y se perdía en aquellas cosas: muchos era de parecer que no se hiciese, que por las descomodidades advertidas faltaba allí el uso de la guerra y no ser á propósito abrir tantas plazas de armas, como en los años pasados hemos referido innumerables veces, donde parece que se hemos hablado sin fundamento ni descuido, y sin provecho. Este caso no tuvo más lauces que estos; con que serenada toda aquella parte por entónces, para obrar con mayor libertad y venganza el año venidero, los franceses, aunque se dejó lo que era suyo, pasaban al Condado de Rosellon y Perpiñan algunos trozos de infantería y caballería, conducidos por el duque de Ciudad-Real, cuyo contexto veremos en el fin del libro. El duque de Nochera fué llamado después del virreinato de Navarra, llegó á Barajas á dos leguas de la corte y mandáronle que no entrase en ella, se daba memoriales al Rey y al mayor Ministro, manifestándole estar detenido, y decía no saber por qué. Quién le culpaba, quién no la tenía, pero esto se verificaba, con que los Capitanes españoles, avisándole del estado de las cosas, que aconteciese algunas y remediasse otras, no respondió si no es con palabras indiferentes y ambiguas, y ajenas de lo que decían; que aquellos grandes aprestos, y esperanzas de arribar á la confusión y ruina de los franceses, quedaron inútiles, varió sin provecho, y con falta de reputación, cuando se anhelaba traer al Retiro 20.000 ducados de agua, que era lo que convenia y que sentían los vasallos, que no se mirase por la honra de la patria y alivio de la nación, ántes bien granada y mal asistidos.

Los chismes y cuentecillos, que nunca faltan en los Países, son muy válidos en ellos, y los que los llevan favorecidos y premiados, aunque no todos, que alguno muere cual él pece en este cebo. Por estos dias la princesa de Caríñan y su hermano de su parcialidad vinieron á Palacio, un dia, con mucho ruido, y dijeron al Rey y á la Reina que les habían escrito desde París, y lo tenían por cierto, que Richelieu estaba en desgracia del Rey, y que sus cosas iban de caída. Nuestros Príncipes se portaron con tanto seso en este caso que no hicieron verdad en ól, ni le refirieron en ninguna concurrencia: esto comenzó luego á esparcir por la corte, pero ninguno de los señores de prudencia lo llegó á creer, ántes que era inventado y introducida y escrita de repente por complacer y lisonjear. Lo que despues se supo fué (si áun á esto se puede dar crédito) que le acometieron algunos soldados de su guarda, y que se puso en cobro y se escondió, que se quejó al Parlamento, y que no se hizo novedad en el caso, ni se halló en el parlante del Rey mudanza ni enojo, con que creyeron que estaba en desvalimiento; pero todo fué risa, y sin embargo se hizo muy poco caso del cuento. Estas cosas y otras expresadas se manifestos, en que le dicen, que hasta que el inventor de estas ruinas y calamidades sea expulsado y apartado del gobierno de aquel reino no habrá paz, y que tampoco por nuevas armas se dejarán las incursiones y hostilidades del suyo, se refieren á Richelieu y al Rey, que cada uno es muralla de su privado; llama lo que no le conviene y poor lo está, y se deja asolar por voluntad propia en la demanda, y vomita á un tiempo y en una misma sazón muchos ejércitos en nuestra patria y su conservacion, como el caballo griego, que abraza á Europa; muchos en Alemania por sí y por sus aliados, deserranando la espada de la herejía; muchos en los Países Bajos, en la Borgoña, en Italia, en los confines de España, cosa tan á la vista y que tiene en admiracion el mundo y á nuestra gente, porque nunca se les vió ni se les oyó, cuando eran más ociosos sus pretensiones y dependencias, que siguiesen más de una empresa, y ésta con un ejército. Los grisonos estaban

erra, y á las armas del Rey Católico y sacó la gente; con que Diego Megía retrocedió á un puesto suyo, sin querer hacerle á ellos con nosotros, por ser últimos en el uso de la guerra y en el trato. Dejaron las plazas y el Estado libre, y pasaron aquellas gentes y el duque de Roan á las fuerzas de la Alsacia y la Borgoña, no teniendo un punto de intermision la guerra, antes levantando gruesos y formidables ejércitos para combates en Flandes, donde se disponían el rey de Francia y holandeses, como ellos decían, para acabar de una vez con los Países-Bajos y echar de allí á los españoles.

Ferdinando, segundo de los Emperadores de Occidente, murió en Viena de Austria, domingo 15 de Febrero, cuando estaba en la corte de España celebrando el Rey Católico en persona, con todos los grandes y concurso notable de gentes, con triunfos y otras invenciones nupciales, la elección de Rey de Romanos en su hijo; que tales son y tan instantes las pompas y grandezas humanas de este mundo. Su cuerpo fué sepultado en el mausoleo de sus pasados; y sucediólo en el Imperio y en todos los demas Estados Ferdinando III, su primogénito, también tocado de la dolencia de privados, y he oido decir que poco afecto á nuestras cosas. No sé qué tenemos, ó qué acabar echamos en nuestros officios, que todos nos aborrecen y quieren contender con nosotros, aunque sea nuestro más cercano pariente, y á quien dimos la hermana, y dimos la primacia en lo pasado en los Estados de nuestra estirpe, de que somos cabeza, y hemos defendido, conservado y ensalzado con las armas y el dinero. A mi entender, las levas de los alemanos no se hacen con el calor que solian, importando á todos, y lo que prometimos en el Danubio, despues del vencimiento admirable de Nortelinga, se cumple flojamente, sin haber avanzado Galeaso, el año que más importaba, cuando entramos en el país de Picardos á poner en miserable estado la Francia, y las esperanzas de Picolomini, en otras ocurrencias forzosas de asistir tarde y con fuerzas menguadas; causas porque el País-Bajo, si se fundaba en ellos el aviso de nuestro

ofendidos, sin embargo de la alianza muchos años ántes propuesta, de que por particulares suyos y para impedir que pasase á los españoles é italianos para ambas Germanias, y para ellas para Lombardia, les quisiese ocupar la Valtelina: tenian pues ocupada el duque de Roan para tales intentos, donde debajo de amistad habia cometido muchos insultos y sacrilegios en las iglesias y altares: tenia ocupada la riba de Chiavens y fortificándose en ella, y en el lago de Como, tomaba á Trossa, Tibario, Borno y otros donde se querian hacer fuertes. El gobernador de Milán tenia esto á su cargo y el hacorles levantar de allí, porque los grisonos lo habian supplicado al Rey Católico, y era esta causa suya y muy legítima por las conveniencias del Estado, los de Italia y Alemania: las diligencias eran grandes, las que los grisonos hacian con los Cabos y Ministros franceses, para el desembarazo del valle, y las que hacian con venecianos, que también quieren entrometerse en estas dependencias; y para que lo dijese al rey de Francia invocaban los grisonos el auxilio de los vecinos; los cantones esguizaron, amenazaban de ligarse con el rey de España, su antiguo señor, de que hoy hay prácticas secretas y embajadores de algunas ciudades en la corte, hospedados á expensas del Rey, si bien en lo público indiferente; pretension que dejaremos para el libro siguiente, por tocarle: finalmente, viendo los Ministros de la Francia que las cosas de los cantones suizos se revolvian, por quererlos quitar lo que era suyo, y que era perder poner en desgracia una gente que tanto les ha ayudado en sus guerras, y donde han levantado tanta gente para contra nosotros, y que los venecianos se interponian en esto y toda la autoridad del Senado, porque país de gentes de nombre y la milicia no se pasase á la devocion de España, hallándose otrosí el duque de Roan falto de gente y avisado de los grisonos que desembarazase el valle, y que arrimaba hacia aquella parte el gobernador de Milán en su favor buen golpe de gente, y que le habian enviado á decir que ya sabia que se tenia con qué defenderse, que tomase por buen consejo dejar las plazas á los grisonos; é obedeció á la necesidad y á la

cuilado y su remedio, solicitado por nuestro Rey y Ministros, si no en grandes pérdidas, por la providencia de nuestro Dios, en las que, aunque pequeñas, ni acrecientan su son de reputación, ántes mengoscaban y confundían el nombre español, alcanzado á vista de las más prodigiosas naciones proezas y en fortunas.

Con el principio de la primavera, la armada francesa surta en Tolón, en número no más que de 48 ó 20 bajíos, aunque otros los subían á 60, en que vinieron el año pasado, parte de ellos se habían ido á sus puertos y parte deshechos tocaron en Cerdeña, y quemaron un lugar pequeño; pero los sardos, en número de 42.000 combatientes, los echaron de la isla, matáronles gente, tomáronles artillería y uno de los navíos. El rey de Polonia concertó casamiento con la hermana del emperador Ferdinando III, y se efectuó en Varsovia corte de aquel Rey. En Francia, prosiguiéndose en todos los Principes de la sangre la poca afición con Richelieu, siguieron al duque de Orleans, hermano del Rey, el conde de Soissons, hermano de la princesa de Carliano, el duque de Espernon y sus hijos, el cardenal de la Baleta, y el duque de Baltaocándola; pero este encuentro se apaciguó luego con ofertas, con promesas y otros géneros, digo engaños, del Ministro valido, enviándolos con ejércitos á puertos de frontera, porque la fatiga y el riesgo de la guerra fuese verdugo que extinguiese la emulación y los acabase; pues en sus Estados en el ocio no los hallaba á propósito para su conservación, que es una de las reglas más principales del Estado y aumento, lo que los léjos de un Rey, de la corte y de sus domicilios: materia muy á propósito para oscurecer la sangre de los señores de Francia y destruir la nobleza como la flor de los Imperios, hacerlos mal vistos del Rey y aborrecerlos; porque aunque aquellos hayan servido, peleado, gastado sus vidas y sus haciendas, sólo aquél sea el mejor, y parezca que lo ha hecho, que no tienen otra virtud que ser privados, no habiendo sido el echillo de los pueblos, de los vasallos, de las haciendas y de las vidas, que es lo mismo, en tocando en esta penúltima acción

En Castilla se publicaban decretos contra los que trocaban la plata: mandóse que no se trocase á más de 25, porque los hombres de negocios, y los que habían de acudir á los asientos, llevaban á mal pagar más subido precio la que ellos habían menester y venia á sus manos; y el Rey creció á 28, y señaló dos casas para que todo cargase allí, y que la industria de la gente y el poderse valer de lo que el tiempo y la necesidad les daba, no surtiese á poderse aliviar ni de sus ástegas ni de los tributos que se pagaban. Otro se expidió del registro de caballos y mulas, sábado á 28 de Marzo, para las fronteras de España con Francia, dando á entender que el Rey había de hacer jornada, de que ya se había avisado á los caballeros de las Órdenes militares, y muchos preparamientos se encaminaban á Perpiñan, donde asistía el duque de Cardona, el conde Cervellon, que había de hacer la guerra, y otros Cabos de reputación con número considerable de gente para estar por el Narbonés. En las fronteras de Flandes se juntaban, de parte de los enemigos, todo el resto de las fuerzas para acabarlo. El Príncipe de Orange los convocaba y hacia plaza de armas en Bergas Opzoom, y el Francés en Perona, Aasiens y San Quintin, para contrastar allí y en las fronteras del Artois á Monsieur de Enao enanto pudiose, haciendo diligencias para que Picolomini y Juan de Bert trajesen muchas gentes de Alemania, así de caballos como de infantes. El nuevo Emperador no las podía dar, ni consentia las levas como de ántes, por decir las había menester para acabar de consumir los suecos que ya iban de caída y estaban acabados, acudir á la Alsacia y á la Istria y otras provincias, recuperar las plazas perdidas y cebar las reliquias de los franceses y alemanes mal contentos, acaudillados por el duque de Beimar. No consentía nada en el Estado de Milán: abrigados los franceses en el Monferrato, con poca gente y no más de los que eran menester para guardarle, porque el ánimo del Richelieu no era ahora otro que asolar el País-Bajo y extinguir allí aquella plaza de armas que tanto le da en los ojos: las cosas de Roma no mejoraron en cuanto á la devoción con España, por

las pasiones extrañas y contrairas en diversas ocasiones y dependencias, y tambien por la gravedad de los tributos de que el Papa se habia dado por sentido, y decia no poder hacer sin su autoridad y acuerdo: la armada francesa, no pudiendo hacer mayores progresos en Italia contra los adionados de España, volvió á embestir las islas de la Margarita y San Honorato, y fueron rebalidos por los españoles; pero que riendo resistir en la expugnación y salir con la empresa, retiraron á un fuertezuelo, llamado Mourey, pero desconfiados cedieron por entonces para volver luego con más aprestos más brió.

El marques de Fuentes, siguiendo el curso de dañar á los holandeses con su armada, les tomó 44 navíos de flota, de que venian de robar ambas Indias, de su contratación y compra; fueron seguidos hasta el surgidero, con tanto ruido y tan desalentados y ciegos, que estuvieron para tocar en tierra, hicieron el uno Capitana y volvieron á Dunquerque con presa y las mercaderías: poco despues les tomó ocho navíos en que enviaba el príncipe de Orange al rey de Francia un carroza muy rica, y 20 caballos, quién dice 25, los mejores de la Frisa, y ricas granas para adorno de las cabezas y tentes que habian de gobernar este año las tropas; cogieron las cartas y cifras de la correspondencia, que se remitió al infante Don Fernando, y lo que se pudo entender de ella era que el príncipe de Orange daba prisa al Rey al socorro de los suecos que casi andaban fuera de los términos de Alemania, muy apretados de las legiones imperiales, faltos de gentes, armas y socorros, y para volver sin honra á la Suecia. Tocaron navío de Holanda en el Collac, en Occidente, y fueron echados vergonzosamente de aquel puerto con pérdida de hombres y bagajes; pero picado el de Orange de la toma de sus enemigos, digo navíos, y del presente que enviaba al rey de Francia, quiso tentar á Hults por interpresa; que sabido por S. A. hizo reforzar la plaza y calmar el intento y el designio.

Con el principio de la primavera ya todos los aprestos de armas se dejaban sentir en la Europa: en Milán tentamos me-

nos para las hostilidades de Italia, y los franceses muy pocas, pero muchas para combatir el País-Bajo: hallábase S. A. con fuerzas muy inferiores, al parecer de todos, tanto que no llegaban las que se esperaban de Alemania, debajo de la conducta del conde Piccolomini, y aún las de España y el dinero tenían poca remision, y cuidado y congoja las cabezas de aquel partido, porque toda la Francia, particularmente en aquel congreso, se hundia en levas y en conducir gruesos regimientos á la frente del Artois y de Monsieur de Enao hasta el Bolonés; mas que el parecer de los más alentados era hacer en el País-Bajo la guerra de defensiva. No faltaban franceses en los congresos de Alemania, en Burdeos y en Bayona para la frontera de España; pero esto habia parado, porque ya les habiamos dejado en las manos los lugares y fronteras que allí les teniamos: no faltaban en la Contea de Borgoña, deseando concluir con aquel Estado, metido en el corazon de la Francia, para consolidarlo con la dureza que tienen tiranizado años ha. El antiquísimo patrimonio de los señores de la Casa de Austria molestábane, como el príncipe de Lorena, Carlos, y el marqués de San Martín, con las gentes que para ello traian de Alemania y que se las habia dado el Emperador, entraron en el Condado de Borgoña en seguimiento de los franceses; empuzaron ambas naciones el combate y fueron rotos los enemigos y herido de consideración su General, duque de Longavilla, con que aquel Estado quedó libre de la invasion.

El príncipe de Condé bajó con 4.000 franceses á la recuperación de San Honorato y la Margarita, y mandó el Rey echar un bando, que todos los nobles, particularmente los de la Provenza y Languedoc, pena de traidores, tomasen las armas para echar de allí los españoles: sin embargo, pidió al Rey Católico suspension de armas por dos meses; pero entendiendo nuestros Ministros el fraude y la cautela de su petición, sancionada por la traza de Richelieu, y que no era más que para suspendernos y rebacorse entre tanto de gentes y dineros, y dar comodidad para las materias de Holanda, se denegó

con precisión y no fué admitido el pedido. Había sentido el puerto de Calés, se hubiese abierto al Condado de Flandes antes con los Reyes, sus antecesores; pero á quien no gustó los otros contratos y conferencias, hechos para la seguridad de pueblos y provincias, justo es que se le deroguen y anulen estos. Sentía aquella provincia, fronterá á Flandes, que con la contratación frecuente á éste de otros puertos menguara el Calés, y recibirían daño sus comerciantes y tratantes; y de allí se acordó, para las conveniencias del País-Bajo, estar el canal de Dunquerque expuesto á infortunios por los muchos bancos que hacen difícil la entrada y peligrosa, y estar apartada del canal de Bretaña, sujeta á incursiones y excursiones de holandeses y de flotas y armadas, de multitud de arena que se acumula continuamente con sus sacas y resacas ministran á cada día; tanto que podía Dunquerque quedarse en seco, y más ni ménos el comercio, y reducidos los países de su mar. Por esta causa, en las últimas guerras con Enrique IV, padre de Luis, que hoy reina, y con quien contendimos en el interregno y diversiones de la Francia, entre otras empresas, que hacen memorables en sus escritos las plumas de nuestros historiadores, acometió el archiduque Alberto al gobernar entonces del País-Bajo por el rey D. Felipe II, y cuando sus armas por hazñasas y bien reputadas resplandecían en todo el oriente y eran temidas, así en Oriente como en Septentrion, embió á Calés y le tomó, áun que se restituyó despues por la paz que pidió Enrique.

La infanta Doña Isabel, mujer del Archiduque, en alguna manera deseaba rompiese Francia con España para que, derogados los capitulos, se tomase ocasion de aqui de abrir este puerto importante en aquellos países por carecer de estos abrigos y casenadas, en lo que toca al Patrimonio Real, por ser señores de ellos y de los maritimos los holandeses. Quería pues el rey de Francia, con ejércitos y con armadas impedir y embarazar esta obra, y que no pasase adelante, por el perjuicio que haria á sus costas y á sus intentos, y

lo que prometia en el País-Bajo por consejos y atentamientos del Richelieu; y á esta hora cargó con sus gentes en el país de Flandres, á los primeros de Junio, en número de 30.000 infantes y 7.000 caballos, expuesto á las quemas y talas y á proseguir por los modos calamitosos, infames y sacrilegios de la guerra; habiendo pedido ántes el conde de Fuensaldaña, asistente en Saragosa, á los gobernadores de San Quintin, Guisa, la Fer, Peñacosa y los demas, por la falta de soldados que tenia en las provincias de Champagne y Picardía, y para que estuviesen aseguradas mejor, sin sobresaltos y quietos en sus alojamientos, que no se echase fuego en ningun villaje ni en otras serras, y que ellos lo harian así. Lo avisó á S. A. y lo admitió con la benignidad de un Príncipe clemente y piadoso. Fué esto mientras duraba lo riguroso del invierno; pero ahora que ya se venian soborbios y con el tiempo más sazonado y sin zozobra y acrecentados de fuerzas, olvidados de todo buen uso de guerra, ejecutaban las mismas atrocidades, y volvieron á ser incendiarios. Llevaban esta gente el Chatillon y el cardenal de la Baleta y otros Cabos de nombre: el príncipe de Orange llevaba su gente, barcas y navios en el canal de Bergas y Oron para acometer la empresa, que ya traia de órden de los Estados rebeldes, al calor de sus auxiliares, porque los franceses entraban á ser ladrones y hacer espaldas al otro lado para que todos robasen. Cuán dañosa materia de escándalo seria ésta para los holandeses, si ambos llegasen á señorearse del País-Bajo, ya lo dejó avisado; porque luego sobre la partición seria la guerra, como sucedió en el reino de Nápoles entre el rey D. Fernando el Católico y Luis XII de Francia en la partición de sus provincias, y por menor sobre la del capitanato, entre el Gran capitan y el duque de Nemur, cuando se conjuraron de quitársele á D. Fadrique de Aragon por su poca fe á la sangre, á la casa de España y al Rey Católico que le habia restituido en el reino de Nápoles, queriendo dar paso por él al rey de Francia para que le quitase el reino de Sicilia: y volviendo á la Liga de franceses y holandeses, si se juntasen en el País-Bajo sobre las dependencias de las tierras, si se lo

juzgasen, el mayor llevaria al menor. Salió á esta hora á caballo, del Estado de Milán, y entró por el Artesano en el Piamonte para tentar á Aste, cuando en Flandes no habia gente, y todo expuesto á la fuerza de los cucmigos, y cuando ni las tenían ni se las habian dado, porque los alemanes estaban en su país y el dinero en la Corona, y los navios franceses esperándole, desarrimados de sus costas en las de Inglaterra, pensando hallarle allí, y al abrigo de la paz que continuaba entre ambos reinos, el de España y el de la Gran Bretaña; admirándose siempre todos los hombres de juicio, de la notable asistencia en gente y dineros que nunca le faltaba al marqués de Leganés, y el desamparo del infante D. Fernando, en unos países tan dignos de conservar, cuando no por el Príncipe, por tales y tan importantes provincias y vasallos, cuyas pérdidas, causadas por este descuido, se ha causado gran quiebra de reputacion á la nacion española, y los enemigos se nos han atrevido allí y en todas partes con denuedo y obstinacion, dándose á creer que vamos de caida. Estaba el Infante, si bien alentado, y todos aquellos Cabos congojados viéndose sin gente, y que siempre en las mayores ocasiones los han desamparado, como en la del año de 35 cuando se vió combatido y cercado de más de 60.000 combatientes entre franceses y holandeses, todo al trance y para acabar con toda si al cabo Dios no lo remediará y enviara su auxilio para la honra de sus imágenes y para aquellos fieles milites del Evangelio que las defienden. Era toda esta gente arrancada de los villanajes de París, cocheros y lacayos, y pocos soldados viejos mal disciplinados y llevados por fuerza y que les habian prometido en la jornada de Corbie de no alistarlos más para la guerra; y ahora parece que los llevaban como de cabestro, por hacer número é introducir faccion, por no haber el opósito que era justo y estar todo, como he dicho, en el Piamonte al apoyo de la reputacion del Gobernador: mas esto no tiene su lugar aquí, y allá veremos el efecto.

Marchó el enemigo la vuelta de la frontera del país de Enao, conduciendo la vanguardia entre los rios Zambrá y Mosa, para sustentar mejor la gente por su fertilidad y abundancia, acudillado del cardenal de la Baleta sus coadjutores, como el conde de Guisa y Monsicur de Zamburg, soldado viejo. S. A. el infante D. Fernando ordenó á marqués Claudio Valanzon que golpe de infanteria y caballeria, la que pudiese juntar, saliese al opósito y marchase la vuelta del rio Zambra por el costado izquierdo, que recae sobre Lieja, cerca de Namur, en Marchena, á un puente, y que allí atendiese á los movimientos del enemigo y estorbase el paso del rio, caso que lo intentase: iba con Valanzon D. Juan de Tivero, hermano del conde de Fuensaldaña, Teniente general de la caballeria, que gobernaba á la sazón y llevaba á su cargo 4.000 caballos. Dieron por cuartel y asiento la misma Zambra, que era lo que se pretendia guardar, sin embargo, y la tierra y villa de Maburg, á 47 de Julio, y gozara el enemigo á nuestra gente, dividido en partes y en diversas tropas; mas con el grueso firme y que parece los queria acometer, hizo el de la Baleta adelantar 2.000 caballos y otros tantos infantes, el rio arriba, la vuelta de Cambray, y algo mas allá del puesto de Valanzon, vadeó el rio, que por ser el tiempo seco le fué fácil, y de golpe se metió en el Cambresi y comenzó á marchar y quemar cuanto iba topando: prendió una principal señora, suegra del conde de Tiron, caballero irlandés; llegó á los contornos de Landresi y hasta Cambresi, continuando la quema, tregua que ellos pidieron ántes para la defensa de sus tierras y que ahora, rota y quemada, no la guardaban en la nuestra; tan infames son y de tan mala correspondencia en los acuerdos militares: hizo dos trozos del ejército y se arrojó sobre ambas plazas, á no más la una de la otra de dos leguas de camino. Visto lo cual, y con orden del Valanzon, se movió el conde de Fuensaldaña con un tercio en que habia 2.300 infantes y con 45 compañías de caballos, y con dos de infanteria de italianos del tercio de Carlos Guasco, pasó á guarnecer los burgos de Cambray que ardian á manos de los franco-

ses, y repartió la gente en ellos y púsolos en defensa de su mismo cuartel, por alojar allí los viveres y ser su estancia a Cambrai. Concurrieron aquí los batidores de las estradas toda brida, diciendo habían topado con las emboscadas de los franceses, y que no muy lejos de allí venía el resto de lo que había separado de su grueso; y aseguróse la verdad, por que vieron luego grandes fuegos en los villajes desde la torre de Casal, que era muy alta y en terreno llano: mandó el conde de Fuensaldaña convocar hacia su territorio y á su bastión para meterse en Cambrai y abrigarle por la mucha gente de enemigo, y por no haber en el castillo más de cinco compañías de valones que no pasaban de 300 hombres, y los naturales, de inclinacion francesa, por el confin y por otras infelicidades nuestras, marchó nuestra gente la vuelta de Buchain, donde llegó al amanecer; habiendo caminado toda la noche con grande silencio por estar 4.000 caballos del enemigo cerca con algunas mangas de mosqueteros, que pasaron de largo por un costado de Buchain y pusieronse á tres leguas de Cambrai, cerca de un casar del conde de Villarval. Ibalos siguiendo D. Alonso de Vivero, hermano tambien del conde de Fuensaldaña, con su compañía de caballos, con dos cuarteles de cañon y 300 irlandeses que le covoyaban, y si bien los franceses batieron el camino real que va desde Cambrai á Bruseilas, sin embargo los hermanos los iban atendiendo, haciéndolos recatar y reparar en no ser atrevidos: el Magistrado de Cambrai, refrescó la gente de su guarnicion, y la demas que se le habia agregado, y cuando los vió, que habian salido por burgos y en volver en seguimiento del enemigo; dándoles pan y queso en abundancia y cerveza, por haber tres dias que no comian; pero todo el Cambresi estaba alborotado con la entrada del ejército francés, y los villanos desampararon el casal de Villarval y se metieron en un castillejo por no dar lo necesario á nuestra gente. Sábado, 13 de Junio de este año, dió vista á enemigo á Cambrai, croyendo los burgueses que quería sitiaria; echóse sobre Lam, ó hicieron salidas los de dentro

mandándoles alguna gente, con que les obligaron á vivir con el recato: tiraronles 450 balas en 24 horas, mataron cinco soldados de Fernan Davias, y entre ellos á D. Francisco Guisado, que en el reencuentro del príncipe Tomás, el año de 35, en la entrada de los franceses por el Condado de Namur, lo fueron 13 heridas, y las más de ellas en la cabeza y en la cara, y vivió para ofrecer la vida en esta ocasion; murieron algunos más, abrieron brecha en la muralla, y acometieron al asalto. En los nuestros de no ménos número que de 300, con tres piezas pequeñas de artilleria: hicieron llamada, no pudiendo resistir á ejército tan grande, y rindiéronse, saliendo con banderas y bagajes, no concediéndoles artilleria, por ser tan poca, y pasó esta gente á juntarse con la de Cambrai; habiendo resistido algun tiempo, en un moderado fuertezuelo y de ninguna consecuencia, no más que para las correrias, cercado de muros y padrastrós, que de ninguna manera se podia fortificar, pero de grande gloria, por la memorable retirada que hizo en él D. Agustin Mejía cuando, siguiéndole y volviendo tres veces la cara, no le osó acometer Enrique IV, rey de Francia. Asistió en esta grande empresa el cardenal de la Rochelle en persona, el conde de Guisa, el conde de Caudal y Monsieur de Ramburg; cosa de crédito para los sitiados por haberse ocupado en su rendicion tan insignes cabezas, blasorizando de este hecho en sus Gacetas como si hubieran acupado á Cambrai. Dejaron aquí parte de los mejores soldados y se les cargarian presto la plaza; que el conde de Fuensaldaña no habia llegado con su tercio, ni reformado sus burgos, ni el infante tenia ejército de consideracion para su defensa ni la del País-Bajo, que el suyo era poderoso y con diferentes acuerdos y designios que el año de 35, y que no se habian de meter la tierra adentro hasta señorearse del confin y de sus más importantes plazas. Respondiéronles, se llegasen cerca y probarian sus fuerzas y la artilleria de Cambrai, de que podian estar escarmentados; que S. A. el señor infante D. Fernando los debelaria de la misma manera que el año de 35, y como otros muchos de sus muy esclarecidos antecesores lo habian

hecho. Quiso la gente del lugarcillo desampararle, y alendiendo el de la Baleta á su conservacion, mandó al Gobernador le hiciese buen pasaje, y que pagaria sus contribuciones; gozarian libremente de sus haciendas y casas; con que quedaron parte, y parte se fueron á Cambray, que es el villaje á aquel Obispo. Este y el abad de San Andrés tenían dentro mas de 2,000 cargas de trigo: habíales mandado el gobernador de Cambray lo retirasen y no lo habian querido hacer porque S. A. no se valiese de ello para el sustento de la gente de guerra, y ahora lo tomaron los franceses para la suya y retiraron á Guisa, plaza fuerte, á cinco leguas, agregando aquel distrito á su gobierno. Sabido por el conde de Fuensaldaba domingo en la noche de los 14 de Junio, que los franceses querian hacer un convoy de lo robado á San Quintín ó Guisa, envió 12 compañías de caballos con 400 mosqueteros para tomarle: partieron el dia siguiente al anochecer, y entendido por el cardenal de la Baleta el intento de nuestra gente, se retuvo; pero llegados á los contornos de San Quintín y Perenna, habiéndose desvanecido la interpresa, quemaron pasados 73 villajes, y trajo la caballería alguna presa de vacas, caballos y jumentos, de que hay gran copia en aquella tierra, particularmente en la Picardia, vendiéndolos á 60 y 70 reales. Enviaron de Cambray al capitán Fernan Darias, y al capitán de Francisco de Castro con sus compañías, á Chateau-Cambresi, y á Chalet al capitán Pedro de Chueba, sardo de nacion, y á capitán Leon, para reforzar aquellas plazas y reconocer los intentos del enemigo; basteciéndose con esto la villa de Quesnoy en el Enao, con 300 irlandeses, y los pueblos de la frontera que parece se hallaban embarazados de tan formidables fuerzas y que les querian invadir esta plaza, distante de Landres de caballos, cuando de repente vieron que los franceses cargaron á Chateau-Cambresi y Landresi, cada una apartada á la otra dos leguas de tierra; hicieron un cuartel en medio, prosiguiendo en quemar en el Enao 200 villajes en el contorno de ambas plazas; plantaron en Chateau-Cambresi cuatro baterías

una con dos cañones, porque todo era dividir nuestras baterías (si las habia) y entretenerlas, mientras el príncipe de Orange disponia á su sabor y las traia por la parte de mar para hacer más lamentable estrago. El gobernador, Manuel Pámar Gonzalez, tenia dos compañías de españoles de las paraciones de Cambray, 60 valones y 30 caballos lijeros. Los soldados del país de Picardos, irritados de lo que ahora les habian quemado y de los estragos y desolacion del año de 33, estraron á quemar á los nuestros, y mandó el cardenal de la Baleta aborrear al soldado que introdujo el fuego; virtud digna de admiracion por poco usada en su natural, y arcabucaron á uno porque forzó á una mujer; escarmentados quizas de las atrocidades y escándatos abominables de Tirlemont, y pretendiendo borrar de la memoria de las gentes el ódio y aborrecimiento que allí consiguieron con todo el País Bajo y con el Alto para con toda la Francia y el mundo. Era el designio del enemigo, y para esto le andaba recustando y tomando puestos en su contorno, subprender á Cambray, por haber sabido que estaba desprovocado; pero cuando vió cargar allí parte del ejército, se suspendió, pareciéndole era grande empresa para sus hombres, aunque venia pujante; reforzóse á Quesnoy, que tendria como 500 hombres, con dos compañías, entre ellos de italianos, y en esta forma aquella frontera y todo lo que contenia el Cambresi.

Estaba S. A. atento á todos estos movimientos, y con alguna gente, demás de la que campeaba en la frontera, para resistir á los mayores, que eran los del príncipe de Orange y los que le daban más cuidado, porque no se habia de contentar con pocas cosas, porque las de los franceses le parecia, que si no luégo, algun dia se habian de componer con pláticas, acuerdos y con restituciones de ambas partes, como siempre ha sido y lo demuestran con claridad los ejemplos vivos del año de 598; pero lo que los holandeses cojiesen ya sabian que no tenia vuelta ni restitucion, si no es volverlo á recobrar con la fuerza: atendia á una parte y á otra, porque si el uno no habia salido, el otro estaba pronto, bacién-

dole espaldas y dañándole en la frontera. Está Landresi á las leguas de Valencienes, y á poco ménos de nuevo de Cambrey, y por su gobernador Monsieur de Eni, hombre notable, ántes Sargento mayor del conde de Buqueoy, que mariscal en Bohemia, general del emperador Ferdinando II, poco después de haber vencido la batalla de Praga contra Federico Palatino del Rin, y echádole de ella, ejercitado en las guerras de Alemania y de Italia. Acabábase de tomar ó defender el fuerte de Arnieuters, por el príncipe Tomás, fundado en su peñasco; pero siguiendo ahora el curso de los franceses, el cardenal de la Baleta, atento á las órdenes del Rey y su ministro, alojaba en una abadía de frailes Benitos cerca de Landresi, y el Mariscal de Ramburg en el villaje Tamibria, una legua de Baleta, atendiendo al sitio y expugnación de aquel placilla graciosa, y de estimación por su sitio, caserías y asentamientos y vecinos, aprestada ya con trincheras y baterías como diremos después. Envió el Baleta un trozo de ejército valeroso para estorbar la obra de Gravelingas, que iba adelantando y se ponía en ser, esperábase por horas á Pícoloma con la gente de Alemania, y rindióse á los franceses Chateau Cambresi, villeta corta y de poca importancia, y de aquella que son del confín; pero S. A., el infante D. Fernando, agudando donde había de dar el príncipe de Orange, todas las plazas al rededor de Bruselas tenía llenas de carros, de municiones, y de vivanderos, aparejados cada día á salir al tiempo que moviese, y las praderías que van á Nuestra Señora de Las estaban de la misma manera, llenas de caballos del tren, de manera que en dos horas se podía poner en campaña. El conde Pícolomini y Juan de Vvert, habían avisado ya que venían marchando y que estaban en el país de Tróveris. Pasó Vvert al socorro de Besanzon, en la Contea de Borgoña que estaba apretada, y dentro el duque de Lorena y el marqués de San Martín, porque no siendo todas las fortunas iguales habían retirado allí, seguidos y con pérdida de gente por los franceses, con que se dividían las fuerzas, sin dejarlas ambas á una parte, para que los efectos fuesen mayores y en una

guerra y congoja de los enemigos: finalmente, este asedio no tuvo efecto porque Juan de Vvert, martillo y azote de los franceses, los desalojó, y redujo aquella nobilísima y populosa plaza á la libertad, á los vecinos y á ambos Capitanes, como las veces pasadas, tanto, que no han podido hacer pié allí; pero ellos estaban absolutos señores entre Cambrey y la Mosa, por haberse á vierno pasado despedido á Vvert y á Pícolomini. Más importa conservar los soldados que no poner el Estado en conflagración, por un pequeño ahorro; dictámen que en esta era la época y destorcido muchas acciones de importancia, y aún pasado á los enemigos vehementemente atrevimiento, porque han prometido en nosotros necesidad, y menoscabo en el poder y en la hacienda. Encontráronse las tropas francesas en número de 4,000 caballos con seis compañías de D. Alvaro; hubo muertos y heridos, fué preso y herido el D. Alvaro. Asistía á la batalla las fronteras con 7 ú 8,000 infantes, no sin carencia y murmuración de que eran ménos, y gran número de caballería desmontada; quién decía que 26 compañías, y que se alargaba á 4,000 caballos, por mala administración ó por dejar estos accidentes y malos procedimientos, ¿quién los podía remediar si á la cabeza que los ha de enderezar los príncipes, y los Príncipes, por la necesidad que hay de ellos, en esos casos calla y sufre por lo mismo, ó porque los servicios pasados cubren este descuido ó malicia? Ordenó este capitán el conde de Focunsaldaña, que con la mitad de su tercio se entrase en Cambrey y que enviase la otra mitad á Duay, villa rica y abundante de Flandes, y más florido que el de Bruselas; replicó el Conde que estaba mejor en campaña que no encerrado: sin embargo, le hizo obedecer y agregó á sí y á su grueso de 45 tropas de caballería.

Púsose en defensa Gravelingas, no sólo en la entrada del canal, capacísimos para admitir muchos y grandes bajeles, pero aun por la parte de tierra, por la inmensa fatiga y trabajo de los gastadores, y no sin oposición de los franceses y

án de los demás vecinos, por aumentarse en puertos la provincia de Flandes y no haber otro cuidado más digno asistir con fuerzas, vigilancias y consejos sino éste, porque los enemigos, así franceses como holandeses, han caído en su encuentro y se previenen con armas y astucias para tomarlos, cerrarlos y apoderarse de ellos; porque demás de que Cataluña quedaba en el trato, y los holandeses reciben gravísimos daños de las armas que están á cargo de D. Carlos de Guzmán marqués de Fuentes, gobernadas con gran fortuna, frola y valor de su ánimo generoso, introduciendo con más acuerdo y opulencia navíos y el artificio ingentoso de las fragatas, dignas en esta era de alabanza, tenidas en Holanda, en sus puertos pesquerías por las presas tantas y continuas que so les ha hecho en sus flotas y á mercaderes, al llegar de la contratación de todo el orbe, con mortal sentimiento del general Dorf, metoscabo de sus corsarios y contratantes de todos los Estados. Por el daño general que reciben, es digno de reparo y advertencia que ahora, más vivamente y con más claro juicio, se atiende, que como por allí nuestros Generales de armadas, partiendo de la Coruña, meten la plata y los millones en barcos y los españoles, para la prosecucion de la guerra, con que cada día se adelanta y crece, y se pone en más mortal asombro y cuidado á los enemigos, quieren tomárnoslos y cegarlos por cortar este socorro, en que, á mi ver, si sucediese, el País Bajo quedara frustrado y los enemigos con facilidad, para que lo que no se ha podido concluir ni acabar por espacio de setenta y más años, que ha durado allí la guerra con perfidia y apoyo de Francia, de Inglaterra, protestantes y otros auxiliares herenjes de aquel norte, ahora se concluirá en un año. Y no faltará á esto la práctica y mala intencion del Cardenal, duque de Richelieu, porque el otro camino de la Valcelina y Trento, para españoles é italianos es muy largo, y ya le han pretendido tapar con franceses, y no con el peor de sus Capitanes, sino con el mejor, el duque de Branque. Acababa de desalojar el marqués de Leganés, con las gentes de Milán, como dejamos referido en los capítulos de este libro, y otrosí el dinero va en letras, que

muchas veces, si allá hay riesgo en la mar, aquí tienen otro modo de no menor ingenio y malicia, que es salir inciertas y no saber, como ellos dicen, en los efectos que se les han dado á los asenistas. Conviene, pues, mucho parar aquí el juicio y el discurso de nuestros Ministros, y estas costas armar con prontitud y con fuerzas; el Cabo que cuidase de aquello asistiese con soldados y dineros; proseguir en la obra y ejecución de las fragatas y en las presas; dar mayor dolor á Holanda y á Francia en sus vecinos é interesados; tenerlos abiertos para recibir estos socorros, que en bajéles expuestas á las fortunas de la mar y al contraste de los enemigos y de sus armadas, Dios ha de ayudar, el ingenio ha de venir y el valor ha de pasar adelante con ruina y azote del enemigo, como siempre, y ellos han de quedar burlados, y la religion católica y apostólica romana ha de prevalecer en Flandes, y arrugarse con más poderosos nervios por la fuerza y poder de nuestros Príncipes, por su vigilancia y fatiga continua, que no admite tregua ni vacar á otro cuidado, por delirioso que sea ni de recreacion. El villanaje de Monsieur de Zaao, Cambresi y Artois, como vieron tan pujantes y licenciosos á los franceses, siendo tan flexibles sus defensas y sus casillas expuestas á la libertad del campo, temiendo á cada instante el robo de la mujer, de la lija y de los otros bienes, como de la vaca, de la manteca, de la carne salada, recogidos y conservados para el sustento ordinario de su familia, en un instante se acogieron, desamparando, á las villas muradas con sus haciendillas; do suerte que se veian las calles de ellas llenas de esta gente, sin tener acogida los más de ellos sino debajo de los portales, donde dormian con sus hijos y mujeres. El príncipe Tomás no queria salir en campaña por falta de gente que habia, y por no haberla querido levantar, como lo habia advertido todo el invierno pasado, y se conservase la gente vieja; conviene á saber, el conde Pícolomini y á Juan Yvert con sus dragones y alcañes, y no se habia dado orejas ni á lo uno ni á lo otro, por escasear el dinero (tema que en este reinado ha causado miserables llagas al Estado, en su conservacion y

acrecentamiento), y no quería que las pérdidas que habian de suceder este verano, por descuidos de Ministros, corriesen por su cuenta, porque no sabia cómo dirigir ni mandar la gente para ofender á los enemigos, cuando no habia la razonable para defenderse.

A esta hora D. Juan de Vivero y D. Alvaro, su hermano, fueron rotos de la caballería francesa, tomado el bagaje, preso y herido el D. Alvaro: apretaron á Quesnoy, Landresi y Avanas; pero habiéndose suspendido el cardenal de la Baleta es la rendicion de Landresi, le ordenó el rey de Francia le hiciese con todo cuidado y diligencia y la consiguiese: solo el mariscal Ramburg á D. Alvaro Vivero sobre su palabra, y hay quien dice que despues de acabado lo que tenia que hacer, se volvió á la prision; y el gobernador de Landresi, sabiendo que los franceses le querian tomar el ganado, los esperó, se lo impidió y les mató muchos de ellos. Todo era traza y arditos en los enemigos; ponian los ojos en Cambrai y no se atrevian, pareciéndoles el intento muy árduo y sus fuerzas muy desiguales para tan alta empresa: pasó á aquella fortísima plaza el trompeta de Monsieur de Ramburg, á redimir á algunos burgueses del país de picardos, y parece fué echado con cautela para tentar y poner en sobresalto á la guarnicion y á los vecinos; pero reconocido todo por el conde de Fuen-saldaña, le preguntó por el estado de la guerra y el intento de los franceses: respondió el trompeta, mintiendo, que otro ejército, demás del que tenia el cardenal de la Baleta, de 30.000 soldados tenia situado á Hedin, plaza muy fuerte en el Artois, gobernado por un gran soldado, y que el duque de Orleans, hermano del Rey, venia marchando con otros 30.000, que serian 60, y que ántes de mediado Julio tendria 400.000 hombres en campaña, y que estarban el trabajo de Gravelingas. De esta manera desvirtuó el trompeta; pero sin embargo de que á hombres grandes no les es lícito responder, ni dar satisfaccion á hombres tan bajos, todavia el Conde, como estaba tan fresco el coraje y el ardor de combatir en ambas naciones, le dijo: «No hay duda sino que vuestro Rey es grande y

que traerá toda esa gente; pero decidle que nosotros le espereamos con las armas en la mano». Mandó hospedarle en la mejor hostelería de Cambrai, con guarda, porque no hablara con algun vecino, teniéndose de algun aviso ó trato doble, y que atendiese á no más que al negocio á que habia venido.

Dieron vista á Cambrai diez tropas de caballos franceses, á un costado del castillo; fueron salvados de la artillería, y se usó arma en los cuarteles de los españoles, italianos y alemanes, y montaron á caballo algunas tropas para encontrarlos; pero no parándose á nada, siguieron la retirada, continuando la malicia de quemar en los casares del contorno, prosiguiendo con el aprestar á Landresi con aproche, que se defendia en una fuerza. Dejose ver el príncipe de Orange con su armada hacia la provincia de Flandes; quién decia que ambos querian embestir á Gravelingas y tomarla por quitar de allí aquel gran cuidado que les daba tanto pesar; fué derrotado Oranjer, de algunos recios temporales: parte de ella arribó á Flesingas, en Zelanda, y en el puerto de Midelbourg, y la otra corrió la vuelta de sus pesquerías, y si durara el temporal fuera muy posible perderse el trozo de armada que aportó á Zelanda: tocó arma á S. M., á los Capitanes y Ministros que le acompañaban al país de Vas, asentó su corte y algunas tropas en el casar de Estequen, para no dejarles desembarcar; pero no eran estos sus intentos sino llamar allí para dar en la parte más sensible, que vemos; mas nuestros Capitanes se temian no surtiesen estos arditos y asonadas á la Mosa en Stevensvert. Temia el enemigo varias empresas y de más número que de una, reconociéndose en las salidas que hacia; dió vista á algunas plazas y hallólas reforzadas, y con dificultad acometiendo algunas veces, que no pensó por hallar alguna á su propósito: ponía los ojos ahora en Gravelingas, en Amberes, ahora en Brujas, y aprestado para todo, embarcó muchos carros de víveres y municiones y navegó para diferentes intentos: llegaron los franceses con sus aproches por tres partes á la contrascarpa del foso de Landresi; encaminaron una galería y minaron un caballero; para minarle, gastáronles los si-

tadores en las fortificaciones de fuera algunos puestos, de que recibieron gran daño los enemigos; hicieron algunas salidas esforzándose cuanto podían, no sin alguna desconfianza de la defensa, porque no tenían pólvora, municiones ni bastimentos, tanto que no tiraban ya si no es con medio cañón, y éste estaba desencabalgado, con que los franceses trabajaban á todo moler de día y de noche por entrarla. El Gobernador se mantenía cuanto le era posible y los demás soldados, aunque pocos, pedían socorro á S. A. y no se le podía dar, así como los que había en las plazas mayores; ya la insidia importaba de los franceses en diferentes movimientos, y ésa persona, al tránsito que esperaba de holandeses, que ya se habían dejado ver otra vez en sus barcas y bajeles en la Filipina. Estaba S. A. en el casar de Estequen, á cuatro leguas de ellos, atendiéndolos y esperando el diseño de sus empresas, traía con sus bajeles 4.500 barcas, 8.000 infantes y 3.000 cañones; pero suspensos y sin tomar resolución, por ver al frente tan cerca de sí, hacían los franceses gran junta de bastimentos cada día para encaminar la acción á grandes fines, creyendo acabar este año con el País-Bajo, viéndolo tan desproveído y desarmado. Aguijábalo Richelieu á conseguir y emprender, con cartas y correos, no faltando espías allí y en todo el mundo, de quien dicen y es opinión constante, que gasta cada mes 20.000 escudos, profacción importantísima para saber los movimientos y trazas de los Príncipes, desbarcelas y cortárselos y prevenir contra ellos liberalidad, que sirve de no reacar en sobresaltos intempestivos, en asechanzas de enemigos, de congojas, de miedos, y, lo más perjudicial y vergozoso en balanza el Estado, por guardar cuatro reales, y porque el otro, aunque lo merezca, no se luzca con ellos. Mientras no comiera el dinero y se dicere, no hay que esperar dichas ni buenos sucesos, porque la miseria y la poquedad jamás floreció ni creció cosa de importancia: esto tiene el reino en el bajo en que está, y ese es el que se requiere que se tenga para su ruina y la de todos; y así falta el ánimo en los vasallos, falta el lustre en los cortesanos, y en Palacio falta

el arribo, y el auxilio en los forasteros, y todos aborrecen la abundancia y la escasez, pues nadie quiere ir ni llegarse donde comen mal.

Habia muchos días que sufría Landresi el asedio de los franceses, apretada y combatida por tres partes, y por todas envió el príncipe Tomás órden al conde de Fuensaldaña, gobernador de Cambray, mirase si podía socorrerla. Respondióle que había más de quince días, estirando el juicio á cuanto él podía pensar, que estaba imposibilitado de poderle recibir; mas embargo, envió dos moradores en hábito de villanos y con buenas guías para que entrasen dentro, y se informasen del Gobernador por qué parte se podía socorrer y que ellos lo viesen, y en todo se halló dificultad y embarazo, y no se hizo nada. Esperaba el cardenal de la Baleta al príncipe de Orange, para correr con los tratados de este año; pero sus designios eran otros: quería se llegase á Gravelingas ó al canal de Dunquerque para que ambos, unidos y formidables, acometiesen á todo y fuese la ganancia más para el cristianismo que para los holandeses, que cada uno quiero que sea sólo para sí el interés y para el otro la fatiga y el gasto. Cautelábase en este hecho el príncipe de Orange, dando por causa el achaque de la gota, que le había embarazado, y los muchos vientos que corrían contrarios á la navegación, de que había sufrido tormentas muy peligrosas; con que resolvió el Baleta marchar la vuelta del Valonés, para afrontarse con Gravelingas y estar cerca de Dunquerque, con el ánsia que tenía de quitar aquel tránsito á nuestros socorros. Reforzóse el ejército francés de nuevas y más numerosas gentes, que trajo á su cargo el Gran maestro de la artillería; sus cartas afirmaban que eran 25.000: siguióle el conde de Fuensaldaña con 2.000 hombres, que tan arriesgado estaba todo, dejando muy desguarnecida á Cambray y en manos de 300 valones, con ayuda solamente de burgueses, que siendo desatentos y amigos de novedades, y de militar debajo de diferentes dueños, estuvo á riesgo el tercio que la resguardaba, por estar dividido en alojamientos, y áun de ser degollados del sobrado número de los enemigos. Pero

todo esto por orden del Rey se convirtió en concluir á Landresi, por el deseo que tenia de señorearse de ella; y así ordenó al gran Maestro que, con la mitad de la gente que llevaba él y el Baileta asistiesen con gran porfía á la toma de Landresi, y miércoles, á las tres de la tarde, 22 de Julio, volaron un baluarte y abrió tanta brecha que podian entrar carros por ella. Cortó el Gobernador de la plaza lo volado, para retirarse á lo demas que le habia quedado, teniendo aviso que para el día siguiente estaban aprestadas otras dos minas, una por el cuartel del cardenal de la Baleta, y otra por el del duque de Candala, su hermano, hallándose ya sin gente para sufrir los asaltos, tanto que no pasaban de 300 hombres; causa por que, con acuerdo de los demas Capitanes, hizo llamada, juéves por la mañana, trataron de los conciertos, concediéronle los mejores y más hermosos; pidió que le dejasen ir á Quesnoy ó á Cambray con su gente, negáronselo, y sólo le concedieron que pasase á Valenciennes con Valanzon; fué esto viénes, vispera de Santiago, y sacó bauleras y bagajes: habia durado el sitio diez y siete dias; estaba ya abierta la muralla, deshechas las fortificaciones, pocos soldados y nada con qué tirar; habia hecho salidas, aunque pocas, por no tenerlos para ellas; habia levantado baterías, mudado la artillería de una parte á otra, cortado calles y baluartes. Agregó á sí y á sus designios el francés con la toma de esta plaza, aunque pequeña, la navegación del río Zambra hasta debajo del castillo de Namur, y tomó en él á Barlemont, á Manburge, y á Marchena, Uponente; dificultó el paso de Namur á Bruselas, y dió comodidad á las correrías y á los batidores del campo, para diferentes progresos, sin embargo. Es Landresi villeta pequeña, de poca más capacidad que el castillo de Cambray, con no mala fortaleza, de número y poblacion de 50 casas, en figura de corazon; tiene en los dos extremos dos baluartes, y por la parte que el corazon está más recogido, en la mitad, tiene otro; es de muy buena ribera, ancha, que le sirvo de ancho foso, dilatados los terraplenos de las murallas que pueden pasar cuatro carros juntos, y razonable artillería; al fin, villeta, en el asiento y en las

propiedades agradable y gustosa, pero desproveida, sin gente, sin municiones y pocos víveres. Sintió S. A. el infante esta pérdida y todo el País-Bajo y, como soldado viejo en la parte de Castilla, D. Carlos Coloma, conocida por él tantos años, por la bondad de la plaza, agraciada, de buenos paisanos y hermosa de sitio: el Rey lo sintió; comenzóse á desconsolar la tierra con esta pérdida, y por este año no esperaban buenos efectos las poblaciones del País-Bajo. No se tenían buenas nuevas de Pícolomini, de su ejército, que era en lo que estaba fundada la esperanza y la redencion de todos; habia enfermado en Tréveris: sin embargo, al Infante le daban prisa, refiriéndole con tanto afecto como el año de 35, si no más. Marchó aquel excelente soldado por proveer á la necesidad y condescender á los avisos de S. A., y agravósele el mal en Namur: teniendo los países por mayor el que no traía casi 6.000 hombres de pelea, esperando más, decian le habian batido en la promesa del dinero, y en la oferta de 400.000 escudos al mes, y que ésta era la causa de no poder cumplir con lo que habia ofrecido y con la gente que se habia mandado pagar; de suerte que las cosas de Flandes se ponian cada dia la peor condicion, y no faltaban presunciones de haber algun trato en Cambray.

A este tiempo sucedió un caso en Lieja, bien notable y digno de admiracion, por la quiebra total de un hombre noble, de su casa y de sus hijos. El conde de Barfúse, de los deservicios hechos al Rey Católico, de quien era vasallo en el País-Bajo en el año de la conjuracion, á quien habia tocado la parte que á los demas, y comprendido en ella, por volver á la gracia del Rey y recobrase en los servicios, en la hacienda y en la casa, habiéndose retirado á vivir al país de Licja, maquinó saltar á Tedelarooc, Burgo—maestro de aquella villa, revolverla y alzarse con ella y darla al Rey: desatino que, si no se hiciera, no se hubiera cometido, porque aquel territorio no es tan grande, tan poderoso ni tan formidable, que si el Rey le quisiera haber tomado con sus soldados y ejércitos no lo hubiera hecho; pero S. M. y los demas Reyes, sus antecesores, aunque

los de Lieja sean poco inclinados á la nacion española, y mucho ménos á la devocion y alianza con nuestros Principes, y sean bulliciosos y franceses de condicion y naturaleza, y perjudiciales en la vecindad, el Rey Católico los ha sufrido en esta era, y los ha tolerado y dejado vivir á cada uno en paz, en sosiego, en sus casas, provincias y lugares, no queriendo atravesar ni destruir la libertad, ni la jurisdiccion, ni impedir el aliento de los hombres, por la misma razon que con sus confluantes, ántes pretendiendo su conservacion y seguridad, por no violar los derechos concedidos á éste y otros semejantes países, dependientes del Imperio y de sus Principes; particularmente Lieja, por el Elector arzobispo de Colonia, sobre quien tiene rentas, cosa que tanto reconoce S. M., deseando solo del Imperio no más que su exaltacion y bienaventuranza. Este hombre, pues, sedicioso, tumultuario y francés de corazon, tomó por arbitrio, para matar al Gobernador, convidarle á comer con algunos del Magistrado, y para su resguardo pidió al gobernador de Lovaina le diese 40 hombres con un sargento: la gente parecia poca para una villa tan populosa, y para cometer hecho tan grande y contra el dictámen de los lugares y de su libertad, porque nadie pasa porquo un extranjero le mate su Gobernador, ni el natural tampoco, y tambien esta gente no la podia dar sin órden del superior. Ya tengo respondido á esto, que semejante faccion no era menester, ni por este camino parece fabuloso el cuento; y así lo escriben y lo afirman del País—Bajo hombres de fe, y con este fundamento nos arribamos á sus relaciones y los seguimos.

Murmuraban en Lieja, y el mismo Gobernador reparaba en ello, por qué se lo debian de haber otorgado, y que á hombre dado por traidor le diesen aquella gente, y con órden del gobernador de Lovaina que le obedeciese; parece que habia contradiccion al estado que el Barfuse tenia. Entraron á la deshilada esta gente y encubriólos en su posada; llegó el dia del banquete, que fué muy soleune y de ostentacion, y á la hora de los brindis, y quedar ocupadas las cabezas del vino, quién brindaba á la salud del rey de Francia, gran patrio-

ciudad de aliados y de rebeldes; quién á la del Richelieu, su privado, por estas artes y trazas; quién á la del principe de Orange, dándole el nombre y prestado título de Alteza, por reo escarable de la tiranía; quién á la del duque de Ballon y á la de Neoburg, aquél francés y éste aleman, vecino á Colonia, en Westfalia, sepultero ántes, en la era de los romanos, del ejército de Varo. Finalmente, estando la embriaguez en su más sabido punto, y para ejercitar el homicidio, se levantó el conde de Barfuse, y con una copa en la mano brindó al Burgo—maestro á la salud del Rey de España, y que fuesen amigos del rey de Francia; y el hombre que oyó en la boca de Barfuse tan asevas palabras, al que le habia oido innumerables veces blasfemar de su nombre, no se pudiendo contener, se levantó de la mesa y dió voces diciendo: «traicion», y quiso retirarse; mas no dándole lugar, entraron los soldados y le dieron dos pataladas y luégo á los que vinieron á comer con él. Derribóse el hecho por la villa, alborotóse la gente, tocaron arma, entraron en la casa de Barfuse, matáronle á él y á la gente que pudicieron haber á las manos, y faltos de reverencia (esto es muy para sentir) violaron en su infame atrevimiento tres hijas doncellas, hermosísimas á maravilla. ¿Qué podremos decir de semejante pueblo en este caso, sino que es bárbaro, sin fe ni religion, perder el respeto á la virginidad junta con la belleza? Aunque el padre hubiera cometido muerte del mayor hombre, de mayor tierra y de mayor provincia, y fuera Principe, ¡oh gente villana! cuando nouviérades piedad, no os moviera la horfandad de aquellas doncellas, no os computiera y ensañara respeto la compostura de sus caras? Los yerros del padre en ninguna era, ni en ninguna república, por estrada que fuese, corrió por cuenta de las hijas; en él está bien ejecutado el rigor, si este modo de muerte se le consintió para que de él saliese su castigo, porque muy corta cosa era que de un hombre y de 40 soldados se consiguiese el sorprender una provincia, cuando con un ejército habia riesgo y no pocos inconvenientes en la restaracion, y era entrar en nuevas dependencias, oposiciones de Principes vecinos y con-

finantes. Saquearon la casa, hallaron 300.000 florines en ella, mataron 20 de los soldados que vinieron de Lovaina y huyeron los demás; y tras un frenesí pasaron á otro peor, en discutir de dónde había salido el consejo para perpetrar aquella muerte, y recayeron temerarios ó hicieron el juicio sobre los Padres de la Compañía de Jesús, porque Barfúse tentó allí un confesor, y creyeron que de allí había salido. Fuéronle á buscar y no lo hallaron, porque había ido fuera de la villa; pero los malos y poco afectos á esta sagrada religión, porque conducen de todo su espíritu á los vivientes á la esperanza y á la posesion del reino de Dios, á la exaltacion de la fe, al culto de la Iglesia, á la destruccion de los vicios; estos, como son tan dados á ellos, no queriendo meter los piés en la razon, abrazar la verdad y buenas costumbres, llevados del anejo, fueron al colegio, embravecidos y furiosos, mataron al Rector y otros Padres y desterraron á seis; quisieran quemar la iglesia y casa, si la poderosa mano de Dios, que quiere que no falten estos sagrados cultores y diligentes laborantes y misioneros en su viña, no los rechazara y los defendiera de aquel vulgo loco. De esta manera acabó aquel hombre, desperdió su casa y su sangre, malbarató su fidelidad primero y luego la fe que se debe al hospedaje de los forasteros, y la hizo sin prudencia, desatinando en la casa del vecino, y delirando en al propia, y en lo que no había para qué; siendo más para destruirse que para remediarse, porque nada se mejora con matar si se emienda particularmente; que era locura acometer á la muchedumbre, donde pocos era fuerza acabar á manos de todos ellos. Admiró este caso en los países vecinos y movió á compasion el estrago de las doncellas, por su calidad y honretidad que habían conservado, cuya hermosura, los nobles corazones hidalgos que tienen pureza en las potencias del alma, consideran por ahí la belleza á semejanza del Paraíso y que nunca muere.

Atendiendo S. A. con desvelo y fatiga á los movimientos de Holanda, que ya se dejaban sentir á la frente de Vergas, Lila, Canton de Amor y otras partes, y como tales juntas y apari-

soner son presagios de sus acometidas, y que entónces lo que más arriesgado estaba era el país de Bas, por haberse con poca atencion redimido el alojamiento por 42.000 florines cada mes, cosa ahora en Flandes introducida, y que los demás países habían dado en pretender, por excusarse de los alojamientos y reducirlos á sólo dinero, no dejando en todos tranques de publicar el miserable modo de la necesidad, y buscar al dinero y los ahorros por medios indecentes, para que los enemigos no dejen de conocer el calamitoso estado en que estamos para sobresalarnos. En efecto, los burgueses y magistrados habían tomado este arbitrio para su desabogo, pero perjudicial para la defensa, porque con color y celo indiscreto de mirar por el patrimonio Real, y buscar por este camino el dinero que no se quería dar de los tesoros Reales y propios, se quedaban los paísanos y plazas desabrigadas y expuestas á las interpresas de los enemigos, quedando los soldados estruchados y restringidos en castillos y otros agujeros, donde si habían tenido mal verano campeando, siguiendo los peligros y descomodidades, tenían peor invierno. Deshácese los ejercicios con estas novedades, que es á lo que más hoy se atiende, como si fuera de las reglas de Estado más importantes; faltales allí la cama, y la lumbre que hallan en casa del labrador, doblándose por este camino la necesidad, pues vale una libra de vaca pequeña cuatro plazas, una de carnero ocho, un pot de vino cuatro reales, el de cerveza tres plazas, un fogote cinco, y en esta forma andan reventando, cuando no son llevados al alojamiento, y hánse tomado para sí estos arbitrios, y adjudicádose un encorruio muy falso, que es llamarse redentores de países; yo los llamo desertores. ¿Quién nos dará que podamos decir á los que nos gobiernan, que sigan las huellas de nuestros mayores y más envejecidos en prudencia y en el arte de la guerra, y que no sea tropezar en usos nuevos? Cuando la disciplina militar seguía sus antiguos ejemplos y los soldados alojaban en los países, sufrían los trabajos, conseguian con valor y ardimiento las empresas y las victorias, y se hallaban con calor para emprender otras de no ménos calidad.

Discurrido, pues, por S. A. y por los del Consejo, Cabos y Capitanes, que la parte donde amenazaba aquella tempestad de bajeles y de la flota y notable número de barcas, era el país de Bas, ordenó al conde de Fontanar, que con la gente que en su franco de Brujas tenía ordinariamente, se viniese mejorando la vuelta de allí, atravesando por países de contribución, á esotra parte del canal. Llegó tan á tiempo Fontanar con su gente, que ya venia Enrique de Nasao, príncipe de Orange, en persona, con 4.000 barcas y 3.000 soldados, al Poldre de Bahamen, que está á dos horas y media de Hults; mas como halló reforzada la tierra y con opósito de soldados y caudillos de consideración, y los puestos tomados, se volvió, blasfemando, á tomar sus barcas sin hacer nada. Tratante faugado diversas empresas y diferentes intentos, sin concluir ni poder aferrar ninguno: la junta con los franceses para lo de Gravelingas, para tentar á Dunquerque por la armada naval que habia allí para deshacerla, por el estrago que hace en las suyas y en las pesquerías; y ya queria asediar á Brujas, como los años pasados lo habia procurado, y, á mi parecer, á la muy nobilísima villa de Amberes, que es su mayor adolescencia para hacer entre la provincia de Flandes y de Brabant mortales estragos; y no hay duda que si ésta se perdiese sería el fin de las otras.

Estaba ántes el Poldre de Bahamen desamparado de unos y otros, de amigos y de enemigos, esto en los años pasados, y no servia de nada; pero, sin embargo, fueron de parecer gravísimos hombres militares y geógrafos diligentísimos, deseosos siempre de ir contra el enemigo y en aumento de los Países que se fortificase, que de no hacerlo podría resultar daño á los de la Tola, Harinquencon, á Holanda y otras islas que hay en aquellos canales, con barcas. Diose este cargo á D. Agustín Megia, Capitan muy esclarecido en Flandes por las victorias que allí alcanzó, en Cambray y en la Picardía y el Valoné, contra franceses; del archiduque Alberto bien conocido, y de Enrique IV de Francia, por las veces que contendieron ambos, con tanta gloria de la nación Española y de D. Agustín, el

primer año que el marqués de Aytóna pasó á gobernar las armas del País-Bajo: reconociendo esto y su importancia, queriendo con fragatas dañar al enemigo, á modo de correrías hechas alrededor del fuerte del poder, dándose á creer, y que á todo contribuiría, mandó se lo entregase la guarda de la parte del Grobendoch, con el tercio del conde de Fuencelara, para su resguardo y el país de Bas y de Hults; pero la infelicidad de los soldados extranjeros, y su poca afición á nuestras cosas, los de Grobendoch se entregaron á los holandeses; con que Hults tiene en él una espina muy penetrante en los ojos.

Arrian los franceses por acometer á Gravelingas, puesta en perfeccion por el marqués de Fuentes; salieron de Calés, poco ménos número de 44.000 de ellos, y trabándose con los nuestros en recia escaramuza, fueron rotos, y vueltos con pérdida de 300. En el Brasil, los holandeses ponian las cosas en grande aprieto, y estaba la provincia para perderse; hacíanse socorros de Portugal y de Castilla con esperanza de mejorar en el riesgo que se temia. Quisieron los franceses tomar el puerto de Guetaria en Guipúzcoa, con pinazas, en número de 2.000 hombres y no lo consiguieron. El Rey Católico, por este tiempo, al principio de Julio, enfermó en el Retiro de unas tercianillas; vino á las bóvedas y al cuarto bajo de Palacio, y con brevedad cobró salud; bien que el pueblo tiene sus sentimientos y no se le pueden aplacar por el peso de los tributos de que querian verse libres y desasidos del Gobierno. El rey de Francia y Richelieu porfiaban tenazmente por meter en la Liga contra el rey de España al rey de la Gran Bretaña, á que el Parlamento y el mismo Rey no salian á ello, manteniéndose en su primer propósito, por lo bien que les estaba. Pedía el Francés navíos á su costa, y que capitularia la restitucion del Palatino, y de no hacer la paz con España hasta que fuese vuelto á su estado; pero esta materia y diligencia del Palatino con el rey de Inglaterra y Francia tiene el mismo estado que al principio, y mayor dificultad con el suceso que escribiremos en el libro que viene. Fortificaba el cardenal de la Ballesta á Landresi, con 4.000 gastadores que le habian enviado el

gobernador de Peronn y los otros puestos que habia tomado con la venida de Piccolomini, si bien enfermo y con poca gente, que por entonces no eran 6.000 hombres, no obstante que decia le quedaba más gente y venia marchando á los estados de Flandes. Con este socorro se alivió el Infante del peso que tenia sobre sí de una y otra frontera. Tomó el gran Maestre de la artillería el fuerte de Buchain. La emperatriz María, esposa de Ferdinando II, emperador de Occidente, continuándose con prosperidad la sucesion y los hijos en aquella augustísima casa, parió una hija en Viena de Austria, á 15 de Julio de este año en que proseguimos. El rey de Francia pedía paso franco, y salvoconducto al Emperador, para que pasase por Colonia y sus Estados el duque de Beimar, el Landgrave de Hesen y otros señores alemanes rebelados á aquella Corona: respondió con libertad de ánimo generoso, no daba salvoconducto á rebeldes, ni hacia paz con ellos; con que se deshizo de nuevo el tratar de ella, y cada Príncipe de los que tenian allí sus Embajadores, Confidentes y Plenipotenciarios, los mandaron venir y abandonar la Junta, poniéndose todo de peor condicion, más sangriento y enconado, y siempre los pensamientos en las armas, en destruirse y acabarse.

Tras la toma de Buchain por el gran Maestre de la artillería, se siguió la de Busigui, con cuatro barriles de pólvora en ménos de veinticuatro horas, pequeño castillo y de ninguna consecuencia, si bien costaba al Rey el mantenerle y sustentarlo 100.000 escudos al año; y ofreció el conde de Soisons á Piccolomini disponerle alguna buena plaza en la provincia de Champaña, promesa que no tuvo más fin que retardarle en la jornada: andaba desavenido del rey de Francia, por la poca defensa que le pareció hizo el año pasado, en la provincia de la Picardía, cuando el ejército Real entró por ella, acudido del infante D. Fernando y el príncipe Tomás, dudando el cristianísimo y el privado del parentesco que tenía con aquel Príncipe por el matrimonio contraido con su hermana: hay quien discurre que la desavenencia es traza suya, y todo se puede creer de la nacion francesa, de su poca seguridad y falta de

en sus tratados, si no militar de su parte el haber rendido la vida á la devocion del Rey Católico, como nos lo dirá el año de 41, en los contornos de Sedán y sus términos.

Estando el príncipe de Orange, como ya lo dejamos referido, suspendiendo al Infante y á sus genies, no pudiendo por su asistencia obrar nada desde aquella parte de Bergas Obzom, despues de haber hecho los Estados infieles sus plegarias calvinianas, viendo que los franceses se habian entregado en la golosina de salir por su confin, aunque pequeñas villetas y castillos, resolvió en tomar otra derrota, ya que en aquella no podia obrar nada y que perdía tiempo; y por engañar á los que le atendian, haciendo dos partes del número grande de barcas que tenia, pasó á la una muchos de los soldados, portrechos, víveres, municiones y gastadores, y la otra dejó vacía, no más que para ostentacion; y valiéndose de la noche, por no ser sentido, le entregó al conde Casimiro de Nasao, gobernador de la Frisa, fuerzas que él habia podido juntar de aquellos países, dejando aseguradas ántes todas las villas y fortalezas de aquel paraje. Finalmente, le dió orden que corriese á cargar á Breda, con notable ánsia de volverse á recobrar en ella, por ser patrimonio de grande consideracion para sus conveniencias, y por ser la más, ó tanto como las de mayor fuerza, y de donde se toma el ejemplo y la idea de fortificacion para las otras.

Navegó, pues, Casimiro en Gertruydembevo, ó más atras, echó la gente fuera y los gastadores, y ordenóla en aquella campaña; pero algo remiso por algunos dias, por la guarnicion de la villa y por los socorros que la podian venir y darle las más cercanas, sin atreverse á embestirla. En el entre tanto, las otras barcas que quedaban vacías se andaban barloventando por las riberas del Rhin, Isel y Wal, y nuestra gente, sin saber el ardid que se le habia armado y el daño que les esperaba. Viendo, pues, Casimiro que en toda la campaña no habia quien le resistiese, la embistió y echó el sitio, y la comenzó á abrir trincheras y á tomar los puestos, con soldados y gastadores que traía, y otros que convocó del distrito. Estaba

dentro de la plaza y por su gobernador el Maestre de campo Furdin, de nacion borgoñon, soldado de valor, si bien rindió el Esquenque que no pudieron conservar; y éste, viendo lo que caigaba sobre él y el estracho en que le ponian, el socorro lejos y las fuerzas divididas en dos partes, contra dos enemigos consolidados, como el francés y el holandés, y que quería acabar este año con todo el País-Bajo; avisó al Infante, y escribió como el enemigo sitiaba la villa, habia tomado los puestos, sacaba trincheras y otras máquinas, y descubriese el engaño del príncipe de Orange, y como las barcas, que le hacian rosco en el país de Bas, no tenían gente y que estaban vacías, y las que la tenían habian salido de los canales en la noche, y estaban sobre él; que le socorriesen de soldados, bastimentos y municiones para poder resistir y defenderse. Causó este sobresalto no poco cuidado al Infante, á los Cabos y Ministros, y tambien el artificio del de Orange; trabajaban, pues, muy apriesa en fortificarse, habiendo costado ántes el ganarla el marqués Espínola 6 ó 7 millones de plata.

Dudó S. A. sin embargo del aviso del Gobernador, por ver delante de sí todo aquel número de embarcaciones, en que parecia no haber hecho mudanza ninguna ni desmembrárase la armada del holandés; y entre tanto que se pudo mover y poner en órden el ejército Real, para correr al socorro, se pasaron de vuelo ocho dias; y se oponia por dificultad el número de leguas que habia del país de Bas, donde S. A. estaba con su corte, basta Breda. Sin embargo, se alentó, convocó y llamó la gente, y enterado de la verdad y necesidad en que Breda habia caído, tomó sus armas y caminó muchos dias con ellas, y movió lo más apriesa que pudo, y con ánimo de dar batalla al enemigo y romperle un cuartel y socorrer la plaza: dió órden entre tanto que el conde Juan de Naso, de la familia de los príncipes de Orange, pero fiel al Rey Católico, con golpe de caballería, mientras que recogía lo demas del ejército que para sí juntaba, marchase delante y tomase algun puesto, que fuese de reparo á los sitiados, y los confirmase en la esperanza de poderlos redimir del asedio; pero el Casimiro iba

par horas, con su gente con la zapa y la pala, imposibilitando el poder ser socorridos, porque nuestra falta de providencia por la poca gente que habia olvidado, ó dificultad de dinero, tenia al riesgo muchas plazas del País-Bajo; y en esta ocasion le habian dado lugar al príncipe de Orange y á su hermano, para cerrarse con trincheras y contaduras, no uno, sino algunos fuertes y reductos, pasados de quince dias, que son los que habia menester, y los que sobran, si no se acude con tiempo, á perder la más fuerte y poderosa villa de los países. Habia avisado de esto ántes el Gobernador, y que se tenia del sitio; y no le respondieron, ó no le era dado al infante D. Fernando más, ni poderlo, por asistir por el otro lado á las hostilidades de franceses, á sus muchas entradas, invasiones y varios intentos, en que prólijamente guerrecaban; como ni tampoco al gobernador de Landresi, por la atencion que se tenia á los holandeses; y no le plugo que el invierno de este año, conovido de los vivos aprestos de los franceses por su frontera, y del riesgo que podia correr todo, fué en persona á la corte de Bruselas á representar á S. A. R. la flaqueza de Landresi, su falta de gente, de municiones y vituallas, y salió, más con disgusto por el aviso, que socorrido de las cosas que precisamente eran forzosas para la defensa de su gobierno. Hacíase, pues, cuanto se podia en todas partes, y uno sólo contendió con dos; y en efecto, no se descaecta, ántes se esperaba, si bien con pérdidas, quedar con vigor para esperar fortuna, porque el rey de Francia y su ministro, ingenioso y de maña, ántes del año de 44 los esperaba un sepulcro y volver la vanidad y el orgullo en ceniza, y muchos de estas memorias en olvido: y en aquel año, cuando quiera el cielo, veremos al Rey Católico, D. Felipe IV, armado en las riberas del Cinca, y con el baston en la mano, acaudillar gentes para vencer rebeldes, concitados por franceses, y romperles á un mismo tiempo; y otros, por sus gentes, en las fronteras de Portugal, serán caídos estos y levantado su nombre y conducidos al yugo primero de soldados los desertores, y vueltos á unir las más fieles en concordia de pueblos, política y justicia, con castigo de los ingratos: prevalecerá la Reli-

gion y la espada por autoridad del Monarca, y el Imperio de la misma manera rebatirá sus enemigos, y desde aquel año, floreciendo en empresas y victorias, se recobrá todo, y desvaneceránse los tiranos en hondos precipicios, como se espera.

Solicitando paces S. A. del estado calamitoso que tenía Breda, y descubierta la materia del ansiador y de la cabeza de los rebeldes, á mediado Julio, el justísimo infante D. Fernando, mandó juntar la más gente que pudo, y sacó 2.000 hombres de los que tenía el marqués de Fuentes en el ejército y embarrado de Gravelingas, con que se enflaqueció aquella obra y frontera para con los designios y fuerzas de los franceses, con que todo daba cuidado, y el Infante y las demás cabezas le tenían. El enemigo perdía tiempo en romper diques y esclusas, para empantanar la plaza, el territorio, y reducirla al último suspiro y postrer lance de necesidad, ó imposibilitarla de remedios, no dejando ningún ardid que no examinase su desvelo, ni trato que no experimentase su cuidado, máquina ó ingenios de que no hiciese prueba su indignación y tenacidad para llegar al efecto y conseguirle. Aguardaba el Infante, para marchar, toda la gente que había invocado, dejando parto á los franceses y parte á vivir otros puertos de calidad y defensa. Túvose allí una junta de los más graves consejeros de aquella milicia, sobre lo que se había de hacer: todos fueron de un mismo acuerdo, en que socorriese á Breda, mas que su Alteza hiciese alto en Amberes, y de allí fortaleciese el ejército de cuanto hubiese menester, le alentase y no pasase adelante. No se ajustó S. A. con el parecer de Cabos y Ministros; ántes daba muchas órdenes de provenir, á los criados de su casa, todo lo necesario á su persona, las armas y las demás cosas para la jornada que pensaba seguir. Hízose réplica con otra junta, y no condescendió, ántes, posponiendo la vida del Estado que le había encargado, y la de los súbditos á la suya, á su honra el decoro y autoridad del Rey, su hermano, por lo que le había fiado, abandonando sus comodidades y salud propia, se expuso en cuanto pudo á salir á ella. A esto gran cuidado se añadió el otro de los franceses, de todas maneras

perjudicial y de congoja á la conservación del país, porque era avisado por momentos que las plazas grandes de Cambresi, Monsieur de Enao y Valencianes estaban llenas de villanos y de otras gentes menudas, miserables, clamando al cielo y pidiendo justicias con lágrimas, por verse robadas sus haciendas y quemados sus domicilios, por la maldad injuriosa de los enemigos. Reprobaban en Flandes, viendo las calamidades y miseria tan generales que corrían, el haber el invierno de este año alojado tan lejos al conde Picolomini y á Juan de Wert, que pudieran estar más prontos al óposito y á la defensa de la tierra.

Continuaban los franceses las hostilidades, quemas y talas, á la sombra del holandés; por llevar allá S. A. parto de las armas que les había de enfrenar, saquearon una villeta llamada Vince; pero discutiendo aquel Príncipe sábiamente entre estas dos diferencias y calidades de enemigo, dijo que acudia primero á los más rebeldes y á los movimientos y tomas de holaudeses, porque caso que sucediese la pérdida de Breda, con ningún tratado de tregua se volvería, y si llegase á ella, no había que perder tiempo, ni hacer fuerza, porque no se consentía ni se expresaba capítulo que tratase de esto; y cuanto tomasen los franceses, si mañana se hiciese la paz, el primer artículo sería, como ya se tiene por experiencia en muchas concurrencias de paces, como lo han conseguido con nuestros predecesores; habiendo recobrado en esta manera muchas plazas en la Picardía y en el Balonés, que cada una de las partes restituía lo que tiene tomado al otro: finalmente, el Infante quería hacer en persona la jornada con lo que pudo juntar, que no era mucho, por dejar algo al óposito y aventurar 4 ó 5.000 hombres, si era posible, por socorrer á Breda, y si les podía romper un cuartel. Marchó allá; pero el príncipe de Orange, viéndole caminar, quiso hallarse en el sitio ántes que llegase: salió de Bergas Obzou, y navegó con sus barcas en solas dos noches, cuando nuestro ejército tardó veinte; halló la circunvalacion perfecta y en ser sobre la villa; y el Infante llegó por sus jornadas á Iustrate, tres leguas de Bre-

da. Eran pasados veinte días que los holandeses estaban sobre ella, con notable número de gastadores; sin embargo, pasó S. A. á un villaje puesto á una hora de camino del enemigo, llamó á consejo á las cabezas. Cabos y Oficiales del ejército, propuso cuánto importaba el socorrer la plaza, y que cada uno lo diese su parecer. Todos de una voz y de un acuerdo respondieron convenía socorrerla y que se hiciese é intentase algun esfuerzo, y que se acometiese á las fortificaciones. Mandóse poner en órden toda la gente, y señalóse á Manuel Franco para llevar el escuadron volante; pero porque se levantaron sobre esta eleccion algunas controversias y descontentos, entre el marqués de Velada y el conde de Fuenclara, que son los que ordinariamente confunden y desbaratan en su mayor necesidad las facciones y empresas, se tomó otro acuerdo: por deshacer el encuentro, diéronle á Manuel Franco, y formáronle un tercio de doce compañías, sacando de los tercios de Velada y Fuenclara, seis de cada uno, y de italianos y alemanes lo que faltaba al número y cumplimiento de 3.000 hombres, para que comenzase á introducir el socorro; pero las fortificaciones eran tales, y tan inaccesibles las dificultades, que al instante se les ofreció á los más ardientes espíritus de aquella milicia, que luego dieron por imposible el intento y el no poder salir con él. Había de llevar gastadores, palas y zapas y escalas, y habíase de tocar arma por cuatro partes; esperaba la caballería con su General, el conde Juan de Nasao, montada, á que Manuel Franco le abriese puerta, á que, sin embargo, resolvieron todos de reconocer ántes las fortificaciones sobre Breda, por ver si se hallaba alguna parte flaca por donde embestir, y dado que esto no se pudiese conseguir, estorbar los convoyes para incomodar al enemigo. Todo se probó y se salió á todo, pero él, estaba más confiado de lo que era menester, detras de sus reparamos muy altos, cavas y cortaduras muchas y muy hondas, llevando ranales y galerías á las fortificaciones de la plaza; desconoció todo el ejército de poder hacer nada: redujo el príncipe de Orange el sitio á ménos circunvalacion de la que era menester, y aun á más corto de lo que delineó. El mar-

qués Espínola llevaba sus ingenios á la plaza, hacia sus salidas el Gobernador, y derribábaselas y haciale otros destrozos, con pérdidas de la una y de la otra parte; pero viendo que el Infante no le podía socorrer con brevedad y que los bastimentos se le habian de consumir, y faltalles la pólvora, y que no había de tener qué tirar, desmayaba, y más cuando por aquí se persuadía que había, y le habian de obligar á rendirse. Eran contiúuas las acometidas, los asaltos, las máquinas que se hacían, se intentaban y se ponian en práctica para abrir y salir, no sólo á éste, pero á otros intentos.

A esta hora vino al campo de S. A. Preston, de nacion irlandés, gobernador de Genep: hablóle en secreto, dióle audiencia, y refirióle que los holandeses, por situar á Breda, habian sangrado las garniciones de las plazas vecinas, y que en Nimega y en la isla de Bema apénas habia 300 soldados, que si quería embestir á Nimega la ganaria sin duda. El Infante resolvió, con los mejores pareceres del ejército, de dar al Gobernador alguna gente y dineros y pertrechos para que le tentase y órden para D. Andrés de Prada, gobernador de Geldres, para que le diese toda la asistencia necesaria para el hecho, y ofreció de seguirle con brevedad con todo el ejército. Con estos auxilios partió el gobernador Preston, y en órden á la empresa envió el Infante al marqués Sfrondato, Teniente general de la caballería, para que con 30 tropas de caballos, y con achaque de mudar de cuartel, se encaminase por los contornos de Bolduque y arriándose á Grave se pudiese á la vista de Nimega, con el mayor recato y disimulacion que le fuese posible, sin meter en sospecha á ninguno de los burgos ni Magistrados, y atendiese á los designios del Preston; indicios ciertos de no poder socorrer á Breda, y tomaba la satisfaccion por otra parte, y en todas se veian gravísimos inconvenientes de salir con nada. Dada esta órden, se mandó marchar al conde Juan de Nasao, General de la caballería, con otro golpe de caballos para lo mismo, y S. A. siguió con el resto y con lo demas del campo. Las villetas del paso, los castrares y villanos de aquellos contornos, los gritaban de lejos y

los baldonaban á nuestra gente del desamparo de Breda, el no socorrerla, relándolos de tardos, de flojos, de pusilánimas en el socorrer, en abrigar y defender las plazas, ensalzando al príncipe de Orange, á los de su casa, á los holandeses y sus Magistrados; pero el cielo, airado contra nosotros, quizá por falta de humanidad en los pechos, y pedidos, y dificultades, y embarazos en los premios y en las mercedes con los más beneméritos, y por otros descuidos en que Dios se ofende gravísimamente, á la empresa de Nimega, que fuera muy posible, según el orden que se llevaba, tener buen efecto, se atravesó un marinero de los que se sacaron de Güeldres para pasar la gente en barcas por el Vahal, y tomó con velocidad á la villa, y dijo al Magistrado y Gobernador el riesgo que los amenazaba y el estrago que venia sobre ellos, que le reparasen al punto, acudiesen á los puestos y á las murallas, que el ejército Real, acaudillado del infante D. Fernando, desesperado de socorrer á Breda é instigado del sitio y de su pérdida, que tenía por cierta, venia á satisfacerse en su presa por este camino, y tomar en cambio ó en retorno á Nimega. Luego que fué oído este accidente, acudió con la poca guarnición y los burgueses á las armas y á la defensa; con que se imposibilitó el suceso: fué remunerado el marinero por el aviso con 200 florines, y luego comenzó á correr el caso falsamente en nuestro favor, porque aún la verdad no está de nuestra parte, porque faltamos á ella y nos damos á fiar, que es alta razón de estado mentir y engañar; porque si en Viena un Príncipe maestro en el arte de reinar, y maravilloso estadista, la emulación le prohibió este achaque, si alguna vez, de necesidad, usó de algunas consecuencias por el dictamen de la regencia, fué con hombres de quien recelaba, y se querian oponer á sus máximas y sacárselas de las manos: mas no con los que lo habían servido; y si con alguno de estos, que le ganó á Nápoles, no dejó de reconocerlos, ni le excusó del premio, sino como á sus méritos, como á su prudencia: finalmente, se dijo era la villa nuestra y el fuerte dentro de la Betua. Desbauciados, pues, de la facción y aún de otra ninguna, no se por qué cabeza

(/ por qué contrarios incidentes, bien que costaba no pocos cuidados y fatiga á S. A., porque descaba ocurrir á todo, pero faltábale las fuerzas, que sin ellas ningun esclarecido Capitán fué famoso ni afortunado; sin embargo, alojaba su ejército en la isla, no sin cuidado de Enrique, príncipe de Orange, como soldado que tenía ocupadas todas sus tropas en un sitio de conveniencias para él; y sin remedio, el dejarle de conseguir, y nuestro ejército, aunque libre, sin fortuna en la campaña, buscando en qué ofender y emplearse, sin embargo era mayor el pavor que cuando los tomamos el Esquenque; pero á las desconfianzas de Breda y á lo más desesperado se arribaban algunas consideraciones que daban ánimo á nuestra gente, y á los Cabos decían tenía el Gobernador 3.000 hombres dentro con que se podría entretener algunos meses, en los cuales se podría tener alguna esperanza, por los varios accidentes que acompañan á la guerra, para salvar la plaza; que tenía bastimentos y municiones para sufrir; que era bizarro en aliento y de suma destreza en el arte militar y de fortificación y defensa; pero otros reparaban en la pólvora, cuerda y balas que le habian de faltar, y aún en los víveres ponian dificultad, y que mantenerse por largo tiempo era imposible, habiendo cortado el de Orange un dique de los que vienen de Holanda, con que estaba anegada la plaza casi toda alrededor, si no es por la parte más alta; y no obstante todos estos artificios, tenían alojada su caballería dentro de las fortificaciones para rebatir con brío las salidas de la villa, del Gobernador y los Capitanes, de suerte que era poca la esperanza y mucho el desmayo de su conservación, y que sería milagro, si no volviese á la sentina de Calvino y Lutero y á las otras sectas de gomaritas y armentanos, era casi toda la guarnición de Breda, borgeñoña en todos regimientos. Viendo, pues, se habia desvanecido lo de Nimega, y que el ejército estaba parado sin hacer nada, discurría muchas veces y consultaba el Infante á los mejores Cabos y Ministros del ejército en diversas empresas, sitios, escaladas, asaltos, quemas, talas, y viendo ocupado al enemigo y encerrado detras de paredes, queria tentar á Gra-

ve, á Bolduque á Mastroique. Gastóse algun tiempo en esto y le perdieron, porque todo estaba avisado, guarnecido y puesto en arma con el intento de Niméga; con que crecian por horas las dificultades de probar fortuna: y otrosí, viendo al Francés que abrasaba la tierra por la otra parte, á esta hora, por hacer siquiera algun esfuerzo en tantas dudas y calamidades y hacer algun daño al enemigo, el marqués de Fuentes dejóle su plaza de armas, é hizo salir á la mar cinco fragatas grandes muy bien reforzadas para correr el mar del Norte. Su vuelta fué haber echado á fondo 49 bajeles, entre grandes y pequeños, de estos enemigos, y de franceses dos, entre ellos cargados de sedas y de otras riquezas que traian de Italia, cuyo valor se reputaba en un millon de florines; quebraron de esta pérdida algunos mercaderes de Holanda; echaron, sin embargo, dos bajeles de guerra á fondo, de cuatro que venian de escolta á esta flota, de los otros dos el uno dió en las costas de Inglaterra desaparejado, el otro siguió la fuga á su puerto y á llevar el aviso de esta pérdida, no queriendo seguirle por la venida de la noche. A la vuelta de estos bajeles para Dunquerque, echaron otros navios de guerra á pique, trajeron tres de franceses con muchos prisioneros, habiendo echado en las marinas ó playa de Inglaterra pasados de 450, sin pérdida de nuestra parte más que de cinco marineros, que entraron á saquear un bajel y se hundió sin escapar hombre; entraron los nuestros con toda esta presa á la casa del general Dorpe, holandés, que continuamente estaba con 43 bajeles de guerra de los Estados, á la vista de Dunquerque; disponia el Marqués enviar 45 de sus fragatas y embestir la armada enemiga, que siempre le asistia y queria embarazar las empresas navales y católicas de nuestro Rey, y ocupar aquellos puestos por dejar inútiles los socorros de españoles y dineros.

Puestas las cosas del País-Bajo en el estado referido, movió S. A. con el ejército la vuelta de Venló, púsola el asedio y fatigóla con bombas de fuego, que quemaron la mitad de las casas, y las lágrimas de los paisanos eran tales, de los viejos, de las mujeres y de los infantes, que obligaron al Gobernador á

que la rindiese. Tomóla S. A. en cuatro dias, halló dentro 6.000 barriles de pólvora, 42.000 sacos de harina y otras muchas cosas, todo para municionar á Mastroique, creyendo iba sobre ella, y con esto mismo calor corrió á Rusemunda, á cuatro horas de camino, acometiéla con bombas, y si bien no hacian aqui tanto estrago, el miedo del ejército y tan á sus puertas, les hizo entregarse en siete dias con pérdida de poca gente: de aqui pasó á Mastroique y á encontrarse con los franceses, llamado de los de Licja, que ya no podian sufrir la vecindad de holandeses, que de amigos se habian vuelto enemigos y tiranos, por haber llegado á ser confinantes, y no podian sufrir los términos indecentes de aquella canalla: tenia Mastroique de guarnicion siete compañías de infantería y tres de caballos, que todos no llegaban á 500 hombres: prometian los liegeses á S. A. asistencia de gente, municiones y bastimentos; pero el Infante, por la poca que tenia y falta de dineros, no se atrevia á empuñar el sitio por no faltar á todo. Estaba indispuesto el príncipe Tomás en Verta, con que en todo este verano no habia podido salir á campaña: murió el duque de Lerma, y acabó su casa en servicio del Rey, y por consiguiente el marqués de Aitona, Gobernador de aquellas armas; y finalmente, el Infante, dejando los holandeses, y á Breda á la disposicion del cielo, se revolvió á contender con los franceses que procedian insolentes en el país de Enao; pero consumida mucha parte de su gente, sin embargo, eran reforzados por horas de nuevas tropas, y la infantería desmandada ocupaba casi todas las villas sobre el rio Zambra hasta Namur, alojados los demas en ellas por ser acomodadas para dormir en cama y desnudos todas las noches, haciendo esto cada dia, aunque estén en sitio descuidado, no teniendo por cosa baja, aunque sea de muellas y gallinas salir á los rebatos en camisa. Acuarteloso S. A. é hizo frente de banderas á las puertas de Monsiecur de Enao con Picolomini y los 6.000 hombres que trajo de Alemania, si bien esperaba más; pero todo era fábula, por no cumplirle ó por no poder los 400.000 escudos que le pidió cada mes para levantar 40.000 alemanes, y este Capitan y Va-

lanzon, juntas sus tropas, que no pasaban de 40.000 soldados, hacian cada día presas y daños en los franceses, forzaronlos á levantar el sitio de Avenas con mucho gento de pérdida: por la parte de Pícolomini hubo alguna. Proseguia el marqués de Fuentes sus presas con las fragatas; navegaron á las pesquerías de holandeses y echaron á fondo más de 500 buzas, que son barcas de pescadores de arenques, en que aquellos tienen fundados su mayor trato ó interés; llevaron lojales de guerra que les hicieron escolta; trujeron muchos prisioneros, á pesar de su armada y del general Dorrp, que hasta ahora asistia á la boca de Danquerque con 22 navíos de guerra para estorbar la salida de los nuestros: era notable el llanto de las matronas holandesas cuando veian á sus maridos ó hijos muertos ó presos, y robadas las haciendas; llamáronle traidor y que era afecto al Rey de España, y tiraba sus gajes, hacia esfuerzos, que el Burgomaestre de Licja, el que mató á Barfúse, cuyo suceso dejamos referido en los capítulos de este libro, para que el Infante tentase lo de Mástrique, arrepentidos de haber cooperado en la toma de la villa por su dañada veccidad. El Infante no hallaba sazón, y tambien no era bastante la gento de Pícolomini y Valanzon para la defensa de Enao, cuando más para cargar plaza de tanta consecuencia; y viendo á S. A. á sus puertas, para que los sacase de franceses y sacudiese de las cervices yugo tan infame, porque con sus correrías y los puestos que habia tomado no los dejaban salir de la villa á administrar sus haciendas y labranzas y acudir al trato y la correspondencia de los vecinos. A este fin se ofrecieron de dar á S. A., pagados por meses, 5.000 hombres entre burgueses y villanos, y para esto echaron bando, que para 46 de Setiembre estuviesen todos armados y prevenidos para escoger y hacer esta suca. Agradeció el Infante el servicio y no aceptó la oferta, dando las excusas más ajustadas á su pensamiento de no haberla menester, y que á su tiempo los avisaría y sacaría de aquel cuidado.

Dejó alguna caballería é infantería á cargo del Comisario general D. Pedro de Villamayor, y todo lo demas al del mar-

qués de Leiden, para incomodar quanto pudiese á Mástrique, y á hacerse calor á todas las plazas de la Mosa, á Güeldres y á Juíers, y si fuese llamado del conde de la Fontana al país de Vras, marchase á socorrerla; con que asistió en persona á Monsieur de Enao, estando ya casi á los últimos del verano, y apoderado el francés en alguna parte considerable de él, con la toma de Landresi y Maubeange, donde el cardenal de la Baleta asistia á su hermano el duque de Candala con 46.000 infantes y 4.000 caballos: tenia asimismo á Chimay y á Beaumont y otras villetas que hacian tener á raya á Valanzon. Habia salidas de ambas partes; tomábase prisioneros; pero el 27 de Agosto, el Cardenal, con el grueso del ejército, dejando á su hermano Candala en Maubeange, aseguradas las espaldas, encaminó sus gentes, por deslumbrar á los nuestros, la vuelta de Abenas, haciendo demostraciones de querer volver á sitiaria; pero el otro día, y á los 29 de Agosto, se dejó caer sobre la Capela, plaza suya, en la provincia de Picardía, con ansias de recobrarla: á dos horas de camino, siguióle S. A. con el pequeño ejército que, ya por aquellos dias, gastado en largas jornadas le habia quedado, y declarado el intento del enemigo, que alcanzó á saber en Nivelas de las Damas, tuvo pensamientos de chocar con la gente francesa que habia quedado en Maubeange á cargo del duque de Candala.

Escribió á Márcos de Lima, portugués, gobernador de la Capela, que resistiese y conservase la plaza, y no dejase recobrarse en ella el enemigo, como lo fiaba de su persona; que le socorriera y sacaria de cuidado con su presencia, y que hasta que se vieso reducido á término de desesperacion no tratase de rendirse. Tenia la Capela al pié de 4.000 hombres de todas acciones. Atacó el cardenal de la Baleta fuertemente, por cuatro partes, y por las dos, siguiendo las pisadas del príncipe Tomás cuando se tomó. Defendióse tres semanas haciendo el Gobernador y la gento de guerra quanto los era posible; emprendieron algunas salidas con valor y denuedo; matáronles mucha de su gento, y entre ellos, personas de reputacion y de calidad, á dos mariscales, Monsieur de Ramburg, particular-

mente, que el Rey, el Richelieu y la nación, quisiera, ántes que otra empresa la vida del Mariscal, como lo referian en sus cartas, que la rendición de la plaza, por sus muchas partes de prudencia, valor y militar experiencia. Dieronle un mesquetazo en un brazo á los primeros encuentros; no quiso dejarse curar, enconósele la herida, después lo consintió por amonestaciones de Baleta y de sus mayores amigos; sin embargo, se le cortaron, con que murió, con salmos y oraciones de franceses, en San Quintín: refirió esto un Teniente de caballos, prisionero de aquella villa. Apretaba el sitio el cardenal de la Baleta con enojo por la pérdida de tales cabezas; enviaba amenazas á los sitiados, y decíales que si esperaban asalto, mina ó volar baluarte, ú otra cosa, los había de pasar á cuchillo; sin embargo, resistía nuestra gente, y el Gobernador portugués velaba en la defensa. Sangraron los franceses el foso y trataron de cegarle, y con dos baterías que les tenían asentadas al opósito de dos baluartes, desalojaron nuestra artillería de las casamatas, con que seguros se arrimaron al foso; y en la cortina, franqueada, comenzaron á minar para volarla; y como dentro no había número bastante de minadores que contraminasen la plaza, por ser pequeña, lo sufria; y al fin se rindieron con las condiciones ordinarias de banderas, bagajes, no licenciando la artillería por haber ellos antes salido sin ella, no dejándosela sacar á nuestra gente: salieron á 21 de Septiembre de este año y pasó la guarnición á juntarse con el ejército que estaba de allí diez leguas.

Defendiase Breda con salidas, ingenios, mañas y esfuerzo incansable de los de adentro, echando y desbaratando las galeas y artificios por no dejarlos llegar á la contracarpa de la muralla. Una vez, entre otras, vió el Gobernador venir las galerías por diferente camino que las demás; apertilló la muralla para meter debajo de tierra dos medios cañones; salió bien el intento, cargólos de balas, clavos biertos y otras menudencias, y aguardó la venida, y cuando ya las tuvo cerca mandó dar fuego, de suerte que se las echó á rodar con muerte de pasados de 600 hombres: hizoles otras muchas astucias de

guerra peligrosas, con que los tenía desesperados á los enemigos, tanto, que ya el príncipe de Orange no podía reducir el trabajo á los soldados. Tenia la plaza á esta hora dentro 2.000, y habia menester para sustentarse y esperar á 6.000 combatientes con todo lo necesario para consumir á los holandeses: estaban continuamente los nuestros trabajados del sueño, del cansancio ó la fatiga en la lucha, con las máquinas y los arduos militares, y la limitación del comer; apretábelos el de Orange, por irse recobrando en 60 ó 70.000 florines que le valia ántes que la perdiere, por ser villa de su patrimonio: era su quinta, su recreación y de donde tomaban y aprendían los ingenios marciales del ejemplo y la enseñanza de la fortificación, cuando el cardenal de la Baleta resolvió sitiar la Capela y dejar al duque de Candala, su hermano, con los 40.000 soldados franceses para resguardar á Landresi y asirse á Maubange, donde se abrigó el enemigo, por ser más capaz de alojamiento que Landresi, por no consumirle los bastimentos que le dejaba, como también para asegurarse de las espaldas; porque entre nuestro ejército y la Capela está Maubange sobre la Zambra, que va á parar á Namur, de esta parte del castillo, porque la otra inunda la Mosa, y el ser Maubange una villa muy quebrada, cercada de casamuro sin terraplen; y como tanta gente no podía estar bien dentro, ni segura ni acomodada, ordenó el cardenal de la Baleta que se hiciesen, aunque de prisa, unas malas trincheras á esta parte de la ribera, y á nuestra gente, por donde puso soldados en algunas barracas, no más que para tocar arma y retirarse á dentro y cortar el puente en caso que fuesen acometidos; y otrosí, recoger su grueso para socorrerle. Después, cuando el Francés ocupó á Maubange, á este mismo tiempo se apoderó nuestra gente de un puesto que tenia por nombre Apon, donde se les dificultaban los convoyes que venian de San Quintín; por manera que llegó á valer en Maubange á los franceses un pan de munición, mucho menores que los del País-Bajo, cuatro florines, que son 46 reales; un pote de cerveza, medio patacon, ó 30 plazas; de suerte, que se hallaban reducidos á

gran miseria y hambre. Corrió fama á esta hora que se defendía Breda con obstinacion, y que la querria abandonar el príncipe de Orange; pero fué falsa como otras muchas de estos tiempos, esplayadas á no más fin que suspender y enganar los franceses que asistian en Cales, por el confin de la provincia de Flandes. Ya casi á los postreros de Setiembre, tomaron á Yumeguen, fuertezuelo de poca consideracion, puesto sobre una riberrilla que viene de Santomer y corre á desaguar á Gravelingas; quedó cortada con esta faccion, incomodando toda aquella parte y el país de Fernanbosc, Santomer y Dunquerque, bien casi hasta Brujas. Entendido el sucesso por los compañeros y cabezas de los puestos ganados y adquiridos, y como iba caminando prósperamente, enviabales gente de refresco mucha y famosa para fortificarse y hacer aquel puesto más formidable y de cuidado al Infante y al ejército Real; pero el marqués de Fuentes, nobilísimo caudillo y de atencion en toda aquella provincia, puertos y fronteras, acudió al remedio, y plantándoles dos piezas de artillería, los echó de allí, y con la gente que estaba á su cargo recuperó el puesto y le mejoró mucho más de lo que ántes estaba. Juntáronse con S. A., á los fines de Setiembre, Valanzon y Picolomini la vuelta de Rinche, consultaron lo que se debia hacer y prevaleció lo que S. A. traia discurrido, que fué acometer á Maubeange. Estaba allí la gente francesa á cargo del duque de Candala, hermano del cardenal de la Baleta, como vamos refiriendo, ocupado en el sitio de la Capela; señalóse la gente para el efecto; tocólo al Sargento mayor del tercio del conde de Fuensaldaña; abrió aquella noche de su partida trincheras á la villa, por la parte que tenia unos malos reparos; fué el Conde con otro trozo para divertirla, y tocó arma á los franceses á tiempo que el Sargento mayor habia llegado al puesto que se pretendia con sus trincheras. Llegada la ocasion, cerraron con la villa, desalojaron al enemigo de los primeros reparos y los encerraron dentro con el puente de por medio, que rompieron á la retirada, como lo tenia de orden, con que no fueron demasiadamente ofendidos por no poderlos seguir;

echaron ménos las barcas que en aquella coyuntura les fuera de importancia, y no surtió la faccion el fin pretendido. Tenia el Candala en unas eminencias muy buenas fortificaciones, donde se habia de reparar hasta la venida de su hermano para socorrerle en caso que se peligrase en aquel pasaje: pasaron algunos de nuestros españoles de la otra parte del rio con las espadas en la boca, y trajeron algunos caballos, vacas y otras presas; y viendo, pues, que aquí no se hacia nada, se retiró S. A. á una villeta; hizo el ejército frente de banderas y acampóse en la campiña de la villa de Monsieur de Enao. Llegó aquí la nueva de la rendicion de la Capela: comenzaron los Cabos del ejército á murmurar del Gobernador portugués: decian no le faltaba bastimento ni municiones, que tenia 4.600 hombres con que podia esperar más tiempo y sufrir más asaltos, y mostrar coraje y valor, y obligar allí al enemigo á perderse ó levantar el sitio. Vino el Gobernador al campo de S. A. y no le quiso ver ni permitir que le hablase: mandóle prender y llevarle al castillo de Cambray, poniéndole continuas guardias, y á vista de Oficiales reformados mandó, que se viese su causa y se le hiciese el juicio, no por Ministros de justicia, sino por el conocimiento de Maestros de campo y Oficiales, con ánimo de castigarle y dar ejemplo de constancia y de valor á los demas Gobernadores; cosa que en el País-Bajo convenia mucho, por estar la facilidad más estragada.

Retiróse Baleta, tomada la Capela, dejandola presidida y á cargo de Capitan de reputacion, y con el ejército á la abadia de Maroloe, tomando por espaldas un gran bosque de notable espesura, llamado Marmalans, dando calor á la conservacion de la Capela y á Landresi, que fortificaba poderosamente, y de esta manera se sustentaba, siendo ya 9 de Octubre, y la demas gente en Maubeange á cargo del Candala, sin hacer otra cosa más memorable que algunas pequeñas salidas: sin embargo, el cardenal de la Baleta retiró á su hermano de esta plaza, y sabido por S. A. el intento, dió orden á los Maestros de campo y Capitanes, que todo el ejército hiciese frente de banderas. Era el ánimo de la Baleta, con su retirada, coger nuestra gente

en medio de su ejército y el de su hermano, por tener dobladas fuerzas, acometernos y ponernos en derrota para traer despues mayores cosas y empresas. Mandó S. A. á los soldados estoviesen todos con las armas en las manos, y que los de Apou, en teniendo aviso de los batidores de las estradas ó batidores del campo que los de Maubeange comenzaban á salir, fuesen disparando con sus intervalos cuatro cañones. Esto se comenzó á ejecutar, y no acabaron de tirar hasta la media noche. Avisado S. A., dió orden que marchase Piccolomini la vuelta de Apou cuando los de aquella villa salieron al último tiro y escaramuzaban con el enemigo: la noche era tal, que metió en confusión todas las cosas y fueron heridos algunos Capitanes y muertos otros 400 hombres: retiró Baieta al Duque, su hermano, que fué causa de no ser la rota más señalada, y habiendo llegado ya tarde, comenzó á picar con flojedad: metiólos en calor el conde Piccolomini escaramuzando, y tan empeñado, que á no ser socorrido fuera preso ó muerto, y si la resta del ejército llegara al amanecer, cuando estaba más encendido el combate, no lo llevaran tan borato los franceses, y saliera más lucido y mejor agraciado nuestro campo: faltaba la dicha y la fortuna.

Habian comenzado mal las cosas con la falta de gente y dineros; habianse perdido plazas y desconfiábase de la de Breda, que es la que más dolía; y así no arribaba á nada la fatiga y deseos de S. A., ni la amplificación de sus intentos por el servicio del Rey. A esta hora llegó el aviso de la rendicion de Breda: habia el enemigo ganado dos hornabocos y encaminándose á cegar el foso; y el no haberla podido socorrer la hizo entregar á 10 de Octubre con las condiciones honrosas y generales que las plazas nobles del país se dan: duró el sitio dos meses, habiendo gastado sobre ella los años pasados, y en tomarla el marqués Ambrosio Spinola, nueve: culpaban al Gobernador y al de la Capela: aquél decia no tenía pólvora y le faltaba ya todo lo que habia menester para defenderse y conservarse; el otro, si no con tanta razon y probabilidad, decia lo mismo, y echaba mano de no haber sido socorrido.

Sin embargo, la voz de los soldados los condenaba á cortar las cabezas, porque decian podian esperar y que era falso lo que alegaban; que aún tenían con qué defenderse por más tiempo, en que los accidentes de la guerra podrian dar alguna fortuna ó prosperidad á la esperanza y á las dificultades y mejorarían las cosas. El marqués de Fuentes continuaba sus empresas con los bajelos de su cargo; ponía en conflicto á los holandeses en el progreso de sus pesquerías; echándoles los navios de guerra á pique, tomándoles una flota de Amsterdam, con mucha arillería que les venia de Venecia, cargada de arroz, de anises y otras mercaderías: descubrieron consecutivamente la flota que venia de la pesquería para entrar en Holanda, cubstieronlos y tomaronlos 32 buques cargados de arneses; buyeron los navios de guerra que venian de esta colta, tomando número considerable de prisioneros; en esta forma alligian aquellos enemigos en su misma casa lo que trabajaban las de Oriente y Occidente, no dejándolos descansar, sintiéndolo ellos con amargura y sin saber las pérdidas de sus mercaderes, siguiéndolos cuando doblaban sus rumbos y costas hasta Inglaterra y Francia en canales, entrando por los puertos de Gravelingas, Maudeque, Ostende, Nieuporte y Dunquerque, cargados de presas, bajelos y prisioneros; recibiendo, segun lo afirman hombres prácticos, más daño por la mar que beneficio por la tierra, si bien la pérdida de Breda fué sentida en todo el círculo de la Europa, de nuestros Principes y de los afectos.

Con esta pérdida, proveyendo S. A. á cuanto podia alcanzar su gran juicio y fuerzas, envió los tercios de Fuenclara y Carlos Guasco á la provincia de Flandes á juntarse con el marqués de Leiden para la ocurrencia de los rebeldes, que desembarazados del sitio de Breda, como orgullosos de la presa de tan gran plaza, no tentasen más novedades en los países, porque no se dejaba de antever, como lo escribiré en los años que se siguen y nos lo dirán sus acometidas, que no dejaran con la pérdida de ésta, que serán muchas y los efectos. Con la funcion de franceses, mortales enemigos, quedaba al riesgo

la nobilísima plaza de Amberes, la más codiciada de los holandeses y la que, si se perdiera, no hay duda pondría en fatal destrucción todo el dominio Real, y se acabaría de consumir la parte más esencial de la Monarquía: quedaban por las mismas causas expuestas á estas mismas causas, digo desdichas, Brujas y Estera, porque puede el enemigo en la abadía de San Bernardo, sobre la ría de Amberes, echando puente en la Esquelda, cortar los diques y anegar de suerte el país de Vvas que puedan nadar bajeles grandes en él, y tomar con facilidad todas estas plazas; y, sin embargo, el de Orange, señoreado en la plaza y desembarazado de la fatiga del sitio, y aplanado trincheras y fortificaciones, y reparado sus quiebras, fué sobre Liera, que rechazó la guarnición de Leiden, con entrarse dentro de la villa. Envió allá S. A. bastimentos y municiones, que es la vida y conservación de las plazas, con que cedió el rebelde del intento y de lo que él se sospechaba, de querer ir cortando á Amberes: pasó á su defensa el conde de la Fera, con orden de que se les arrimasen los tercios del conde de Fuenclara y Carlos Guasco, para que con la gente que el conde de Leiden tenía estuviesen siempre al opósito del enemigo. Convalenció el príncipe Tomás de sus achaques; fué al ejército y á la administración de su cargo; salieron todos los Cabos y Capitanes á recibirle á dos horas de camino de nuestro campo, que militaba al opósito de los franceses en Landresi y Monsieur de Euno; halló retirado al duque de Candala en Maubeuge, descansado su ejército ocho días, al abrigo y contorno de Landresi; pero despues le vió mover y mejorarse á los casares de Piemonte, Land y otras, delante de Cambray y en sus pasos y cerca de Chatelet, donde entraron todos en sospechas que la quería sitiar y recobrase precisamente en ella, para no dejarnos un pie en Francia, ni un baluarte de los que se le ganaron el año pasado, y más, habiéndose éste recuperado en la Capela; con que no nos dejó nada que poderle retener y darle cuidado, ántes dejarnos muchos. Restituyó S. A. en aquel gobierno á D. Gabriel de la Torre, depuesto por cargos falsos; encomendóle la defensa y que le socorriera, y por atajos y

sendas incógnitas lo envió á que se metiese dentro con 200 mosqueteros españoles, y en su seguimiento 500 hombres, entre valones y de nuestra misma nación, que estaban en Cambray, que todos entraron dentro en una noche; con que tenía Chatelet 4.200 soldados y una compañía de caballos. Pasaron los franceses, y desde los casares saquearon á Cubeenal y deparonle, y fué suerte no afirmarse en ella, porque fuera muy posible incomodar nuestra gente y disponer á Chatelet para forzarle, sin dificultad alguna, á recibir el sitio y elegir alojamientos más convenientes y á propósito para salir con ella. No obstante, el cardenal de la Baleta alojó su campo á hora y media de camino de Chatelet: tornóla ó socorrier S. A. con un convoy de Cambray con el comisario José Lopez, y que hiciera oficio de Veedor general y Contador, y que pasase por su mano toda la distribución de la plaza y de aquella milicia: marchó á vista de los franceses el convoy por estar ocupados del sueño y en sus camas. Compúsose otro cuatro días después, y más grueso; vino á su noticia el buen efecto del pasado, y como se intentaba meter éste; pusieron una emboscada en la Buceia, abadía de fruites Bernardos, á tres leguas de Chatelet, sobre el mismo camino de Cambray, y encubrieron 4.000 caballos y alguna infantería para prender el convoy: salió de noche en número de 50 ó 60 carros cargados de pólvora, harina y otros bastimentos y municiones, iban por escolta 200 caballos, y marcharon los batidores del campo muy ajenos de la celada que les esperaba: sabido por el gobernador de Chatelet, envió espías perdidas para que se lo avisasen y un Alférez de caballos para el mismo efecto; pasó éste por en medio de los enemigos, y sin embargo de que los reconocedores no toparon el convoy, el Alférez dió con él y avisó cuán á pocos pasos les aguardaban 4.000 caballos y el riesgo de ser perdidos: volvieron con este aviso muy aprisa á Cambray, y con la confusión de la noche y el tropel desordenado de la fuga, perdieron tres carros. Mejoróse Baleta con su ejército en la sorpresa de Chatelet: el Infante hizo lo mismo, y Piccolomini con la gente de su cargo, en los casares de Cam-

bresí, á tres horas de distancia el un ejército del otro, sin más diligencia que suspenderse ambos. Llegó en esta ocasion de Alemania el coronel Forgate, con un regimiento de 2.000 caballos con 22 cornetas y 400 infantes: esperábalos muchos dias habia, que ya todo venia tarde, porque los enemigos habian conseguido casi lo que pretendian de nosotros, y lo que el veniano, sus astucias y fuerzas le habian peruido; el tiempo iba á toda prisa imposibilitando el poderlos reparar en algo: venia el Forgate de la Pomerania de combatir con sucesos y procurádoslos deshacer, y en el Rin con el Isolani, caudillo imperial: habian peleado ambos con el duque de Beimar, reencuentro de poca mención y que aquel redujese á no más lancos que á retirarse. Recibióle S. A. con la afabilidad y la dulzura de confidencia, de que le habia dotado el cielo para con los soldados y la demas gente, y dándole cuenta del estado que tenia la guerra por ambas partes, de unos enemigos y otros, dijo á su Alteza, en italiano, que ya le conocian los franceses: respondióle el Infante en el mismo idioma: alabóle mucho Piccolomini y dijo muy encarecidas cosas del Forgate, en materia de valor y de consejo, regocijado de que S. A. lo respondiese en italiano: mandóle alojar en Cambray y que le proveyesen de todo lo necesario á él y á sus soldados, é hizo Manuel Franco, con liberalidad y diligencia; diéronles, entre las demas cosas, 4.000 panes de munición para cuatro dias, y mandó S. A. que luego que hubiesen descansado fuesen á buscar los franceses. Retiróse el cardenal de la Baleta, ó ya fuese de la gran reputacion del caudillo y de este socorro, ó compelido de otras materias que militaban de su parte, útiles al progreso de la guerra; y marchó, pues, la tierra adentro la vuelta de Guisa, sin quemar los alojamientos, orden que no maravilló poco á nuestros soldados y Capitanes. Era el Forgate de gentil presencia, robusto, ágil y de resolucion para acometer cosas árduas; de 36 años de edad, estropeado de la mano izquierda, diestro en entender y hablar las lenguas española, italiana, alemana, francesa y turquesa; era vasallo del turco, por su patria croacio; y descansado ya en Cambray, mandó aprestar la

gente, y sacando el bagajo que alojaba en los burgos de la villa, marchó dividiéndola en tropas. Dió de repente vista á Chatelet; informóse del camino que habian tomado los franceses; corrió la tierra adentro, y sin haber quien se le pusiese delante, robó y taló la campaña y los lugares vecinos: puso en terror la gente confinante; tomóles número grande de prisioneros, caballos y ganados; pero el tiempo estaba ya tan adelante y el rigor del invierno tan sobre nuestra gente, que no daba lugar de intentar nada en nuestro favor. Y, sin embargo, no faltaban franceses, que de cada dia venian muchos, con la vigilancia y cuidado de Richelieu, porque Monsieur de Chatillon, el que perdió el ejército el año pasado de 35 y salió roto y desbaratado de Lovaina y del País-Bajo, y nos avisó de la ayuda de Enrique de Nasao, príncipe de Orango, aunque aliados para repartirsele, como de antes, se capituló; pero no que el francés habia de tener parte en la invasion, sino que le habia de dar 42.000 soldados sin cabeza, porque él lo habia de ser, y éste no como por socorro, porque él queria ser el lavador; descontentándose cuando vió que traia tanta gente y con tan superiores cabezas, saliéndose fuera y de no ayudar la faccion. Este, pues, con una parte de ejército se arrojó sobre Dansvilliers en el pais de Luxemburgo, fuerte, aunque pequeño; socorrióle el Macstre de campo Cantelmo, gobernador de aquel Estado, que con alguna gente estaba dentro de ella, y por su gobernador Estasi, valon de nacion: apretábala aquel francés, y el Baleta se le habia juntado y vuelto á las hostilidades de los Países-Bajos, con mucha artilleria y otros pertrechos: marchó á socorrerla el conde Piccolomini; y el enemigo, con la flojedad y desmayo que habia visto y notado en los Gobernadores de plazas de aquellos contornos, desembocó el foso, con que al estar así, sin otra defensa ni óposito, hizo llamada para rendirla con condicion, si no fuese socorrido dentro de tres dias por S. A. Viendo Andrea Cantelmo el aprieto de Dansvilliers, juntó 500 mosqueteros de todas naciones y diólos á su Sargento mayor para que se socorriesen la plaza: vencieron estos todas las dificultades del camino, los peligros y celadas

de los franceses, forzaron con denuedo y valentía un cuartel de estos enemigos matándoles mucha gente, y arrimándose á una puerta de la plaza, al amparo y obscuridad de la noche, llamaron al gobernador Estasi que los abriese. La respuesta fué que habia capitulado con el enemigo; replicaronle, que no era pasado el tiempo prescrito y que lo venia á socorrer Piccolomini, que le abriese y no se precipitase á delinquir contra la fidelidad del Rey y á su honra. Sin embargo cerró las orejas, y los franceses, con la claridad del dia, que en aquella parte es más diligente, sobrados en infantería y caballería, reconociendo los 500 mosqueteros, los acometieron haciendo los mucho daño, y apretáronles entre el foso y las puertas de la villa, con que se hallaron forzados á pedir partido.

Rindióse Dansvilliers é imposibilitaron el socorro, cuyo aviso no dejó de aumentar el enojo de S. A., y de que hubiese tan infame Gobernador, que teniendo á las puertas, aunque se hubiese de rendir la plaza, no corriese esta gente la misma fortuna con ella, y pues no era pasado el tiempo de le capitulado, hicieron todos los esfuerzos de honra y conservación que debia, y cuando hubiera pasado, teniendo el socorro tan á las puertas, no le corría obligacion de guardar tan sobrada fe á los franceses, dando indicios evidentes y claros de que les era afecto, y señalés muy firmes de que le habian pagado la fineza; finalmente, dijo aquel Príncipe tenia la culpa de estos malos sucesos el no haber ántes cortado la cabeza al gobernador de Corbie, para ejemplo de los demas, y hacerlos más constantes al servicio del Rey. Es esta plaza fuerte aunque pequeña y en forma triangular; coge los linderos de Lorena, Francia y Luxemburgo, está casi rodeada de marrazos y pantanos, y al fin de mucha consideracion. En este tiempo el rey de Francia pedia á los Estados de Holanda le diesen á Mastrique, por los gastos hechos y levas de gente en su favor, y por la liga contrada tan largo tiempo entre ambos: disponianse á dársela por las mismas causas y por no desabrir tan gran protector, y él la queria por tener una plaza capital en el País-Bajo en que poder hacer pié y fundar su designio con

mayores esperanzas que hasta allí. De esto tengo avisado, como les doleria si se fuese arraigando en sus fines, y cómo perderian su libertad los que tanto han peleado por ella, derramando tanta sangre suya y de sus confererados, y hecho pagar tantos millones de oro; y es cierto la perderán á la mala correspondencia de los franceses, y la alianza de ahora se volveria en pesado yugo y enormísima servidumbre.

Quedó el príncipe Tomás con las reliquias del ejército en Bechain para aguardar la retirada de los franceses y recuperar á Chateau Cambresi, é ir preparando á Landresi para lo mismo; pero los enemigos, insolentes con la victoria y sucesos de este año, aguardaban, no obstante, la hiciese el príncipe Tomás para el mismo tiempo, para cargar á Gbetelet, reforzada por el Infante, tomar mejor expediente por lo mucho que se habia trabajado este verano, y que unos y otros estaban ya cansados por su ejército. Despues de guarnecidas las plazas mandadas entre Guisa y San Quintin, el rey de Francia y Richelieu, mal satisfechos de las empresas del cardenal de la Balta, quisieran que hubieran sido mayores y que hubieran hecho más este año: envió á fray José de Paris, capuchino, grande allegado del cardenal de Richelieu, para que le tomase residencia sobre el manejo y proceder de las armas y las órdenes que se le dieron para entrar por el País-Bajo: llevaba patentes de Capitan general y para ejercer el oficio, y que de él dimanasen las órdenes de los demas Mariscales. Decian podia haber hecho más superiores cosas, porque el primer presupuesto, cuando salió y se puso en campaña, era sitiar á Cambray, yendo ya destinados los puestos entre el Gran maestre de la artillería, y Ramburg podia y estaba en su mano haber podido cortar la vanguardia al conde de Fuensaldaña, cuando á 7 de Julio se fué á juntar con el conde Valauzon, y su caballería, superior á todas, lo podia haber hecho y tentado fortuna, por haber quedado la villa sola, desmantelada de gente, sin afición los de dentro, mas ántes con inclinacion francesa, y no haber quedado con más guarnicion que la del castillo, 300 hombres bisoños, descalzos, levantados en las primeras levas de este año, sin

arte, sin disciplina militar; y demás de esto, sin óposito en todo el País-Bajo, y sin dinero, no habiendo dado á los soldados en todo el verano más que media paga, ni á las plazas ni castillos; poco frecuentes los auxilios de Alemania, mal afecto el privado del César con el de España, dando de mala gana el conde Matias Galaso la gente que le pidió despues de las obligaciones del año de 35 sobre la entrada por la Francia, que suspendió en el Ducado de Borgoña, y malogró el Condado invernando sin efecto alguno, con que el fruto que de él se esperaba en apoyo del infante D. Fernando y en menoscabo nuestro, no se vió, con que podemos sacudir el miedo y el pavor que tenía en cruz todo el reino; el Infante en Bruselas, sin ejército, aguardando al conde Octavio Piccolomini, que tardó dos meses, sin traer gente; y á la misma hora el príncipe de Orange tentó la presa de Breda, á cuyas espaldas y en virtud del embarazo que se hizo al Infante y enfermedad del príncipe Tomás se podía haber salido con Cambray, plaza de gran consecuencia para conseguir lo del País-Bajo, y la honra de la Francia, que habia sido mal gobernada tanta gente, levantada á peso de millones y de fatigas, emponñándose en pequeñas plazas, que áun de cuidado nuestro, como se habian ganado se perderian, finalmente, no eran las que causaban dolor al rey de España ni á sus Ministros. Este era el premio que en Francia daba el privado á los Generales de los ejércitos y á los Capitanes que habian guereado con inmenso trabajo y penafidad; y así el fray José de París, amigo del cardenal de Richelieu, con el valor de la privanza, de la potestad y de la soberbia del afecto, residenciaba al cardenal de la Baleta y le ponía en desgracia de su Príncipe, porque el premio no fuese instrumento de arribar al amor y cariño del señor natural. Sin embargo, como quiera que sean estas calumnias y la mucha gente francesa con que inundaron las fronteras del país, no era fácil lo de Cambray, ni otra de las plazas de su séquito, perdieran el ejército; hicieronlos levantar infamemente de villa de tanta reputacion, como otras veces se les ha ocasionado y comprinió á volver á la Francia sin honra, que el castillo

de Cambray ya le conocia, la arullería y fortificación era para muchos meses y áun años, y no es poderosa la Francia ni las atancias de Richelieu para salir con él mientras le tuviese debajo de su mano el rey de España, y al gobierno de un noble español. Fortificaba el conde de la Fera, con la otra parte del ejército que tenía, la abadía de San Bernardo, sobre Amberes, en la ria de la Esqueldá, porque con la toma de Breda no tentasen la villa los holandeses: era sospecha que por esta ó por Hulst se le habia de hacer la invasion, porque todo lo demás de su contorno es pantanoso: procurábase poner en las plazas Gobernadores de fe y confianza; y el Infante atendió á los reparos que el tiempo le daba lugar, viendo ya aflojar el teson de los enemigos y el campaar por un lado y por otro el gobernador de Güeldres con la gente de Venló y Rusemunda, y entró en pensamientos de tomar por interpresa á Rimberg. El deseo que S. A. tenía y todas las demás cabezas del ejército, de quedar este año con alguna satisfaccion de los daños y ofensas recibidas de los enemigos, le hacian, aunque tarde, admitir las proposiciones de los Gobernadores y Cabos. Propuso el gobernador de Güeldres, como dije, la interpresa: diósele licencia, gente y lo necesario; partieron de noche y entró en la plaza la infantería, que por la puerta de Orsoy comenzó á degollar las guardias de las murallas y parte de la guarnicion; y habiendo andado alentados estos, procedieron con desmayo los otros, rehuyó la entrada nuestra caballería, habiéndose recelado de las plazas vecinas á la Mosa que pudieran, si no anduvieran tibios, poner la villa y su gente en suma desesperacion. Viéndose la infantería sin este socorro y que la villa salió con presteza y los soldados á la defensa, y que los nuestros, sin caballería, no eran poderosos para pasar adelante y concluir la faccion; faltos de aliento se retiraron y la dejó inútil: finalmente, toda cuanta infelicidad se podia esperar, toda le sobrevino al País-Bajo este año. Harro fué no acabar lo de perder todo con tantos enemigos por ambas partes, y cuando el rey de Inglaterra no se olvidaba de la alianza con los herejes, habiéndolos socorrido con gente por la armada de

mar, que este verano había asistido con la nuestra en la rada de Danquerque, ayudado y refrescádotos con sus bajelos de bastimentos y municiones, y enviándoles para el refuerzo de Breda 8.000 soldados: muchos parecen, cuando en causa tan legítima y natural suya, y engendrada de la ira de su corazón, mal atendido al hospedaje, no envió en 400 bajelos 44.000 hombres entre ingleses y escoceses; pero volviendo á la narración que seguimos, así lo decían las cartas y correos que venían de Flandes. Últimamente, la injuria del tiempo era ya tal, las aguas, los pantanos y los hielos que sobrevinieron, que imposibilitaron andar más en campaña: los holandeses, alojaron sus gentes en presidios y en plazas: los franceses, de la misma manera, entre San Quintín y Guiso, plazas de la fértilísima provincia de Picardía; el Infante y el príncipe Tomás se retiraron á Bruselas, mandó alojar el tercio del conde de Fuensaldaña en la Chatellama de Lila, el del marqués de Vivas, que antiguamente llamaban las milicias de Flandes el Jardín del duque de Parma; y en esta forma en sus puestos y cuarteles; el conde de la Fera y otros Maestres de campo, Gobernadores, Cabos y Oficiales, en otros países, fuertes y villas. Mudáronse algunos alojamientos del invierno hácia Cambray y Valenciennes; y el conde Piccolomini y el coronel Forgate con los croatas en el Lieja, si bien otros dicen que en Tréveris, que tan varias son las relaciones y tan peligrosas para los que están obligados á dar la verdad en los escritos: trataban de engrosar su ejército, porque todo había de ser armas el año siguiente, según á todos se lo parecía y era justo desempeñar la reputación. Nominaron 40 Capitanes para hacer levas, que se ejercieron en todo el contorno de Flandes; diéronse patentes á siete Coroneles para levantar tres de alemanes bajos, entre el Rin y la Mosa, y cuatro de valones en el país de Enao, Artois y Baloubabrante. Eran de estos últimos el príncipe de Chimoy, el Pinois, el conde de Buquoy y el de Rus; y en la Coruña se prevenía D. Lope de Hozes, de armada, para llevar un millón de plata para estos aprestos y hacer

el verano que viene mayor esfuerzo contra los enemigos. En el Brasil, los Capitanes castellanos y portugueses mataron y deshicieron en varios distritos de aquella provincia más de 2.000 holandeses, habiendo enviado á principio de este año, con armada á cargo de D. Lope de Hozes, á la defensa y desalojar de allí á estos enemigos, 3 ó 4.000 españoles.

Los franceses, no cansados de molestar nuestras fronteras, amigos de emplearse en pocas cosas, salieron de San Quintín de noche con sus tropas, y en el país de Enao sorprendieron la villeta de Chimay, abierta y sin resguardo, y con no más que 200 hombres de presidio de nación, que eran los forzosos que podía tener. Reposado S. A. en Bruselas, y consideradas las pérdidas de este año, las culpas de los Gobernadores, los que habían procedido bien y los que se habían portado mal; vistas sus causas y procedimientos, mandó cortar la cabeza en el castillo de Cambray á Marco de Lima, portugués, Gobernador de la Capela, por haberla rendido sin su órden; parece que eran presagios de lo que se esperaba de Portugal: por el juicio de Maestres de campo y Coroneles, hizo pasar por el mismo castigo á los Capitanes de la misma plaza, uno de italianos y otro de naciones, y los más culpados; huyó el gobernador de Chateau Cambresi, que también querían cortarle la cabeza; cohechó á las guardas y escapóse del suplicio: privó de oficio á cinco Capitanes de naciones dándolos por inhábiles: mandó prender á Estasi, gobernador de Dansvilliers, para hacerle pasar por la pena del primero, como se decía en el País-Bajo, cuyo ejemplo puso en más cuidado á los Gobernadores de las plazas y los redujo á mantenerse constantes en la fe del Príncipe.

Las cosas de Italia, aunque asistidas mejor de nuestros Ministros de más dineros y más soldados, y sin óposito ejército y sin enemigos, suceso que hace admirar á los más convencidos en el arte militar, no tenían más fortuna que las de Flandes. Habíanse hecho en Nápoles, Sicilia y en las demasias todos los esfuerzos y aprestos posibles en mar y en tierra; para acudir al estado de Milán, habíase abierto el fuerte del

Final para alojar allí galeras, y al principio del verano asistió á esta obra D. Melchor de Borja, General de la escuadra de Nápoles, las de España y de Sicilia y de Barcelona, adonde habían invernao; digo, las de España pasaron á Génova, pero porque las cosas de aquella república parece andaban de quiebra en cuanto á la alianza con el rey de España, y que le mitad ó casi toda militaba á la devocion de Francia, por que no faltase donde poder tener más á mano galeras y armadas para las ocurrencias de la guerra del Milanés, y para toda la Italia por la cercanía del Piamonte y la Proenza, tierras del duque de Saboya y del rey de Francia, era muy necesario tener allí cerca las escuadras, si bien no faltaban á esto los de la casa Doria, D. Carlos y sus hijos; pero queria los puertos seguros y sin sospecha, y que tuviese pronto y sin intervalo, al abrigo á las entradas y salidas del mar, porque como es notorio, el año de 35, cuando salió la armada francesa de Telsiste para Italia, y el resto de nuestras galeras de Barcelona para destruirla sus intentos; cuando se hallaron y se vieron en el mar al opósito la una de la otra, siendo combatidas ambas de borrascas y tormentas, y queriendo abrigarse en el muelle de Génova, hubo dificultad en el intento y en admitir nuestras galeras, por los celos de los franceses que recogieron en Saona, ya que no los dieron entrada en su puerto, y fué condicion que ningun español ni otro soldado habia de saltar en tierra: sucedió luego otro accidente, que á no moderarse con la prudencia de venecianos, pusiera las cosas de Italia en nuevas y mayores alteraciones, habiéndose comenzado de allí y áun pasado á Alemania y España, y con más rigor al País-Bajo.

Murió el duque de Nivers y de Mántua, casado con María, nieta de Carlos, duque de Saboya, sobrina de Victorio, duque de Saboya; hija de su hermana Margarita, que casó con Alfonso Vicencio, duque de Mántua, de quien procedió María, que casó con el heredero del duque de Nivers, que fué duque de Mántua despues de largos debates y de haber quitádole aquellos Estados á su padre, el emperador Ferdinando II, y

el Rey Católico en nombre del Imperio, como feudos imperiales. Murió el esposo de María, y despues el Duque, su padre; éste, dejando á Carlos III Gonzaga debajo de la regencia de María Gonzaga, princesa de Mántua, su madre, con el dictámen de franceses que tenia por naturaleza y por sangre, á la hora de la muerte dejó el Estado de Mántua, á la proteccion de venecianos por dudas que les debía, empréstadas para las guerras, y el Monferrato, á la devocion del rey de Francia; causas todas de nuevas alteraciones y disgustos, por tocar todo aquello en disposicion y derecho al Emperador, y no á sus émulos, y á Príncipes á quien no toca ser árbitros en estos casos, ni ménos á otra ninguna República, ni enseñada por el natural francés, introducido en Italia en algunos de ellos; pero la prudencia y templanza de los venecianos, el cuidado del Emperador y la vigilancia del Rey Católico, hizo que el Mantuano quedase al gobierno de la Duquesa, sin otra dependencia, con la crianza de su hijo, sin entrometerse otro ningun Príncipe ni señoría, aunque el Monferrato, como siempre, por la tiranía y opresion del rey de Francia, se mantuvo en él hasta que mejor fortuna y más número de armas le fueren á salir de allí.

Habian venido á la corte de España Embajadores de griçones y veltelinos: á muchos les habian parecido introducciones y materias de alianza con el Rey Católico, ofendidos de las hostilidades que sin causas justas, estando á su devocion, habia hecho el rey de Francia en el valle, no sin desconformidad y sospechas de todos los cantones de esguizaros; y áun casi todo este año están y han estado todavía hospedados á las expensas del Rey Católico. No se han podido trascender sus materias; sólo se ha entendido piden al Rey algunas sumas de dinero por los tránsitos de sus çjércitos, que por el valle de la Valteлина han hecho para Alemania y el País-Bajo, y los que de allá han venido para Italia, ó lo que se les ha de dar para adelante. La dilacion parece que abraza ó promete mayores cosas, ó nuestras Ligas en cantones de esguizaros ó grisonos: remito al tiempo ó á los demas libros que pienso escribir noti-

cia más clara y precisa. Ahora, á lo que más atendian nuestros Ministros, habiendo juntado gran número de armas y soldados en el Milanes, que en el concepto de los más curiosos decian pasaban de 30.000, habiendo enviado el conde de Monterey en una armada 8.000 napolitanos, era, en cómo se habia de castigar al duque de Parma y sujetarle á la obediencia del Rey, quitarle las armas, ponerle en la cnuienda y hacer lo mismo del duque de Saboya. Juntando, pues, gran número de galeras hácia la Liguria, si bien las del turco y Berberia morlaban las costas de Sicilia y Nápoles, y áun las de España por el Mediterráneo, los franceses salieron á la mar, del puerto de Tolon, con su armada, gobernada del arzobispo de Burdeos, reforzados de muchas nuevas gentes y de Capitanes de consideracion: hicieron varias puntas á la isla de Cerdeña y á las Mallorcias; acometéronlas, y hallándolas prevenidas y en defensa, con poco daño de ambas partes, las dejaron de imprevisto: acometieron á Santo Honorato y la Margarita, desprovistas, sin gente, sin municiones, sin bastimentos; echaron toda la gente en tierra, y por ella y por mar las combaticieron insansablemente: no quisieron las galeras, ó no tuvieron orden para socorrerlas, ó rehusaron la ventaja de navíos ó galeras, ó que ya el tiempo no dió comodidad; con que los Cabos, y entre ellos D. Miguel de Egea, valentísimo soldado y que en estas ocasiones habia hecho el deber, las rindieron; pero aún nuestros Gobernadores y el fundador de aquella plaza de armas, no se habia cansado de socorrer una cosa tan inútil y sin fruto y que cada momento habia de conservarla, si podia ser por la mar, á costa de armadas y bajeles, cuando áun no teniamos los forzosos, y el rey de Francia los habia hallado y buscado en los confederados setentrionales para adelantarse y sobrepujarnos en todo, y no dejar accion en que no excedernos, y procurar nuestra deservicion: fuera de que era cosa vana pretender fundar allí cosa de consideracion. Recobrados los franceses en estas islas, Richelieu, que es poco bazuñero en materias militares y que no gasta su tiempo en empresas bajas, ni le pierdo en niñerías, observando, como ya lo tendria, de cuán

poca utilidad para unos y otros eran aquellos puestos, y que lo mejor que teniamos, como era la artilleria, se la habiamos dejado y lograr la presa, las abandonó, la tomó, la embarcó y la metió en su casa y en los puertos vecinos: descuido grande de esta era y de mayor menoscabo y vituperio para la Nación española, porque se pierde lo que con tanto valor y sangre ganaron nuestros mayores caudillos. Conseguido esto, dijo el valido de la Francia, tocado de bizarría y desprecio, que si las querian volver á tomar las tomasen que él nos las dejaba. En esto paró aquel gran cuidado y aquel consejo que algunos de estado aprovecharon, sin duda ninguna aducaban paces, y no surtió otro fin que pérdida de gente, de armas y artilleria, que estuviera mejor en el estado de Milán: por aquí se verá que cuanto hemos discurrido y avisado en lo de atras, ha salido verdadero. A esta causa el Rey Católico dió orden al duque de Maqueda, General de la armada Real del mar Océano, y al general D. Antonio de Oquendo, que se le habian dado por norte y ministro y navegaba por él, y esperaba en otro paraje con bajelos cerca de Barcelona, para que corriesen al mar Mediterraneo á combatir con la armada y á reprimirla, no pasase adelante y acometiese los reinos de Nápoles (como despues lo hizo) y Sicilia. Estaba el Duque en Cádiz, reniso y sin disponerse á salir; decia no tenia lo necesario, los bajeles desaparejados, poco seguros para navegar, abiertos, sin gente ni municiones, sin matalotaje, y sin embargo, se le apretaba á que saliese. Viendo, pues, que el Duque no tomaba resolucion, se ordenó al conde de Salva tierra, asistente de Sevilla, para que tomase la armada Real á su cargo, y aprestada lo mejor que se pudiese la entregase á Roque Centeno y navegase con ella al Mediterraneo. De estos navíos nos dijeron despues que en varios puertos de España y en los de Italia surgieron á re- pararse y á recibir socorro, porque los más de ellos estaban inútiles y no podian navegar por hacer agua. Sufrió el duque de Maqueda este siniestro con toda la templanza que pudo; redujóse á composicion; pasó á tomar y recoger sus navíos y á juntarse con el general Oquendo en Mallorca, donde este

verano no hicieron nada, ni la armada francesa obró cosa más memorable que volverse á sus puertos con la empresa de la Margarita, que ya ni nosotros ni los enemigos la quieren, con ser de su jurisdicción, y habiendo poco ántes puesto para su resguardo 2.000 franceses, los sacaron de allí, y por el final los enviaron al Monferrato, para la guerra de este año en el Milanes; y asolaron estos en el tránsito algunos lugares pequeños del final.

D. Melchor de Borja, que estaba en aquel puerto con la escuadra de Nápoles, hizo echar alguna gente en tierra que alcanzase y tomase satisfacción de los franceses, pero ya ellos habían pasado el puerto más esencial en esta parte, y para las mejoras de Italia, castigo de estos enemigos y mal afectos, había considerado en sitiar á Asti; y comunicado esto con el Gobernador de Milán y que era menester para emprenderlo 30.000 soldados entre infantes y caballos y el dinero necesario, habiéndolos juntado y dádose, no sin particular providencia, en que había sido felicísimo este Capitán, aprestado del ejército y el bagaje, y todo el Diamante en atencion y miedo, salió el marqués de Leganés con toda la flor de Italia, así en Cabos españoles y soldados, como de lombardos, napolitanos, sicilianos y alemanes, y por General de la caballería D. Felipe de Silva. Marchó, pues, este ejército, y por sus jornadas se calaron en el Artesano y se pusieron á la vista de Asti, plaza siempre dificultosa, aun en el tiempo pasado, á la insidia de nuestros Capitanes; afirmó el Marqués sus gentes á lo largo, y bloqueóla sin determinarse precisamente á cargarla y ponerla en sitio, ó ya sea que el terreno no fuese á propósito para abrir las trincheras, ó que en esta forma la podría poner en necesidad ó rendirla, ó que el duque de Saboya, con la gente que pudiese juntar, estuviere á la mira ó en puesto tal que no se la dejase cerrar, porque opósito no le había, ni franceses que se lo estorbase, porque los pocos que había asistían á la guarda del Monferrato, y que no cargásemos el Casal; fuerza en que consistía tener los piés en Italia, y ocasion tan á propósito para aquel Capitán y para desalojar á los enemigos de una vez de su

insuperable ciudadola, que no se verá otra, ni tanto desahogo, porque el rey de Francia y su valido habían puesto la mira y todo su caudal por este año en Flandes, para ocuparle, de suerte que se descuidaron de Italia. En esta forma, el Marqués, desde casi los principios de Julio, sin hacer nada ni otro movimiento, se estuvo quedo, esperando á que el tiempo le pudiese alguna buena ocasion en las manos, no atreviéndose á empeñarse; y en tanto el duque de Saboya, suspenso y atemorizado y toda la tierra en sumo quebranto; y Monsieur de Croqui, General del rey de Francia, confuso, sin armas y sin soldados, suspenso los primeros meses, sin poder hacer nada, dejando consumir el ejército Real. Discurrían algunos que se habían introducido entre el duque de Saboya y el marqués de Leganés algunos tratados de concordia, de secreto y sin sabiduría del Rey y del Ministro pariente, fundados en la fe y sagrado de algun juramento, porque el Duque, cansado ya del término de los franceses, como quien tan bien los conocia, y otrosí, fatigado de las armas, que no le eran de otra utilidad que de abrasarle y destruirle la tierra, queria, dejando la alianza, someterse con sumision y enmienda al amparo de España y ligarse con el Rey Católico. Daban por fundamento de este discurso, que habían visto en el Palacio de Madrid un agente del cardenal de Saboya, hermano del Duque, solicitando la audiencia con el valido y con el Rey, y que no podia ser otra cosa que quererse reducir el Duque por librar sus Estados de la gravedad de aquel ejército, y aun el modo y celeridad de su muerte, como escribiremos á la postro de este libro. Entendido el caso por la Duquesa, su mujer, y grande esepia y amiga del rey de Francia, desconfiando de la constancia del Duque, alianza muy á propósito y de suma importancia y conservacion para la empresa de Italia, parece se le ocasionó de orden suya para tener por vía de la hermana más potestad y más por suyo aquel Estado, tránsito y escala para los otros, y pasar á ellos con más brevedad, sin cuyas espaldas, socorros y bastimentos, no hay que tener esperanza de arribar á la pretension de Milán y Nápoles, en quien quiere

fundar, añadidos á la Francia, su Imperio y Monarquía: promesas con que le tiene, como rémora, asidos los pensamientos y la voluntad de Richelieu, y se conserva con honra, aunque con algunas intercadencias. ¿Quién vive sin estas asechanzas y sobresaltos en la potestad y el mando? Discurremos esto al fin; pero el pueblo, tan descentrenado como siempre y más desabrido con los Ministros, por las gabelas que tenía sobre sí y las muchas que le hacían pagar, deseando verse libre de ellas si nuestros sucesos fuesen tales, que con una célebre victoria se obligase á los enemigos á remitir algun tanto de su ardor, se le moderase y restringiese de tantas armas, ejércitos, calamidades, turbaciones, quemas, talas y otras insidias, de suerte que le obligasen á entrar en una paz universal, tal, que los redujese del yugo enormísimo y pesado de los tributos; si se cargaban para esto, prorrumpan de aquí y decian: «un ejército tan poderoso de 30.000 hombres, con millones de plata para su progreso, cuando se había dejado un Infante, hermano del Rey y la esperanza de nuestras Coronas al total desamparo y perdición, sin un real y sin un hombre, cercado de innumerables legiones de franceses para perderse él y todos los Países-Bajos, prendas carísimas de nuestros Príncipes, estarse suspenso sin hacernada, dejándole acabar y consumir sin óposito, sin enemigo delante, que le podía romper las coyundas, que le quisieren subprender, abatir y arruinar.» Los de Lombardia decian esto, y corría con velocidad sin enfrenar las lenguas; ponían tacha en el valor, en el Camino, que no era soldado, sino enviado allí para amontonar tesoros y remitirlos á España, para aumentarse en estados y riquezas, en lugares, posesiones deliciosas y ornatos labrados en Madrid y sus contornos, y otras presecas preciosas traídas de Flandes, de Alemania y de Italia, y aún de todo el orbe, cuales no se vieron en el más opulento Palacio, ni en el más estirado valido, cuanto y más en un escudero á quien había de haber limado la prudencia, cuando no se han cuidado el hacerlo con los mayores señores de Castilla, y de allí abajo con los demas.

En esto estado andaban las cosas, con gran mengua del

honor y crédito de Italia y de España, y de los Príncipes condecorados que estaban á la mira y al calor de nuestros hechos, para con su prosperidad resfriar el de los enemigos y permanecer gloriosamente en su dictámen y á nuestra devoción; cuando menguado el ejército y muchos de los caballos muertos de sed por falta de agua, embraveciöse más el gemido de nuestra gente, yo no sé si viendo á D. Diego Mejía dejar á Asti, volver sin utilidad y sin provecho, y tomar á deshora el camino de Verceli. El duque de Saboya y Monsieur de Crequi que vieron retirar á nuestro ejército y volver las espaldas, con la poca gente que tenían salieron á él, y siguieron á D. Martín de Aragon con la que estaba á su cargo, rompiéndosele dos carros de artillería, siendo forzoso esperar á su reparo, ó ya tomándolos ellos; alcanzado por atajos, el duque de Saboya trabó la escaramuza con el D. Martín, y no haciendo el deber nuestra caballería, valiéndose de la fuga, perdió las dos piezas de artillería y 200 hombres en el reencuentro. Tan sin consejo y sin fortuna procedieron este año las armas en Italia, porque aunque hemos discurrido que el lento proceder de ellas fué por promesas que el duque debió hacer al Gobernador de Milán, porque no le abrasase la tierra y verse libre de aquel ejército, ya parece que esta salida del Duque lo contradice: puede ser que lo hiciese para disimular con los franceses, hasta disponer las cosas de arto entre él y el Rey Católico, y cuando quisiese estorbárselo Crequi, no pudiese, y fuese más á sabor del Duque el salir ellos de la tiranía y la opresion, y más en apoyo suyo; porque, muy ciertos es que si le hubiese de tomar á su cargo, le ha de llevar sobre sus hombros y á costa de dineros y soldados, y lo ha de defender y aún guardar la casa. También puede ser, y es lo más cierto, que en caso que hubiese algun acuerdo, viéndose sin el ejército y en el sobresalto, mudase de parecer y se negase al beneficio recibido, siguiendo el natural y el dictámen francés; pero el modo de su muerte, y porque parece inclina á creer lo primero á varones señalados en juicio y buenas reglas de Estado, el fin que tuvo esta guerra con su mal modo de proceder, fué darse á bandos y

controversias el marqués de Leganés y D. Felipe de Silva, General de la caballería, D. Martín de Aragón y D. Juan de Garay, sobre si se encaminó bien, si se había do hacer la elección al año siguiente en D. Francisco de Melo, caballero portugués, en la superintendencia y manejo de las armas del Estado de Milán, sin más cualidades ni noticia que buena sangre y buen seso, dos jornadas, una á Alemania y otra á Italia, debiendo atender ante todas cosas á las de D. Felipe de Silva, también portugués, soldado viejo y de reputación en Flandes y Alemania y en todas las plazas de armas, y por lo bien que sirvió en el Palatinado, estando á su cargo aquellas plazas que mantuvo, hasta no poder más, de los sucesos y franceses.

A estas infelicidades seguían otras, y las que iremos descubriendo: todos los aprestos entre Navarra y Vizcaya, hechos á grandes sumas de dineros para la entrada de la Francia, estaban inútiles, muerta la gente y fatigada, con peste, desamparados los puestos que habíamos ganado el año de 35, como San Juan de Luz, Zocoá y otros, sin tomarnos los enemigos; cosa que causaba admiración y espanto á los reinos de España y á los forasteros, y que Dios peleaba por los franceses. Los sucesos en Alemania, ó ya con insolencia ó con desmayo de poderse afirmar en aquellas tierras, pedían á Ferdinando, tercero de los emperadores de Occidente, que les comprase á dinero lo que tenían ganado, para volverse á Suécia y que dejarían las plazas del Rin, del Ailus, del Zonte y mar Báltico; pero el César quería concluir y reducir esta contienda por fuerzas de armas y valor de los suyos, ántes que por la vileza de la contribucion ni por el pecho, cosa baja para tan gran Principo; y en esta forma y con esta resolucion, y con levas de muchos ejércitos los tenía retirados y consumidos en lo último de la Pomerania y para restringirlos en la Suécia, dejando todas las plazas que ellos ofrecían libres.

Entre los malogros y malos sucesos de nuestras armas, sin aflojar un punto la calamidad, lo que más florecia en el reino y le hacía declinar y forzarle á su ruina, por castigos de culpas, eran los tributos: esto iba ya de manera que parecía plaga, y

cuás tema de condicion y natural pasado, que necesidad por inundacion de ejércitos; aunque había hartos, y se procedía en ellos como si no hubiera tributos, habiendo más tributos que guerras. El pensar de nuestros Ministros, ántes que á la conservación y amplificacion del reino, no era otro si no es cómo se desustanciaria, cómo se le barian las sacas y los menoscabos: el Ministro que mejor los admitía, los fabricaba, los sacaba de las venas hondas de la tierra ó de los cuerpos humanos contra su prosperidad, ese era más bien premiado. Párecer era de algunos, que entre las cosas que habían arbi-trado ambos privados, así el francés como el español, para ver cuál mas áína destruía al otro ó se destruían ambos, que asíera como habían echado á los tributos; y como esta insidia no era más que una competencia y oposicion, y, como dicen, guerra de privado, no sólo maquinada del uno contra el otro, sino contra la seguridad del Estado y paz pública y de los demas Principes. El nuestro discurreó que, los que se imponían en la Francia, por el inquieto natural de aquellos vasallos, y que con facilidad por pocas causas (que sería por los intereses) se mueven á digresiones, sin duda ninguna serian su ruina; y á esta causa se daba manos á esta diligencia, y no pára el juicio en otra cosa que en inventar y ministrar tributos. Y esto se prueba con este argumento: que el cardenal Bernardo Armando Richelieu, viendo trespoblar la moneda antigua de vellon en Castilla, dijo: «él ha subido los cuartos, yo subiré la plata»; pero tanto y tan livianamente se engaña el juicio humano, y tanto se debe mirar y buir de las novedades y hacer gran reparo en sus consecuencias, y no tomar aquellos por venganza y por artificio de ruina, aunque sea agena, que tal vez ocasiona la nuestra, sino sólo por precisa necesidad, y no más de aquello que tácitamente es menester, porque salen luego diferentes los intentos y quizá con falsas fines: tanto conviene armar á la senda la prudencia, y esperar lo demas de Dios, de la vigilancia y de los buenos medios, porque lo que se presumió de los franceses y que sería destruccion en ellos, ha sido fortuna de su privado, porque lo

han tolerado y sufrido sin mostrar su condición, ni valiéndose de ella ántes; y si bien en algunas provincias se han levantado algunos rumores, se han enfrenado sin haberse sentido en ellas ningun accidente. En España, desde que reinamos esta última vez, tenemos con poco gusto y áun en desesperación á los vasallos; no mejores en la fe á los catalanes, ántes ultrajados y desabridos, y áun no sé si los aragoneses y valencianos volverán á encabzarse en el pedido del año 626; probados los privilegios de Vizcaya y expuestos al cordel y al palo los defensores de la libertad que les dejaron sus Príncipes; amenazados con castigo los portugueses, haciendo los tumultuar y metiendo las armas donde no sólo pedían la paz por la misericordia, en grave daño de la quietud externa, dando motivo á los enemigos de los españoles, como lo hacen cauciones, la firmísima fidelidad de los españoles, como lo hacen por algunas partes y lo harán, saliéndonos los discursos al revés de lo que pensamos, por el rigurosísimo modo de comprenderlas, de tentarias, de acometerlas, de la fiera de sus palabras, de la inícu forma de sus procesos, tanto, que no parecen vasallos sino enemigos. Digno es por su acervo ministerio, de forzoso reparo, de atención, porque ¡oh gran desdicha! en todos los Consejos, en la casa de los Ministros y Presidentes no era otra cosa que llevar órdenes y decretos para que consultasen tributos y cargas sobre los vasallos y los ministros, no obstante que hubiese muchos: no se trataba del buen gobierno, del remedio de las necesidades; ántes de causarlas y de tenerlas y de cómo sean mayores. Ningun reino estaba seguro, ántes todos amenazados, como si hubieran faltado á la obediencia y á la constancia para con el Príncipe; ninguna provincia libre, como si se hubieran tumultuado; ninguna ciudad quieta, como si fuera enemiga; la más pequeña villa y aldea asaltada de estos pedidos, y habiéndose ajustado al que les quería echar por su envejecida fidelidad, vendiendo los propios, las dehesas, los montes, ganados y labranzas para pagarle, y mal contentos, y secados en esta suerte de beber la sangre inocente; mal contentos de los primeros y el

pedar más gravados por ellos, se los pedía mayores por la preza de condición de los ministros, de los repartidores y comisarios, y últimamente por la impísima ferocidad del háedor, que los buscaba de esta calidad y los insinuaba peores; y en esta manera y por estas iniquidades los premiaba, y los daba parte en los bienes de la Corona, y excluía á los dotados de clemencia. No había vasallo reservado de esta plaza, como si fuera reo de lesa Majestad divina y humana; en todas partes se debía esto y se buscaban los hombres, como digo, más en Dios y sin piedad para su administración; y si alguno, por el contrario, era blando, condolido y misericordioso, luego era repudiado de estas juntas, despreciado y dado por inhábil. Finalmente, no se miraba á otra cosa sino á que se inclinaran los vasallos, que era su mayor manejo, y á que se acomodaran para ponerles allí el anzuelo, y el lazo y el estorbo para quitarles las haciendas.

Tomóse este año un tercio de los juros, y tratábase de echar sobre los censos y las cosas otra parte, de suerte que no se perdonaba á nadie, ni se dejaba de tener sus centinelas y asechanzas en los reinos que se mantenían al amparo de sus fueros y privilegios, como Vizcaya, Aragon y Valencia, para domarlos y hacerles doblar á la violencia y gravedad de los pechos, y que pasasen por los de Castilla y hacerlos todos anos; y ningun ministro ó señorío había al lado del poderoso, para acrecentarse, que no procurase venderle el reino, el principado ó la provincia de quien tenía aquel oficio, conspirando contra la patria. Uno de estos, que llaman Diego Suarez, secretario de Portugal, vanillo como portugués, que tambien se introdujo en los ermitaños del Reiuro, y gastado en la ermita de San Antonio, por su capricho sólo, pasados de 400.000 escudos, vendiendo los títulos de hidalgos de Portugal y otras cosas, y dándolos á hombres bajos y á familias obscuras, sólo pos su acrecentamiento, y otro sin un edificio, sin para qué, que áun no se daba mano con la casa, ni de provecho ni de servicio ni de recreación, aunque sea por variar, si no á no más fin ni á otro título que de superfluidad y de gusto, pu-

diendo servir aquello para el alivio del reino y la recuperación del Brasil, gravólo; hombre de saber ganar las primeras puertitas de los porteros, y las dueñas en los quesillos de Treviçion, siempre asistente y siempre idolatrado en las señoras del cuarto del valido, no sin emulación y envidia del Protomotario, que aún á su gran fortuna no le ha faltado este guarnillo, cuando él ha sabido criar muchos; pasando el Diego Suarez muy aprisa, muy tieso y derecho, y con el sombrero encasquetado, y con la vista gorda si se encontraba con algún criado del Rey, pareciéndole que allí no hay nada. Este, pues, soberbio y atrevido, lisongero y vano, perdiendo el respeto al Presidente y á los Consejeros de Portugal, que esto tiene un secretario si el Poderoso le hace algún cariño, le sopla, demuestra el semblante gracioso, entónces le parece no hay Consejo que valga para él, que él es el Presidente, el Consejero y el más superior de toda aquella clase, y luego se hace descortes con ellos: éste, pues, tocándole al Presidente proponer los medios para las necesidades de la guerra, ántes que al secretario ofreció al primer Ministro (que tanto se presume) las haciendas de los vasallos del reino de Portugal, dando por arbitrio, que si esto paliada y mañosamente se propusiese al duque de Berganza y él lo consintiese en su casa, que no habria ningun portugués que no allanase la suya y se la dejase tomar. Esta es una cosa que, demás de las otras indisposiciones del reino, se ha dejado de efectuar con más codicia y desvergüenza en Castilla, no contentándose con innumerable inmensidad de millones que por varias vías y medios la han tomado, hasta dejarle exhausta y los lugares des poblados; tanto, que los de más prudencia y tolerancia en estas materias, se admiran que no cause conmiseración y duelo el adelantar de los tributos, y le pongan en alguna eumieda; y hay quien responda que es castigo, no de los atrevimientos de los pueblos que son tan fieles, que aunque maltratados y ofendidos no han cometido ninguno, sino de las quejas, de los gemidos de los pobres, de las viudas, de los pequeños y áun de los grandes, que casi hay que lo parezca; es castigo, como

castigo, de los sollozos, de las estorsiones generales, que aún no quieren que se quejen, por no permitir el descanso, y hacen castigo de esto; y como el fin del valimiento es fatal, tremendo y espantoso para el que lo fué; y como en espirando toman todos larga satisfacción y venganza del tal, de los daños recibidos en su casa, en su honra y sus servicios, los desaires que le hicieron, las befas, las descortesías, el olvido de los premios, el defraudárselos, el desvirtuirle el mérito al lado del Príncipe; pues, por obviar este riesgo, se toma por remedio dejarlos tales y tan acabados, que no queden con fuerzas ni con brío para vengarse, ántes quedar él vengado de ellos, de los daños que le pensaren hacer, en órden al desempeñarse de los males y menoscabos recibidos de aquel impío y malvado mónstruo, premio fatal de la naturaleza humana viviente, condenado á pechar, hasta el poder quejarse, sin omitir descanso. Los portugueses estimarán al duque de Berganza por su calidad y sangre, pero no harian caso de él el día que lo viesen contravenir á la libertad, á la quietud del reino y á la comodidad de los naturales, y ser ejemplo de miserias en él. Finalmente, porque nos vamos encaminando al hecho, despacharon órdenes y cédulas Reales á Justicias y Corregidores de las ciudades, para que propusiesen al pueblo dejasen registrar las haciendas que tenían y los muebles de su casa, para echarles un repartimiento segun lo que tenían; y, finalmente, la cuarta parte de las haciendas, para enviar armadas al Brasil para echar de allí á los holandeses que cada día iban afirmando al pié en aquel Estado y le querian acabar de señorear. Prepararon á los tales: primero ensayáronlos en el modo y en el rigor con que lo habian de hacer, porque como era injusto, les pareció poco poderosa la piedad, que es la que en los casos más áridos, si es justificada, abre las puertas y las da todas al Príncipe; ofreciéronles premios, que muchas veces no salen ciertos y otros eran aparentes, como criados ó expedidos del brazo que los instigaba estos males. Pues, y el primero, el Corregidor de Evora, ciudad como de las segundas del reino, salió á

la plaza, llamó al regimiento y á los vecinos que le parecieron más á propósito, y en alta voz, y con el orgullo que le habia inspirado, dijo se apercebiesen todos á registrar sus haciendas y alhajitas de sus casas para pagar parte de ellas para la recuperación del Brasil, porque donde nó..... y suspendióse. Respondieron los que estaban presentes, se humanase y mirase lo que decia, que aquello jamás se habia visto ni hecho en el reino, y que suplicase á S. M. no permitiese cosa semejante en Portugal y con vasallos fieles y tales. Atajó el Corregidor y repitió: «y el que no lo hiciere, están allí aquellas horcas para ponerle en ellas.» Aquí fué donde aquella gente prorrumpió, y encendidos en ira «¡horcas!» dijeron: arremetieron al Corregidor con espadas y con piedras y le siguieron para matarle. Pasó la voz por toda la ciudad y todos se pusieron en arma, sin atreverse los nobles, por el excesivo número de la muchedumbre, á corregirlos y enfrenarlos: metióse el Corregidor en la iglesia mayor; arremetieron á ella, cercaronla, y salió el arzobispo D. Juan de Acuña, que despues fué el instrumento más principal que los atizó en Lisboa, promovido de la dignidad arzobispal de aquella gran Colonia, por infelicidad y trazas poco útiles de nuestro siglo; sacó la cruz y quiso sacar el Santísimo Sacramento; dieron voces que no lo sacase: finalmente, hizo reparo en la furia y malignidad de aquella gente y no le sacó. Salió el marqués de Ferreira y el conde de Vimioso, sobrino del que hizo degollar el rey D. Felipe II por haber seguido la parcialidad de D. Antonio, Prior de Ocrato, y fué preso en la batalla naval de Felipe Strozzi, principales cabezas de aquella ciudad, ó dudase si lo hizo principal fundamento de la separacion de aquel reino del de Castilla, por lo que se disintió de su infelicidad. Salió el conde de Obasio para detenerlos: quisieronle matar, pero él recogió algunos soldados de milicia ó de batallon y los demás que pudo juntar de su familia, amigos y aficionados, y tomó las calles, con que los hizo sosegar, no faltando á esto el marqués de Ferreira, cabeza de la ilustrísima Casa de Melo. Sin embargo, sacados de la ira y de otras palabras feas, que afirma un caballero del

reino que los dijo el Corregidor, corrieron á toda furia á los oficios de los señorios ó casas de Consistorio, sacaron los papales y los protocolos, donde estaban alistados los vecinos de la ciudad para pagar cada uno un real de agua que les habian echado, y los quemaron; y de esta manera estuvo aquella ciudad tumultuada muchos dias, sin gobierno ni quien se atreviese á gobernarlos, apostando las armas y los arcabuces y enviando de secreto por pólvora á las provincias y ciudades circunvecinas de Castilla y de la Andalucía, como á Málaga y otras partes donde hay fábricas y almacenes. En Villaviciosa, lugar del duque de Berganza y donde tiene su casa y asiento, y donde estaba, embestia la maraña á no más fin que para ensartar al pueblo y ponerle la trampa: comenzó, como ya lo tenia avisado, á admitir el registro con que intentaron el del lugar; pero despues, quedando en el corazon la fealdad de este hecho, ninguno fué más facineroso. Sucedió lo mismo en éste que en Evora; pusieron en la defensa, que no era rebolarse volver cada uno por lo que lo toca: quisieronle quemar la casa; estorbáronsele y pusieron fuego á la ropa y tomaron piedras para él; donostáronle y tratáronle mal de palabra, tanto, que hubo menester ponerse á caballo y quietar los ventanos, que no fué poca bazaña estando como estaban. Algo de esto tocó en Santaren, aunque el Corregidor se humilló y puso delante de rodillas, diciendo no le matasen, ó hiciesen lo que quisiesen. Tomaron el ganado del secretario de Estado, Martin de Vasconcelos, cuñado del secretario Diego Suarez, ambos aborrecidos de todo aquel reino como instrumentos de tales accidentes, y viendo que apacentaban en aquellos campos, le robaron, y decian le entregasen á él mismo y áun los dos para hacer de ellos lo propio que habian trazado en su arbitrio, que era ahorcarlos, y que con su hacienda y con la que habia usurpado á la Corona, con achaque de obras en el Reiro (así lo decian, y juzgo yo que la pasión y el caso les hacia hablar lo que no sabian), podría S. M. recuperar el Brasil y otras muchas provincias. Pusieronse libelos en las puertas de la casa de Diego Suarez, en Madrid, contra él; y en las de

Palacio, donde ya habia llegado volando la noticia del suceso; y el medio más suave que entónces se tomó para dorar el yeyro y linarle, fué negar y decir que tales órdenes no se habian enviado ni tenian dado: que los Gobernadores y Corregidores, de su mismo parecer, lo habian hecho; dejando á aquellos pobres ministros expuestos á nueva y mayor ira del pueblo, haciéndolos reos y actores del hecho; que ya cuando se dice fueron mandados, parece que se consiente en la disculpa y se moderan con ella; pero negar, y decir que ellos lo hicieron, que no podia dejarse de inferir de aquí que era hacerles una burla muy pesada, y que el pueblo, nuevamente irritado y furioso del dolor de las palabras, no los hiciese pedazos, los demoliere y volviera en ceniza? El reino del Algarbe y los lugares de Tavira y Lagos corrieron esta misma fortuna; y dicen tomaron al Corregidor, y poniéndolo en un barco con dos ó tres esclavos berberiscos, á quien dieron libertad, les dijeron le llevasen á Africa, donde echase y publicase tributos. No se mened la gente de Lisboa, que fué gran freno para los demas, aunque, pretendiendo subsidiar y cohar gabela sobre el pescado que traian de la mar, un dia le dejaron los mismos que le cogieron, y el tumulto de la gente cargó sobre él y se lo llevó, y los pescadores, irritados con la pérdida del pescado, tiraron piedras á las ventanas del Palacio de la Princesa gobernadora y le quebrantaron las vidrieras.

En este estado estaba Portugal y las más de las ciudades, cada una entre sí; la que más callaba, confiriendo sus trabajos y los que esperaban, demás de la poca fe que nos tienen, temiéndose en Castilla que nos tumultuasen los puertos y ciudades de mar como Oporto, estando tan cerca y en su paraje dos enemigos, y áun cinco, que nos quisieran desquiciar y extinguir el nombre y la reputacion antigua, ganada sobre ellos con tantas victorias, como franceses, ingleses, holandeses, dinamarcos y suecos. Tenemos todos estos enemigos y ocasionámonos más, hasta los mismos naturales, y parece que aborrecemos nuestros bienes propios y que queremos acabar con ellos y con todo. No es nuestro intento querer impugnar

aquí, que no se sirva al Rey, que no se le dé, que no se le ayude, y recaigamos á las necesidades, para sobrellevárselas y para ayudarnos, que tenemos sobre nuestros hombros y en nuestra casa la Iglesia católica, y los enemigos la pretenden contrastar, y son muchos y muy formidables; sino que se le dé y que pida muchas veces, y se le dé todas y sea á la voluntad y gracia de los vasallos; pero que el donar sea fuerza, extorsion, agravio y desnudez del pueblo, y si nó allí están aquellas horcas, ¿en qué provincias de alarbes ó de etiopes, criados en el corazon del Africa debajo de la tórrida zona, tostados del sol, criados en la fiereza de los tragadores cocodrilos del Nilo, lo sufrirían? ¿Qué nación bárbara lo podia tollerar, ni qué rudoza de Príncipes ó Gobernadores fulminaron en ellos tal venganza? ¿Qué hicieron estos hombres, que les pidieron las haciendas, y si no que los ahorcarían? ¿En qué provincia sin fe se usó tal modo de gobierno? Los romanos, quando más indómitos de policía ó sobrados de vicios, no cometieron tal inhumanidad; ni los turcos, quando domaron el Asia, egipcios quando más supersticiosos, ni los caribes, ni los Moctexumas, ni los Atahualpas que imperaron en Occidente promulgaron decretos semejantes. ¿Consentirán los españoles que para el servicio de sus Príncipes, como lo han hecho, paguen alcabala de lo que vendieren ó traen á vender; que en el paso ó entrada de los puertos marítimos ó mediterráneos paguen las averías; que del pan, vino y aceite que cogen les pidan alguna moderada parte, porque no ha de ser todo; que de las mercedes que los hacen paguen la media anata y reconozcan el beneficio al Príncipe; que quando van los tratantes por la sal, para sazonar los manjares, aumentar y engordar los ganados y proveer á la conservacion de la vida; que hallen á subidos precios y á 69 reales y medio la fanega; que quando va á cobrar el juro le diga al receptor, aunque sea cada año, que el Rey ha tomado una parte, la mitad y todo; y que quanto haya menester para sustentarse y vestirse lo halle á subidos precios, por las inmensas plagas, cargas y tributos que echan sobre cada cosa? ¿Que le importa al arrendador de

la goma, que los sombreros que ántes se encolaban las faldas para tenerlas alzadas, ahora que se les vengán á los ojos porque más ha subido el subsidio, y por el interés del arrendador no las han de encolar, sino engomar porque crezca el trato y la usurpación? Y otrosí, ¿les espíen sus comodidades para quitar selas ó que las paguen á dinero; que un pliego de papel que ántes valía un maravedí no más que para el precio y correspondencia ordinaria, tocados do este achaque, sin reparar en la fatiga de los vivientes y litigantes, detenga el negocio y le entranpe, empantane el pleito y la paga, á los que se les deben sus haciendas, le pongan á diez maravedises, á cinco cuartos, á real, á dos y á ocho; que le pidan cada año donativo, que han hecho tributo general; que pidan al hombre por la mujer, por el hijo, por el padre y la madre, y por todos los criados y por todas las potencias del ánima; le subsidien el censo, la casa labrada hasta el corazón y las muelas, si quiere muelas? Todo esto sufrian y mayores tósigos y venenos: pero que me entren á registrar la casa, no será posible, ántes perdiera la vida por ello; me entibiara en el amor y en la obediencia, y tumultuara mil veces ántes que sufrir que me entren en la casa, quizá los que no me quieren bien, no más de que porque la defiendo que me la trasiéguen, sean dueños de mis secretos, metan tantos manos en su sabor y escojan del sudor de mi fatiga, no más que para dárselo á sus lisonjeros: no me parece discurso de hombre fiel, sino que quiere trastornar el estado, ó para asirle ó para despearle. ¿Por qué son los sitios y los asaltos de los pueblos tan sentidos y rechazados, sino porque tiran á la usurpación de la hacienda, entrando en las casas? ¿Por qué se sufre la hambre, la sed, la falta de sueño, el estar siempre en la muralla, en el rebellin, en la plataforma, en la contramina, esperando la bala de artillería, la del mosquete, la del arcabuz, la bomba, la granada, el hornillo, sino por defender la casa de quien me la quiere robar? ¿y quién dice que el que me quita la hacienda no me usurpa la vida? Porque, ¿qué cosa hay más dura para quitármela que tirármela zarme aquello con que la he de sustentar? porque deshacer-

me y aniquílarme, ájarme, deslucirme, ¿qué otra cosa es sino matarme? Pues, ¿qué diremos si tras esto, y no dejarme con qué vivir, también, quitándome la hacienda, se me quita la honra? porque no hay vida ni crédito sin ella. ¿Hay más infelicidad que sufrir? pues qué quando nos la proponen afrentosa y de horca, lícitamente y sin contravenir á la fidelidad Real ni á la ley de la Majestad, puedo defenderla? Decía el Protonotario de Aragon, D. Jerónimo de Villanueva, que entraba en una junta de desbaliar los vasallos; «¿cómo han de dar, si lo tienen todo en alhajas, en camas, en tapicetas, y no contentándose con un estrado tienen dos ó tres?» Y era su hermana, doña Cecilia de Villanueva, y sus deudos los que habian inventado esta nueva invencion y desvarío, y por aquí todas las mujeres de los Consejeros; y quería que fuese defecto esto de la demás gente noble, porque por no verse escarnecidos y hollados de estos, se estraban cuanto podian y surtian, obligando la infatuosa hinchazon y soberbia de aquellos dueños absolutos de la hacienda del Rey, á salir de su paso, por no ser ménos; y esto querian que fuese delito. En otras repúblicas habia premios para los hombres que sabian adclantar, lucirse y aumentarse; en ésta es delito: viendo un hombre que tiene algo, luego se lo dan en rostro, y como si hubiera pecado en delitos feos, le decian, qué tenía; y de aquí que no le habian de dar nada por sus servicios aunque los hubiera hecho grandes, ántes que se lo habian de pedir. De estos hechos y de otros que representamos, á lo ménos no con otro fin sino con buen celo de aconsejar la quietud del Estado y el aumento del amor del Príncipe para con los vasallos, no le pretendemos calumniar á él, sino al inventor, que ya podia mostrarse más humano y reconocerse hombre para no arrastrar tanto los subsidios. En las audiencias públicas he visto yo entrarle á hablar algunos, y refiriéndole que en los donativos les habian tomado por fuerza tantas cantidades, más de las que ofrecieron, mandar al Patriarca en la misma audiencia, capellan y limosnero mayor, cu saliendo de la pieza el querrelante, y decirle: «dad á aquel hombre luego de contado lo que tomaron más de lo que ofreci-

cio: es preciso servir al Rey, ayudarlo á sufrir el peso de las armas, cuando son en defensa de la Iglesia y del comun, con lo que se pudiere, y muchas veces captando la benevolencia del donativo, que es dejarle sabroso para que se ejercite en obra tan justa é hidalga; dar al Rey y que el Rey dé al vasallo.

Prosiguiendo en nuestra narración, con el suceso de Portugal enviaron hombres de razon de Castilla, y en el reino lo avisaron compusiesen y amansasen el ardor de los portugueses en alguna manera: que no digo obstinados, pero sentidos, decian, les volviesen á admitir las justicias y pagasen el real de agua: respondieron que S. M. no podia echarles subsidio ni otras cargas contra sus privilegios, que viniese á tenerles Cortes, y propusiese las cosas de sus incumbencia, que las harian y responderian á ellas; que la Majestad del rey católico D. Felipe III, su padre, no dejando de tener guerras en toda la Europa, en la Asia y en la América contra distintos y varios enemigos, vino á aquel reino el año de 1619; y siendo llamadas ellas aquel verano en el Palacio Real de la ribera de Lisboa, la proposicion que se les hizo fué, decirles que venia á aquel reino á honrarlos y hacerles mercedes y justicia en todo lo que se les ofreciese; á entender sus necesidades y remedarlas, y que no pedia otra cosa á los brazos eclesiástico, noble y de las ciudades, villas y castillos, sino que con todo cuidado y afecto se dividiesen en sus clases y viesen y mirasen con toda atencion las necesidades del reino para remedarlas, sin pedirles otra cosa; y que ésta fué una honra y merced tan grande para ellos, quedando grabada y escrita en sus corazones, por donde vivirá siempre en ellos sin poderle olvidar, ni dejar de amarlo como lo harian siempre. De esta respuesta, de todas maneras mansa y comedida, se pasó al rigor que el Regente usaba, y á las amenazas que les hacia más furiosos, si bien ellos no pasaron adelante en el movimiento y alteracion. Quejábase de los frailes, que en estos casos son más rigidos en condenar las aflicciones y subsidios de los pueblos, y decia que habia de enviar ejércitos de Andalucía y de Castilla que los habian de humillar, y obligarles á hacer de ellos cuanto

quisiese; mas los hombres de más saludable temperamento en el discurso y en las acciones, persistian se usase de blandura con los portugueses, pucs ellos lo pedian, y no se hiciese de los vasallos, enemigos, cuando no faltaban en Europa contra la Casa de Austria y los españoles, y tan atentos, que holgaban de estas ocasiones para lograrlas y asirlas por la melena, cuando ellos las habian salido á buscar é introducir en ambas Germanías y en Italia, por sacárnoslas de las manos; y cuán á pocos puertos de Vizcaya, Montaña y Galicia, se podia poner en los de Portugal con armadas y ejércitos; parece que lo hemos pronosticado, si bien estaba escrito esto antes que sucedió; pero tal se podia discurrir del progreso del Regente que era muy legítima la adivinacion; y siguiendo nuestro período, y cuando San Gian no era muy inexpugnable escala, que no dificultaria pasar á Lisbon, temianse de este discurso y desvelábase en entender si habia Embajadores ó Comisarios secretos en Francia, de los portugueses, para pedir socorro, no estando muy léjos ni con tantas cañas el ejemplo del año de 582, cuando en favor del bastardo D. Antonio, Prior de Ocrato, y de otros portugueses parciales suyos, vino una poderosa armada de Francia que puso en mucho cuidado al rey D. Felipe II, sobre conservarse en la union del reino con Castilla y señorearse de las islas Terceras, de las poblaciones de Africa y sus puertos, como de los de Oriente y Occidente en el Brasil, teniendo parte y dominio en las cuatro en que se contiene el mundo. No sólo se temian de inteligencias con los franceses, pero de ingleses y holandeses, que todos quieren tener sus protensiones ó alianzas cuando comienza á vacilar un reino, y particularmente hoy que los tenemos dentro del Brasil, y muy aprctado por estos enemigos, y hay quien dice que con avisos ó inteligencias y medio de los portugueses. Teníase gran fe y confianza en el corazon, con la seguridad de los nobles, que ninguno de los contrastes del tiempo ni los habia hecho mudar semblante, si bien despues fueron los primeros monederos de esta gontic. Teníase cuidado con Oporto y con el Algarbe, que, como puertos y lugares marítimos, no co-

menzase por allí tal fuego y tumulto tan furioso que no se pudiese apagar ni enfrenar; pero que cuanto quiera que se habia propuesto y aconsejado la humanidad y la clemencia para con aquellos vasallos, el natural dificultísimo de disuadir de su crudeza, por conveniencias y materias propias, en vez de tomar aquella senda para no encallar y asegurar el reino en tiempo tan proceloso; siguiendo su dictámen, en vez de aplacarle fomentó la tormenta, y contentándose con lo que pagaban y con el real de agua, en lugar de conducirlos á lo de ántes, dobló la parada y les dijo pagasen dos. Ellos enmudecieron, no quisieron venir en nada y estuviéronse así por algunos días, y les levantaban que buscaban armas y que les juntaban, que traían pólvora y arcabuces por lugares incógnitos, que se valían de auxilios forasteros y los sediciaban, ya por mar, ya por tierra. Quisieran en Castilla que se armaran los nobles y forzaran á los plebeyos á sufrir el romano: no se atrevieron sin licencia, y por no enredarlo y no encender alguna llama que después no se pudiese apagar y quedasen más culpados por servidores. Muchos vinieron á la corte y se presentaron delante del Príncipe y el mayor Ministro; otros con cartas ofrecieron sus personas y haciendas contra los desertores, con aquella bizarría y justa presunción en que fueron admirables en Africa y en Oriente. Esto, pues, sucedió en la forma referida; los portugueses no con otro fin que el de conservar su libertad y sus privilegios antiguos, sin pretender más cononocion y ruido, sino ser vasallos fidelísimos de su Príncipe. Se volvió á proceder con las amenazas, y por la parte de la Andalucía se mandó al duque de Medinasidonia levantase gente para andar por el reino del Algarbe; llamáronse de Flandes algunos Capitanes de caballos para levantar caballería, y diéronse coronelías á algunos señores y caballeros de Castilla y Andalucía; llamóse alguna gente y soldados viejos de los que habian quedado inútiles en Navarra y provincia de Guipúzcoa; reclamaron por ella en Perpiñan, y no teniéndola, enviaron por ella á Badajoz y á la frontera caudillos de opinion para marchar por allí á Evora. A esta ciudad seguia todo el partido de Alien-

tejo, si bien desarmado; y pocas de poblaciones, que apenas eran dos razonables, como Montemayor, Estremoz, más doliciosa en barros que en artillería, que era la cabeza de la rebelion.

Conducíase caballería é infantería del ejército, que llamaban viejo por haber asistido y entrado por las fronteras de Francia; enviáronse letrados para hacer Juntas y Consejos, y Cámara de Castilla, digo, y castigar delincuentes. El uno de ellos fué D. Juan de Chaves, del Consejo y Cámara de Castilla, que á la sazón gobernaba la Presidencia de Ordenes, y luégo que se explayó á esta comision, en la corte se comenzó á murmurar, sacándole las culpas á la plaza: quién le calamitaba de excesos indecentes á su edad, de demasiada severidad y altivez, que se daba mucho á sus amigos, y los habia ayudado á enriquezer; la sobra de dineros, que en muchos del Consejo de Cámara se amontonaba, lo hacia recaer en enojo y murmuracion del pueblo, y muchas veces en venganza: quién decia era más liberal en los Consejos y en los despachos de lo que convenia, y áun pasaban á la reпрension de las acciones poco cautas, las mujeres que llevan de peor gana que los otros que les falte la vanidad en los zaguanes con el sobrado número de cohechos de los pretendientes, pedian que le volviese. Él hizo su jornada; pero como este negocio de Portugal se concluyó luégo, como veremos al principio del libro que se sigue, por loarle, se dijo que le divertian, entreteniéndole en nuevas materias, para que no viniesen á la corte las diligencias de las digresiones de los ministros: ya se ve las vueltas que tienen y las apretadas diligencias que se hacen de muchas partes para resituirse ó enmendarse. De aquí colijo yo, por el fin que tuvo, que se procuraron aplicar al caso todos los medios de honra que se pudieron, y más cuando se le arguyo por parte del superior y se toma por color, que el consejero más antiguo del Consejo de Castilla, si falta presidente de los otros Consejos, se señala por los más antiguos quien los vaya á gobernar, hasta que S. M. provea persona ó presidente. Este se le tenian dado á la vuelta de su jornada, cuando pasó á Italia con el infante

D. Fernando y despuesá Flandes, al conde de Oñate; pero como despues le hicieron ir á Viena de Austria á la eleccion de Roy de Romanos y prometieron de cubrirle en Castilla, en la misma Viena lo hizo el Emperador; y queriéndose venir él despues de la eleccion, diciendo estaba achacoso y que queria dar á su familia la gloria del premio, no admitiéronlo la licencia para venir, quizá por particular malicia y para trampearle la merced; él prorumpió sobre no venir á España, y sabiendo estaba en Barcelona, le mandaron detener: quién dice cansó de sus fatigas en un papel de quejas; y pudo llegar á Alcalá de Henares ya con licencia, despues á la corte; y absteniéndole de la vista del Príncipe, si bien llamado á los Consejos por la necesidad que de él se tenia, que no fué poca benignidad del Regente; y no pudiendo salir con su pretension que le rogaban con la Presidencia de las Órdenes, que no la queria tomar sin que le cumpliesen la promesa de Alemania: finalmente, la acció por no deshacerse de todo. En ella dicen que procedia con claridad, y se presumia de su gran juicio haria las cosas con tanta estimacion y aumento, y como se dice, á officio tan grandé; ocurriendo á un cuarto donde está depositada toda la nobleza y limpieza de Castilla, y que ha nombrado caballeros de mucha entereza para hacer las pruebas de los que lo fueren, refutando los que lo son, sin admitir cohecho ni otra baja de las que ha habido en nuestros tiempos, teniendo obrando toda la desatencion posible en este caso: sin embargo, por más que se opuso al curso de muchos decretos, todos contra la nobleza, le hacian doblar y venir en todo.

Tenia este suceso de Portugal muy quebrantados los corazones de los vasallos del reino. Acordábanse en cuán baja fortuna, para conservar su libertad, quedaron los catalanes; el desconsuelo de las provincias de Vizcaya y el desmayo por los castigos que se hicieron; y ahora los de Portugal, cuando en Aragon, en Valencia, en las dos Castillas y en los reinos de Andalucía, no estaban sin fatigas, abogós y sobresaltos, porque en Palacio no comian sino el Gobernador y su mujer, y acá

fuera, el Protonotario, su cuñado y pariente, y el séquito de los Secretarios D. Fernando Ruiz de Contreras, los dos hermanos Alarcones y José Gonzalez; todos los demas, y las casas de los grandes señores morian de hambre, y los criados del Rey pedian limosna; y habia llegado á tanto la necesidad y la indiferencia ó la prótervia de no dar ni hacer merced, que hasta el desseo de la caballería, que siempre se repartió en los do aquella elase (cosa que causaba asombro y puede partir las piedras de dolor) se rendia por no hacer bien con aquel despojo, ni que los criados lograsen las meras en sus continuos afanes, sino que siempre estén con ellos. Sobre el papel de la Cámara se daban voces que se gastaba mucho; limitábanse las medicinas de la botica para los criados del Rey, poniendo sobrestantes á la salud, cosas tan indignas de hacer memoria de ellas; pareciendo prodigios de fines lastimeros y acabamientos miserables. ¿Qué dirán los enemigos de semejantes novedades, sino que es justa la guerra, cuando á la Majestad de España la arrastran y arrojan á tales bajos? Mandóse publicar un bando en Portugal, que dentro de tres dias se redujesen aquellos vasallos á la obediencia, que admitiesen las justicias y Ministros reales, y se les daría perdon general, exceptuando 30 personas, cuyos nombres no se revelaron; y que de no hacerlo iria el Rey en persona con ejércitos á castigarlos. Mandó prevenir la casa á los fines de Noviembre de este año: llevó D. Lope de Hoces un millón de plata en pasta, desde la Coruña á Flandes, y 7.000 españoles para la guerra del año de 38. A la vuelta, embistió en las islas de Ré, en la costa de Francia, á 42 navíos de mercaderes de Holanda, cargados de sal, aguardiente y papel; parto de ellos quemó y parte echó á fondo, y trajo algunos. Yo emprendo ahora una accion verdaderamente mayor que mis hombros y que mis fuerzas, en que entro temeroso y cobardo de salir con ella: mayor que mis hombros por la grandeza del sujeto, y temeroso porque no sé si sabré engrandecerlo como se debe: mi intento es consagrar un elogio á un varon en virtudes y en sangre maravilloso, sujeto digno de los más esclarecidos his-

toridores y de los fundamentos clásicos de la elocuencia. Tócame por ley y por agradecimiento, deuda á que jamás falté, ni por riesgos ni por excusas; *verdaderamente yo le conocí y él fué mi señor.*

Murió fray Agustín de Castro, hijo del conde de Lemos y de la condesa Doña Inés, hermana de D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma; fué altamente amaestrado, de suerte que, por naturaleza y sin artificio, sacron sus costumbres ejemplo para la juventud amiga de Dios y de su Madre y de sus Santos; pió y aficionado á la veneracion y culto del altar: por-dió á su padre en Nápoles siendo Virey de aquel reino, cuyas memorables virtudes, aunque en pocos años, compelieron al Rey Católico D. Felipe III, á elegirle por Virey de aquel portentísimo reino, mientras enviaba otro igual al peso de aquella gran regencia: ejerció dos años su oficio con aplauso y gran contento de la nobleza y del pueblo, que no se satisfacían ligeramente de todos, y en paz y en guerra, aunque entonces estaba cerrada la puerta á Sano, por no haber más que la de Holanda en toda Europa, y podemos decir que en las otras partes del universo, fué admiracion á los espíritus más políticos y marciales de Italia; aprobaciones de todas maneras relevantes y más calificada que de otra ninguna de las provincias del mundo, por ser aquella parte la más ilustre y profesora de las buenas artes, madre y maestra de todas las ciencias; fué inclinado, despues de los otros estudios en que por influencia de estrellas benignas que le hacian discreto, cortés, apacible y bien enrazonado, á la música y á los versos, en que hacia algunos, aunque pocos, y no más de aquellos que permitieron la flor de los primeros años. Casó en Nápoles con la Ilma. y Excma. Sra. Doña Lucrecia Liguiana Gaiunara, condesa de Castro, duquesa de Taurizano, en quien tuvo por merced del cielo hermosos y buenos hijos, imitadores de sus virtudes, en quien se conservan hoy, aún en ausencia del padre; cosas que raras veces se ven en otros, aún de su misma calidad, de suerte que no las tienen por otros respetos que por naturaleza y por obligacion al reconocimiento de Dios y por

forzosa á la comun esperanza de los fieles. Vino á la corte de España el año 1608, ó poco ántes, á ver á su madre, la condesa de Lemos, Cámara mayor de la muy esclarecida reina Doña Margarita, á sus hermanos, D. Pedro de Castro, conde de Lemos y de Andrada, Presidente de Indias, casado con hija del duque de Lerma, su tío; y admiraron en aquel tiempo su gran juicio, prudencia, integridad de costumbres, y así lo reconoció su tío y los demas Ministros, y lo hallaron sujeto capaz para grandes cosas y para emplearle en el servicio del reino: fué aquél año, á principio de Junio, á Ventosilla de Duero, delicia entónces por hermosura de edificios, campaña, monte y otras recreaciones hechas del generoso ánimo del Duque, de sus esposas, y de las mercedes que le hacia el Rey para servirle con ellas y dilatarle el espíritu, y extendersele sin afligirle ni afligirlos á S. M. ni á sus criados, como lo referen hoy, no sin particular memoria ni sin suspiros, aunque la malicia natural y artificiosa de estos no dejó de tratarle como á privado. Acompañóle en este viaje D. Fernando de Castro, conde de Guelves, su hermano, Gentil-hombre de la Cámara del rey D. Felipe III, caballero de singulares y generosas partes; y de Ventosilla pasó á Lerma, segunda recreacion por su antigüedad y por lo que se le habia añadido de edificios, un gran Palacio, conventos, parque, sotos, jardines, todo de admiracion para la vista y para la casa en sus caminos: primero era la Iglesia que su posada, y en esta forma, al comenzarlos, porque tenia muy larga y muy prolija oracion, siempre era asistido de Dios y le tenia por principal objeto de sus acciones. De Lerma pasó á Valladolid, siguiendo á la corte y á su tío, donde perdió á su hermano D. Fernando de Castro; falta que verdaderamente quebrantó y entristeció los corazones de Palacio y de la corte, por su persona, por su arte, por lo bien visto que estaba: si yo hubiera de inferir otro elogio en el que voy escribiendo, dijera muchas cosas de este gran caballero, dignas de mayor pluma; pero no interrumpiendo la materia á que me he dedicado diré, con precision, que era bizarro en todas sus acciones, amado y aplaudido, ardiente en la plaza

con los toros, y diestro en la batalla con la pica y la espada, torneando era todo el gusto y la policía de su madre y de sus hermanos.

Bartolomé Leonardo de Argensola, rector de Villahermosa, ilustrísimo poeta, escribió una elegía á su memoria, que anda en sus obras, y á ella remito algo de lo mucho que se admiraba en la persona de este gran caballero. Sintió D. Francisco de Castro, como dije, esta pérdida, y ofreció á Dios con grande entereza de corazón, si bien el dolor era la espuela secreta que le estimulaba por falta tan lastimosa. Ilizole S. M. merced de la Embajada de Roma, y volvió á la corte de- jándose en el venerable convento de San Pablo de Valladolid, en el sepulcro de su gran tío, la prenda más cara de su corazón. Consoló á su madre, á su esposa la condesa de Guelves, en quien dejó una hija heredera del Estado, que despues fué duquesa de Veraguas: consoló á su hermano, el conde de Lemos, que aunque no se hallaron al dolor, le tenían presente y grabado en su corazón; echóle de ménos la corte, y D. Francisco de Castro, duque de Taurizano, pasó á la Embajada de Roma. Allí fué donde él compuso aquel gran negocio en que tanto lució su genio y su prudencia cuando se levantó la digresion entre Pablo V, gran Pontífice de la Iglesia, y venecianos, en que se introdujo y tomó á su cargo prósperamente, de órden del Rey, pasando de Roma á Venecia, que los Cardenales y toda la nación francesa quisieron hacer sospechosa, diciendo que aquel ejército que el rey D. Felipe III habia mandado levantar á don Pedro Enriquez, conde de Fuentes, Gobernador y Capitan general del Estado de Milan, no era tanto para hacer mas defensibles la autoridad del Papa y correccion de la altivez de venecianos, y para restringir sus decretos y obedecer al Vicario de Cristo, y que los suyos desean sobre los demas, cuanto para castigar los atrevimientos cometidos en las armas contra el archiduque Ferdinando y su primo segundo, duque de Stiria y Carintia, que despues de Matías ascendió al Imperio, sobre términos de Friull y de la Suria, que querian adjudicarse á sí, y decian pertenecerles con fundamentos bajos y

maliciosos: supo serenar esta tempestad, componerla, asegurar á Italia en todos sus ángulos y términos, haciendo que el Senado estuviese á la obediencia del Príncipe de los Apóstoles. Agradecióle Pablo V el beneficio hecho á la Iglesia, y ponderó en el Consistorio delante de los Cardenales con alabanzas y aclamaciones públicas, diciendo grandes cosas de su celo y religion en servir á la Magestad católica de Felipe III, y á la Sede Apostólica Romana. Encareció su casa, saugre y virtudes, y por el consiguiente, el Senado veneciano le dió las gracias, lo consagró grandes encomios por haber mediado con su gran juicio y prudencia los riesgos que amenazaban ruina á las tierras de la Iglesia y las demas posesiones, y rumores que con esta ocasion se habian de querer introducir en Italia para turbarla y sacar algo de ella. De Roma pasó al virreinato de Sicilia á ser ejemplo de Gobernadores. En esta forma se mantuvo hasta el año de 21 que las cosas de España mudaron ser y forma, y pasó de esta vida á la inmortal que le esperaba en el cielo el Rey católico D. Felipe III, su amplificador, y de todos los de su familia y casa, entrando á reinar el IV: tuvo el aviso en Palermo de la muerte de D. Pedro de Castro, conde de Lemos y de Andrade, su hermano mayor, casado con hija del duque de Lerma, su tío, por donde tambien eran primos hermanos, y vino á heredar el Estado por no haber tenido sucesion. Toleró este fracaso como los demas: vino á cubrirse á la corte, y su primer agénito, con el título de marqués de Sarriá, hiciéronle del Consejo de Estado, no admirándose, ni haciendo mudanza en su corazón, porque todo lo tenia depositado y lo esperaba de S. M., ascendiendo ántes que á los caducos de la tierra á los imperios eternos del cielo. Los nuevos privados, nuevas condiciones y diferentes semblantes, ménos gratas puertas, pocos aplausos y poco calor en ellas, áun cuando le halló en el bajel prodigioso del tío, que las pasiones humanas hacian zozobrar, y despues de su muerte en los riesgos del nieta, óscuraciéndolo y anublándole las mercedes, y las puso en concordia y templanza con los Ministros, sin que recibiese fracaso

tales en el siglo se llamaba Francisco, mudando el nombre por particular devocion quando tomó el hábito: procuraremos familiar sus virtudes.

La duquesa de Soubreuse, mujer ántes del duque de Luisiana, Condestable de Francia, gran privado de Luis XIII, y ahora de un hermano del duque de Guisa, huyendo la ira y las excursiones del criado Cardenal de Richelieu, dejando la Francia á toda diligencia con pocos criados y sin homenaje de casa, desamparada de todos, se entró por Perpiñan al amparo del duque de Cardonn, que la acogió y agasajó; pasó de allí á Zaragoza al hospedaje del marqués de los Velez, Virrey de aquel reino, y despues á la corte, donde fué recibida con público acompañamiento de todos los señores de ella: fué hospedada en la casa del duque de Alba; poco despues, pasados algunos meses, agasajada de ricas prescas y de joyas, y en un navio que vino de Lóndres para el mismo caso, navegó á Inglaterra: quién dice que á disponer allí mejor sus cosas y las de su marido, que estaba preso por órden del rey de Francia; y quién que se hallaba embarazada en la corte de España, en las ocurrencias en el cuarto de la Reina con la princesa de Carliano, y el gran lugar que habia hallado en ella por el parentesco de su hijo con el de España, y no le queria ser inferior, llevando á mal hicieron más con la Princesa que con ella, habiendo sido iguales en París: de esto quisimos trascender algo y la causa de su fuga. Decian que el Rey y Richelieu querian haberla á las manos para castigarla, no só si por revelacion de secretos; porque ántes fué toda la suspension de los sentidos de Luis: ella era hermosa, y no pudimos saber mas, ni tampoco quisimos entenderlo por ser materia de mujer, en que el silencio es de mejor calidad; y que los otros discursos, si se hallaba mal en Francia, y las controversias de España con aquel reino no la amaban bien, y las novedades de Inglaterra no serian convenientes á la comodidad de quien las habia perdido todas, y tan grandes, que era constante opinion que importaba su camarín ó tocador 300.000 escudos: y así era forzoso pasar por grande mengua de necesidad, como

la honra ni el decoro de las personas, porque la verdad arrastra los nublados que la pretendian ofuscar; y tambien supo, con su gran valor y consejo, impugnar lo que la maldad y soberbia le pretendió cargar.

Murió la condesa de Lemos, su madre, y despues la Condesa, su esposa. Casó su hijo primogénito con hermana del duque de Osuna, y viéndose dejado de los impedimentos de sus obligaciones y de los del Estado, retirando sus hijos de los cuñados y sirtes de la corte á Monforte de Lemos, y su prima, esposa de su hermano, á fabricar un convento de monjas en aquel pueblo para acabar virtuosamente allí sus dias; y llevando los huesos de su madre y hermanos á aquella fábrica, y los antiquísimos sepuleros de su padre, logró un pensamiento que habia largos años que le solicitaba el corazon; y renunciando los oficios, las dignidades, los Estados y las otras cosas humanas, tomó el hábito del gran Patriarca de la Iglesia, San Benito, en Sahagun, dándose con más anchura de espíritu á la devocion, á la oracion y á la mortificacion, al ayuno, á la limosna, de que era muy frecuente y sumamente amigo. Dejó de referir las otras partes de sus virtudes y penitencia, porque no acabariamos aunque hiciésemos largos epilogos. En este estado y con este ejemplo, en que admiró á los mas sabios y edificó á los mas exaltados, y confundió sus trazas y devaneos, vivió algunos años con grande edificacion y consuelo de los religiosos, y estando en el monasterio de Búrgos de esta sagrada religion, queriendo Dios premiarle lo que habia servido, le agravó una enfermedad con que en breves dias le llevó Su Majestad á gozar del premio prometido á los buenos y que le amaron, el dia último de Agosto de este año, en edad de 50 años. Varon, sin duda, grande en ambas fortunas y en ambas eras; de suma tolerancia y de gran corazon en las adversas, y en las prósperas sin un átomo ni color de vanagloria; las acciones de caballero muy medidas con la Ley de Dios, en que fué ejemplarísimo cortesano y religioso, quando lo insinuaba la observancia, no dejando de sufrir los impulsos de los superiores en aquel Estado; éste fué fray Agustín de Castro, que

la Reina Madre, que trocó la grandeza de Bruselas por la pobreza de Londres, donde está con tan baja fortuna, que podía limosna, dejando en Flandes 42.000 escudos que el Rey Católico le daba cada mes para los gastos de su casa.

Los siniestros sucesos de Flandes, la infelicidad de los aprestos de Navarra y de Vizcaya por el duque de Nochers para entrar por la Francia, lo poco que había hecho en Italia, sin faltar al dinero, ni á la gente ni á los pedidos el Gobernador de Milan, tenían al Rey y al mayor Ministro con desabrimiento, por ver que ya espirar el verano y que se habían de retirar los franceses á sus invernaderos sin tomar de ellos la justa satisfacción de las hostilidades cometidas en el Milanés; y otros, de las quemas y talas en el País-Bajo, y que cuanto se había resuelto y determinado en las juntas de este año, en ofensa y castigo de sus atrevimientos, ninguna cosa había arribado al fin que se había pretendido. Por obviar en algo á esta calamidad y fatiga, no quería se entrase el invierno sin probar la mano y tentar alguna empresa que pudiese descansar el ánimo de los interesados, y que doliese á los franceses y fuesen parte de algun desempeño de la reputación de la Francia, no tendiéndose el juicio por toda la circunferencia de la Francia, no sólo por Flandes sino por Italia, y hallaron que era por allí, no sólo dificultoso, por lo fallidos que habían quedado los ejércitos, pero que áun era tarde para hacer algo de conservación; y los Cabos y las reliquias de ejército que habían quedado, estaban cansados y poco sabrosos de la desigual fortuna de los progresos, que en Flandes no habían tenido caudal ni sustancia para hacer esfuerzos de opinion, y en Italia lo habían tenido todo y no habían hecho nada. A mi parecer, estando ya el tiempo tan á los umbrales del invierno, el mejor consejo era suspender y hacer grandes aprestos para el año siguiente, y añadir á unas infelicidades otras, Tuvo este intento mucho de prisa y mucho de repente, concitado no más del impetu y ardor de la cólera: ya se sabe cuánto quiere de tiempo, de acuerdo, de prudencia y de muchos refuerzos para entrar por un reino. Vióse algun número razonable de gente en Perpiñan,

conducida para aquella plaza de armas y para resguardo de la tierra, y traída de lo que no había sido de provecho en la provincia de Vizcaya, ó no se había sabido en caminar; estaba harta allí y como encerrada, sin saber derechamente lo que se había de hacer, por faltar muchas cosas para la jornada; y, finalmente, como quicra que fué el designio y el consejo bien desanudo de prudencia, se resolvió el ir á tomar á Leocata y á su tierra. Estaban allí aquellas muy señaladas coronellias de los señores de Castilla, hechas de prisa y con flojedad de Cabos y gente bisoña, no habiendo más que tres soldados viejos de reputacion y de nombre, que eran el conde Juan Cervellon, el marqués de Mortara y D. Francisco Toralto. Digo que se hallaban en Perpiñan las coronellias de los señores del reino; la del Conde-duque que mandaba el marqués de Mortara, la del Almirante de Castilla, la del conde de Oroposa, la del conde de Aguilár, la del marqués de la Guardia, la del conde de Saldaña y de otros, que en los de todos y de otras gentes no había más que 7.000 infantes y 800 caballos, tomados á bajos precios de los coches de la corte de Castilla, traídos de Vizcaya, donde primero se habían llevado, dados á Capitanes sin nombre ni reputacion, ántes insuficientísimos de todas maneras, armados aprisa y con malos aderezos. Tenía á su cargo esta gente el duque de Cardona, como Virey y Capitan general del Principado de Cataluña. Trajo el Maestro de campo, Francisco de Espojo, un tercio de matorquines que se había aprestado en aquella isla, que no pasaba de 800 hombres; y hay quien dice que los catalanes sirvieron con 500, pagados á su costa. Dió esta gente el duque de Cardona al conde Juan Cervellon para que hiciese la guerra por el Languedoc, y fuese por principal caudillo de ella; y la caballería al duque de Ciudad-Real, que la había conducido de su tierra al Condeado de Rosellon: enviaron á D. Francisco Toralto con alguna gente, y por divertir competencias con el Cervellon, para que asistiese en un desembarcadero y puerto de mar, para impedir que no se echasen gente por allí los franceses y socorriesen á Leocata; y siendo este el Cabo más principal que

había de ir en el ejército, por su mucho valor y experiencia en la guerra, si bien no le faltaba al otro, pero era de poca fortuna, le dieron **este** cargo por decir no se llevaba bien con Cervellon, y quisieron evitar las contiendas, y porque no las hubiese en el modo y la prosecucion del sitio no llevaron artillería, enviándola por mar en número de diez medios cañones y ocho cuartos.

Marcharon, pues, como siempre y en esta forma, con los pocos bastimentos, pertrechos y municiones que había, con orden de ahorrar la pólvora y no gastarla en salvas. Estos ahorros y otros tienen á Palacio y la milicia en el poco lustre que hoy se ve, no usando de ellos como se debe y lo pide la autoridad, prenda que nunca se ha de deshacer de ella ningun Ministro; ántes haciendo excesivos gastos y capitales en lo que no es menester, ni es justo, ni importa, ni hace al caso, ni la obra es heroica, ni asimila en ningun ápice á la maravilla octava, que ya, si lo fuera, cualquiera falta se podía perdonar, particularmente que no siéndolo es grande error deslucir á las otras; y fuera tanto más acertado que aquel gasto, introducido por tema y contra el celo de los reprensores, emplearle en pólvora y en salvas ántes que en malas tapias y tachillos; así supieran los enemigos, como lo supieron ántes, que había hombres y consejo en España. Marcharon, como dije, y el duque de Cardona hizo alto en Salsas ó Perpiñan: llegaron á Leocata, fuerza puesta en una eminencia peñascosa, contrapuesta á la de Salsas; echáronla el sitio, distribuyeron la gente en sus puestos y abrieron trincheras muy malas, bajas y de poco fondo y altura, y con demasiada circunvalacion, más de la que pedía plaza tan corta; tanto, que dicen pasaba de diez leguas. ¡Qué bien parecieran allí los gastadores del Retiro! ¡Qué alabado de providente fuera el Gobernador! Condenáranse justamente al temerario que no le proclamara de diligentsimo y atento ministro, y más si en ocasion tan falida condujese aquellos carros, aquellos instrumentos, picos y azadones, y aquellos hombres que desmontan tan gran copia y latitud de tierra, hacen prodigiosos y extendidos estanques, llevan ar-

tes á lejas partes, sin qué ni para qué, pudiendo manejarlo un coche, sin sobresalto y sin riesgo público, de grande fracaso. Descuidámonos de lo que importa y es necesario á la república, y hacemos grandes gastos y metemos mucha gente en lo que no es de esencia, ántes de exceso; y luego tratamos de ahorro bajándonos á pocas cosas, á indignidades y miserias, á que se ahorre una onza de cera, y á si se toca ó no lo toca al otro una cinta, apretar á Palacio y á los criados hasta hacerles dar la sangre, y derramar millones en obras deslucidas y que no se les ve el fin, no más de que porque sepan que puedo y que quiero. La casa Real de Palacio, para acabar, cuánto mejor luciera allí aquel gasto, ya que no se enviaba á Perpiñan, ó á acabar la fábrica maravillosa de Aranjuez! aun que lo mejor y más acertado fuera en la guerra, en Flandes, en Italia; y no deja que maravillar, que queriendo S. M. acabar la casa de Aranjuez, no le atentaron para ello, ni se tradujeron allí los gastos del Retiro: una obrilla que hizo en la torre de la Parada en el Pardo, ¡con qué juicio la dispuso del término y medida, para no exceder del ajuste! ¡cómo la limitó, y con qué poco dinero la acabó! y mucha parte de ella, por no quitar el dinero de las otras consignaciones precisas, aplió con lo que le daban cada mes para su Cámara. ¡Príncipe grande y de maravillosas virtudes! de que soy buen testigo porque se las ví y recibí parte de ellas, solamente que no podía ó no acababa de desasirse y desembarazarse de los lazos que le construían á no ser el más esclarecido de los Principes, y á subir á la cumbre de la majestad y á ser el rayo de sus enemigos.

Prosiguendo, pues, con el hilo de nuestra historia, por no lastimar más los corazones de los vasallos, digo que estuvieron así nuestros españoles sobre Leocata, algunos dias, sin hacer mudanza ni novedad los de adentro. Quién dice, que pasados algunos dias de sitio, el Gobernador de la plaza pidió al conde Juan Cervellon cuatro dias de tregua, si no fuese socorrido, para rendirse; concediéronselos, pero al cabo de ellos, pidiéndole la rendicion, respondió con la

mosquetería y arcabuceria, con que mataron pasados de 60 de los nuestros que se habían llegado á las murallas; con que irritado el Cervellon, hizo ahorcar á su vista algunos franceses prisioneros, y pusieron fuego á algunos lugares y amenazáronlos de muerte. Comenzóse á prevenir toda la tierra para la defensa y hacer levantar el sitio á los españoles. El duque de Luina, Gobernador de la provincia de Languedoc, hacia muchas levas de franceses: el arzobispo de Burdeos tenia la armada vergas en alto para navegar y socorrer á Leocata, si bien estuvo muy á pique de perderse en el desembarcadero; y, finalmente, cedió en tierra cuatro regimientos veteranos, los más escogidos de toda la milicia francesa, aunque de poco número de gente. La nuestra apretaba á Leocata flojamente, queriendo conservar la que teníamos y tomarla por necesidad; sin embargo, les quitaron el agua padeciendo falta de ella; mas Richelieu no se descuidaba de socorrerla y prevenirla toda defensa. Acá, nos vendíamos de tal manera la confianza, que nos dimos á creer sería la plaza nuestra: estuvo atacada por tres partes, y llevaba la una trinchera, por la línea más política, el marqués de Mortara con el regimiento del Conde-duque, encaminándose á un caballero del castillo; á un mismo tiempo caminaba por el otro ángulo el Maestre de campo Juan de Arca, con la gente del marqués de la Hinojosa y otras ayudas y refuerzos; al otro baluarte caminaban los mallorquines, gobernados del Maestre de campo Francisco de Espejo. Hicieronse fortificaciones á la defensa de la mar, y se fabricó un trincheron, no sin grande fatiga de los soldados, donde se cubria toda esta máquina con demasiada capacidad, no obstante que nuestra gente era muy poca y el terreno podía ser mejor; aunque las fortificaciones no pudieron acabarse del todo con la perfeccion que pedía milicia tan noble y tan atenta como la española, jugábanse seis baterías de los tres puestos señalados de á cuatro medios cañones cada uno de á dos cuartos, y fué apretando de modo la plaza, que á los últimos dias, si se hubiera continuado como empezó, fuera sin ninguna duda del Rey Católico. A esta hora ya comenzó á ser fatal la reformatio-

y á deslucir la empresa, y á calmar el efecto, porque Cheric de la Reina, Gobernador de la artillería, obediendo al conde reformador, comenzó á escascar la pólvora, como convenia á la buena dieba y fortuna de franceses, que es lo que parece buscamos ántes que su destruccion, abriéndonos las puertas como lo hemos probado en varios trances, pérdidas y escacimientos. Estaban ya los sitiados no sin congoja, como se comenzó á reconocer y observar por las señales y demostraciones que en ellos se veian, tocando una campana, haciendo fogos y ahumadas, cuando vieron á Mortara que tenia ya las trincheras metidas en el foso en dos ramales iguales, el uno donde se habia comenzado á minar, y el otro á caminar con galerías por los traveses del foso, ambos derechos á la mina de la batería, que ora tan grande que se podía subir por ella, si bien con algun trabajo. Este estado tenia el sitio cuando llegó el alférez Roca (nombre natural á su esfuerzo por serlo en fortaleza), de un lugar distante legua y media de allí, donde asistia con 60 soldados que se rindieron infame-mente á las primeras hileras del enemigo; y éste, no pudiendo saber la vileza de aquellos, ni pasar por la baja rendicion de los demas, venciendo y atropellando dificultades, corrió volando al sitio y dió aviso á la Cabeza y á los Cabos como el ejército francés, con buen número de infantes y caballos, venia marchando al socorro de la plaza; no habiéndose sabido nada hasta entónces en el de los españoles, ni se habia atrevido ningún Cabo á enviar una espía ni á gastar 40 escudos en esta prevencion y en estar avisados: tanto respeto se tenia al diablo, y tantos miedos y guardias se le habian puesto, que no parece que le habia, ó si le tenian, no parece que venia para los gastos y socorros de aquella faccion, teniendo más cuidado con él que con los enemigos. Así se faltaba á la providencia y al gobierno de las armas, no dejando el albedrio á las cabezas para arbitrar y encaminar los designios, para encaminar los fines á las glorias y á los vencimientos de los enemigos; este cuidado, finalmente, entre los demas, también fué presagio de aquella desdicha, porque no se trataba de otra cosa que de

quitar ántes que dar. Tenian los enemigos cada día muchas y muy segaces espías que venian á decir mal de nuestra gente, su descuido, su poca milicia y experiencias, malas fortificaciones y trincheras, con que venian armados de vigor y avilantez, y con orden del Cardenal valido de pelear luego y en llegando, y que al que en el Consejo dijese que no y fuese de contrario parecer, le quitasen la vida.

Inadvertida nuestra gente de la llegada de los franceses y de sus designios, y todo metido á su más descuido y confusión, por no ser nadie cabeza ni dejarlo ser, ni disponer cada uno en su libertad ni orden para nada, sino no se tire ni se gaste, ni se dé á ninguno una blanca, ántes tenerlos á todos pendientes, de suerte que ninguno se atreva á obrar: el día 26 de Setiembre de este año, amanecieron á una legua distante de las fortificaciones, y ordenando sus batallones de infantería y caballería, se vinieron armando debajo de nuestra artillería; cosa que nadie creyó ni se esperó, ni parece que previno este día, ni se antevió con el verdadero juicio que se debía, sino que se tomara la plaza sin opósito: no parece si no es que todos perdieron la razón y fallaron al discurso militar. Nuestra gente, poca y sobresalada y no para vista, luego empezó á flagucar y se metieron detrás de las trincheras; habiendo visto un ejército armado, ordenado y prevenido en ménos de un mes, cuando nosotros no le habíamos podido juntar en un año, queriéndonos adelantar á conseguir facción. Era éste de numerosa gente: quién lo hizo de 17.000 infantes y 4.500 caballos, y entre ellos cuatro regimientos viejos, y lo demas juntado de la frontera, gente noble y con desco de mostrarse como se lo habia insinuado el desco del poderoso, y tambien con ánimo de desembarazar la tierra de españoles; otros hacian de menor número la infantería y la bajaban á 44.000, gente, sin duda, demasiada para la poca que teniamos, porque ellos eran otros tantos más en el número, y la caballería mejor. De la misma manera, el conde Juan Cervellon recogió de algunos castillos y puestos la que tenia fuera, y porque nuestra artillería los ofendia y ya habian reconocido nuestra gente, cuarteles y trincheras, se

retiraron en la misma orden al puesto de donde habian salido; que era á un sitio espacioso, de dos leguas de ancho y lo mismo de largo, llano aunque con algunos matorrales: alojáronse y encendieron sus fuegos en cantidad, que á mi ver, fué avisar á los de la plaza de cómo habian de acometer nuestras fortificaciones y los habian de socorrer, porque, sin duda, lo habian menester, como yo lo juzgo, por hallarse faltos de lo necesario y para no poder resistir más tiempo; porque el llegarse, como se refiere, tan á la vista de las trincheras, no fué otra cosa que á reconocerlas y á ver el orden que teniamos, la forma y la distribucion de la gente, y por mayor qué número, de que ya ellos no hay duda estarían avisados que era poco, por sus espías; y habiéndolo visto y reconocido que era así, se retiraron para esperar la hora, que ya tenian resuelta con su ardid y astucia, de acometer. Finalmente, creyeron algunos que no se habian de atrever á embestir, aunque era poca la gente y ruines las trincheras, y que habian de tomar otro acuerdo y pretender pasar adelante y entrarse por el condado de Rosellon, la tierra adentro, á talar, quemar y hacer mayores daños, forzándonos á levantar el sitio de Leocata, y que acudiésemos, mal de nuestro grado, á la propia defensa; pero ellos, haciendo sus consejos y juntas, determinados á aporrear á Richelieu, de que cortasen la cabeza al que no esquivase de parecer de pelear, dijeron acometiesen de noche, donde para nosotros sería la confusion mayor, siendo de repente; calumniándonos que los españoles no peleaban tan bien de noche como de día, porque peleamos por la honra. De este parecer fué el duque Bernardo de Beimar cuando lo de Nortelinghen, que dijo el día que fué vencido sobre la colina de los españoles, no los habia hallado tales la noche ántes cuando peleó con ellos en el bosque, como á la mañana, donde hicieron huir despues de vencidas y deshechas tantas tropas. Ahora quieren valerse del dictamen los franceses en sus mayores aprietos; pero engañáanse, que aunque aquí les salió dichosa la empresa de noche, se han hecho tales y tan grandes como de día que se leen bien en las historias de Flandas

y de Italia, y otras memorables en diferentes progresos, y parte del mundo.

El día que llegaron, como ya tengo dicho, que fué el de 27 de Setiembre, se estuvieron, sin dar muestra de nada, en sus alojamientos; sólo la caballería se avanzó á reconocer más vivamente nuestras tropas, y no les fué posible, sin embargo que la nuestra daba muy pocas esperanzas de ninguna buena facción, ántes de infeliz suceso, y lo mismo de la infantería, particularmente la del conde de Aguilar, que como eran los más de ellos tornilleros y criados á sustancia de hijos, rodaron demasiado en la ocasión. El día 28, á las doce del día, entraron de socorro al campo del enemigo cinco regimientos de infantería y 600 caballos, todos ó los más de calidad de nobleza, parte de lo provincia de Languedoc y de la Provenza, acaudillados de dos arzobispos y un obispo, que en cuanto á las armas todos son seglares; pues los eclesiásticos de aquel reino perdieron el respeto á las órdenes sacerdotales, convirtiéndolo la dignidad apostólica en sanguinaria y detestable, abrazando la impiedad y la injusticia de los Ministros hugonotes que se la han enseñado. Este mismo día, á las cinco de la tarde, estando en la cabeza de las trincheras el conde Juan Cervellon y el marqués de Mortara, tratando de proseguir en las fortificaciones que habían descubierto en el foso, les llegó aviso que los franceses habían levantado el campo y venían marchando la vuelta del nuestro, con lo que abandonaron aquel puesto y se bajaron al opósito del enemigo, dejando soldados prácticos y de valor que estuviesen con cuidado si los sitiados hiciesen salida á las trincheras; y si fuese así, se entrasen tras ellos, dejando para este intento 400 hombres que los siguiesen, rechazasen y entrasen en la plaza y se apoderasen de ella, que después apenas fueron 60, entre arcabuceros y cosceletes; pues tal fué el miedo y el desorden, que no se pudo mantener la obediencia. Vinoso arrimando el enemigo con buena orden al trincheron, que se había fabricado á mucha costa y fatiga, cuando llegó el conde de Cervellon, y el marqués de Mortara, por ser larga la distancia estaba

ya á la mitad del camino, vino cerrando la noche; y á la ora con, con lindo concierto, embisieron los franceses con un desorden y furor invencible, mezclada la infantería con la caballería, á la coronella del mayor émulo por la competencia; y así, dicen que es guerra de privado á privado: resistieron con la misma gallardía, y fueron rechazados tres veces con el asalto suyo y del Mortara que gobernaba la coronella, y embisó la cuarta vez, trayendo para el asalto las escalas á medida de su altura para subirle. Tan atentos y avisados traen los franceses las espías en las ocasiones, y tan numerosas, que dicen gasta Richelieu en ellas cada año muchas sumas de dinero, y no sé quién, dice pasan de 200.000 escudos: no se puede obrar nada en la guerra si se encubre el dinero á los soldados, su valor y ósto lo hizo gran lugar al marqués Spinola en Flandes. Los Capitanes griegos y romanos usaron libremente de él; para conseguir los triunfos y las victorias es menester traerle á la mano, y no reformarles el sueldo, que se los caerán los brazos y las armas del hielo de la necesidad y las miserias, y remitirán mucho de su ardor en lo más encendido de la pelea, y no tendrán calor para obrar. Viendo, pues, la resistencia que se les hacía, se fueron á mejorar por la parte que estaba al Maestre de campo D. Luis de Garnica y la gente del conde de Oropesa, y una compañía sola de catalanes, porque pongo en duda (y así se ha de advertir cuando digo dicen, porque no valgo de este modo cuando refiero algo y anteevo incertidumbre) que ellos sirviesen con 500 hombres; ántes, al fin de este suceso los calumniaba nuestra gente el no haber salido con todas sus fuerzas á la emienda de este yerro y accidente, sucedido por la honra y defensa de la nación catalana y por la patria.

Ahora, como dije, la gente del conde de Oropesa y una compañía sola que había de catalanes coleccionos y la gente del conde de Aguilar, fueron constantes á los primeros impetus de los franceses, mas en parto de sus puestos alojaron, y la referida, desamparando los Capitanes y Oficiales, púsose en la fuga, habiéndolo hecho ántes la caballería, dejando sus

cabezas y su General, el duque de Ciudad-Real, que recibió algunas heridas, como las recibió su padre lidiando con esta misma nación en la Borgaña, debajo de su mismo caballo, arrojado en un pantano ó arroyo, habiendo peleado valerosamente, retirándose la caballería que llevaba á su cargo, siendo general de ella en tiempo del Rey D. Felipe II y de Enrique IV, que se hallaba allí en persona, cuando Juan Ferras de Velasco, Condestable de Castilla pasó de Milan á recobrar la Duria, fué desamparado este caballero, y el marqués de Saldamian, su hijo, y D. Alonso de Escobar; y metidos entre las tropas de los franceses y habiendo cerrado con ellos un escuadrón de corazas, no se halló sino con su hijo, y algo distante D. Alonso, y salió herido, lo que no sucedió á su gente. La confusión fué mucha, y más habiendo faltado el marqués de Mortara, que á las diez y media de la noche le dieron un mosquetazo en la cabeza, de que cayó aturdido, y le llevaron á curar á Perpiñan; faltaron y murieron mucha gente noble, porque fué causa de desmayar la infantería, de que el Cervellon se halló perdido y en suya turbación, y más cuando vió la caballería francesa subir las trincheras, finieblas y confusión en todos, y tan acongojados, que ninguno sabía del otro quién era el vencido ó el vencedor; muchos tomaron el camino y corrieron velozmente á salvarse á Salses ó á Perpiñan. La noche era capa de medrosos y ocultaba la vergüenza de los más principales y de obligaciones para acometer esta infamia; así, por varias vías incognitas y no usadas sendas, se escaparon los nobles, pareciendo carteras de hormigas. De esta suerte y en esta forma, sin menear las manos ni tirar bala, se estuvieron los franceses dentro del sitio hasta las ocho de la mañana, todavía en el mismo recelo y duda por quién estaba la victoria; y declarándose con brevedad y con general rotundidad, se perdió la artillería por no saber conocer la fortuna, ni usar de ella, que ántes la clavaron los enemigos; y es cierto que si lo que se vió despues se hubiera prevenido de nuestra parte, nuestra gente no se hubiera desanimado tanto. Los franceses, con la misma confusión de la noche, creyeron

que la victoria y el campo estaba por los españoles; y estos, que por los franceses: los que más diligentes se avanzaron á la mañana, de estos fué por quien quedó y la consiguieron sin sangre. Retirose el conde Juan Cervellon, metiéndose los franceses al pillaje del tron de la artillería, de las tiendas, del dinero, de la pólvora, en que habia puesto tanto cuidado que no se gastase; ¡grande providencia y saldable consejo para los franceses! y tomaron las demas municiones y bastimentos, plata y ropa de los Capitanes y todo lo demas que trujeron. Era cosa lastimosa verlos llegar á Perpiñan, muchos de ellos desarmados, heridos, corridos, otros avergonzados del suceso, y todos afligidos, cosa para quebrantar el corazon: sintiólo amargamente el duque de Cardona, y los demas entretenidos cerca de su persona, y no sé si los catalanes, aborrecedores sumamente de los castellanos, comenzaron á temer los de la villa y poner el remedio en ella que convenia á tan miserable pérdida. Acudióse á las murallas, al castillo y al de Salses, como se pudo, y á los otros puestos y estradas de la plaza de Rosellon, creyendo que con la victoria habian de ir sobre todo: no quisieron moverse á esta injuria los catalanes, de que se ofendieron públicamente los de Castilla, porque podian juntar la milicia de Barcelona y de las otras ciudades y villas, con que ellos presumeu espantarnos y darnos cuidado cuando los va aquella ocasion más apretada que otra, siendo causa y defensa suya, y distribuir aquella casa de armas, de que hacen tanta ostentacion y alarde, y armar toda la tierra por su Rey, por su honra y por la patria; finalmente, esta calumnia, en tiempo que tanto lo pedia la necesidad y esta pérdida, obligados de razon á salir á olla, no se les caerá del rostro. Fué notable el sentimiento de todos los pueblos comarcanos de Castilla y de todo el reino: los hombres de bien se preguntaban unos á otros ¿qué afluencia es ésta de desdichas? ¿qué cúmulo de estragos son estos? ¿qué se hicieron los españoles que tanto cuidado dieron, no sólo á los franceses, pero á todas las naciones del mundo, en sus más remotas partes, en ambas Germanias, en Italia, en nuestras fronteras, en Oriente y Occidente?

De esta manera se lamentaban, pálidos y macilentos los rostros, ahogados los corazones de la falta de reputación, y que no se quedase aquel adagio para nosotros, que quedó para ellos, y fuese la cosa del Leocata como la de Roncesvalles. Sin embargo, no les salió barato el socorro de la plaza: murió mucha nobleza entre caballeros y señores, porque el marqués de Mortara afirmaba no haber visto jamás pelear á los franceses con tanto denuedo y valentía, y que se asían á las bocas de nuestra artillería y subían por ella para ganar las trincheras y entrar en ellas; de estos se afirma que murieron pasados de 600, y de la gente comun y picboya 4.500, sin los heridos, que fueron sin número. De nuestra gente se contaron 300 muertos y 400 heridos, y entre ellos, Cabos de infantería y Oficiales de caballería.

Luégo que hubieron librado la plaza, se dieron muchas dias á fortificarla y proveerla de municiones y vituallas, recogieron la artillería, aunque clavada parte de ella á la primera arremetida por estar á su opósito 400 barriles de pólvora, muchos artificios de fuego, de acometer y de expugnar. Dió orden el rey de Francia y su confidente, que ningún francés entrase en España ni por causa de nuevo accidente, ántes que se conservase la vanidad de la victoria que ya vocaba por el mundo, que se registrase aquella fortuna en los anales de Francia, por haber conseguido pocas, en todo el largo discurso del mundo, de la nación española, cuando en doscientos años se ha tenido de ellos innumerables; con que salió desdichado el duque de Cardona y toda la gente que se había retirado á las murallas de Perpiñan, no desanimados ni desprovocados del todo, ántes esperándolos si quisieron pasar adelante. Disculpábase la caballería de haber llevado ó dádoles caballos no á propósito, que eran malos, flacos y cansados, al fin como de coches, tomados de prisa y sin ejercicio, y no los habían podido hacer, ni revolver, ni manejar, atónitos y espantados del ruido grande de la artillería: los infantes decían no había habido orden en el esperar, que se habían confundido las cabezas con la intempestiva acometida de los france-

ses, que no creyeron, y ofuscados con las tinieblas de la noche para poder gobernarse, mandar la gente y ordenarla, y acudir á donde más lo podía la necesidad, porque mucha gente se estuvo queda, guardando sus puestos y el órden que tenían de conservarlos y no moverse hasta que fuesen impedidos de los enemigos, debiendo convocarlos para reforzarse y sostener las acometidas; pudiera ser que habiendo sido rechazados tres veces lo fueran todas, á ejemplo de la colina de Nortelinghen, sustentase la guerra en aquella parte; no fuera tan fácil el socorro y procuraron los retenes y deshicieronse con la duración del tiempo, y fuera muy posible no socorrer la plaza los enemigos, pero áun tomarla los nuestros. Murió poco después el conde Juan Cervellon, quizá del dolor de la pérdida del ejército y la jornada; y el duque de Cardona, quizá argüido de falso sobre el hecho, y cargado de culpas como es ordinario y las hemos sabido imponer á los demas Generales, de que han naufragado los mejores y él dado las razones más congruentes y oficiosas, por donde no se habia de haber intentado, dejó el gobierno y las armas de Cataluña, que se dieron al conde de Santa Coloma, que tambien le hizo fracasar con fin amargo.

Este fué el suceso de la entrada de nuestra gente española por el Condado de Rosellon en Francia, aviso que ya le hemos dado ántes de los malos sucesos, porque tentar por ninguna de aquellas fronteras es yerro sin duda conocido; que si ellos entraren se perderán como ya nos lo ha insinuado la experiencia, y nosotros de la misma manera. Tener ambas fuercas, la de Perpiñan y Fuenterrabia, reparadas y fortalecidas, es lo que enseña la prudencia militar y la política, con levas que se hacen de españoles, las unas para enviar á Flandes y las otras á Italia; pero no para invadir por allí á los franceses ni ellos á nosotros, por no ser á propósito aquellos puestos para continuar guerra, y estar ya el uso tan enervado, dificultosos los alojamientos y los viveres malos de llevar. La quietud de España, y de los naturales hará perdurables los otros reinos, y los conservará, aunque sean convertidos con guerras, con

ejércitos y con enemigos; mas si España desatendidamente abre la puerta á ella, ni se tendrá éste ni aquellos, porque no se han de fiar de sus hombros cuatro plazas de armas, que ya piden á vivas voces ser mantenidas para tener la Monarquía en pié. Si ocasionamos ó compelemos las fuerzas dentro de nosotros mismos, ¿cómo pasarán á los otros, si no podemos enviar allí nuestro poder? de razon habrán de perderse, y perdidos, ¿quién asegurará á España, si desembarazados los enemigos de lo de afuera no nos han de dejar correr con la de adentro? Esta mancha tarde saldrá del rostro del que la mandó emprender, en los tiempos que son ménos á propósito para ella, porque se pone la gente en campaña cuando se han de alojar.

Murió Victorio, duque de Saboya y príncipe del Piamonte, de insidias francesas y de fiarse de un enemigo ambicioso con pretexto de Liga ambigua y engañosa, de un banquete que le hizo Monsieur de Crequi, General de las armas del rey de Francia en el Monferrato, como se rugió y se dijo en Asti, ciudad del mismo Principado. Murió con el conde de Berba, y el marqués de Bargon, sus vasallos y otros que se hallaron en él de la misma facción, y ninguno de los franceses: dicen que les dieron entre las demas viandas leche, y que allí iba disfrazado el veneno; vivió solos siete dias. Quién dice que la duquesa Crisiana de Borbon, su esposa, fué sabedora del caso, y que de los incidentes que podia engendrar la sospecha, por ser tan francesa, se retiró al castillo de Turín con su hijo príncipe de Mógenito, Francisco, duque de Saboya, solicitado de alguna conmovion entre saboyardos y piamonteses. El cuerpo del Duque fué llevado á Berceci, donde le pusieron con majestad y grandeza; refiriendo todos que ha sido fatal á la casa de Saboya el casamiento con Francia. Declarose el Crequi en el modo, y dió á entender su intencion, que era tiranizar aquellos Estados, encaminándose á Berceci con 4.000 hombres; dándose á entender que era por su seguridad y en defensa de cualquiera accion que intentasen las armas del rey de España, que no admitieron los ciudadanos, discurriendo que era por tener

mas sobre sí y á su mandar la entrada de Italia, sospechándose la queria cerrar el Duque muerto, y érales de grande importancia para la conservacion del Monferrato y la invasion del Ducado de Milan, y para las otras pretensiones de aquella grande y extendida tierra, la más floreciente del orbe. Túvose esta sospecha de que mataron al Duque, porque se reconocieron presunciones desde el verano pasado, quando se vió apremiado del ejército Real por el Marqués, gobernador, y no sólo dentro de su casa, pero á la vista de Asti. De esto dejamos apuntado algo en lo de atras, quando escribimos la entrada y el poder de nuestra gente, y lo citamos para este lugar. Prosiguiendo, pues, en la materia, digimos que el Duque, cansado del proceder de los franceses, de su codicia y del peso de la guerra que iba recayendo en sus Estados más que en los de otro Principe italiano, para estar más sobre él, y porque ya el duque de Parma se hallaba retirado, y hecho penitencia de los delitos cometidos contra la Majestad y el feudo, y otrosi, perdonados, queria, por la Potencia española que veia sobre sí, volverse al auxilio del Rey Católico, sacudir el yugo francés, cerrar los pasos y echarlos de Italia, como era de creer con la reduccion del duque de Saboya. Sabiendo esto Monsieur de Crequi por algunos de la confidencia de Saboya, avisó al rey de Francia y á Richelieu, discurrido cómo seria posible y se escribe, quienes para asegurarse de tan mortales inconvenientes, para salir á la alteza de lo pretendido y de todos aquellos reinos, Estados y repúblicas soberanas, decretaron su muerte y se la dieron, por tener debajo de su dominio la Saboya y Piamonte, sin recelo ni sobresalto para las invasiones propuestas; dándose y asegurándose por aquí, que siempre la hermana les sería del protectora contra la casa de España; y no sólo esto, mas que les daría los Estados y aún se los quitaría á sus hijos, como al esposo, como lo comenzó á hacer, que pasados algunos dias hinchió de legiones francesas toda la Saboya y el Piamonte, y con color de resguardarlas, haceltas suyas. Procuróse que el cardenal Mauricio de Saboya, hermano del Duque que muerto, se metiese en estas cosas y apartarlas, y que

procurase atraer á sí los vasallos y ganarlos la voluntad, para divertir la trama y la sospecha; pero él, ni tenía fuerzas ni ánimo para tentarlos, ni la tierra para hacer algo que aprovechara: llamóse de Flandes al príncipe Tomás para lo mismo, y él se excusó, no queriendo, una vez que salió de su casa y patria, volver á ella ni dar nuevos motivos de discordia, ni abrumarla, guardando constantísimamente la virtud heroica de la fidelidad, ni proceder hostilmente contra el sobrino, su natural señor, por no manchar su opinión; contentándose con las comodidades de Flandes, y que sus hijos y su mujer las tuviesen en la corte de España al amparo y abrigo del Rey Católico. Mas, después, el año siguiente, insinuado mejor et razones y conveniencias, pareció mudar de resolución y contentar en su misma tierra, porque la Duquesa, su cuñada, á toda prisa los entregaba al rey de Francia, su hermano, á reparar en la propiedad de su hijo, legítimo sucesor y heredero de aquellos Estados. Decían con estos discursos y falacia del Duque, creyendo se mudarían las cosas, y que los países nos darían tras los franceses y los echarían de la tierra, que muy aprisa se retiraban de Píñarolo y Susa, plazas sacadas mañosamente y con violencia por Richelieu al Duque muerto, con color de rehenes para la seguridad de lo contratado y de la Liga, y tenerlo por aquí optimido y por fuerza en las coyundas y redes de la tiranía, para que no pudiese salir afuera hasta hacerle fracasar y perderlo todo; y fué falso, porque todo se ha allanado y asegurado con el buen semblante de la duquesa Madama Cristina, y el apoyo de la crianza y regencia del sucesor y de los demás hermanos, si ellos vivos. Pero de todo se tenía evidente recelo recaería en el rey de Francia, su hermano, faltando á las leyes y fidelidad del matrimonio, y al Sacramento del matrimonio y á la posteridad y grandeza de la casa; que no obran con menos impiedad que estas mujeres: calamidades son de esta era, y producidas en ella por algunos monstruos criados debajo de influencias malignas. No son estas las primeras maldades que ha cometido el dragón mayor de la Francia, que áun más antigüedad tienen otras

para fortificarse de cada día más en sus ambiciones y quimeras, y creerán, ó querrán fingirlo las plumas de Francia, que hezas hablado en este caso con facilidad, sin fundamento ni certeza, sino por calumniar y hacer sus Ministros mal vistos. Veamos, pues, cómo se descargarian de ellas, si pretenden impugnar nuestros escritos, y este testigo mayor de toda excepción, como no nos lo tachen y defiendan del tósigo dado al duque de Saboya tan execrable é infamante; tanto, que tenía espantado el orbe: no só como todos sus Príncipes, repúblicas y potestades no toman las armas para castigarle y defenderse de otra tanta maldad. ¿Qué dice, pues, el duque Carlos de Lorena de sí y de sus hermanos, en su manifiesto contra Richelieu, en lo que pretende falsamente acusarlos contra los buenos procedimientos que han tomado los reyes de Francia? Dice, que entre los otros engaños que indecentemente usó con ellos, les pidió en depósito y por cuatro años la mayor parte de las plazas fuertes de Lorena, y que se las resguardaría de la invasión de los suecos; y habiéndole traído él no más de por tomárselas, habiéndolo comendado á hacer, y dado lugar á ello: astucia que alude á lo que Píñarolo y Susa, pueblos del duque de Saboya. Prosiguen á que los Príncipes y dicen, que los subprendió á ambos hermanos, Carlos y Francisco, á sus mujeres y á la princesa de Falsburg, su hermana, sin perdonarles ninguna suerte de amenazas y violencias; que les tomó la villa capital de Navey, con tratados engañosos y llenos de precauciones y juramentos falsos; que ofreciéndoles defenderlos de los mismos suecos, en el mismo tiempo dispuso que estos mismos, enemigos de la Iglesia, les asesinasen muchos desprecios, y obligó á lo mismo á los Generales del ejército francés, erigidos para usurpacion de sus pueblos por inmensas edades y por muchos antecesores suyos venidos en su casa y dominio; que comió á muchas personas que les diessen veneno y á otros que los asesinasen, como se colegía de aquellos que los mismos Duques mandaron castigar por haberlo intentado, y lo sacaron con evidencia y

claridad de sus confesiones; que sobornó á Pilonans, marqués de la Convalet, su sobrina, con dádivas y promesas, para que hiciese morir á la princesa Margarita, duquesa de Orleans, por otro delito que por esposa del Monsieur duque de Orleans, hermano de su Rey; como si la casa de Lorena viniese de los bajos principios que la suya, siendo la de Lorena el tronco de los otros ramos coronados que hay en lo más esclarecido de la Europa. Luégo, si se hacen estos oficios con los Príncipes vecinos por el confin de Alemania, ¿quién dudará de lo referido, y que se habían hecho las mismas atrocidades con el duque de Saboya por los de Italia, si todo camina á un fin y á una tiranía? Mengua es que no se liguén todos los Príncipes y Reyes del mundo contra esta maldad, contra esta infamia, contra este vituperio, y tomen satisfacción de la guerra abierta y viva hasta acabarle. Sin embargo, convendría guardarse de él y de sus Embajadores, y no dar oídos á sus materias, que todas redundan en ruina y oprobio del Estado y de la comen tranquilidad.

Quedó por la Duquesa viuda y por sus hijos, en beneplácito de los vasallos (mas ántes por los franceses), el gobierno de la Saboya y el Piamonte; pero no por la decisión del Imperio, por ser feudos de aquella Majestad, y excluir las hembras de la Regencia, como luégo se expresará, no habiéndose podido hacer nada el Cardenal, hermano del Duque muerto, en favor de España y de la libertad de los Estados, que no los predominasen franceses, tan en perjuicio y riesgo de la quietud pública y prosperidad de Italia: encendiósse más lo de Milan, y entró en nuevos acuerdos y progresos de guerra con los nuevos accidentes y gobierno de los vecinos, y reabrióse más los franceses del Piamonte y Saboya, por haber admitido los naturales guarniciones en sus plazas, asegurándose todo, y las mudanzas que ántes se podían tener en la de la Duquesa, donde se afirmaba todo, si no se levantara una espada que lo debeló, aunque se hizo por entónces todo el esfuerzo posible para conservarse con mayor brío y fortalecer y arraigar sus designios, y tucter en más celos y cuidado y

Ma y á sus Capitanes. Publicó el rey de Francia con mayor secreto que hasta allí, de bajar en persona á Italia la primavera siguiente, á visitar á la duquesa de Saboya, su hermana, y traer por General del ejército al príncipe de Condé; siendo todas sus proposiciones las más veces falsas, porque más los pensamientos en otras partes, como se verá, hizo con el pretexto que el Rey Católico armase á Milan y le tomase á Loreli. Esto se relatará más largamente en el libro que se sigue; y cargando con todas sus fuerzas el príncipe de Condé en el designio ántes premeditado á Fuerterrabia, se perdió aquella plaza y no se hizo nada en ésta más que salir sin armas, y ánn de Flandes, ambos coligados franceses y holandeses, en cuya narracion, por ser más feliz y gloriosa para nosotros, como de vituperio para los enemigos, consagraré la pluma á mayor expectacion.

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO.

Discúrrase sobre varios intentos de los enemigos, y sosiégase las alteraciones de Portugal, aunque paliada y encubiertamente. Publicanse nuevas mudanzas en Castilla sobre la moneda de vellón. Restaura el gobernador de Milan el fuerte de Brebra, y muere Monsieur de Crequi, general de los franceses, de un balazo. Prosiguese en algunos movimientos de Alemania. Hay terremotos y temblores de tierra en ambas Calabrias, citerior y ulterior. El Palatino del Rin, hijo de Federico, rey interino de Bohemia, intenta novedades junto á la Vexfalia para recaer á sus estados y recobrarse en ellos con ayuda de Carlos, rey de Inglaterra, su tío, y del holandés. Prenden en Marsella, por órden del rey de Francia, á Casimiro, hermano del rey de Polonia, saliendo de Génova para España, y es llevado á Paris. Llama el Rey á Córtes á las ciudades del reino. Van los franceses sobre la villa de Santomer, en la provincia de Flandes, y cárganla. Sitia el marqués de Leganés á Barceli, en el Piamonte, y tómala. Envía el rey de Francia un poderoso ejército sobre Navarra y Vizcaya, á cargo del Prín-

cipe de Condé y otros cabos de reputacion, y piérdense y vuelven sin honra á la Francia. Rompe el príncipe Tomás á la vista de Santomer las tropas francesas, y hácelas levantar el sitio con pérdida de gente. Sigue las mismas pisadas el príncipe de Orange, queriendo tentar á Amberes. Galeras de Venecia asaltan las costas de Sicilia y del reino de Nápoles, por el mar Adriático, y son deshechas por las galeras de venecianos con enojo del turco. Vése un prodigioso volcan junto á la isla de San Miguel en el mar Océano. No habiendo podido el holandés hacer nada en Amberes, va á subprender á Gúeldres, y estórbaselo el infante D. Fernando como la primera vez. La Reina Madre de Francia deja á Flandes, váse á la Haya, en Holanda, y de allí á Londres, en Inglaterra. Pate la reina de Francia un Dellín, y la reina de España una Infanta. Entra el duque de Módena. Francisco de Este, en la corte de Madrid: saca á la Infanta de pila con la princesa de Carignano. Da el Rey el Toison de Oro al Príncipe y al duque de Modena. Quieren los piratas holandeses tomar la plata de las Indias que traen los galeones; pelean con ellos en el seno Mejicano, y salen derrotados del combate sin conseguir el intento. Piérdese Brisac, plaza importantísima en la Alsacia, y todo esto en el año de 1638.

Habiendo sentido casi todos los príncipes de la Europa el modo de la muerte del duque de Saboya, como era injusto, particularmente los de Italia, porque siendo cada uno y todos solicitados del rey de Francia á una general comocion contra el rey de España, por ocharle de aquella grande silla, era forzoso, no atreviéndose sus artes y maquinaciones, ó dejándose llevar del halago malicioso de sus promesas, verse en otro tanto, ó sus carcas en el precipicio que la de Saboya, Parma y

Miutua, por la mano de algun Embajador ú otro Ministro, como lo han ejecutado en otras partes y con otros Príncipes, como adelante se dirá, cada uno procuraba resguardarse; aunque con voces misteriosas y locuaces, publicó venir á Italia con grande y portentoso ruido de armas; y no bien habia acabado de consumir y gastar las del año pasado, en embestirnos y deshacerse, quando ya se prevenian con mayores aprestos y diferentes designios para el siguiente. Hacíanse nuevas juntas y parlamentos en todas partes; despachábanse de la nuestra Maestros de campo y Comisarios para lavas de gente; buscábase dinero y fomentábase por todas vías remedios eficaces para haberle y hallarle; proveíase á las armadas de navios y galeras, á las plazas de armas del País-Bajo y Milan, y arimábase gente al confin de Perpiñan, sin diseño conocido ni premeditado, porque todos reconocian era vano el cuidado, si no se tomaba á más fin que á prevención prudencial y á guardar la tierra. Las cosas de Portugal se compusieron, porque aunque el duque de Medinasionia penetró con ejército por el Algarbe desde la Andalucía, el Gobernador lo dejó podria entrar sin ellos, porque toda la tierra de Tavira y las demas lugares estaban llanos y sin estorbo, y los naturales en sus casas acudian á sus ministerios y officios ordinarios, sin ninguna señal ni imaginacion de discordia: lo mismo era por la parte de Badajoz, á los que se habia mandado arrimar allí, respondiéndolo lo mismo los Gobernadores y Justicias de los pueblos vecinos, particularmente los de Evora, ciudad, que eran los que habian pecado ó los hicieron pecar; y los otros, diciendo querian servir á su Rey y á su Señor sin proferir otra cosa, ofreciendo sus vidas y sus haciendas, fueron perdonados generalmente; con que se serenó aquella tempestad, aunque sobresauado, como lo dijo el Presidente de ordenes, D. Juan de Chaves y Mendoza, mal anuncio para la guerra que se esperaba; y aquel ejército, que se habia levantado de buenas cabezas y Capitanes, se deshizo, teniendo el rey de Francia suspenso por entónces, é indeterminable para los intentos que tenia en España, dejándolos para este

año, como lo veremos, por haberle desembarazado la tierra que él pretendía, y dejádola sin armas. Pero, sin embargo, mandaron llamar á algunos Prelados y señores del reino, como al arzobispo de Lisboa, al de Evora, al arzobispo de Braga y otros; al conde de Basto, al de Miranda, al de Ocastro y algunos religiosos de San Francisco, de San Agustín y de la Compañía de Jesús, los más graves y de letras; á los primeros, quizá para reprenderles lo poco que se hizo en Portugal en servicio del Rey; á los segundos, porque no se opusieron totalmente á la plebe y no tomaron las armas contra ellos, y corrieron velozmente á suprimir la comocion y encaminar el negocio; y á los últimos, porque muchos de ellos, en vez de predicar el Evangelio, reprenden los vicios y refrenan los pueblos, los concitaban á mayores rumores y levantamientos de los que hay. En las prácticas de semejantes materias, al mayor Ministro quejábanse de los frailes de aquel reino: querían que, no sólo hubieran ayudado á la pacificación, sino á la ejecución del pedido, y que pasara adelante en los otros lugares, y, sin embargo, al apoyo y discurso á la Gobernadora, duquesa de Mantua, que pareció que todos son adversos á aquel gobierno, y abandonan el acudir á su plazo, porque se aventura en esto no más que á perderla el respeto y faltar á la veneración y á la obediencia; y así lo fué el día que se publicó el tributo del pescado, que tomaron piedras y las tiraron á las ventanas. Decíase tambien que esta junta y llamamiento era para introducir y procurar que se tengan por naturales los portugueses en Castilla y los castellanos en Portugal, que llamaban Union, y que las leyes fuesen unas en ambos reinos, abandonando las de Portugal y militando debajo de las de Castilla, no con otras mercedes ni más privilegios sino que nuestros tributos pasasen allá, y corriesen de la misma manera y fuesen iguales para la introduccion de los millones; se querían persuadirse que esta materia, no obstante que es odiosa, es llena de mil peligros y dificultades, y que es menester proponerla ir á Portugal y llamar á Cortes los tres brazos del reino. Así lo respondieron ellos cuando se les hizo la propo-

sición del cuatro quinto de las haciendas, y áun entónces no lo brian por no oler á castellanos; cosa que siempre aborrecieron. El Protonotario D. Jerónimo de Villanueva, tambien con la potestad adquirida en esta era, y con la vanidad de valido con el Diego Suarez, Secretario de Portugal, ba luchado por hacer esto mismo en la Corona de Aragon, y meter el papel sellado y los demas tributos, y que pasen á Valencia y á Cataluña; dándolo por hecho; y como se saliese con esto en Navarra y Vizcaya, ofreciéndose de competencia á todo, siguióse de aquí se poca humillacion entre ambos, como só ha dicho, de que ninguno ha podido, y les ha salido vana la oferta y la locura, habiendo redundado en gravísimas pérdidas y escándalos para con el mundo de ambas partes, sin reparar que es trastornar el Estado y confundirle, alterar las provincias y las ciudades, y meterlas á fuego y á sangre; porque es querer, como ellos lo sienten, anularles los fueros, en que se atraviesa no más que la vida, la honra y la hacienda: á estos, que la necesidad de su fortuna, de menores principios, arribó la majestad del príncipe á rozarse con ellos, y los admitió y dió parte en el ministerio del gobierno y manejo de los negocios, para llenar su ambicion, colmarse de riquezas, honras y oficios, en que no sólo aňanan, pero venden sus patrias; conociéndoles el humor los habian de contentar con algo y enviarlos y tracr á sí á aquellos desinteresados que sirven á la utilidad y á la justicia, no á la lisonja y al autojo, con pretexto de que acrecientan la hacienda Real y hacen el servicio del Rey, siendo más cierto que le destruyen. Excusamos novedades y reinemos como reinaron nuestros pasados, que tanto nos amaron y tanta felicidad hallaron en los súbditos, y no vendamos lo que no podemos, ni hagamos laberinto y enredo de la tierra que nos dejaron abierta y llana; pero, á mi ver, si bien era mucho de esto el haber obligado á venir á los Prelados, señores y religiosos de tan léjos, y desacomodarlos, no era sino entre estas alguna cosa más pesada, alguna mudanza de gentes perniciosas á nuevos legares y asientos, con ofertas de grandes sumas, para usar mal de sus ritos á la sombra de la libertad, y prevalecer en ellos

contra el sagrado Evangelio, de quien son pertinaces enemigos, á ejemplo de Roma, que los tiene y admite y les da parte en sus heredades.

He dicho esto, porque he oído decir que los judíos de Orán, y los que habitan la tierra adentro del Africa, tienen aquí sus pretendientes para que los admitan á los contornos de Madrid, y les den tierra y suelo en que vivan á su libertad y en su ley, y á todos los demas que quisieren habitar con ellos, y se empadronarian y darian muchos millones por la permission. ¿Quién duda que no quedaria ninguno en el reino de Portugal ni en las otras partes, que no se averciadas aqui? ¡Ay de las familias nobles de Castilla! que si antes perligaron muchas cuando los tuvieron, ¿qué harian ahora en la necesidad presente? Por esto, como yo sospecho, se pidió parecer y se llamó á Consejo, y todo se tentó, mirando ántes el dinero que la autoridad ilustre de los otros cuidados, aquellos honores que tanto resplandecieron en los ojos del rey D. Felipe II, y que les daba á pocos, y á los mejores las llaves de su Cámera y los hábitos de las tres Órdenes militares, ahora son comunes á todos; á los unos, por no darles el dinero y sueldos que piden sus servicios; y á otros, por tomársele con estanco público; todo esto con pretexto para la guerra: y háyase guerrreado feliz ó infelizmente, no es el dinero el que le ha hecho todo, sino Dios, y la fatiga y la honra de algunos vasallos, así naturales como forasteros, porque de esta falta de dinero siempre he oído quejas; y es muy de ponderar, despues de tantos millones concedidos, no lo haya, no lo envían no llega, no ha llegado, perrece la gente, no hay un remedio para asistirle, no hay municiones, no hay bastimentos, no se puede salir ni se puede navegar. D. Gonzalo de Córdoba se quejó que no lo habian socorrido cuando estuvo sobre el Casal de Monferrato, en que consistió desde allí el desaire de sus empresas y fortunas, ganadas ántes con tanto esplendor y gloria en Alemania. El marqués Ambrosio Spínola se vino, por esta misma causa y suspension de dinero, de Flandes, desamparando lo que más habia de cuidar, de que han resultado las

pérdidas que hemos escrito, y se remató el fin de los hechos heroicos que obró en aquellos países; y enviándolo á la de Casal, dándole prisa de por qué no se iba, pidiendo lo que habia de llevar para la ostentacion y vida de la guerra, dándole unas letras inciertas y falidas, se quejó amargamente al cabo de sus trabajos y fatigas y de lo que habia hecho florecer en Flandes las armas españolas; que ¿cómo se le daba aquello á un Capitan que fué la prez del País-Bajo en su tiempo? La pérdida de Bolduque, aunque fuó más la culpa de la traicion del conde Enrique de Vargas, que de la Providencia, fué, no obstante, por falta de dinero. Cuando se perdió Mastroiq, habiéndose y por falta de dinero. Cuando se perdió Mastroiq, habiéndose enviado aquel año tres millones de plata, y cobrándose, como le refirió el Rey, nuestro señor, se dijo que en todo aquel verano no se habia dado á los soldados sino 8 reales. El duque de Feria murió en la Baviera de hambre, y de este achaque se desbizo el ejército entre la Alsacia y la Suiza, habiendo hecho en sus principios cosas memorables; quizá por esto, y llamado á Bayasult, Lausfemberg, Stein, Reinfort, Stibiertat, ocurrido á Brisac y rechazado del sitio á los franceses, sucesos y protestantes, librado á Constanza y redimido la Baviera; sucesos que pudieran haber puesto aquello en estado más dichoso; y cuando le vieron bien reputado y glorioso Capitan, se desarmaron, no socorriéndole y dejándole en lo más forzoso de sus empresas. D. Fadrique de Tol. do murió de no darle lo que pedía para la restauracion del Brasil; el infante D. Fernando reclamaba cada dia al Rey, su hermano, le enviase dineros para hacer bien la guerra de Flandes, y padeció de esta necesidad. El conde Piccolomini se quejó que no le cumplieron los ofrecimientos que se le hicieron para las levas de los alemanes, en el dinero que se le prometió, y por eso no vino al País-Bajo en tiempo de tan grande necesidad, con que se perdía la honra y la tierra. El duque de Maqueda se rió á pique de fracasar en Cádiz, porque no sabia con la armada Real para Italia, cuando se hundia de navios franceses; detiendo le diesen lo que habia menester para la expedicion,

porque los bajeles estaban desaparejados y sin dar carena; y fué así, que despues pararon en diferentes puertos porque los más hacian agua. Querrela es ésta, comun entre soldados y Capitanes, así de mar como de tierra, que si el dinero no hace lo que es necesario, en amplificación de los reinos y en ofensa de los enemigos; ¿por qué se pide tanto tantas veces y con tanta violencia? Parece que lo que se propone no es aquello que se piensa, que son otros los intentos y los fines; no estraguemos nuestras alhajas, cuando nos las dió el cielo las preciosas: sólo en Milan, en estos últimos años, no se ha oído esta queja por virtud de buenas asistencias hechas al que gobernaba aquellas armas, por ser de la sangre; tanta necesidad y deslustre, en Palacio, tanta miseria, poquedad y menudencia, que no parece si no es casa de escudero, y tantos millones concedidos sin mantener la guerra, ni lucir la paz. pierden los hombres el juicio y desatinan en la especulacion de causa tan notable, y más cuando se ven nadar y ahogarse en tributos y que no cesa la inundacion y la tempestad, ni paran las juntas ni los consejos; muriendo todos de hambre, así grandes como pequeños; despojando sus casas y esperando cada dia el asalto en ellas, sin tener hombre cosa suya ni reservada, que no espere el decreto, el bando, el peligro, el mal ministro que entre por ella, se la saque ó amenace de muerte, de deshonra, y lo calumnie de mal vasallo y pida despues merced, y por esto se la hagan; buscan los hombres más inícuos, más voraces y tenidos por de áspera é inhumana condicion, y se han despreciado los benignos y de ontrañas piadosas, por condolidos: menester es esperar del cielo el remedio y la misericordia, cuando ya no la hay en los Gobernadores.

Este año, pues, se dió á Castilla un tiento peligroso, porque se rugió querian de todo punto extinguir la moneda de vellon, ó dejarla en bajísimo valor y precio, como de á dos maravedises cada pieza ó ménos; de suerte que todo se comenzó á confundir, y á estremecer el comercio, á no contratar nadie, y á atigirse los hombres de negocios, y aun querer

errar las puertas los mercaderos y otros oficios, y á no querer tomarlo por las mercadurías. Dióse por causa á esto, segun decian, el haber oido decir á Richelieu, con menosprecio de la mojestad, que «¿qué habia en España sino chaufloñes?» Hay grande suma de esta moneda en el reino, tanto, que casi es ya la sangre, el caudal y la substancia de los súbditos con que viven y sustentan; de suerte, que si ésta le faltase aniquilará, y falidos de otro género de alivio, sin ser de otra cosa que de plata, todo quebraría y se acabaría dando en un miserable despñadero.

Publicóse la conferencia, pero no la resolvieron, que era con fin de mejorar este cuidado, tantas veces repetido y sin remedio; aunque procuraremos decir, si acertáramos, el que sea. Proseguian, que se queria introducir otra nueva de plata y cobre, que tuviese su valor intrínseco, y deshacer ésta, como se fuese recogiendo así de millones y otras gabelas, sisas y pedidos; y aseguróse, con esto, á los vasallos, de que se iria haciendo sin pérdida ni menoscabo de ellos, y que seria la postre del consumo la que se halló los años pasados. Escribió el Rey en esta conformidad á todas las ciudades del reino, no les seria de daño ni menoscabo; y no sé otra cosa que asegurarnos del inconveniente que comenzaba á seguir y la alteracion del pueblo, y declaróse que no querian hacer, para que se sosgasen, porque estuvieron á punto de publicarlo: á 20 de Abril se comenzó á ejercitar abiamente el consumo y el órden que se habia tomado; pero luego se dejó, porque lo que no se comienza con fundamentos muy fijos tiene este fin; y porque nuevas guerras internas sobre las forasteras traian dobladas necesidades, no dejó esto de tener sus dificultades, porque no estaba el Rey en estado de abandonar ni aborrecer su dinero, habiéndole menester tanto y procurándole por tantos medios industriosos, y teniendo sobre sí toda la carga de la guerra de Europa, y más cuando el vellon sirve de sacar la plata por su misma mano para enviarla fuera. Y aunque esto es lo que hay más que ponderar en esta materia, pero es necesario, para ocurrir al remedio de

las tempestades que abogan y amenazan, han sido las sacas de la plata grandes; y esto y no cobrar las flotas y galeones en Castilla, sino enviarla en pasta ó darla á los asentistas genoveses ó forasteros, tienen las cosas en suma necesidad y miseria, y á pique de dar en un gran bajo y accidente, y tanto más entónces, si á esto se siguiese el quitar lo poco, aunque malo, que hay, para seguir los vasallos la derrota de su vida y coherencia: moneda nueva no la aprueban si no es de plata, porque en habiendo mezcla de cobre, ¿quién duda que aquella se decaiga, y no la sigan los mismos inconvenientes que en las otras? Si á S. M. le sucediese poder conseguir y alcanzar la paz universal, sería de parecer que se hundiese la moneda de cobre y quedase la plata, que por infortunios nuestros va para Flandes y para Milan, y para otros subsidios y socorros semejantes se labrase moneda pura y limpia, de ley y de valor, y sin limaje de otra mixtura baja, ora sea grande, ora pequeña, y que recibiendo los cuartos y dando la plata, no sólo no hubiese menoscabo y necesidad en los interesados, pero abundancia y mejoría en el Estado. Sería esto examinar los reinos á su prosperidad y aumento; lo demas es acabarlos y hundirlos, y no meditar en su posteridad, porque aunque se hallan en España y se busquen en sus términos minas de subido cobre, porque toque en algo de plata, como no sea pura esta materia, no se adelanta nada la mejoría, y es menester advertir que en los otros reinos y provincias hay mas escogido metal de cobre que el que se puede hallar en el nuestro, y que es muy fácil el remedio y el introducirle. Y no digo que no se quite, mas ha de ser en tiempo oportuno, cesando las guerras y gastando la plata en el reino y abandonándole; mas cuando hay mas armas, tanta sedicion y necesidad, y que acudir á tanto y tan forzoso, y que todo ha menester, no hay mudar monedas ni quitarlas, ni enflaquecer el comun, que faltaremos á lo más, y nos veremos en grande conflicto, ántes encaminando con buenas esperanzas y desembarazo de corazon y vivir con lo que hay, que lo demas es desangrar el cuerpo cuando está tan herido y acuchillado.

Ya por estos dias las armas del Ducado de Milan se movian, para hacer efectos considerables contra los enemigos, y el arqués de Leganés, su Capitan general y gobernador, quería salir en campaña á buscar los franceses y saboyanos, y con deseo y cuidado de desempeñar en parte las omisiones del año pasado sobre Asto y su tierra; y tambien porque era forzoso tomar las armas con tiempo, y presentarse en la palestra, y mostrar denuedo: á lo que se dejó decir el rey de Francia de venir en persona con poderosas armas y caudillos sobre Italia, en apoyo de su hermana y defensa del Piamonte, y mostrarse personalmente protector por la muerte y falta que hacia en aquellos Estados el duque de Saboya. Si pensó por tales medios señorearse de ellos y de esta tierra pasar á la de Italia, engañóse bisonamente el que se lo aconsejó; que por ahí ha de venir á sacar los piés de ella, como le fueren á ello las armas del Rey Católico: si bien uada de lo que publicó se veia ni se creia, porque eran diferentes los pensamientos, como se discurrió por los numerosos aprestos que hacian para los Países-Bajos, como de tres ejércitos de los Estados rebeldes, no de menor calidad y fortuna, con que eran cuatro para acabar con los obedientes. Convenia tambien nadregar este año, porque por la condicion de la Duquesa viuda, y alcion al hermano, los franceses se iban apoderando del Piamonte, y metian guarniciones y presidios en sus plazas, como tambien por el Borbonés, y las otras provincias lo hacian en la Saboya; de suerte que era menester, con todas las fuerzas y consejo, poner el hombro á esta gran novedad y accidente, porque ya los enemigos, no sólo eran señores del Monferrato, pero se extendian al dominio y señorío de piamonteses y saboyanos, y se iban de cada dia fortaleciendo y arraigando con mas robustas fuerzas para la opresion del Milanés y lo demas de Italia. Finalmente, el Rey suspendió su viaje, y el Marqués puso los ojos en desulogar los enemigos totalmente del Estado, y recuperar el fuerte de Brema, donde se habian aferrado con poderosos baluartes y defensas. Perdióse este puesto en el principio de la guerra el año de 35, y era ántes una pe-

queña villeta y un fuertezuelo muy flojible y de ninguna consideracion, situado á la márgen del Pó, en el confin del Estado de Milan, como se viene á él desde el Piamonte, que bace frente por la mano derecha al Casal de Monferrato, y por la izquierda á Bercei; queriendo ahora demolerle, ó tomar aquel embarazo, quizá por la empresa de tan importante plaza, por cubrir mucha parte y tierra del Estado de Milan y poder descubrirse más á su tiempo, y cuando le venga á su sazón, sobre el Casal, perdióse, como dije, al principio de la guerra; pero Monsieur de Crequi y la industria francesa, por hacer algo de nada y no dejar de tener los piés y las armas dentro del Estado, áun con toda la resistencia que se les habia hecho y rotas que se les habian dado, de pequeña villeta y fuerte, le armaron con el trabajo y le fabricaron fortisimos baluartes y fosos, trincheras, artillería y las otras máquinas, y le municionaron y abastecieron de suerte, que de pequeño séquito y terreno moderado, le hicieron un fuerte Real, donde pusieron guarnicion de mil hombres, que entraban con sus caballos á infantes á hacer presas y correrías en el Estado de Milan, desde donde hacian contribuir toda la Lemelina.

Era este embarazo de sumo enludo para el Marqués, y teniéndolo demás de esto, por afrontoso estorbo á sus acciones, porque demás de lo referido, aseguraban los franceses con esta plaza un paso nuevamente descubierto en el Pó, á los contornos del Piamonte y del Monferrato, y una retirada segurísima á sus tropas y ejército, siempre que quisieren camppear en el Estado de Milan, y no con poca vanidad de haber levantado allí aquel trofeo, y en lo mejor de la Lombardia, supeditando muchos progresos al ejército Real, á quien habian puesto por nombre La Rochela. Pero ántes que moviese el gobernador de Milan á sacar el ejército en campaña, procuró Richelieu, para suspenderle, usando siempre de sus artificios, que la duquesa de Saboya escribiese al Rey Católico, engañándole y entreteniéndolo á sus ministros, el sentimiento que tenia de no poder librermente obrar en su servicio, lo que deseaba su proteccion, buena gracia y acogida, y disponer sus cosas en algun buen acomodo-

damiento y ajustarse en cualesquier materias y dependencias, en la diferencia que mostraban tener sobre los derechos y acciones á la tutela de los sobrinos con el cardenal Mauricio y el príncipe Tomás, sus hermanos, y otras razones á esto más aparentes que verdaderas. Llegó el correo á Madrid, viéronse los despachos, y si bien alegró con los buenos propósitos de la Duquesa, con que parece le abria puerta á la paz de Italia, no así las maquinaciones de los franceses y astucias de aquel grande juicio, versado como instruido en malicias y maldades. Alientos á la proposicion de Madama Cristina, algunos de nuestros ministros de Estado y Guerra, con brevedad penetraron el alma de aquella enigma supersticiosa, colorida en lo aparente, y en la verdad oscura y llena de engaños. Discurrióse que era aquella prefacion tan solamente atada á mantener nuestras fuerzas en Italia, consumir el ejército con vanos pretextos de paz, insinuando pláticas, ajustamientos, dilatar y suspender la materia; y entretanto que esto se paliaba, procuraba lograr en Flandes, como lo habia capitulado con el hereje de Holanda el francés, los tres ejércitos que tenia aprestados para destruir y disipar á las provincias obedientes, en que fundaba lo domas de sus designios y atentados. Recocióse el estilo y la celada, por no dejar de concurrir á todo y dar la honesta satisfaccion que piden causas tan grandes, cuando todas las potencias del mundo y sus Príncipes estaban un alientos á la verdad y justificacion, que esto se hacia para ejemplo de todo el universo, de la sinceridad y buen corazon con que obra España en las acciones cavilosas de los forasteros.

Atenta y bien discurrida la materia, mandó el Rey decir á la duquesa de Saboya, por la persona de D. Alonso Vazquez, abad de Santa Anastasia, de singular juicio y de buenas letras, asistente en Lombardia, admitia sus buenos descos y pensamientos; y que en cuanto á recibirla debajo de su proteccion y amparo estaba siempre llano, y en esta manera lo tenian sus Ministros, y que él habia dado siempre la mano á todos los príncipes de Italia que se habian querido valer de su auxilio,

como lo hizo con la princesa viuda de Mantua, Margarita, trayéndola á España, á su corte y Palacio, y dándola un gobierno, y en regencia uno entre los mejores reinos que tenia, como el de Portugal, con la superintendencia del Oriente y otras islas, puertos y factorías en las costas de Africa; que se habia condolido de que no le fuese afecto el duque de Parma y de Plasencia, y le habia perdonado y conducido á su quietud y Estado, y lo mismo habia sentido del duque Victorio, su esposo, servido en su corte y Palacio en el tiempo del Rey, su padre; y que con todas veras é instancias habia deseado su quietud y sosiego, y volverse así á la pacificación de toda Italia, de sus Príncipes y Potentados; que demás de esto reconocia en ella partes admirables, demás del recíproco parentesco á que debia condescender por hermana del Rey Cristianísimo, su hermano; que no hallaba razones para proseguir la guerra que contra el Duque, su marido, se habia seguido, pues con su muerte habia espirado la Liga que tenia con Francia; y que las diferencias que habia entre S. A. y ambos hermanos, Mauricio y Tomás, se podian componer, y asistir á esta causa con todas sus fuerzas, mediando con el Emperador para que todo surtiera á la paz comun que descaba; y que no excusaría advertirla cuánto convenia á su casa y á su persona, á sus hijos y autoridad, asentar una paz segura y constante y verdadera con la corona de España, que tanto habia apoyado en las diferencias antiguas al Piamonte y la Saboya, asisténdola en todas sus necesidades por larga carrera de años, héchola restituir á grandes Príncipes y á sus Estados: que el único medio para levantarse una casa tan grande y á quien por tantas prendas de sangre y correspondencia amaba y estimaba, era sacudir de sí el yugo francés que tenia en opresión sus vasallos; no darles paso al Monferrato, ni bastimentos ni socorro, pues no tenia el rey de Francia, su hermano, pretensión ni derecho á lo de Mantua, ni habia razon ni otra causa más legítima para apoderarse de aquel Estado, que en cobrar á los franceses de la Saboya y el Piamonte, aseguraba la Duquesa la paz de su casa y los frutos que van siempre con ella.

descanso y felicidad, y el quedar su persona con la entera libertad que se le debia; abriendo puerta á que S. M. pudiese desarmar el Ducado de Milan, de donde debia temer, en caso que eligiese la guerra, sus mayores peligros y daños. Pero si no se ajustase á tan conocidas conveniencias y siguiese los pasos que tan caros habian costado al duque Victorio, su marido, no podia dejar de conservar en Lombardia sus armas con poder y mano conveniente para reprimir los designios de Francia, que tanta turbacion y ruina habian causado á la paz universal de Italia, y que tenia por cierto que si el Rey Cristianísimo, su hermano, descaba, como era razon, la quietud, autoridad y conveniencias suyas y de sus hijos y sobrinos, la extinguiría de los peligros y vejaciones que necesariamente acompañan á la guerra; pero si, contra toda razon y esperanza, el rey de Francia la quisiese hacer violencia é imposibilitarle su acomodamiento, la ofrecia todas sus fuerzas en el número y calidad que las pidiese, pagados á su costa, sin pretender satisfaccion de los gastos que en esto se hicieren, hasta defenderla, ampararla y dejarla en toda aquella libertad y grandeza que se hallaba su casa ántes que franceses hubiesen entrado en Italia; siendo condicion expresa de este tratado, que habia de jurarse y firmarse para los 15 de Marzo, precisamente y sin más dilacion, volviéndose de una parte á otra todo lo que se hubiere ocupado.

No se ajustó la Duquesa á los partidos y consejos saludables que el Rey Católico le hacia, y como habia reducido el plazo á tan cortos términos, no se permitieron los franceses amularse más en la dilacion de nuestras armas por su prontitud; con que se declaró la Duquesa, haciendo por otros dos años más y prosiguiendo la Liga que el Duque, su marido, tenia hecha con el rey de Francia, su hermano, que era lo mismo que darle los Estados y quitárselos á sus hijos, y entrar en una desolacion miserable de ellos y suya; porque la codicia y ambicion francesa reinaba en todos, y los mismos interesados lo apetecian contra sí, como militares contra españoles; y visto por el Rey Católico y sus Ministros cuánto

habia justificado su casa y el celo ardiente que tenia de la paz de Italia y la quietud de hasta sus mismos enemigos; olvidando pues, las ofensas pasadas y los deservicios hechos á su Corona por la casa de Saboya, habiendo recibido tantos beneficios de sus esclarecidos progenitores, y de su misma claridad y libertad, la convidaba con grandes utilidades á la paz, cuando tenia levantado el brazo de sus ejércitos y la espada de su indignacion para castigar á sus émulos. Envióse orden al marqués de Leganés para que prosiguiese la guerra este año, en la mejor forma y manera que le pareciese, y como lo tenia visto y discurrido y convenia al decoro y á la reputacion de la majestad de sus Coronas, y mandaron detener al conde de Monterey, que estaba en Génova de vuelta del vireynato de Nápoles para España, para que con el marqués de Balbases y el conde de Sireuela discuriesen, y el marqués de Leganés se aconsejase con ellos, el progreso que se habia de tomar y sobre qué plaza se pondria el ejército Real. Pero la malicia discurrió era artificio para detenerlo y desabrirlo, y que no gozase tan presto de la venida á la corte y de sus delicias (como dijo un gran cortesano por un hombre que le cansaba ó le aborrecia, lo primero á que os envío es á que no estéis acá), y á que no se juntasen tan presto con la condesa de Olivares, su hermana, sobre que era la pelea y habia habido algunas digresiones con el cuñado privado, opuestos en algunas materias de gobierno y ascendencias á puestos, á que él no queria y que la hermana le solicitaba, y por castigarlo el no haberle sufrido al duque de Medina de las Torres, príncipe de Astillano, los desalinhramientos contrarios en la ciudad de Nápoles públicamente, contra la autoridad del oficio de Virey, á la vista de un Pontífice, celoso de la amplificacion de aquel grande y populoso reino, y de aquí poco afecto á la nacion española, por destruirle todo su poder, de cuya revuelta y escándalo podria ocasionarse una mocion en el pueblo, de que algunas veces ó las más es tocado, tan vergonzosa y pesada, que fuera muy posible hacerle valer de la ocasion, de que los enemigos nos atienden tanto, que lo procuran y fomentan con ar-

des y con ejércitos. Pero la suma potestad quiere que estos traveses sean premiados como virtuosos y como cuerdos, cuando se censuran acciones que no les corre esta obligacion; con que tuvo efecto el ser el duque de Medina de las Torres, demás de haber ascendido á ser principe de Astillano, y á virey de Nápoles: pero no contento con el escándalo pasado, sin saber ni poner freno á las pasiones humanas, ni pugar ni trepar unos sobre otros; habiendo dejado el conde de Monterey á Nápoles y pasado á Gáeta para tomar su embarcacion, por hacer alguna suerto en él, y sin saber, en venganza de lo pasado, envió á prenderle un criado, que él, aunque no era Virey y queria sustentar la pasion, el bando y oponérsele, no lo consintió, fundándose en que su parentesco vivia y el suyo habia espirado. Sin embargo, ahora en Génova le ponian el acibar en los labios con pretexto de lo referido ántes, y para las ocurrencias del Milanés: pero lo más legitimo, por no ser á gusto del cuñado su presencia: así lo decian, y que el enviarle á Nápoles fué por lo mismo, y habia acabado el vireynato, era justo cumplir con tan grande ministro y señor, con tan relevantes servicios, y consiguientemente tan superiores como del duque de Medina de las Torres, hijos de suma injusticia, y aunque no habia otro mayor que esto para el conde de Monterey, como el de Presidente del Consejo de Italia: misteriosos motivos de la necesidad de su consejo y persona, en aquella grande y nobilísima provincia; como si algun día hubiera oido el arcabuz ó manejado la pica y pasado por la escuela de Flandos: que la experiencia de Nápoles, cuando nos querian impugnar con ella, ¿de qué nos ha servido sino de mandar, y acrecentar en la plata, y en joyas, en colgaduras y en pinturas? Que aunque ateciamos, y justificamos desinterés y verdad, estos son dueños de todas y de las más superiores dignidades, y los demas padecen en la honra y los servicios, sufriendo descrédito y necesidad infame; porque ellos solos reinaban, buscaban ó fabricaban los alcázares para las tapicerias ricas, y láminas preciosas de los hombres más insignes que ha tenido Bruselas y Roma y los demas de aque-

llas tierras; excediéndose á lo poco que tenían ántes, y á los cortos alojamientos donde moraban, en adornos y fábricas maravillosas y en rentas, á los mayores Principes. Pero lo que más admira es, que les parecza que los que viupert. . . . á los otros quieran ser tan puros ó inculpables ó vanos que no sea calamita para ellos, quando á este fin y con esta cautela hemos ocasionado la miseria, calamidad y perdición de todos. Acordó el marqués de Leganés, en el concepto de sus designios, como ya lo dejamos apuntado, desarraigar los franceses quanto lo fuese posible y hacerles sacar los piés del Milanés y cargar sobre Brema; y encargó á D. Martin de Aragon, General en aquella sazón de la artillería, que comenzase la empresa, que sacase de Mortara, Lumen, Alejandría y Valencia del Pó la infantería, artillería y demas pertrechos para marchar.

Partió, jueves 11 de Marzo, dando órden á los Maestres de campo D. Antonio Sotelo, D. Juan Vazquez Coronado, Cárlos de la Gata, conde Ferranti Boloni, Tiberio Brancacho y á D. Vicente Gonzaga, D. Fernando de Limonte, Teniente general, el primero, de la caballería de Milan, y el segundo de la alemana, y á D. Alvaro de Quiñones, de la de Nápoles, que marchasen la vuelta de Brema con la gente de su cargo; encomendando el secreto y el recato, y la precision en todo. Obedecieron con puntualidad, y ordenados sus haces y escudrones, que en todos serian 8.000 soldados, sin los que fueron despues, y la caballería, marcharon y llegaron á la media noche de aquel día sobre la plaza, que estaba á cargo del coronel Monsieur de Mongollarde, hombre de cuenta, con muy escogida guarnicion. Hallaron á los enemigos de improviso, no poco alterados de nuestra resolucion: las fortificaciones de afuera, conforme á las órdenes que se habian dado, se procuraron con valor y denuedo ir ocupando y manteniendo á viva fuerza, situadas por el enemigo entre el Pó y la plaza, que eran las más robustas y formidables, y necesario quitarlas el socorro. Valiéronse luego los franceses para la defensa de la artillería, que tenían mucha y muy escogida, disprándola

incansablemente y de la mosquetería, arrojando innumerables bombas de fuego y otros artificios, por desarrimarlos de la plaza y que no se llegasen al foso. Fué facción más que invencible haberse, sin intermision alguna, ocupado los puestos de afuera de entre el Pó y Brema, porquo no fuera fácil despues á no esperata á reparos y demostraciones, en que las más veces se consume mucho tiempo; dándose á fiar de aquí que recobrarian la plaza y serian señores de ella, el salir en buena ocasion y temprano, porque con esta celeridad se le imposibilitó por todas artes y caminos el ser socorrida, y de otra manera cada día lo fuera. Obró aquí de potencia el valor, la diligencia y el secreto, y mucho más que todo la obediencia; no con poca admiración y ejemplo de los enemigos y de toda la Italia, suspensa ahora, como en todos tiempos, á ver el fin de esta empresa. Fué el primero, como Cabo del ejército, D. Martín de Aragon, al tomar de los puestos y al ganar las fortificaciones, siendo el ánimo y el aliento de los Oficiales y soldados, no excusándose ni escondiéndose al riesgo ni al peligro.

Luego que fué avisado Monsieur de Crequi, General de las armas de los franceses, de nuestra resolucion, se dispuso á la hora al socorro de la plaza, al mismo tiempo que los nuestros la cargaron más réciamente: envió nueve barcas grandes por el Pó, en que iban 4.200 infantes; llegaron á las diez de la noche por la parte donde tenia sus puestos el Maestro de campo Don Antonio Sotelo, embistiéronle y fueron rebatidos con sumo valor de aquellos españoles, y viendo los franceses la grande resistencia que les hacian, pasaron á tentar fortuna al cuartel del conde Boloni: desembarcaron sobre él con la misma bravura, y no pudiendo introducir el socorro, fueron degollados muchos de ellos, presos 60 franceses y dos Capitanes de infantería; ganáronles cinco barcas con las municiones y bastimentos que traian, echaron dos á fondo y las restantes tomaron la fuga por el Pó abajo. Hizo el enemigo en esta ocasion una salida con pocos más de 200 hombres, y se sospechó que al amparo de la noche entraron algunos de ellos en la plaza: fué parecer de los mejores Cabos del ejército español, y para el más ad-

vertido efecto de la empresa, tomar el castillo de **Gatiner**, pasó á él alguna de nuestra gente, y á 40 cañonazos de bala, arindieron 50 franceses con su Capitán: permitiéndose con la rendición convoy, y pasaron, dejándola surta, al Casal, con los demás compatriotas. Hicieron una salida los enemigos al puesto del Maestre de campo, conde Boloni, y la primera forja francesa pudo conseguir la fortificación que había ocupado, ó parte de ella; mas recobróse con brevedad por el valor de los nuevos, no sin sangre y alguna pérdida de gente de ambas partes.

Parecióle al marqués de Leganés era la hora de salida en campaña y exponerse á las fatigas continuas de la guerra, ver el estado que tenía la empresa de Brema, sus gentes, fortificaciones y la esperanza que había de recobrarla; y dejando las cosas del Milanés en la mejor disposición que lo fué posible, salió de aquella corte y ciudad la vuelta de Brema, y llegó al campo, lunes, 15 de Marzo, al amanecer, de este año. Venían en su compañía el marqués de Caracena, Maestre de campo; los Tenientes de maestre de campo generales, Martín Galiano y Domingo Guillen, y las dos compañías de caballos de sus guardias; la de lanzas con el capitán D. Juan de Arriaga, y la de arcabuzeros con el capitán D. Diego Ziguanda. Fué recibido el Marqués con las ceremonias y aplausos de General; reconoció los puestos y las fortificaciones, añadió algunas en los ataques que se habían de hacer, caso que el enemigo tentase segunda vez á otras muchas, como se esperaba, el socorro, y redujolas á su forma con todos los preceptos precisos de circunvalacion; exponiéndose de todo corazon y denuedo á esperarle en las trincheras, resistirlo ó darle batalla, caso que la quisiere esperar. Viendo el duque de Crequi el mal efecto del primer socorro de sus Capitanes, infantería y barcas, acordó de hacer el segundo; salió del Casal, y eligiendo puesto á su satisfacción y comodidad, para reconocer, se arrimó á un árbol, de la otra parte del Pó, para investigar por qué puesto podría socorrer á Brema y meter su gente, víveres y municiones. A esta hora hacia suspensar D. Martín de Aragon, sin omitir un punto de suspensación ninguna, y con notable asombro y estruendo de los enemigos,

la artillería que había hecho plantar de esta banda de la ribera, y uno de los artilleros, que reconoció en una estrada algunos caballos que estaban parados, volvió allá una pieza, en sazón, pues, afortunada, que alcanzó con la bala al general Crequi, de suerte que lo tendió en el suelo, con admiración y espanto de los que se hallaban con él: viéndole derribado, apeados todos y suspensos le volvieron á poner sobre él, tomando al camino del Casal, donde le llevaron, y recibido de los vecinos y de los soldados, se divulgó el caso con brevedad en el ejército Real, en toda la Lombardía, Piamonte, en los Estados de los Príncipes confinantes y en toda Italia; con que corrió brevemente en cartas y otros escritos á Francia, á ambas Germanias y á España, y luégo por la Europa hasta las más ocógnitas y remotas partes del mundo, no sin admiración y maravilla, juzgando por lo que se había derramado, ántes sospechada, y dejándose discurrir que aquella bala y aquel hecho había venido de la mano de Dios: en primer lugar, para asombrar y terror, y avisar á los tiranos de sus maleficios, que han profanado sus altares y extinguido los sacerdotes; y en el segundo, para castigar los agresores y ejecutores de injustos homicidios, como lo fué el banquete que hizo el duque de Saboya, á lo ménos parecido, pues murió él y los de su casa que se hallaban allí, aceleradamente, y ninguno de su séquito. Dicon que tuvo este aviso el marqués de Leganés por un villano que le premió con cantidad de escudos; y los Cabos del ejército, con la muerte del General de los franceses, no sólo no pasaron adelante el socorro que pretendian meter en Brema para su conservación y preservarla del asedio, pero calmaron unos y otros, los de dentro y los que estaban fuera, y parece se les cayeron los brazos para los demas progresos; y desde aquella día, por permision divina, comenzaron á ir de caída en Italia. Envió el rey de Francia en su lugar al cardenal de la Baleta, que los Cardenales y los Arzobispos y los Obispos en aquel reino, mal hallados con el ministerio eclesiástico y el carácter sagrado, le truocan por el seglar y le traducen en militar, con

bien flacas fortunas, porque el cielo quiere que sigan su principal dictamen y no les es favorable en adulterarse. Hizo el gobernador de Milan reforzar el cuartel del conde Boloni con golpe de infantería, por estar á su cargo las fortificaciones y trincheras, con que se habia de dar la mano con la del Maestro de campo D. Antonio Sotelo; guarneciéronse y fortificáronse los demas puestos con toda la gente del ejército, ce que habia casi 40.000 infantes (corto número para lo que habia de ocupar y defender), con 5.000 caballos, afirmados en la plaza de armas, para guardar la línea de la comunicacion.

Asistia, pues, á diferentes puertos y esguazos, y trabajaba todos oportunamente en los ataques; haciendo confianza en los apaches, á D. Antonio Sotelo, á D. Juan Vazquez y al conde Boloni, Carlos de la Gata, y al coronel Gil de Aix, que poco ántes llegó al campo con su regimiento de alemanes, detenidos en Felizan, donde se le mandó á lojar con su gente ántes de la resolucion del sitio para suspender á los franceses y que cualquiera designio nuestro habia de recaer sobre Moncalvo, y descuidarlos en Brema. Adelantáronse los españoles admirablemente, y á su ejemplo las demas naciones, y estrechando la plaza en tal manera que por espacio de trece dias llegaron con sumo ardimiento á desembocar el foso, y plantaron de nuevo cinco baterías: una al ataque de D. Antonio Sotelo, de seis piezas; otra en el de D. Juan Vazquez; en el del conde Boloni; en el de Carlos de la Gata y Tiberio Brancacho, y estas se fabricaron otras dos en el puesto de los coroneles Gil de Aix, y el príncipe Borso de Este, con medios cañones y cuartos. Comenzóse á batir el fuerte á todo rigor y furia, llevando sobre él á un mismo tiempo un prodigioso diluvio de balas y de bombas que les aterraban, atemorizando el ánimo y los corazones de los franceses; y más, cuando vieron la brecha que se les habia hecho en la muralla, temiendo que al otro dia habia de ser el esalto sangriento, y que seria degollada toda la guarnicion si á viva fuerza se ganase: puestos, pues, en este quebranto y conflicto, jueves 25 de Marzo, hicieron llamada para rendirse, dia en que tomó carno humana el Hijo de

Dios en las entrañas purísimas de María, Señora Nuestra, es todo y amparo de las armas españolas, con los capitulos que se siguen:

Que se les hace merced de las vidas; que salgan convocados al Casal con escolta de españoles, tocando cajas, banderas tendidas, cabos de cuerda encendidos, balas en las bocas, municiones de guerra las que pudiesen llevar en los frascos, y el bagaje; denegándoles el sacar la artillería. En esta forma salieron, sábado 27 de Marzo, á la hora del medio dia, en número de 4.800 franceses, 4.400 con armas y los restantes heridos y enfermos, con su coronel Monsieur de Mongollarde, Gobernador de la plaza: fuélos onvoyando la vucta del Casal D. Vicente Gonzaga, General de la caballería del Estado de Milan, con 4.000 caballos de sus tropas, y D. Pedro Mejía con 500 de la caballería de Nápoles, y 4.500 arcabuceros españoles en dos escuadrones que gobernaban D. Francisco de Ulica, Sargento mayor del tercio de D. Antonio Sotelo, y D. Antonio de Leon del de Saboya. Murmuraban al Marqués de Cabos del ejército, se habian concedido al Gobernador condiciones muy ventajosas y de más calidad que su valor, pero que tambien le calumniaban á él que no le habia faltado lo necesario para defenderse del sitio; pero él, dicen que supo pargarse de la objeccion, y al salir dijo al marqués de Leganés, no se hubiera rendido si los Capitanes que estaban dentro no le hubieran amenazado que le prenderian. En llegando á Casal, fué preso por órden del rey de Francia y despojado de todos los honores de nobleza y de las insignias militares, y degollado en público teatro. Entró el marqués en Brema con los Cabos de más en tomaria; habiéndola puesto tal los franceses, con el regenio y las fortificaciones, que podia compararse á las mejores de Italia, y resistir á grandes y numerosos ejércitos: no murió persona señalada sino el capitán D. Alonso Verdugo, que dió la vida peleando valerosamente; sobre ocupar un puesto de mucha consideracion para la empresa murieron pocos de los soldados ordinarios de nuestra parte, y apénas

se reconocieron 400 heridos. Fué este hecho de gran gloria para nuestra nación, y en primer lugar se debe aplaudir la suma diligencia y grandeza de ánimo de D. Antonio de Aragón, de los demas Cabos y naciones, que todos obraron y asistieron al combair y trabajar en las trincheras. Halláronse en la plaza 17 piezas de artillería, sin otras que los franceses habian cubierto debajo de tierra, muchas armas, municiones, viveres y otros artificios militares. Pasados algunos dias, que los enemigos estaban despechados con esta pérdida y de poderse mejorar en Italia, por poner el pensamiento y el juicio de las cosas de afuera y castigar los acontecimientos de los vecinos, cometidos contra sí y contra la majestad de las Coronas de España, dejó el gobernador de Milan guarnecido á Brema con 2.000 infantes y dos compañías de caballos, y por Gobernador al Maestre de campo D. Felipe de Sfrondato, persona de calidad y ejercicio en la milicia; y con estos acuerdos se trajo al corazón del Estado, á esperar más gente de España, Alemania, Nápoles y Sicilia, para engrosar y acrecentar el ejército, y en lo más sazonado del tiempo salir á campaar, solicitando mayores esperanzas y progresos: con cuidado el Monferrato y el Piamonte, sobre cuál habia de sufrir el yugo y las cargas del ejército y armas españolas, haciéndoles caer la confianza y el orgullo del corazón, por haberse dado demasiadamente á presumir de si tenia en la prosa de Brema un fuerte y un baluarte para dar cuidado á todos los enemigos, y así le sintieron en comun y particularmente; y por esta causa fué célebre y de regocijo su recuperacion en la corte del Rey y en las demas de los otros Principes italianos, nuestros afectos, y de ambas Germanías, porque se salió de un cuidado premeditado y fortalecido por los franceses, para irse arraigando por todas vias á la usurpacion del Milanés, y porque verosimilmente se reconoció que Dios habia castigado el hecho y el consejo de aquel Capitan que tan poco habia que acababa de cometer una maldad; si es así, como se ha sospechado, y que no se contentasen los ministros de aquella Corona de forzarle á una Liga injusta, contra sí y contra la quietud de sus Estados

y gentes, y le prosidiasen la libertad tomándoles dos plazas sabrepticamente; y despues, no hartando la codicia y la sed insaciable de robar, se pretendia repararse de la insidia y la cautela y salir á más claridad y mejores luces, le quitaron la vida y los Estados, como lo han hecho en Lorena, y lo han atentado en otras partes, de que Dios levantará la mano y castigará los delinquentes, como lo ha hecho en Monsieur de Crequi, y así lo hará con los demas asesinos y detentores que quieren beberse la tierra que no es suya.

Dióse fin por estos dias y decidiose una controversia, por muchos años debatida, entre el embajador del César y de la república de Venecia: queria justamente el Emperador que el de la Señoría llamase al suyo, en las ocurrencias de los palacios de los demas Principes y donde haya capilla en las embajadas y otros lances de excelencia; y rehusábalo el Embajador, porque si bien no la podia, porque queria llamarle no más que señoría, como él la recibia del embajador de Alemania. Sobre esto ha habido grandes controversias en las antecámaras, y aún han querido llegar á las manos y obligar al Embajador y forzarle al cumplimiento; y como los embajadores de Venecia traen en vez de la espada la ropa consular, por esta causa ha querido Ferdinando III, Emperador, componer estas diferencias por hacerlos honra y merced, y quizás porque estas alteraciones contraidas en Alemania, de que son confinantes, les habrian representado de su parte y aún para el Rey Católico en Italia, no haber metido la mano y absteniéndose de toda sospecha, no habiendo querido entrar en ninguna Liga, aunque han sido persuadidos y acuciados por muchas partes: prudencia es añadir horas y privilegios á los que han sido en esta era continente en las invasiones militares de Coronas y provincias ajenas, y no se han derramado á la desolacion y á la ira de los otros, y todo esto quedó de mejor semblante, en el ánimo de los extrangeros para lo venidero, y se afirman más en la devocion y en el trato; pero en los venecianos hay poco que creer y mucho que dudar.

En Flandes se daba prisa el Infante al apresto de sus gen-

provincia de Labort, como á San Juan de Luz y el puerto de Zocoa, para divertirnos del daño que se le preparaba; si hubiera sido así en la de Languedoc, porque quería conservar aquella victoria y no borrarla ni mancharla con nuevos incidentes y siniestros de otras de ménos nombre, ántes permanecería en la posteridad, como aquel que habia alcanzado tan pocas que apenas eran dos con la de Naur; entrando él tan realajoso, que eran 35,000 de los suyos, y apenas 40,000 de los nuestros, y todo esto en lo que se habia combatido por espacio de ciento cincuenta años con muchos de sus antepasados.

Las villas de Lieja tumultuaban unas con otras, como provincia y sin señor, sino solos algunos burgomaestres y el arzobispo de Colonia, que tiene allí algun estipendio y derechos, siendo príncipe de Lieja por la dignidad del electorado imperial: pasó para refrenarlos el coronel Viron con un regimiento, y porque no diesen entrada á los franceses y se valiesen de ellos para unos contra otros. Estando tan cerca y con la misma ambición que en Tréveris, Lorena, Piamonte y Saboya, no nos apartaríamos de la verdad si dijésemos que en Polonia, solicitando un ingeniero francés, que servia al Rey, para que lo fuese traidor y diese entrada al turco en tres ó cuatro plazas de aquel reino, de miedo que el polaco no socorriese al César, y los tumultos, turbaciones y guerras del Imperio. (Así lo testifica un escritor francés, en los progresos y atestados que hace del cardenal de Richelieu, y en la prision del hermano se contesta esta verdad.) Pero los liejeses, pensando que la gente del Infante quería salir á la causa en favor del arzobispo de Colonia, como Príncipe más conjunto por religion y por sanarse á las dependencias imperiales, luégo, á la hora y sin demerse, mejoraron algunas de sus tropas para salir á la defensa de los liejeses, sus coligados de secreto, aunque en lo público se portan neutrales, aunque ya todos proceden sin respeto y se han quitado la máscara. Soscógose este rumor sin mayor adelante; pero, sin embargo, las otras gentes francesas, alemanas y protestantes, mal contentos, que militaban debajo de la conducta del duque Bernardo de Beimar, mante-

tes, para arredrar y contender con los enemigos de ambas fronteras, franceses y holandeses, porque ellos tampoco se decidaban de estar á punto, luégo que el tiempo diese sazón y comodidad para salir de los alojamientos y guarniciones.

En Perpiñan habia y se encaminaba mucha gente para la satisfacción, que los más fieles españoles les pedian, de la rota de Leocata: habia en aquellas fronteras 9.000 espahales, y esperábase 5.000 italianos y 3.000 alemanes y valones, y junta de galeras para componer una gruesa armada, así de las de España como de Génova, Nápoles y Sicilia, para acometer con veras alguna plaza del Narbonés, Provenza, ó golfo de Leon; tal, que doliese á los franceses. Quién decia que pará cargar á Narbona; pero los accidentes de Francia y nuestros atentados no dieron lugar á poner esto en obra; haciéndose reparar á nuestros ministros en otras novedades, estándose parte de los Generales embecidos en la urbanidad de la corte, y el más principal de todos, el marqués de Villafrañca; no afirmándose nada de esto con la novedad y promoción del vicario ó superintendente del mar Mediterráneo y de sus armadas en un hermano del duque de Florencia, no llegando nada á resolucion ni efecto, parando todo despues en humo, y todos los intentos en el aire, sin venir á empresa honrosa ni verdadera. Pero el rey de Francia, visto lo sucedido en Italia, y la muerte de su General por nuestros artilleros, y que no habia podido hacer allí lo que habian publicado todas sus gentes, despues de haber puesto la mayor y mejor parte en Flandes, y parte en Italia, no olvidándose de las contiñas persecuciones de Alemania y la Borgoña, el mayor resto se caminó á Borgoña por la Gascuña, y el Limosin Poytú y otras provincias más conjuntas al mar Océano y corrientes á Vizcaya y á Navarra, con fortísimos y experimentados Capitanes de nombre y de antigüedad en la milicia y de ejercicio en grandes y singulares guerras, con General de más esclarecido sangre, que fortuna y opinion de soldado, con quien publicaban ántes bajar á Italia para nuevos designios y empresas; no obstante que le habiamos tomado lo poco que se le tomó en la

niéndose en la misma proterbia y obstinacion de extinguir la religion y abrasar las tierras del Imperio y de los Príncipes de la casa de Austria, sustentando las mismas alteraciones, ódios y venganzas que ántes, porque no se acabasen allí las discordias y las calamidades que se ejercitan en las demas partes donde ardia la guerra por el parecer del cardenal Richelieu; pronóstico verdadero del presidente Janin, uno de los mejores y más verdaderos ministros de la Francia, quien insistió ántes de su muerte, que la voracidad de este hombre, su orgullo natural, ambicion y soberbia, pondrian fuégo á los cuatro cantones del órbe, como hoy se experimenta, habiendo sido incendiario de toda la Europa. Habia dado órden al gobernador Beimar, que se hallaba en la Alsacia con 3.000 infantes y 2.000 caballos, esperando socorros de Francia y del séquito luterano, para que diese cuidado en Alemania y pusiese los ojos en alguna plaza que doliese y embarazase al Emperador, para que llamase las fuerzas y los capitanes que estaban alojados en los confines del País-Bajo, hacia la Westfalia, y que se pudiese enviar más socorros, ántes impidiérselos para conseguir con más comodidad lo de Flandes, hallándolo necesitado de gentes y de auxilios; y prosiguiendo siempre en estas materias su dictámen y su modo de guerrear, lleno de ardid y extravagancias, en que siempre hierva, como de fraudes y suposiciones en sus acuerdos y tratados; señalóle se echase sobre Rinfelt, plaza importantísima, situada sobre el Rin, entre Brisach y Bilsch, para señorear, si la consiguiere, gran parte de aquella ribera y otros fines más superiores que siempre estaban dictando á la ruina de los pueblos, de los Estados, y de los Príncipes; dióle la gente y dineros, marchó hácia ella y puso el sitio. Envió luego el Emperador ejército en su socorro, á cargo del duque de Sabeli, y marcharon las tropas alemanas, que habian invernado en las fronteras de Flandes, como hacia la parte de la Picardia, el Bolonés y las referidas de la Westfalia, y corrió el conde Juan de Bert con el duque Sabeli á sitiar á Rinfelt, porque el general Matías Galaso militaba á esta sazón en la Pomerania contra las reliquias de los successos, si bien descon-

niendo los Ministros imperiales, por su romision y limitado proceder y corto obrar, de alguna empresa gloriosa despues que accedió al baston de los ejércitos alemanes: llevaban el duque de Sabeli y Juan de Bert 2.000 infantes y 200 caballos; Beimar asediaba á Rinfelt con asaltos, aproches y baterías, porque sabia que los imperiales venian sobre él á removerle del sitio y socorrer la plaza, que hasta ahora habia resistido cuatro asaltos y rechazado á los enemigos: contra el socorro del Emperador, y por avisos del Beimar, que tambien necesitaba de ellos, lo envió Richelieu mucha gente con el duque de Rohan; y reconocida por Beimar la heroica defensa de los de Rinfelt, y que tenia sobre sí al duque de Sabeli y á Juan de Bert, trató de levantar el sitio y retirarse; sin embargo, entre estas indeterminaciones le cargaron con sus tropas y le comencaron á degollar parte de la gente. Hizoles cara Beimar, y ordenados los escuadrones cerraron los unos con los otros, y pelearon con denuedo y porfia pasadas de tres horas, y siempre el conde Juan de Bert señalándose el primero de todos en la vanguardia; de suerte que el Beimar quedó con pérdida de su gente, la victoria y el campo por los imperiales, y muerta y deshecha la mayor parte de la caballería y toda la infantería; tomándoles artillería y bagaje. Tuvieron preso al duque de Beimar seis soldados, y tres de ellos, por la presa de su caballo que andaba suelto por el campo, descaendo cogerte por bien parecido y por la honra del hecho, le dejaron como si no fuera mayor el de su persona, no atendiendo al premio que les podia valer prision tan memorable y particular, como de hombre que era la revolucion y el fuégo de Alemania: cargaron algunos de sus soldados á la hora, viéndolo en el riesgo que estaba á librarse, que conseguido con diligencia se puso en la fuga, pasándose á la otra ribera del Rin: quedó como siempre roto como soldado, porque jamás se ha oido de él otra cosa.

Con la prosperidad de este suceso y como si no hubiera más enemigos con quien contender, se alojó la gente imperial, y Juan de Bert con sus croatos y dragones, en unas caserías muy arruinadas, á refrescar, puestas á los contrarios del Rinfelt. Per-

suadía el duque de Sabeli á Juan de Bert siguiesen á Beimar y el alcance de su gente, para dar fin glorioso y admirable á una victoria en sus principios afortunada, y prender y acabar aquel enemigo que tantos ejércitos no habian podido (aunque vencido) haber á las manos, y él se excusó diciendo traía órden del duque Elector de Baviera de no pasar el Rin con el ejército: volvióle á hacer nuevas instancias, y él persistió en el alojamiento y licenció la caballería, para que pudiese alojarse á tomar cuarteles donde hallasen forraje. Llegó el duque de Roan con los franceses, y halló la rota de Beimar y todos los amigos y coligados deshechos, retirados y confusos; pero tambien se informó del descuido de los imperiales, de las tropas de Juan de Bert esparcidas y como sueltas á lograr los alojamientos, y con esto discurrió y entró en pensamientos de satisfacerse de lo pasado y desempeñar al fugitivo. Marchó para llegar cuanto pudo cerca de los casares, y amaneció sobre ellos y en su misma plaza de armas, que era el cuartel de Juan de Bert, ó introdujose en él como soldado viejo y que quería sacar de aquí honra y enmendar la rota de los amigos. Avisado Beimar por los Príncipes protestantes, de la venida del duque de Roan y de la prontitud del socorro, y últimamente del que le enviaban algunas plazas de la Alsacia, volvió con diligencia á juntar las tropas deshechas, que á penas llegabas á 5.000 hombres, y tocó arma en aquella campaña, con que á la novedad de tan reciente ruido se iban juntando los soldados imperiales, y como iban viniendo los iba degollando; de suerte que toda la gloria del día pasado se convirtió en mortandad y en sangre. Embistiéronlos consiguientemente, cuando más descuidados estaban, al duque de Sabeli y Juan de Bert en sus mismas guarniciones, y aunque resistió gallardamente la infantería imperial, el ímpetu de los enemigos fué tal, que sin embargo fué rota y desbaratada; prendieron lo que tenían peleó Juan de Bert como lo acostumbraba con los franceses con verdadero valor y valentía; pero no pudo esta vez desembarazarse tanto de ellos que no quedase preso, y ni más á ménos el gobernador general, duque de Sabeli. Refieren que

beron desamparados de su caballería. Marió, sin embargo, el duque de Roan de las heridas, acabando uno de los mejores y grandes soldados y capitanes de la Francia, pero grande hereje y cabeza de hugonotes: perdióse Rinsfelt, pero á la misma hora se recobró Gratz, colonia principal y corte de Siria, ántes de la venida de Ferdinando II, ántes que pasase al Imperio; llevaron al duque Sabeli y al conde Juan de Bert presos á París, no con poca vanidad y ufania del rey de Francia de tal prisionero, perdiendo la milicia un capitán maravilloso y esforzado. Refieren que el rey de Francia, pública y solemnemente, dió gracias por la rota y victoria, en un templo público, como si se hubiera ganado á Constantinopla ó la hubiera alcanzado del turco ó de los hugonotes de su reino, enemigos de Dios y de su gloria. Sucedió este hecho á 1.º de Mayo de este año, por la demasiada confianza de Juan de Bert; que no hay capitán, por esforzado que sea, que si usa de ella no fracase á sus manos; pues si no se hubiera atado tanto á las órdenes del duque de Baviera, y tomara los consejos de Sabeli, no hubiera malogrado una rota dada tres días ántes en sumo error de los enemigos y de los auxiliares que los atendian. Pero no podemos condenar los actos de obediencia; el desdado si que los hizo fatales á la esperanza de algunas mejoras, que sin duda ninguna las hubiera en el Imperio, y no excusamos de referir que en parte fué de quebranto y alteración á las disposiciones que se iban premeditando, poniéndose de nuevo cuidado las plazas vecinas, siguiéndole en ello los que ántes afligió la rota de Beimar, los descontentos y deserrados por sus males, felonías y alevosías, entrando en pensamientos de mejorar sus fortunas. Ufano con esta victoria, sacó Beimar la vuelta del ducado de Wittemberg, hasta estorearse de las riberas del Danubio, adelantándose su calestería á la vista y muralla de Harlem, con alguna más seguridad esta vez que cuando pasó por ella huyendo de los españoles de la colina de Nortelingham.

Avisado de la rota Maximiliano I, duque de Baviera, levantó un ejército de 46.000 hombres, entre infantes y ca-

ballos, que gobernaba el Mariscal de campo, Genetz, para ocurrir á las mayores necesidades; porque el gobernador de Beimar, con la prosperidad que entónces le lisonjaba, tomó á Fushbourg, y procediendo infamemente, anaestrado de las lecciones francesas causadas y recibidas de los herejarcas hugonotes, calvinistas y luteranos, despues de lo capitulado y de la entrega, degolló la gente. Tras esta plaza se apoderó de Wernogon, con designio de bloquear á Brisac ántes que llegase, ni estuviere en forma, el ejército del elector duque de Baviera, que procedía con alguna remision; y siendo tan inferiores las fuerzas de Beimar á las que tenía Galaso, que asistian en la Pomerania á la espulsion de los suecos, ocuparon la ciudad de Gratz, admirable en fortaleza y en lustre de gente, y la más señalada de toda la provincia: degolló 1.000 hombres de guarnicion que tenía, con que pudo restringir aquella soberbia nacion á más corto espacio de tierra, y ocupó otros puertos de consideracion en la Pomerania; pero los Ministros franceses, no sosegando en sus atentados y discordias, renovaron la Liga por el mes de Marzo, por mano de Monsieur de Albon, Embajador de aquel Rey. Fué de embarazo para todas las reclusas del Rey Católico, y levas que se hacian en Alemania para la guerra del País-Bajo, que se habia de hacer en este verano; con que el infante D. Fernando se halló con poco número de soldados, respecto de los que habia menester para combatir con cuatro ejércitos que le amenazaban; tres de Francia y uno de Holanda, ligados y fornidos y con resolucion de acabar con aquellas provincias que habian quedado libres de la ponzoña de la herejía, al apoyo y amparo de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Don Lope de Hoces, á vuelta de Flandes para España, tomó seis ó siete navios (quien los hace de más número), franceses y holandeses, cargados de mercaderías: estos últimos que venian de sus continuos tráfico y contrataciones de los muros de Levante, cuya presa se valuaba en tres millones de florines, que es cada uno de valor de cuatro reales. La duquesa de Gebrosa, dejando á España pasó por estos dias á Inglaterra, con pretexto de procurar

desde allí la mejoría de sus negocios en la buena gracia de la Reina y del Rey, y ver si podia sercnar el enojo del rey de Francia y del privado, por naturaleza y por arte mayor y más tempestuoso por razon de Estado: embarcóse en la Coruña, y hay quien dice tuvo curiosidad y arbitrio que hizo por sondar, por entretenimiento ó malicia, no negándose nunca á los franceses, por muchas discordias que allá dejase introducidas ó trabajos que hubiesen venido sucesivamente de ella y el alma y el traje, por más agravios que publicaba de su Principe y del Ministro en muchas partes. De aquel puerto parece que podíamos adivinar armada, como, á la verdad, lo lemos visto; que de esta manera son los franceses cuando se valen de nosotros, y son más agasajados y defendidos de sus émulos en España, y nos buscan, no dejando de ser enemigos en nuestra casa y á nuestra costa; es para que escarmentásemos. Debíó de ser inteligencia del mismo Ministro, que para sacar materias de invasion y escudriñarias no se embaraza con sus émulos, ántes los alienta para semejantes ocasiones. Hicieron á D. Francisco de Melo, vicario general de las armas de Milan, con no más calidad, experiencias y servicios, que buena sangre y dos jornadas, una á Alemania y la otra á Italia: causó novedad en el Estado la promocion, y no dió gusto á los soldados ni á las cabezas, no acordándose de D. Felipe de Silva, si el Marqués no se hallaba con fuerzas para comparear; pero D. Felipo, que no debia de tolerar el caudillo ni querer militar debajo de su mano, porque era hacer ofensa á sus servicios y á los muchos años gastados en la guerra, y en puestos muy aventajados, y que le anteponian un bisoño, sin ninguna noticia de guerra, y el cargo más preeminente y de mayor veneracion en Italia, hizo sentimiento y demostracion de dejar el puesto que tenia de general de la caballería, como luego se dirá; haciendo memoria los viejos del alto punto en que se vió aquel Estado en tiempo del Rey Católico, D. Felipe III, cuando tuvo por gobernadores á Juan Fernandez de Velasco, Condestable de Castilla, y á D. Pedro Enriquez, conde de Fuentesfreno, de Italia, y de las materias de los venecianos. Fomentaba Richelieu de nuevo las

alteraciones de Alemania con ansia y codicia de la corona Imperial, que tantas veces y con tan vana esperanza habia pretendido á su Rey, y porque no pasasen al País-Bajo, donde tenia ahora puestas todas sus esperanzas de acabar con los socorros que le venian de allí, y porque el que hay en el Artois, Enao y otras partes y provincias, tuviese necesidad de pasar allá á la defensa de sus plazas para obrar mejor y más formidablemente contra las armas católicas, pretendiendo de nuevo la desolacion de aquella grande y extendidísima provincia y la de todos sus Príncipes, con la intencion perjudicial de tentar con más poderosas fuerzas la presa de Brisac, y más dobladas que las de los años pasados. Los franceses, que alojaron cerca de Cambresi, descaban tomar á Buchain para ir disponiendo á Cambray y ver si la podían tomar, para tener allí un baluarte tan principal para las demas inteligencias del País-Bajo, y para aumentar las contribuciones, que con su pérdida se podrian hacer y granjear en Monsieur de Enao, Artois, Lila y Fornay: hacian los franceses sus levas en el País-Bajo, y el lafante, de la misma manera; y anteviendo por los principios los espíritus más militares de la Europa, que las armas de los franceses este año serian de más ruido que fortuna: puso el marqués de Grana, general del Emperador, á Aquisgran debajo de su obediencia, en poco más tiempo de cuatro dias sin esperar asalto, y recibieron aquellos ciudadanos imperiales presidios, volviendo al servicio del César: reforzaba el francés las plazas del confin en particular á Dourvans, y metió un convoy en Landresi de 4.200 carros, casi á la mitad del dia; pensando nuestro país por estar aquella plaza necesitada y por prevenirse de cualquiera accidente que la podria sobrevenir dejándose sentir y correr, por opinion verosímil, que el príncipe de Orange habia de salir este año muy poco ántes y con mayores fines que los demas, avituallaba y municionaba por desosamante á Breda, y hacia allí su almacén, pronosticando todos que de esas demostraciones y aparatos caerian sobre Amberes ó Liera. Pero todo esto se remitió á las fuerzas y gente que se esperaban de Piccolomini, como cada año se pro-

cesian, que los más surtian flexibles y deleznales y siempre se hacian y publicaban que bajaría con 30.000 alemanes; pero ya esto caminaba de otra manera por la falta que hay de gente, y los efectos son diferentes de los que se sonaba. Habia dado orden el rey de Francia á los gobernadores de las plazas ganadas en las fronteras del Artois, que cada uno levantasen su regimiento de infanteria que quedase de la guarnicion; que las compañías que tenian volviesen á sus tercios para saquear y proseguir la guerra, y que los regimientos estuviesen fijos en sus gobiernos, queria decir en San Quintin, Amiens y las otras plazas de las fronteras de Francia: como persona, hacia en Picardía grandes prevenciones, y aparejos en Avevila, Cortray y otras que estaban al desemboocar de la Soma en el mar Océano, cerca del Bolonés y Calos, y dejóse correr una opinion; que se habia acordado con los Estados enemigos y rebeldes de embestir á Dunquerque, por no poder haber más los daños que recibian de nuestras armadas en aquellos canales y mar del Norte ó Germania; habiendo de embestir el holandés por mar y cerrarla, y el francés por tierra: esto último no carecia de dificultades, pero lo más cierto era, como ellos lo tenían por ardid, amenazar en una parte y dar en otra. El año pasado se presentó el príncipe de Orange con sus barcas vacias, y dió indicios de recaer al país de Vvart y á Hults, y dió en Breda; ahora hacia sus puntas á Dunquerque y era lo más cierto dar sobre Amberes ó Liera, y al revés. Pero todavía, por no mostrar constancia en nada ni en otra virtud que le dé reputacion, perdian el respeto á los correos y á las cartas, contra la condicion de los tratados; cuando eran malos y de infelices nuevas los dejaban correr, y cuando buenos, los detenian y embarazaban y les hacian extorsiones porque no llegasen á las manos del Príncipe y á sus Ministros; abrian los pliegos, distrazaando los perdian, y el decoro á la fe y á la religion que se debe observar en semejantes casos, pura é invariablemente.

No carecia nuestra era de prodigios, de portentos y cosas notables, y accidentos que predecian nuestros trabajos en el

estado presente, y adivinaban los que esperaban bien, como les sucedió á otros imperios y monarquías. Fué, pues, que este año de 638, á 27 de Marzo, á las tres horas de la tarde, en la provincia de Calabria exterior y ulterior, se comenzaron á sentir y ver unos espantosísimos temblores de tierra, tanto, que en Concenza redujo el castillo en notable ruina y precipicio, que era de suma fortaleza y como inexpugnable; arrasó mucha parte de las murallas y la iglesia de los padres Capuchinos y la de los Franciscos Descalzos, reservándose, por la voluntad Divina, la vida de los religiosos. Murieron en la Escuela Pa-tres niños; en la de los Padres Jesuitas, despues de haber acabado los estudios y salido los estudiantes y maestros, ambas vinieron con el terremoto al suelo, y la torre de la iglesia mayor hizo ruina, y mató ocho personas; perecieron en la ciudad algunas, porque las demas salieron huyendo y sin aliento á las campos, caseríos y aldeas, porque la tercera parte de la ciudad quedó enterrada, y en la misma forma Paterno, Campano, Rovito, Torzano, Manguniones y Piguino; perecieron mas de 4.000 personas; en Velsito se hallaron ménos 70; Robliano quedó destruida, escapando 300 personas: Guillano, Capanzano, Rollano, Marso, Melito, Rivola, Fumosa, Matatechelio, Castillon de los Casales, Marelino, Nochera y Visignano corrieron la misma fortuna con Atolla y Pedache y sus términos, quedando tragados de la tierra. En Espezano se libraron 80, pereciendo los demas lugares, abundantes en poblaciones y en gente; no quedó señal ni rastro de vestigio para ser conocidos. Piedrasita y otros muchos de la comarca se destruyeron; la ciudad de Nicastro cayó toda, con pérdida y mortandad de 3.000 hombres; murió el príncipe de Castillon, señor de ella, y el duque de Monteleon, y perecieron otros muchos lugares que excuso á la profligidad. Scigliano, lugar de 4.000 casas, se arruinó todo; y habiéndose recogido muchos á la iglesia se los sorbió la tierra con el mismo edificio, por grandes ofensas cometidas contra Dios: Santa Eufemia, de la religión de Malta, quedó surmegida: Sorcano, donde está la milagrosa imagen de Santo Domingo, no padeció, quedando

reservada de tan espantosa calamidad por las virtudes heróicas del Santo, que la defendió, con ruegos, del castigo del Cielo. Fueron comprendidas en la ruina Pasetta y Castel Buterana, y quién dice que el río Amato corrió algunos dias de color de sangre. Socorrió el Virey cuanto pudo este estrago, con gente y con ministros que envió á la hora. Hacíase oraciones y plegarias para aplacar á Dios, que parece estaba ofendido de culpas nuestras, y por los campos no se oía ni se veía otra cosa que lamentables sollozos, y amarillez en los rostros de los hombres, esperando ser sorbidos. Decían que la tierra arrojó muchos pantanos y dejó algunos donde ántes eran vegas y prados amenisimos, y que el número de los muertos pasaba de 45.000, sin el prodigioso y grande de los espantados y ahogados, por los campos y cavernas, donde perecian de hambre; y refirieron que veían darse los montes unos con otros, y que los lugares habian quedado tan des poblados de ciésvientos, que temian á las primeras aguas habian de dar en tierra.

En Sicilia se tuvo por aviso que, á la misma hora que en Calabria, hubo temblores en Mesina, y que cayó una parte de la iglesia mayor con daño de mucha gente: juéves, 8 de Abril, se sintió lo mismo en la ciudad de Nápoles y en tierra de Labort; se hundieron Mondragon y Trageto, lugares del duque de Medina de las Torres, príncipe de Astillano, virey de Nápoles: tambien refiero la curiosidad, que el dia que tomó la posesion de aquella soberana regencia, la celebró el Cielo con saña y enojo, enviando una furiosa tempestad sobre la ciudad, y que vieron caer rayos, que hirieron las banderas que estaban tendidas en los cuerpos de guardia. La causa más eficiente de esto y á lo que más se debe arrimar el juicio cristiano, es que son pecados nuestros.

Dicen los versados en la natural historia, que las grandes resacas de la mar, con su continuo movimiento, someten los vientos en las concavidades y cavernas profundas de la tierra, y que encerrados allí y no teniendo por donde salir ni respirar, estremean con aquella violencia la tierra, la trastornan ó la

abren y la hacen estremecer con grave daño de los pueblos, edificios y habitadores, y que por las aberturas hace salir el mar, y los rios á la tierra los lleva, la llena por otra parte, y le deja lagunosa y con pantanos. Causó esto maravilla en todos vivientes y en cuantos alcanzaron oírlo, porque pareció eran prodigios que amenazaban mayores males, pocas veces oídas antes, si no en tiempo de ruina y mudanzas de gentes y transmigraciones de reinos. Procuraron aquellos pueblos de ambas Calabrias aplacar á Su Majestad, y calmaron los terremotos y temblores; volviendo los hombres á buscar y reparar sus domos y á fabricar otros muchos para proseguir el curso de la vida y la policia; pero si hubiéramos, como es justo, de observar trabajos y examinar tragedias, la mayor de todas es para los que son verdaderos fieles y católicos, el estado á que han llegado los Santos Lugares de Jerusalem con las calamidades y miserias de estos tiempos, porque por ellas, faltando las comunes misericordias de los pios limosneros, y hallándose todos alanzados con los pedidos y otras sacas, no dándose las que solian á los frailes de San Francisco, á sus síndicos y cajas, y no pudiendo ellos por esta causa pagar al turco los 12.000 ducados en cada un año en que se han obligado por la conservacion de los Santos Lugares, han caido en notable trabajo y quiebra para con los cobradores, recibiendo atroces castigos, y no pudiendo cumplir, so los ha dado el turco á los griegos por el mismo tributo; de suerte, que estos falsos intérpretes del Sacrosanto Evangelio, que adulteran la verdadera religion con sus ritos y dogmas, en que siempre se han querido mantener contra lo que enseña la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana, por lo que el Papa los ha excomulgado y dado por cismáticos, y la embestidura de la Grecia á los Príncipes cristianos que los quisieren conquistar, se han hecho dueños de aquellos Lugares Sagrados ó parte de ellos. Esto es muy para llorar, verlos á todos encendidos en armas por llevar adelante sus pasiones y particulares propios destruyéndose unos á otros los reinos, los pueblos y los vasallos, dejando la causa más legítima concerniente al estado de

que Dios los puso, dejándose llevar de iras y vanidades, no más de por poseer un palmo de tierra, olvidándose de la señal de la Cruz del sepulcro de aquellos Santísimos Lugares, dignos de llevar alla los pensamientos y las armas en su restauracion y libertad, como lo hicieron otros Príncipes señalados, dejando sus nombres en bronce, en piedras y en historias.

La materia de grisones y valtelines, sobre el paso de los ejércitos para ambas Germanias y de ellas para á Italia, se ajustó en 12.000 escudos cada año, con que se despidió el tratado, dando el Rey ricos presentes y joyas á los embajadores. Las levas que los franceses hacian en Lieja, no arribaban á ningun efecto; antes los rompieron 4.500 hombres, la gente del Rey que alojaba alli cerca. El Palatino del Rin, hijo de Federico, sobrino de Carlos, rey de Inglaterra, destituido por estos caminos de volver en paz á sus Estados, á la herencia y electorado de su padre y pasados, comenzó á maquinarse para llevar por las armas sus intentos al Palatinado y reingrandarse en él. Para esto, con el consejo del Rey y el apoyo de otros herejes septentrionales, como holandeses, no faltando el del político de la Francia, les compró á los suecos 20.000 escudos á Mipen, plaza fuerte cerca de la Frisa, situada en las riberas del rio Eme, si ya no de aquellos rosbaldes fomentadores de toda maldad y revolucion, y tambien por echarle de Londres á esta plaza del Emperador, y tiranía de estos enemigos. Era la pretension fomentar de allí otra guerra nueva, con ayuda de los holandeses, y queria recaer de allí al Palatinado, solicitando el auxilio de los enemigos y los que tenia su padre cuando le ayudaron á la tiranía de Bohemia. Pedia el rey de Inglaterra, por sus embajadores, á los holandeses, consejo y ayuda para este intento; pero ellos, insatisfechos del privado Cardenal, atento á todos los negocios, tramas y maquinaciones de la Europa, les hizo decir al inglés, no darían auxilio ni socorro á su sobrino, ni vendrían en esto, que era, aunque junta á sus Estados, donde se podrian dar la mano para cosas mayores y llevar adelante sus fines, si primero no rompía con el Rey Católico: notable ansia de Riche-

licu para asolar las costas de España con armadas más poderosas, aprestándoles de nuevo al tratado y no hallando salida á su negocio. Sin embargo, enviaron á Londres sus embajadores, pero con poderes muy limitados y para no resolver nada á ménos que aquel Rey no rompiese, en detrimento y destrucción de la Monarquía á que todo aquel septentrion aspiraba, para ruina de la religion, de que es factor y caudillo el rey de Francia y su Ministro: juntáronse muchos en la ciudad de Hamburgo para decision de la materia y formar la Liga en favor del Palatino: dió cada una de las partes sus razones; pero los holandeses se aferraban á que el rey de Inglaterra rompiese con España, y no se efectuó nada, porque no concedió al pedido, por muchas razones que ya en lo de atrás hemos dado.

Comenzáronse á hacer levas de gente en diferentes partes y provincias, particularmente en Inglaterra, que la Escocia no estaba muy pronta á la obediencia del Rey por causa de religion y de tributos que le querian imponer; porque el Rey pretendia introducir en aquel reino las ceremonias de la Iglesia anglicana, que era poner, en los altares de los templos que ellos han conservado, pero con diferente sentido y falsa religion, ahora nuevamente introducida, un Cristo y velas encendidas. No querian admitir esto los escoceses, sino proseguir como de antes, despues que por vicios se perdió la tierra en tiempo de Enrique VIII, y con esta novedad quisieron echar mano á las armas; pero lo más constante es ser este achaque de provisiones que antes tuvieron Príncipe que las gobernaba dentro de ellas los dejaron, y con la herencia de otros más superiores pasaron á mejorarse en ellas, como lo hizo Jacobo, rey de Escocia, despues de la muerte de Isabel, heredando á Inglaterra; tan grandes herejes cada uno, que se dudaba cuál era mayor, tanto que podian dar preceptos á Calvino y á Lutero, como sucedió en Flandes con la herencia de España, Italia y las Indias. Quién dice que los holandeses les prestaron auxilio, y que los navios y armadas inglesas les tomaron algunos de los de Holanda con pólvora, balas y cuerda, que

levaban á los escoceses, y todo esto por conservar y llevar adelante su religion impura, y porque no queria figurarse el rey de Inglaterra con el de Francia, en que tambien querian que se lo tocante á las desavenencias de Escocia tuviese parte. Richelieu, por no haberle podido arrastrar ni meter en los tratados de la Liga; y vacilaba el rey de Inglaterra si quitaria á los holandeses las gentes levantadas en ambos reinos de Inglaterra y Escocia, que serian de guarniciones de Holanda, y á tambien no los consintiera hacer levas en ellos, que les seria de gran perjuicio á la conservacion de aquellos rebeldes. Pero, sin embargo de reconocer el Rey que los vecinos beneficiados de él le favorecian los vasallos, hasta los mismos franceses, y le lamentaban los nuevos rebeldes en su casa, todo lo sufrió y aleró sin atreverse á declarar con ninguno ni hacer demostracion de sentimiento, porque su mayor política, ó la de sus Ministros ó Parlamento, que ya le mandaban, era no quebrar con los herejes; pero los holandeses, como de su naturaleza son traidores, querian hacerlos á todos á su condicion, porque todos fuesen unos mismos, y agresores contra la fidelidad. Sin embargo, es antiquísima y prodigiosa la ira y oposicion que se ha ejercitado entre escoceses ó ingleses desde Estuardo, su primer Rey, cuyo enojo pudo tanto, y tan cruda su indignacion, que mandó á su hijo que despues de muerto cogiese la carne de su cuerpo, la enterrase, y que desasida de los huesos se llevase contra ellos en las batallas, creyendo que harian el mismo efecto en su castigo que cuando era vivo y guerreaba con ellos: tanto aborrecia la nacion escocesa y tan adversos han sido con los ingleses y sus Príncipes. Hacía gente el Palatino con el pretexto referido, y con la nueva compra de Mopen habiase por estos dias reducido á concordia con el Emperador el Landgrave de Hessen, dejando las armas y licenciando la gente que tenia; por donde la mayor parte de sus soldados con su principal, como Melandierse, se alistó al sueldo del Palatino, ó con acuerdo de aquel Príncipe ó sin él, en quien siempre, aunque den muestras de seguridad, perseverará la inconstancia: de suerte que el Palatino hacia cuenta de poner en cam-

pañía 20.000 hombres contra el César, y para, desde *Mepes*, abrirse paso para el Palatinado y ocupar desde allí tierras equivalentes del mismo Imperio, y darse la mano con *Beimar* y otros herejes. Pero el Emperador, sabidas con tiempo las inteligencias del Palatino, y nuevas de la villa ocupada cerca de *Linghen* y de las plazas de los holandeses, envió allí sus gentes á cargo del marqués de *Grana*: afrontáronse con la villa y con los soldados del Palatino, y con ambas cosas rompieron la gente y recuperaron la villa; con los soldados del Palatino, y con ambas cosas digo, porque quiso Dios castigar á los descendientes de aquel linaje y arrancar la semilla de los tiranos y de los infieles, y que pierdan sus Estados y posesiones sin poderse arraigar en las ajenas.

Habia venido *Casimiro*, príncipe de Polonia, hermano de *Ladislao*, su Rey, con algunas pretensiones secretas, y corrió Alemania y la parte de Italia, que hay de Trento á Génova, para pasar á España y á la corte, con aquel estímulo de todos los Príncipes del orbe de ver al Rey Católico y servirle, y buscar en S. M. y en sus plazas de armas ocupacion heroica á sus pensamientos; como lo habian solicitado el príncipe *Tomás*, Francisco de Este, duque de Módena, y los hermanos del gran duque de Toscana, y otros muchos en estos veinte años de su reinado. Era, otrosí, muy conjunto en parentesco con la casa de Austria, por los casamientos de Alemania con las hijas del Emperador, y de Siria con las hijas de Carlos y María de Baviera, de la misma gloriosa estirpe, hijo segundo de *Ferdinando*, primero de los Césares occidentales. La causa más principal nunca se supo: finalmente, llegó á Génova despues de tan largo viaje, y allí D. Carlos Deva, duque de *Tursis*, le dió pasaje. Hizose á la vela, y ó ya fuese curiosidad de ver, ó fuerza de malos temporales, con la seguridad que habia para con los franceses, por ser de Génova la galera, aunque no nueva, por intereses y accidente de nuestros dias; finalmente, la galera tocó en Marsella, y desembarcó *Casimiro* y la poca gente que llevaba. Fué avisado luego al gobernador, recibióle y agasajóle, y despachó correo al Rey

de Francia de su venida y de como estaba en Marsella: el Rey y aquel Parlamento ó Privado, le mandaron detener y que le enviasen á París con guarda, que fué lo mismo que prenderle; y fué recibido en aquella corte, no sin admiracion y escatimiento de los genoveses, que luego lo supieron, reparando más en la presa de la galera que en la de aquel Príncipe. Corrió luego á España la novedad é hizo mudanza en el somnante del Rey y de sus Ministros, y todos se suspendieron, y las demas gentes no sólo de España pero en las de Italia, Alemania y Flandes y en los demas reinos y provincias, y con mayor asombro en Polonia, dejando aquel reino con gravísimo sentimiento (si hay esta virtud en partes tan remotas y gente tan feroz y tan ajena de culto y policia). Esto se está hoy en este estado, sin hacer novedad alguna, cargando siempre los juicios más graves este hecho al capricho y vanidad del cardenal Privado, por no haber podido reducir al rey de Polonia á que, haciendo la paz con el Turco para desembarcarlo y hacerle venir sobre Italia, introduciendo esta misma pretension con el Persa, que es toda su ansia, y hacer al Polaco de la misma manera que entre en la Liga con el rey de Francia, y que bajase con sus polacos sobre Alemania, como lo concluyó con el rey de Suecia, y la asolase; y, sin embargo, por no haberse ajustado con la reina de Suecia, viuda, y sus gobernadores sobre algunos puntos de paz que le habian propuesto, por tener el rey de Polonia derecho á la Suecia y estar unizada, y á mi ver, el tener el rey de Francia algun peso de consideracion y algun Príncipe que entrase, aunque forzado, por sus puertitas en tiempo que tantos y tan grandes han entrado con particular gusto por las de España y por las de su corte y palacio, sin reparar que estos se los hacia odiosos al mundo, y que podría el rey de Polonia juntar la inmensa copia de sus tropas, y atravesando el Alvis y el Rin, salvarse por la Galia, dañando y dando cuidado en la tierra, no dejando de hallar socorros y alojamientos en las provincias antecedentes de Alemania como en las de sus parientes, y más siguiendo causa justa como la libertad de un hermano,

preso ó detenido contra su dictámen. Mandó el francés volver la galera á los genoveses para no desabrir á los aficionados y á la parcialidad; que áun, todavía, por más crecidas que sean las dificultades, no es cordura ni buena razon de Estado favorecer la esperanza.

Llamó el Rey á Cortés á las ciudades del reino, á principios de Junio, protestándoles que estuviesen los procuradores en Madrid para San Juan, donde nó, que no se les esperaria y se haria la proposicion sin ellos y con no más de los que se hallasen en la corte. Esta prisa fué causa que al tiempo prescrito faltasen los procuradores de Sevilla, Córdoba, Granada, Jaen y Soria, ó de abogados y allegidos por la limitacion del tiempo, ó por diferencia que habia en los regimientos ó consistorios sobre precedencias ó en el echar de las suertes: lo más acertado era, que diferian entre sí sobre la limitacion del tiempo que habemos referido, y porque les pedian trajesen de sus ciudades los poderes decisivos para obrar sobre ellos con más soberania y brevedad, despojándoles ó quitándoles á las ciudades el recurso de volver á ellas sobre cualquier materia para esperar su voto, sino concluir con ellos y hacer de hecho con las ofertas y las dádivas: y tambien se recelaban de los pedidos, que habian de ser interables y sin misericordia, porque verdaderamente esta virtud habia faltado en los que más la habian menester y aquellos á quien les tocaba más que á otros el usarla por haberlos puesto Dios todas las cosas en las manos; pero ellos, olvidados siempre de esto y del ejercicio de la blandura y humanidad, no sé por qué causa, siendo fieles vasallos, usaban de la dureza y de la crueldad. En efecto, para esperarles á todos fué forzoso prorogar el tiempo; obró la maña, y luego se comenzó á usar, para que D. Juan de Castilla, regidor de Burgo, fuese á aquella antigua nobilissima colonia, procurase juntar la ciudad para sahir con votos públicos electo procurador de Cortés como natural de ella; porque todo se concediese con estímulo de la codicia, sin reparar en el estado y necesidad del reino hundido y acabado. Sucedió así: comenzáronse las Cortés

en siete ciudades: hizo el Rey una proposicion temerarissima que dejó atónitos á los que estaban presentes y admirados, recordando que habia gastado desde el año de 1632, en las guerras, 72.300.000 ducados, sin haber expresado en esta cuenta los donativos de Nápoles y Sicilia, que montaron cuatro millones y medio; cosa digna de ponderacion y espanto, que parece imposible por las voces continuas que siempre estaban dando las plazas de armas, presidios y armadas de que les enviaban ósacos. Prosiguiéronse las Cortés en la sala antigua de Palacio, pidiendo grandes sumas para la prosecucion de la guerra, y dadas con ánimo de conceder ó de recibir; y siendo el dictámen para la defensa del reino, venia á recaer á su destruccion. En uno de los dias de las Cortés, D. Juan de Castilla, hombre atrevido, de ningun seso ni juicio, adulator y ambicioso como los favorecidos de este tiempo, quizá habiéndosele pasado algunas noches sin sueño para deliberar en esta resolucion, creyendo que por allí arribaria á grandes mercedes, de que hemos tenido muchos tentados y entrometidos, sin dar cuenta, ó ya que se la diesen, ni descender á la templanza del hablar en tales juntas, olvidado de la prudencia en el pensar y de la cordura en el proponer, llevado de su cervelo, propuso y dijo: que las empresas y fortunas de estos tiempos y el cúmulo de victorias contraidas en ellos, habian sido mayores que en ninguna era de las pasadas ni en las de todos los Reyes antiguos ni modernos, ayudados por el grande amor, celo y cuidado del Conde-duque (y señaló y comenzó á desearse), ni que en tiempo del Emperador, del rey D. Felipe II, ni del rey D. Felipe III, ni del duque de Lerma, que al Conde-duque se habia adelantado en esto á los otros privados; y que era cosa conveniente y muy acertada, y que lo robase el reino; el proponer á S. M. que, en honra y agradecimiento de tales servicios, S. M. favoreciese al Conde-duque en enviarle á comer á su mesa un dia en el año, pues otras casas que los tienen menores en Castilla tienen esta preeminencia. El duque del Infantado que estaba allí, procurador de Guadalupe, hijo de D. Diego Gomez de Sandoval, conde de Saldaña,

y nieto de D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, no pudiendo con la generosa sangre que le ardia en las venas, de esta casa y de la originaria de Mendoza para con los otros Reyes, de quien tenía tanta, y ambas para con el muy esclarecido Rey y señor nuestro, D. Felipe III, muy en sí y muy sobre el desatino de D. Juan, dijo: «Paso, no se habla más en eso: para que S. M. honre los servicios del Conde-duque, no se ha de proponer con indecencia de ninguno de los señores Reyes pasados, y ménos del rey D. Felipe III, ni ménos de mi abuelo; haga S. M., que Dios guarde, lo que quisiera al Conde-duque; pero no sea con ese estilo». Replicó el D. Juan: «Escribase». Y dijo el duque: «no quiero que se escriba ni se haga esa proposición por ese camino.» A todos los que estaban presentes parecieron bien las palabras del Duque, y las tuvieron por muy justas; y todos los que á la sazón se hallaban en el reino holgaron de ver al Duque tan poco lisonjero. Llegó el caso á las orejas del Rey y del Ministro, no les desplazó el término y justa reprehension del Duque para Don Juan de Castilla, y á todos los verdaderos hombres de buen sentir de la corte les agradó; que es muy sagrada la veneración y antigüedad de los Príncipes, y saber enfrenar un desatinado, es de grande alabanza para el que es tan osado, y de tan relevantes brios que lo consiguo. Sin embargo, no faltaron despues aduladores que la votaron, y consultaron mayores y más desiguales mercedes y honras, como se verá, no sólo en aquel reino pero en los demas consejos, excediéndose unos á otros con porfia. En este vicio, los Reyes pasados, para en cuanto á sus hechos, ya tienen historias calificadíssimas que los abonan: la nuestra, no sé cual será y qué testimonio dejaremos al mundo de nuestro gobierno. Del rey D. Fernando el Católico y de su nieto el invictísimo emperador Carlos V, quien atentamente y con ojos claros leyere sus hazañas, y cuando no las lea, hallará que fueron inimitables: así lo dicen los historiadores italianos, aunque émulos á la nacion española. Del rey D. Felipe II, quién no encarece sus proezas, su prudencia y la majestad del reinar? Y del rey D. Felipe III y de

no gran Ministro, hiciéramos aquí gran elogio si no nos tacharan la repetición; remitiéndonos á lo que tenemos escrito en su historia; glorioso Príncipe y aclauado en todas eras de los siglos, y nunca bastantemente encarecido de bondad, y de las otras partes que constituyen religiosamente un grande Rey para idea de los otros! El fin de estas Cortes se verá el año que se sigue, por incluirse en él y ser su más propio lugar.

Hallándose el marqués de Leganés, despues de la toma de Brema, acrecentando su ejército, de suerte que la infantería llegase á 48.000 hombres y la caballería á 6.000 caballos, resolvió volver á salir en campaña, y á entrar por el Monferrato y por el Piamonte á tomar satisfaccion de la ingratitud y ofensas recibidas de aquel Príncipe, aunque muerto, de las invasiones y tiranías de los franceses, de los artificios de Madama Cristina, duquesa de Saboya, introducidos en su corazon por la mañosa materia de Estado de Richelieu, como lo dejamos referido en lo de atrás, para correr y pasar adelante con la usurpacion de Italia; y porque la Duquesa, contra el parecer de los piamonteses, habia dado consentimiento y entrada á que las plazas mayores y mejores las ocupasen franceses, con título de defensores, apoderándose de ellas con gruesas guarniciones y presidios, pues aunque quiso que no la metiesen en Turin por queja de aquellos vasallos y súplica que la hicieron, y oposición de los más nobles, queriendo ántes que fuesen de españoles y no de franceses. Singular virtud de aquella nacion en tiempo tan estragado, hoy que es tanto y tan antiguo era para nosotros su aborrecimiento; pero el ódio que ya tenían á los franceses por la iniquidad de su proceder, era sin linaje de duda grande. Sin embargo, la violencia de aquellos soldados, cuando no tenían resistencia, la ocuparon, guarnecieron y reforzaron: de suerte que ya el rey de Francia, no sólo con capa de restitucion, como al principio propuso por el duque de Nevers que se habia introducido por sucesor en lo de Mántua, era señor del Monferrato, pero del Piamonte y de la Saboya con pretexto de alianza y habiéndose dado con liberalidad cuanto se pidió al principio de la guerra, con esta cautela entró á ser tirano

de todos; por manera que ya tenía más potestad en Italia de la que convenia para lograr con más fortuna y embestir el ducado de Milan y el reino de Nápoles, que es á lo que aspiran sus pensamientos. Estaba toda la tierra con cuidado, con los aprestos de este ejército que habia de campar fuera del Milanes, para darse á sentir, y ejemplo á los potentados vecinos de constancia y de reposo; si bien ya no le habia quedado ninguno al rey de Francia, porque el uno estaba retirado con el castigo en Parma, y el otro muerto, pero por suyo el Principado, y no mejoradas las cosas, ántes peores con la fidelidad de la Duquesa, más áína al Rey, su hermano, que á sus hijos y á sus vasallos y á sus propias comodidades; á cuya enmienda se destinaba este ejército, cuya espada veian blandir y fulminar sobre sus cuellos monferrines y piamonteses, si bien entraban ya en mortal ódio y aborrecimiento de franceses, entregándoseles contra su mismo dictamen y natural las plazas. Sin embargo, primero que el Marqués saliese en campaña del Rey Católico, ante todas cosas y en legítimo lugar, por obrar con la justicia y la razon ántes que con el imperio y la fuerza, quiso dar una noticia y un aviso muy eficaz á los Estados de los vecinos, de sus mujeres ó hijos y casas, para que no diesen despues, viendo el fuego que ellos mismos habian metido en ellas, que no se lo habian avisado; que se explayó por toda Italia en dos declaraciones firmadas de su mano, que decian lo que habian deseado y procurado la paz universal de Italia, y que ésta se habia conseguido en el tratado de Cherasco, el año de 31, en el cual se obligó el rey de Francia á desalojar toda su gente de las plazas que ocupaba en el Piamonte; que contraviendo con evidencia á lo capitulado, obligó con amenazas y fuerzas al duque Victorio Amadeo que lo entregase á Peñarol, con pretexto de trocarlo por otra plaza, sin otro efecto alguno, sino hacerse señor de ella para intentar de allí mayores progresos en Italia.

Que el año de 35, poniendo en ejecución los designios con que siempre han obrado franceses, obligaron con la misma fuerza y violencia al duque Victorio, que hiciése Liga con

ellos contra España, introduciendo una guerra en el Estado de Milan, sumamente injusta y violenta; protestando el duque de Saboya Victorio, que obraba en todo esto contra su voluntad, por los rigurosos medios con que los franceses le compellan á ello; y esto dijo siempre hasta su muerte. De la cual y de las circunstancias era notorio al mundo de la manera que se habia hablado; considerando que, despues de la muerte ínfeliz del Duque, quedaba aquel Estado gobernado por una señora viuda y sus hijos en edad pupilar y desamparados; por lo que ella, supuesto el estado tan peligroso con que encaminaba las cosas de su casa y la de los vecinos y vasallos, no parecía madre, y ellos no quedarían para hijos sino para mercenarios y para depuestos de sus mismos patrimonios. Tan digno era de su clemencia perdonar y suspender el rigor de sus armas sobre aquella provincia, tan justamente amenazada por la guerra que piamonteses y saboyanos habian hecho en el ducado de Milan, que le habian propuesto diferentes medios de paz y concordia; solicitándola su mayor conveniencia de la Duquesa, pues se contentaba con que no diese socorro á franceses, obligándose á defenderla á su costa, si la imposibilitase cualquier ajustamiento á la paz; y prosiguiendo Francia el usar las mismas violencias, havia en el suyo á los piamonteses y saboyanos, que advertidos de que ésto era su real intento, no sólo no se opusiesen á una causa tan justa, y en que iba envuelto el remedio, libertad y seguridad de aquellas provincias, sino que con todas sus fuerzas y poder acabar ya con ellos, juntar sus armas contra Francia y procurar sacudir de sí un enemigo tan importuno é injusto; estando entendido que asistiendo á España, y usando la neutralidad, no los haria guerra como á enemigos, ni padecerían todos aquellos daños y miserias que ordinariamente la acompañan; ántes bien, habia mandado el marqués de Leganés señalar maestres y cabos puros que severamente castigasen á los soldados que en qualquiera manera maltratasen ú ofendiesen á los piamonteses y saboyanos en sus bienes ó en sus personas; pero, si lo que no esperaba, fomentasen su mismo daño con auxiliar

á Francia, era preciso avisarlos y protestarlos que obrarían sus armas con toda aquella hostilidad y rigor que concede la razon y el derecho á un ejército católico que busca, por los medios justos y permitidos de la guerra, la quietud y tranquilidad perpétua que se halla en la paz.

Corrió este manifiesto en dos copias por el Piamonte y Monferrato hasta los mantuanos, valoneses, tierras de la Iglesia, venecianos, y cantones de esguizaros, para que contuviesen en sus términos y no se esplayasen á las asidencias francesas cuando debían darlas al Rey Católico y á su gobernador, para restituirse en el Monferrato como de antes le tenían; pues no pudo hacer más el emperador Ferdinand II, que á la hora que los alemanes tomaron á Mantua como feudo del Imperio, volverla por la pacificación de España, digo, de Italia, y el Rey Católico el Monferrato que habia quitado á los franceses en nombre del Imperio, como se acordó en Cherasco; sino que la perfidia de aquella nacion, que volvió de nuevo á instar al Duque de Mantua y de Nevers que recibiese presidios franceses en el Casal; haciendo maleficios y extorsiones en la nobleza y en otros vasallos de aquel Marquesado, y construíéndolos á destierras y otras calavidades, hijas de su natural, con que se hacen abortivos de todos y mal vistos. Vivian con esto los dos Estados en suma agonía, esperando el ejército que los habia de constrar, si bien hay quien afirmaba que en sus corazones vivía y militaba la justicia y la razon de España; pero el yugo francés los tenia atados á las coyundas de la tiranía, cuando consideraban que para defenderlo, solicitándolos tanto, apénas tenia el Rey 8.000 franceses en Italia, y en Flandes, al apoyo de los herejes, 30.000 y 10.000 caballos, no atendiendo á los que por seguir su amistad se habian perdido, que esta fortuna correrán todos los que se diesen á creer sus trazas y mentiras. Hecha esta prefacion, juntos los cabos del ejército, discurrieron sobre qué plaza se pondrían en el Monferrato y Piamonte. Oidos los pareceres, salió por los más diligentes y de nombre el ir sobre Berceci, con pretexto de

ser si por la importancia de aquella plaza podian, no sólo desacer allí los franceses, pero aun hacerlos dejar á Flandes y pasar á Italia, hurtándolos por aquí y sobrepujándoles la Metropesía de señorearle. Pero el francés proseguia con el mismo estilo, con la Duquesa y los hijos pupilos, que habia actuado con su padre difunto, y no sólo les habia obligado á que no hiciesen paces con España, sino á que continuasen por dos años más la Liga que habia arruinado y destruído su casa, y necesitando á esta Serenísima Señora á proseguir los intentos franceses, tan contrarios á la paz y á la quietud comun, sujeta á padecer por su misma inclinacion dentro de los mismos Estados la guerra; y mas los franceses, desviados de toda razon, no contentándose con esto, procuraban ocupar las plazas del Piamonte, y señaladamente con esto procuraban ocupar, digo, quisieran tomar á Turin, si los piamonteses con el valor y fidelidad que estaban obligados á su señor natural no se hubieran opuesto á su intento.

Reconociendo S. M. C. que ya los designios de franceses se habian declarado y reducido á una manifiesta fuerza y violencia, determinó que sus armas entrasen á librar del yugo y servidumbre francesa las provincias de Italia, señaladamente las del Piamonte y Monferrato, y ocupar las plazas que fuesen necesarias para obligarlos á una segura y honesta paz; y así abhortaba el Marqués y requería en nombre del Rey á todos los Príncipes vecinos, se abstuviesen de encender ni fomentar la guerra, ántes ayudar con todas sus fuerzas á conseguir la paz. Mas el artificio de Richelieu, cuanto más veia que le queriamos apretar en Italia con los grandes aprestos de este año, y que recibiese las suyas en ella, bien informado en todas materias de guerra, apretaba con más rigor y más tropas las del País-lejo, por tenerle más á mano y más cerca los ejércitos para arvadrlle, reconociéndolos por provincias desvalidas y desamparadas de socorro; y el Milanés, siempre asistido y favorecido por la carne y sangre del doudo, gobernador de Berceci, de las mayores y mejores plazas del Piamonte, dispuesta de arte, fuertemente artillada y municionada, por ser frontera

al estado de Milan, situada en sus confines por la parte de Valencia del Pó que riega y fertiliza sus campos el río Sesia, más abundante cuando el cielo inunda las tierras con las lluvias que cuando las desampara, y pasa á sus mismas murallas el Cerrá, río de más pequeña corriente, el cual haciendo una isla á poca distancia de la plaza con el Sesia, pierde en él su nombre y sus aguas: es lugar de 6.000 casas y admite 4.000 hombres de guarnición, con una hermosa ciudadela dentro, fabricada de fortísimos baluartes y otras máquinas reales, medias lunas y reductos por defuera. Estaba por gobernador de ella el marqués de Dollani, hermano del marqués de Vigilia con 3.000 hombres de guarnición, fortificada con mayor cuidado, no sin malicia del duque Carlos de Saboya, cuando olvidado de las obligaciones que tenía á España por larga carrera de años, sustentados en ella á él á sus hijos y los Estados, queriendo señorear el Monferrato, perdió el decoro á la majestad del Rey Católico, D. Felipe III, y atreviéndose á contender con sus armas, á la sombra de Francia y de Madama Regente, se la ganó D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca el año de 1617; y por haberse rendido y humillado al Rey, y por el ajustamiento de paz que despues se hizo en Pavia, se la volvió D. Gomez Suarez de Figueroa, duque de Feria, que sucedió á D. Pedro en el Gobierno de aquel Estado el de 18. Era de importancia el tomar esta plaza, por arribar con ella algunos medios de concordia, si bien se reconocia sus dificultades; pero el ánimo y el ardor de nuestra gente descaba mostrarse, y vencer las más inaccesibles. Era cuaserosímil, que con la consecucion de ella se cubriera el Milanés por la parte más flaca, sugutando todo el país vecino hasta la Dora y Valesanos, si bien se sojuzgaban algunos lugares de poca ó ninguna resistencia, á propósito no más que para alojar cómodamente el ejército real y descansar el Estado. Hallábase el marqués con 20.000 combatientes entre infantes y caballos, discurriendo que, para la empresa de Berceceli, había menester 30.000 con los franceses, saboyanos y piamonteses al opósito, fáciles en las levas y en poder aumen-

tar sus tropas como dueños de la tierra y del país, y tener en la mano el poder impedir á nuestros ejércitos los viveres ó estar con iguales fuerzas el socorro á los nuestros y contra su avilantez y valor.

Resuelta, pues, la empresa de Berceceli con todo secreto, visto, que sólo á D. Martin de Aragon dió el gobernador cuenta de ella, partió de Milan á 23 de Mayo de este año, y llegó á Valencia del Pó, y el dia siguiente mandó marchar parte del ejército por el camino de Brema para desvanecer al enemigo de su discurso, y que no se supiese adonde habia de cargar aquel ejército, ni que queria ir sobre Berceceli. Pendiesen todos de esta suspension, dió segunda instruccion á Don Martin, general de la caballería, y que volviese la gente la vía de Berceceli, para que á toda diligencia pasasen los tercios el Sesia. Habiendo llegado, pues, D. Martin de Aragon á la ribera, descubrió la caballería del enemigo, que reconociendo el golpe grande de la nuestra, cesó del intento que traian y de impedir el esguazo: hizo D. Martin cechar el puente para que pasase la infantería, que se efectuó con buen orden y brevedad, siguiendo á la vanguardia, que llevaba el maestre de campo D. Juan Vazquez Coronado con su tercio de infantería española, todos los demas tercios y regimientos del ejército. Apenas hubo pasado nuestra gente el Sesia, cuando el cielo, ó aquella region, comenzó á desatarse en agua, de suerte que empañanó la tierra, impidiendo y haciendo dificultosas las entradas ó caminos para la marcha de la infantería. Procuraron, sin embargo, el marqués de Leganés y Don Martin de Aragon, deseosos de comenzar á obrar con ardor y valentía, á ocupar luego los puestos sobre la plaza; y si bien gastaron dos dias en esto, la proligidad del agua con su continua inundacion no los dejó arribar al fin pretendido. A esta hora, no admitiendo un punto de dilacion, por más que el tiempo lo embarazaba, ordenó á los tenientes generales, Don Vicente Gonzaga, general de la caballería del Estado, y á D. Alvaro de Quiñones, de la de Nápoles, y al coronel D. Fernando de Limonte, como gobernador de la alemana, ocupa-

sen los puestos entretanto que llegaba la infantería. Ejecutores bizarramente, á cuyo calor fueron llegando tercios y regimientos. El del maestro de campo, D. Juan Vazquez Coronado, ocupó desde la orilla del Cerro hasta una casina: el mismo ocupaba D. Vicente Gonzaga con la caballería que tenía á su cargo: el tercio de Lombardía, que gobernaba el sargento mayor Aragon, á falta de su maestro de campo, se dió la mano con el Monsieur de Ricarte, que era de borgoñones, y por su muerte se provejó despues en el baron de Batevilo, hijo del que murió en Cataluña al principio y cuando se abrió allí la guerra para entrar por Francia. A este tercio le siguió el del marqués de Mortara, que por asistir en las mismas fronteras del Condado de Rosellon y gobernar otros regimientos, se dió al marqués de Caracena: á éste el de D. Antonio Sotelo, con el conde Fabricio Madian y su compañía, y otras cinco de la caballería del Estado de Milan: siguióse la corte y alojamiento del Marqués general, y en su prosecucion el de D. Martin, y delante de ambos cuarteles las dos compañías de las guardias á cargo de D. Juan de Arteaga como capitán de las lanzas con la de arcabuceros de D. Diego Liganda. Alojóse á las espaldas el coronel Juan Lopez Giron, con su regimiento de dragones, guardando y guarneciendo el camino de Turin, por donde era el reccelo y la presuncion que los enemigos intentaban el socorro de Bercefi. Al cuartel del Marqués y de D. Martin de Aragon seguan los tercios de napolitanos de Carlos de la Gata y Tiberio Brancacho, y luego el teniente general D. Alvaro de Quiñones, con la caballería de Nápoles: á esta los dos tercios de lombardos de los condes Boligni y Borromeo, y el de napolitanos de Aquiles Minutito, que habia venido de socorro. Seguan los regimientos de alemanes de los coronelles baron Leiner y príncipe Reinaldo de Este, y Borso de Este, tío hermano de Francisco, duque de Módena: inmediato á los referidos estaba el coronel Gil de Aix con los grisonos y la caballería de los coronelles D. Fernando de Lemonti y Vitoun, con que se ciñó y cerró la plaza por la parte del país enemigo hasta volver á encontrarse con el Cerro, dándose la mano

nuestra gente, por un puente fabricado para esta ocasion, con el marqués Serra que se hallaba en la isla con los dos comendarios D. Fernando de Heredia y D. Pedro Mojica y el maestro de campo D. Francisco Torniel con las milicias del Estado, que se comunicaban con el tercio de D. Juan Vazquez Coronado por otro puente sobre el mismo Cerro, con que se echó perfectamente á la plaza la linea de circunvalacion. Luégo que se cerró, se comenzó con gran denuedo el trabajo de abrir las trincheras, gastándose algunos dias; haciéndose al mismo tiempo los ataques, si bien con alguna remision hasta acabar la linea, atentos á que no entrasen socorros en la ciudad; por que ya el cardenal de la Baleta, que sucedió en el cargo de las armas á Monsieur de Croqui, con el conde de Vigllia, vasallo del duque de Saboya y general de sus gentes, se habian dejado ver con 10.000 infantes y 3.000 caballos, procurando con suma diligencia engrasar su ejército y tropas. Llegó el Baleta á Turin, reclamando á los piemonteses y monjes que se armasen y saliesen á la defensa, ó impidiendo con su caballería los bastimentos en nuestro ejército; pero sin efecto de conservacion hicieron una salida los de Bercefi á primeros de Junio con todo el número que tenían dentro, que eran hasta 200, ántes de llegar á ver puestas en perfeccion nuestras trincheras, porque les fuó más fácil abrir puesto á ser socorridos. Encamináronse al cuartel del marqués de Leganés con la caballería referida y dos mangas de mosquetería: salieron á recibirlos D. Juan de Arteaga y D. Diego Ciganda con su gente; trabóse por espacio de una hora la escaramuza, peando por ambas partes con mucho valor; y fué rechazado el enemigo con muerte de más de 70 hombres, y entre ellos el sargento mayor de la plaza y dos capitanes, y presos otros dos y 20 oficiales. De nuestra gente no murió un sólo hombre, ni de memoria ni de consecuencia, y salieron heridos 42. Riecion el mismo dia otra salida al cuartel de los alemanes, no con mejor fortuna que la pasada. Hacia la Baleta cuanto podia para aumentarse en fuerzas; tanto, que la duquesa Madama Real dejó á Turin, su corte, y salió á Sanja dando prisa y

ordenando que todo el Piamonte se armase: ellos lo rehusaban, por el ódio que tenían á los franceses por el estado en que los habia puesto; respondiéndolo no tenían obligación de salir en campaña si no es cuando salia la persona del Duque. Alabábase á esto, las competencias que se movieron entre franceses y piamonteses, sobre cuál habia de llevar la vanguardia en esta ocasion, y no obstante, de que ellos habian de llegar dentro de la plaza, en habiéndola socorrido; pero salió vano y con poco espíritu la competencia, porque la bizarría de los nuestros y su denuedo les sacó con brevedad de este cuartel. Tenía ya el enemigo, á 10 de Junio, cerca de 12,000 infantes y 3,500 caballos: veniales cada día de la Gascuña mucha gente á la deshilada, entrando con esto en no pequeña confianza de socorrer á Bercebi; tanto, que al despedirse de la duquesa de Saboya, el cardenal de la Baleta y el duque de Candala, su hermano, la ofrecieron sin duda ninguna, de socorrer la plaza ó perderse: intentaron dividirse y embestir nuestras fortificaciones; pero discurrido mejor el grande empeño en que se ponian y del fin peligroso á que se avanzaban, cedieron de su empresa. Caminaba nuestra gente á toda diligencia con la zapa y la pala, ocupando puestos para arrimarse á la plaza, no dejando los alemanes ó italianos de hacer todos sus esfuerzos, y habiendo caminado mucho, habian los españoles ganado una media luna algo más afuera que las otras; y plantaron cuatro baterías, tres en los ataques y una en la isla, adonde se tenia por cierto que la muralla era casamuro por la ruina que hacia nuestra artillería. A estos daños se les recreció á los cercados otros de no ménos calidad y extrago, porque, ¡qué trabucos por elevacion disparaban continuas bombas á la ciudad y la incomodaban, devribando las casas, inquietando y afligiendo á los berceleses! Estaban nuestras trincheras bien fortalecidas de artillería á la parte de la campana, por si el enemigo las quisiese acometer, como lo habia puesto en práctica; corrian los baidores de las entradas por una parte y por otra la Sestia, asegurando los bastimentos; y el Marqués, prevenido á cualquier accidente y necesidad que pe-

da suceder, mandó traer mucha barina, y fabricar hornos dentro del recinto del sitio, donde el número grande de vivanderos tenia bien socorrida y prevenida la gente. A 15 de Junio, reconociendo el Marqués la diligencia del enemigo por socorrer la plaza, tanto, que lo tenia siempre á la vista y cada día más acrecentado, y deseando consumir con la dilacion á nuestra gente de irse acercando, el gobernador de Milan resolvió de ganar las fortificaciones por asalto, y aquel día, en la noche, embistieron las tres naciones por sus cuarteles, procediendo todos con notable diligencia y ardimiento; pero los españoles á cargo del sargento mayor, D. Martin de Mojica, excediéndose asimismo en el antiguo valor, ganaron las fortificaciones, degollando pasados de 60 hombres, y prendieron otros tantos; siguieron á los enemigos sin embargo hasta la puerta de la ciudad, poniendo en terror á los ciudadanos, tanto, que desampararon la muralla por un breve espacio creyendo que los españoles habian penetrado ó escalado la plaza: explayóse esta voz por todo el ejército, y que se habian socorreado de una parte; el Marqués todavía volvió los ojos y el cuidado á este hecho, y aunque no creyéndolo, dispuso no quease si se ganase á viva fuerza, por los desórdenes que podrian suceder y que de ordinario acaecen: sópose con brevedad que los sitiados habian terraplenado la puerta con vigas y otros materiales, y que por falta de trabucos y otros petardos no la ganaron. Señaláronse muchos de los nobles españoles que en esta ocasion militaban en el ejército, y particularmente el conde de Cocontaina, hijo primogénito del conde de Santistéban.

Hallábase la plaza casi en los últimos lances de rendicion, porque con esta acometida se alojaron los españoles en la contraccarpa, y pocos ménos italianos y alemanes por sus puestos; y reconociendo los cabos del ejército francés el estrecho en que estaba Bercebi, y avisados por los de dentro del aprieto y fatiga y asan en que se hallaban, resolvió el cardenal de la Baleta de intentar el socorro, y en prosecucion de esto hizo la noche del 19 de Junio tocar una arma viva por todas

partes: embistió con tres regimientos, cada uno de 4.000 hombres, por la parte de la isla que rodea el Sésia, que tenía á su cargo el marqués Serra, que aunque fueron rechazados por dos veces, hallando una parte flaca y ménos guarnecida, entró ben golpe de gente en la plaza, y hubicra entrado más si D. Martín de Aragón, atento en las más árduas ocasiones, no socorriera á la hora con algunas mangas de mosquetaría que con galandía y buen corazon cerraron el paso á los franceses y á sus coligados. El domingo siguiente, al amanecer, fingiendo alegría por lo sucedido, dispararon toda la artillería del ejército, como si hubieran becho algo, grandes hombres de fomentar ruido y vana ostentacion. Hizo lo mismo la ciudad, aunque con el corazon y el aliento flaco, no más que para enganar y seguir la voz de los compañeros: tocaron las campanas los de dentro como para señal de regocijo, como si en la verdad hubieran conseguido el socorro necesario á su conservacion y defensa, no habiendo sido otra cosa sino unos pocos de hombres que les habian de acabar de consumir y comer los pocos bastimentos que tenían; y aquel mismo dia hicieron salidas á todas partes, sin ganar un palmo de tierra. Sintió el Marqués general el suceso, y cargóse la culpa á algunos alemanes (que siempre por esta puerta entra ya la mengua, la disculpa del desmayo en los ejércitos), y á las compañías de caballos, que habiendo embestido sus capitanes, parte siguieron y parte se quedaron, no moviéndose los alférces que llevaban los estandartes. Hizo averiguar el Marqués la falta, y enterado, mandó degollar al alférez de D. Francisco de Meneses, y al de Fray Vicencio Larrarra, y privóse al teniente D. Francisco de todos los honores militares; y con estos y otros castigos estableció el aliento y el valor en el ejército para lo venidero. Hizo el Marqués estrechar la plaza y opretarla, con que puso en mortal desconfianza á los de fuera y á los de adentro si le presumian de hacer levantar el sitio, porque les hizo entender que habia sido avisado por sus espías que la gente que habia entrado dentro no era de ninguna consecuencia, ni para hacer defensible una moderada garita, quanto más una plaza tan grande en los trances de acá

era, y mientras tanto se encaminaba á la plaza con toda violencia. Nuestra caballería contendia con la de los franceses sobre el convoy de los bastimentos; rompióles dos compañías de caballos y otras dos de infantería, quitándoles lo que llevaban en la entrada de San German; mas desengañado el cardenal de la Baleta de que el Marqués no habia de levantar el sitio, pasó á hacer sus fortificaciones sobre el Sésia, batien- do con todas sus piezas la isla donde estaban los alemanes. Hízosele un espalda para defensa de aquel cuartel, y todavía persistieron los de adentro de hacer salida con toda la gente que tenían, como casi de 2.000 hombres, á la isla por donde les entró el socorro; pero rechazados de la infantería española y D. Pedro de Mójica, comisario general, con su caballería, matando ó hiriendolos hasta sus mismas fortificaciones los desconcertó, con que desde allí adelante se recataron de hacer más salidas, viendo cuán mal salian de ellas: y consistentemente, á 28 de Junio, desesperado el cardenal de la Baleta de socorrer á Berceci, levantó su campo, que le tenia con frente de la isla que hacen los dos rios el Cervo y la Sesia, y se pasó á acuartelar con la artillería á Pelayolo, una milla de nuestras fortificaciones, por tener las espaldas descubiertas del camino de Turin y del Casal. Viendo el Marqués la retirada del enemigo y la desconfianza de los sitiados, resolvió, á principio de Julio, darles un asalto general por todos los ataques y el reducto verde, con escalas y otros instrumentos militares; hizo volar la mina que caia al cuartel de los alemanes, y mandó embestir, y si bien se peleó por todas partes admirablemente, no dejó de ser con ruina de los sitiados y asombro de todo el Piemonte; pues aunque no se consiguió el fin de tomar la plaza, se dispuso para forzarla á rendirse: murió sobre el reducto verde Monsieur de Santa Andrea, sargento mayor de Berceci, uno de los que más obstinadamente gobernaba, peleaba y defendia la rendicion; retiráronle los de dentro para darle sepultura, y desnudándolo para este fin, refieren y se tuvo por cierto, que le hallaron en el seno cordón por escrito del cardenal de la Baleta que le mandaba, que en caso que

los berceleses quisieren entrar en acuerdo con el gobernador de Milan y rendirse, degollase los vecinos, y con la gran rancasa que tenia dentro se hiciese señor de la plaza, defendiéndola hasta la última gota de sangre. Loido este papel alteró notablemente el ánimo de los ciudadanos, cuando se reconocieron más arriesgados con los que tenían dentro por defensores, que con los que estaban fuera por enemigos y espugnadores ¡inútil modo de proceder! No yerra el político que discurro de estos que se han desatinado con toda desvergüenza y desembozo á la desolacion, no sólo de los que ellos hacen émulos, pero de sus mismos confederados, y áun á destruir el mundo; pues no guardan fe, ni religion á los vasallos de la hermana de su Rey, que solicitaron por matrimonios, donde habia de vivir y mantenerse con autoridad. Fué con notable lo que admiró la fealdad de este hecho á toda Italia, ejemplo que hacia vivir más recatados á sus Príncipes, y haria una fierca tragadora que queria sorberse los Estados agenos y los hombres, más con engaños y atrocidades que con valentía y grandeza de ánimo, porque todos son soccos.

Volvió á tentar el Marqués el asaltar la plaza; pero con orden y aviso á todos los cabos, soldados y capitanes que no se saquease ni se hiciese extorsion á los vecinos; por- que así lo habia ordenado S. M., se la daba á todos. ¡Qué diferente es este estilo del de el francés y del que ellos usan áun con sus mismos amigos y aliados! pues donde son acogidos son mortales enemigos; y, el Rey Católico es es admitido, y recibe ofensas por beneficios; y entrándose con armas ofensivas en sus Estados, es amigo en los agenos, y no sólo amigo sino padre y amparo, y manda que se les saquen ni se les haga ningun daño, que queden preservadas las casas del incendio y las haciendas, las vidas del hierro, las mujeres de la fuerza y todos los demas sexos. Proveyó el Marqués con el orden que tenia de S. M., que sólo se pusiese el cuidado en recuperar el puesto que los alemanes perdieron, no de poca consideracion, por soñorear la plaza más descolladamente que los otros: pasó la palabra á los de

Arceii, como habian de ser acometidos y que estaban algunas cascas para volar, y con buena disposicion las brechas y todas las demas máquinas y artificios aprestados para el intento; con que, reducidos á mejor fortuna y con desco de salvarse, fueron llamada al ataque de los españoles, y despues á todos los demas, y si bien habia algunos dentro que lo imaginaban hasta saber la disposicion y efecto del asalto que los esperaba, tambien hubo otros que rechazaban la proposicion de resolverse, diciendo era cosa más saludable solicitar el remedio á la enfermedad ántes de hacer más incurable la plaga, y no hallarle despues: ajustados todos y de un mismo consentimiento, fueron respondidos por el marqués de Caracenas, que lo tocó aquel dia estar de guardia en el ataque de los españoles, y envióles á los capitanes D. Pedro de Peñarrieta y á D. Antonio de Chaves, que lo eran de su tercio, y avisando á D. Diego Mejía, ordenó á D. Juan de Arteaga que fuese con las dos compañías de la guardia á la puerta de Turin, por donde dijeron que saldría la persona que habia de tratar de las capitulaciones y conciertos: salió y llevóle al Marqués; y á éste, tomando diferentes caminos de lo que se pensó, pidió paces y tiempo para comunicarlás con la duquesa de Saboya: el Marqués reconoció la traza y el modo de suspenderle; respondió que sólo una hora les daba de término para resolverse, y que pasada, si no le entregaban la plaza obraría con toda hostilidad sin recibir intermision alguna ni admitir otra plática. Llevada esta respuesta, salieron dos caballeros á la puerta de Turin y el Marqués envió á D. Martin de Aragon para que con más brevedad se concluyese el ajustamiento, haciéndoles se tomase resolucion ó pasaria el sitio adelante y el asalto; y para mover con la elocuencia y apretar más la plática, envió dentro de la ciudad á D. Alonso Vazquez, abad de Santa Anastasia, que habia sido fraile mercenario, grande arador, y de ingenio para pláticas semejantes, y deseoso para grandes negocios, y á los condes Via y Pedro Antonio Lunati, que les exhortasen sobre el estado en que se hallaban; la resolucion del Marqués en combatirlos, y el ardor del ejército en

asaltarlos; que reconocido por los más principales cabos de la guarnición de Bercecli y de los gobernadores, desbaucidos de socorro de franceses, á 4 de Julio, entre el marqués de Legané y el marqués de Dollani, gobernador de Bercecli, ajustaron en esta forma:

«Que el marqués de Dollani saliese de la ciudad con su gente y acompañamiento, asistido de la guardia de S. M. C. con todos los coroneles, capitanes, oficiales y toda la soldadesca, así de infantería como de caballería, con sus mujeres hijos y criados, salvas las vidas, honores y armas, tocando cajas y cornetas, arboladas banderas y desplegadas, balas en boca, cuerda encendida, bagaje y carruaje necesario para irse al más vecino lugar de fortaleza.

«Que á los enfermos y heridos que no pudiesen salir, se les hará buen tratamiento, hasta que hayan recuperado la salud, y despues se les dará escolta para transferirse al más vecino lugar del Estado. Llevará consigo el marqués de Dollani, gobernador, tres piezas de cañon, las que eligiese, con sus municiones y pertrechos, suministrándole los caballos y aparejos hasta Santía, y las ciudades se volverán de la dicha plaza, de que el Marqués ha de hacer seguridad.

«Se hará inventario de las municiones, así de guerra como víveres y cualquiera otra suerte de instrumentos, para servicio de la fortificacion y defensa, lo cual quedará todo en la ciudad y presidio, y se hará este inventario por descargo y servicio de S. A. R.: será acompañado el Marqués, como tambien toda la infantería y caballería que habia de salir del presidio con sus caballos, armas y bagajes, de españoles, italianos y no de otra nacion; y la marquesa de Dollani con sus hijos y hermanos será asistida y acompañada de carrozas y guarda.

«A la ciudad, ciudadanos y habitantes, tanto súbditos como forasteros, se les acordarán sus capitulaciones; no se hará ningun mal tratamiento á la soldadesca y gente que saldrá de la ciudad, ni ménos se la visitará su bagaje y ropa.

«Que siendo menester, se le suministrará al marqués de

Dollani el pan en caso de detencion de algun día fuera de la plaza.

«Se dará tiempo hasta el miércoles, 6 de Julio, á la mañana, al Marqués gobernador de la plaza, coroneles, capitanes y soldados para salir de la ciudad á efecto de preparar su bagaje, y entretanto ninguna de las partes hará acto alguno de hostilidad unos con otros.

«Que los prisioneros de guerra que se han hecho durante el sitio, entendiéndose de aquellos de la armada de S. M. C. que están en la ciudad, y de aquellos de la guarnicion que están en poder del Marqués, queden, tanto de la una como de la otra parte, libres, y puedan irse donde mejor les parezca.

«Que los caballos, bagajes y otras cosas tomadas en el combate del sitio, queden propias de aquellos que las poseen.

«Que los soldados y otros que quisieren dejar sus mujeres, ropa y bagaje en la ciudad, sean y queden seguros de poderlas dejar, en el cual caso les será concedido de S. E. ó gobernador el pasaporte.

«Que queriendo Madama Real llevar el cuerpo de la Alteza Real del duque Victorio ú otros de otra gente, se les permita sin dificultad.

«Estando el gobernador de la ciudad enfermo, será en su libertad de estar en la ciudad ó de salir, y entregará la dicha ciudadela con salir en la forma de los otros.

«Los soldados franceses, súbditos de S. A. R. que se han rendido durante el sitio, no sean molestados y se les concederá facultad de servir adonde se hallan.»

Con estos capitulos se rindió Bercecli, miércoles, 6 de Julio de este año, con quebranto notable del Piamonte, del cardenal de la Baleta y franceses, y con no pequeño dolor de la Duquesa y suspension de Italia: así, las armas del Rey Católico, formidables en toda ocasion, toman enmienda de sus enemigos y de aquellos á quienes la ingratitud hace poco recatados. No quiso la Duquesa, avisada ántes, contenerse en los términos de la benignidad y la justificacion, y ella se ocasionó el castigo; y así lo seran todos los que vanamente tentaron contra

la majestad de la Monarquía española. Fué sentida esta pérdida en París, del Rey y de sus Ministros, porque se había tomado un puesto y una ciudad en el Piamonte para enfrenarlo y áun para mayores cosas, como veremos y como sucedió. Duró el sitio cuarenta días: salió el gobernador con 3.500 hombres entre enfermos y heridos, y todas las demas cosas contenidas en las capitulaciones; empresa digna de memoria, conseguida á la vista de un ejército francés de 45.000 infantes y 5.000 caballos, como ellos lo referian, en los paragrafos de sus comentarios, y en una provincia (ó sean dos) armadas, proveidas y de las admirables de Italia, por la opulencia de sus plazas y número grande de habitadores y de pueblos, escala y tránsito para pasar á ella con ejércitos y dominarla, y todo esto adquirido por aquellos cabos y capitanes, tenidos á la fatiga y valor de D. Martín de Aragon y el marqués de Leganés.

Sentida la pérdida de Bercei, como se ha referido, en París y en toda la Francia, Richelieu, viendo frustradas las promesas esparcidas al principio del invierno, de venir el Rey en persona á Italia con poderoso ejército, como lo publicó, y que los efectos habían sido diferentes de lo que ellos pensaron, en desboursa de España, en mengua y afrenta suya, y viendo ahora que había caído el azote sobre la tierra coligada y donde estaba la hermana del Rey, y que se había tomado satisfaccion de los desaciertos de la Saboya y el Piamonte, y que ambos potentados quedaban, uno escarmentado y otro áun en la sepultura, como el duque de Saboya muerto y el duque de Parma; Richelieu, á esta hora, viendo no podía encomendar lo de Italia, ni querido aventurar cuanto había levantado debajo de la conducta del príncipe de Condé, para este fin eligió otro medio y arrinó la gente hácia Navarra y Vizcaya, en número de 18.000 infantes y 2.000 caballos; y de la Picardía y del Balonés hizo entrar tres ejércitos numerosos con caudillos de reputacion, uno por el ducado de Luxemburgo, otro por el Artoes y otro por la provincia de Flandes, para asistir á Santo Homer, con ánimo de apoderarse de las pla-

zas marítimas, y cevar el socorro de España para el Pais-Bajo. al tiempo que el príncipe de Orange, aprestadas sus gentes, se preparaba para mayor herida, como lo habían acordado, y acabar con todo, si sus intentos tuvieran la ejecución que ellos pensaron, ó como lo puso por obra, cerrara ó concluyera por asedio á Amberes, que sin duda fuera muy posible, si la grande vigilancia del Infante y sus capitanes no le ataran las manos; no dejando aquel perverso Ministro de molestar la Alsacia y la Borgoña ahora, que habiendo discurrido en sus primeros movimientos, que para embestirse la Europa y desarmar la Monarquía Española, de quien era enemigo capital, era menester comenzar, ante todas cosas, por la destruccion de Alemania y del Imperio, para derribar aquella fortísima columna y echar de allí los Príncipes de la casa de Austria, y apoderarse para las otras empresas del nervio numeroso de los alemanes, y no sólo poner la corona imperial á su Rey, para quien invocó aliados herejes septentrionales, pero llevarlos alistados y conducirlos en la compañía de franceses y en sus ejércitos. Pero movida esta guerra y no consiguiendo el intento de ella por los continuos socorros del Rey Católico por Flandes y por Italia, y por la mucha cantidad de oro y plata que había por largo número de años enviado á aquellos Príncipes de la Corona Cesárea, pasó la guerra á Flandes y á los Estados de Milan, para modificar y extinguir allí aquellos auxilios para Alemania y el Imperio, y que los hubiese menester en su casa; y viendo ahora que en estas dos plazas de armas, tremendas á todo enemigo, tampoco podia hacer presa ni añadir gloria á su vanidad, y que se perdía gente y dineros, cuando se lograban continuamente para esta defensa en aquellos países; apretando más el discurso, y que por estos dos tránsitos y plazas de armas se le hacia continua resistencia y contradicion de conseguir la corona Imperial, y que ántes eran ambas sepulturas de franceses, porque España, aunque trabajada de tributos y molestias, era poderosa para todo, porque por las escalas de Santander y Perpiñan eran socorridas y fomentadas de españoles y de dineros, con que se

sustentaban y perdían en ellas los franceses sus ejércitos. Es venganza de las presas de Brema y de Bercolli, y el dosánimo que se había causado en Italia, y desaccimiento en sus negocios y pretensiones con los demas Príncipes, para arrimar á su posesion, pues, aunque discurremos en otros su principal pretexto, no queriendo tentar nada por Perpiñan, por no desvanecer ni confundir aquella gloria, adquirida de noche en Leocata; trató, deponiendo de los primeros intentos, de pasar á Italia y de meter la guerra en España, para que el dinoro y los españoles y las otras gentes que militaban debajo de su mano se los consumiesse dentro y los hubiese menester para sí, para los ejércitos que le pensaba meter, para que desguarnecidas las plazas de armas de Flandes y de la Lombardía se consiguiese todo como se descaba, y España hubiese menester las manos que daba á estas y al Imperio, y se viese en balanza y al riesgo de fracasar sin este auxilio, y la Contica de Borgoña infestada por ellos de la misma manera. Arrimábase á esto el querer tomar satisfaccion de la entrada que se hizo por sus tierras el año de 635, y cuando se envió allá al Almirante de Castilla, se les tomó á San Juan de Luz, Zocoá y otros puertozuelos, y la que el de 37 se le pensó hacer con el duque de Nochebra, si el ejército no enfermara en Guipúzcoa: proseguíase con el discurso y con el aliento; arrimándose á esto ver la tierra desamparada, desfavorecida, y áun, que había algunos vizcainos fugitivos en el ejército francés y otros desterrados por las fronteras, desde el día del castigo, y por no haber admitido la imposicion de la sal que allanaba con Richelieu, y fomentaban con los capitanes la entrada por Vizcaya, estaba ya el ejército todo junto en Bayona, habiendo mandado venir la armada que había pasado á Italia con el arzobispo de Burdeos para restauracion de las islas de Santo Honorato y la Margarita, para la direccion de otros pensamientos más elevados, que ya venia navegando las costas de España con otros refuerzos que los esperaban en la Rochela y en los demas puertos é islas de la Francia, para hacer la guerra rócíamente por mar y tierra.

Eran infinitos los avisos que de la venida de este ejército y sus aprestos se daban y se enviaban á la corte de Castilla al mayor Ministro, á los Consejos de Estado y Guerra y otros, y á la frontera por diversas personas y confidentes, particularmente de D. Diego de Isasi Sarmiento, hijo de la condesa de Salvatierra teniente de camarera mayor, á cuyo cargo estaba la crianza del Príncipe despues de la condesa de Olivares, casado con hija de D. Juan da Isasi, natural de la provincia, Maestro del Príncipe, de quien tomó el apellido por haber de heredar la casa con el matrimonio, por no tener varon D. Juan de Isasi. Daba la condesa de Salvatierra las cartas al Conde valido, en que avisaba su hijo el estado que tonia la tierra, su desamparo, así en armas como en gente y cuán arriesgado estaba todo, así en Vizcaya como en Navarra; el poder de los enemigos, el grueso del ejército y tropas, sus máquinas militares y municiones, sus parlamentos y consejos, sus continuas lovas ordinarias y coronelias, de ingenios de más nombre, la convocacion de aliados para saber y entender mejor los medios más útiles de las empresas, y usar de sus consejos; la eleccion de cabezas para proseguir la guerra, sin hacerle escrúpulo, así seglares como eclesiásticos, como lo enseñia la escuela y preceptos hugonotes, destinados á destruir y abrasar la mejor parte de España. El lo oia y no leia las cartas, y burlándose de ella á las horas que concurría en su cuarto, y la Reina suspensa, la decia con risa y con chacota, como hombre fácil y destemplado en la venganza y en el decir pesadumbres. «¿Qué hay señora, hay muchos moros en la costa? Para aquel gran privado de la casa de Sandoval, jamás se sintió dél cayese de esto achaque ni en esta fealdad, ni que dijese á nadio pesar, aunque le apretaban los pretendientes por las mercedes que no se les debía: era la honra del mundo, y en sus palabras era prudente, compuesto y bien hablado; y si entónces no le amaron, aunque veían y reconocian sus admirables virtudes, magnanimidad y grandeza de corazon, por la envidia del lugar y el pucsto, sin embargo, los detractores digeron de él, con todo este cúmulo de virtudes

y sin causas justas, ¿qué dijéramos si nos hubiera perdido un Principado y un Reino grande que se extendía á las cuatro partes del mundo, como Portugal y Cataluña y mucha parte de los Países bajos, cuando los acrecentó y dejó aumentados con toda vigilancia, cuidado y asistencia, y otras muchas provincias y puertos en ambas Indias, hoy combatidas de rigurosas tempestades, de malos tratamientos y descortesías? ¿Cae aquellas memorias y estas infelicidades, suspiran por él y le aclaman por dechado de toda urbanidad, término y cortésia. La condesa de Salvatierra callaba y se enternecía de ver el poco caso y atención que se hacia en una cosa tan digna de cuidado y de importancia, tanto por sus hijos como por bien de la patria y de los súbditos. En casa del serenísimo D. Fernando Ruiz de Contreras estaban las cartas arrinconadas unas sobre otras en los bufetes, que avisaban de esto, sin abrir ni acordarse de ellas, porque todos hacian esta lisonja al valido, verle continuamente, visitar su aposento y no hablarle en negocio aunque se pierda todo como se gane él; atento más á las fiestas de Carnestolendas y de San Juan en el Retiro, donde nos hallábamos entónces, que al despacho de los soldados y pretendientes, no haciéndolo horror y vergüenza el dejarse ver en los teatros públicos entre las mojígangas; adolecendo cada uno de estos, por ascender más al entretenimiento de tener allí su parte, aunque sea deshonrrable y afrentosa, como si la majestad de España y la virtud de los españoles, tan conocida en el mundo, en ambas facultades, marcial y política, tuviese necesidad de imitar ó parecerse al tiempo de Nerón ó á los últimos años de Roma, en que florecieron todo género de vicios, origen de nuestros males, y por castigo de ellos, acabando miserablemente en los mismos; apeteciendo el hallarse en tales actos por servir á la lisonja y á la adulacion, ántes que á descender con grato semblante, con palabras limpias y verdaderas á las audiencias de los capitanes y soldados, y á los otros criados de la casa Real, que sufren y llevan sobre sí la fatiga del servicio del Rey, sin descansar un punto por caminarnos y por jornadas, sin conocer al sueño, y lo más pesado no

poder tolerar la injuria y saña de los jefes: que el oficio del Secretario, no es oficio de servicio sino de ocupacion, y si hay alguno, quieron echar sobre sí todo el mundo, y giuen del peso que codician por hazañería; sufran pues, por las rentas gruesas que tiran, habiendo nacido sin un real, y por envaneerse y fundar su soberbia casa, aumentarse en comodidad para sí y para los vanos de sus hijos, que despues quieren roventar, no sólo de caballeros pero de señores, ó para los necios de sus parientes que siguen las mismas pisadas, no deseando cosa que no se les venga á la boca, cuando á los demas, que asistian á la persona del Principe, no se les concede el aliento ni les querian reconocer por mercedores de nada; quitándoles la poquedad de sus gajes y ración, en medias annatas, sirviendo todo en miserias, fraudes, recelos y otras calamidades, tributos, gabelas, que no hacen más famosa la guerra ni la nacion, ántes, fracasando en infortunios, riesgos y malos sucesos; y ellos, anhelando por entrar en todas juntas para llevar por cada una de ellas lo que no les toca ni es suyo. El cuidado de la tierra era grande, y el que tenian sobre sí Castilla y Navarra, y envióse órden al marqués de los Velez, virey de Aragón, que se hallaba en Zaragoza, para que pasase á Navarra é hiciese alto en Pamplona; fiándose este cuidado al buen juicio y virtud de aquel mozo, pareciendo capitán sin haber sido soldado. Pasó con diligencia á Navarra y metióse en Pamplona, esperando por horas aquella nobilísima ciudad y sus vecinos á los franceses; y avisóle por los últimos de Mayo Don Fernando de Losada, que asistia en Vera, que habia entendido que el príncipe de Condé estaba en Burdeos y hacia plaza de armas en Acozque; que se alojaban 42.000 hombres en aquellos contornos y 500 caballos; y si bien no habia gente de guerra en Burdeos, ni parece que se inclinaban á descender á Navarra, era constante opinion, y lo aseguraban los hombres de noticia, que la provincia de Guicna servia al Rey con 450.000 escudos, y la nobleza de ella de servir á su costa, obligando á la plebe con toda fuerza á tomar las armas, y que la resolucion era de formar un ejército de 26.000 infantes y 2.000

caballos. A estos se siguieron segundos avisos de D. Baltasar de Roda, gobernador de Amaya, diciendo que el conde de Agramonte había partido á San Juan de Pié de Puerto, á 21 de Junio, á las cinco de la tarde, y que á la misma hora comenzaron á marchar 20 compañías, de que era coronel su hijo, y que decía pensaba recobrar en esta jornada algun título antiguo, perdido por sus abuelos en las postreras guerras de Navarra con Aragón y Castilla, en tiempo del rey D. Fernando el Católico, que le conquistó, y volverle á su casa; y que tambien se encaminaban á Andaya las de otro hijo del príncipe de Condé, que había desembarcado á 25 piezas de artillería, y que de 1.500 caballos, habían llegado no más de 400; que el príncipe de Condé había entrado la víspera de San Juan en Bayona, y que traía esta gente muchos pertrechos de guerra, bombas de fuego y otros instrumentos militares. Avisó el marqués de los Velez al Rey del suceso de las armas y de los designios de los franceses; dióse prisa á proveer las cosas de Navarra, á conducir gente, municiones y bastimentos; convocó la nobleza y los hombres más prácticos en materias de milicia del reino, y valióse de los que le asistían; consultaba sobre lo que se debía hacer, previno las fronteras, fortificó el castillo y la ciudad de Pamplona y los demas lugares, con lo que pudo y con lo que se halló en la tierra, y en las provincias vecinas (aunque tarde), con dificultad y congoja, porque todos afanasen y sirviesen con esta espiná; porque todo con la larga paz estaba desapercibido, si bien no se ignoraba la larga guerra, porque aun fuera mayor descuido y más reprehensible satisfacerse con esta. Eran las trazas y designios de los franceses acometer y herir por todas partes, para hacer ruina incurable por alguna, y la más desproveída y descuidada, que las más veces suele ser en la que más importa la dolencia de gobernadores flacos, porque las plazas de armas de Flandes y la Lombardia, y la larga guerra de Alemania, le tenían ya hostigado, y dádole muchas rotas; y así probaba por unas partes y por otras, y por donde le habían hecho entrada aunque él nunca quiso ni quería por allí la guerra: en tanta

estimación nos tuvieron, y tanto se recelaron de tentar por allí, hasta que nuestras miserias les dió aliento para todo. Visitaba por su persona el marqués de los Velez los puestos, despatchando á las merindades de aquel reino y á los pueblos de la frontera para que socorriesen de gente: ofrecieron 6.000 hombres, y alistáronse todos los hombres nobles navarros, y todos los que estaban ausentes y en la corte corrieron con brevedad á las banderas, á la pica, al cosolecte y á los puestos que les encargaron; fortificaba y proveía el castillo de todo lo necesario, y reparó las murallas de la ciudad, que el ocio y el descuido habían dejado venir al suelo, y en pocos días las hizo formidables y defensibles á la mayor invasión de los enemigos. Con estas noticias tan individuales fué creciendo el cuidado en la corte y en toda España.

El Rey dejó el Retiro á principio de Julio, pasó á Palacio, y el Ministro, donde estaba muy hallado y con pocos gastados, más doblados de delicias que de otro valor, á disponer las cosas y á socorrer la tierra, incomodándole y sacándole mal de su grado de la querencia en que vanamente se perdía el tiempo y la honra, porquo el rey de Francia y su Ministro, no trataban de otra cosa que de formar ejércitos, convocar soldados, fabricar armadas, fundar artillería con letreros horrendos y espanitosos llenos de soberbia y amenazas, como se leyeron en Dola, en Brema y otras partes de la Monarquía y del Estado. Diéronse luego los Ministros de ambos Consejos á consultar lo que se debía hacer para el remedio y defensa de Madrid tan grande y tan preciso: resolvióse que el almirante de Castilla, D. Juan Alonso Enriquez, estuviese prevenido para acudir á la defensa de la provincia si el enemigo intentase entrar por ella, pues era capitán general de Castilla la Vieja, portándose en otras ocasiones con él, como ni más ni ménos el que asa un pedazo de carne y se la echa al lobo, por la contencion de Barcelona, sin haberle hecho merced alguna por el viaje pasado, ántes haberle hecho gastar y hundírole, no dándole un maravedí para el alivio de los gastos de una jornada de tanto peso; reconociéndose por info-

licidad ó por castigo de esta era en algunos vasallos y oriados. Y portándose con tanta severidad, estrechez ó miseria con ellos, que parece que no les toca haber el dinero del Rey ni manejarle cuando se daba á otros indeméritos prodigamente y con liberalidad. Respondió el Almirante que le diesen puesto conforme á su calidad y su sangre, que el que se le dió los años pasados, cuando pedía losijos y de calidad, espiró como vano y sin sustancia, por espresarse en el título por esta vez (que aun esto le limitaban el tiempo y la potestad, y lo que no era de acrecentamiento ninguno, como si para él fuera algo) que sin embargo de lo alegado, iría á servir á S. M. con una pica, que no le estaba bien á su casa ni áun á su autoridad levantar la gente para enviársela al marqués de los Velez, ni que fuese para él la fatiga y para otro la gloria. Con todas estas réplicas le mandaron que fuese, encargándole la guerra como al marqués de los Velez, al partido de Navarra. Obedeció, y aprestó su viaje sin darle ningun socorro, sino que gastase de la hacienda y dinero puesto en el depósito de un pleito, como la primera vez, suspendiendo impiamente las pagas de los acreedores al Estado, con órden y publicacion de un decreto bien vergonzoso para la honra de la nacion española, consumida en esta era, no sé por qué malos oficios, que ántes atribuyo á perversa intencion: decia que en su mesa no hubiese otra cosa, porque él persuadia, cuando le negaban las ayudas de costa que ajustó darle en viaje tan largo y en ocasion de tanto peso, que habia de dar de comer á sus camaradas, que habian de ser muchos y los más calificados del Reino y del ejército, porque todos los habia de llamar á sí para valerse de ellos ó se le llegarían para ayudarse de él, y encaminar con mayor grandeza y prosperidad el servicio de S. M.; y que era justo agasajarlos como hombres de sus prendas y casas, y como lo pedía la ocasion, y han de ser las acciones españolas ilustres y relevantes á todas las demas. Finalmente, le inventaron, como dije, un decreto, una tramoya que decia que en su mesa no se comiese otra cosa, ni se diese á sus camaradas más que vaca y carnero, por no darle nada para el alivio y carga que

levaba, porque no luciese, ántes que resbalase en perpétuo aman y congoja, como algunas veces le sucedió, y cayese en una indigna opinion para deshonra de su casa, y cobrase nombre de un capitán miserable y menguado; comenzándolo por aquí á preparar una baja fortuna, para que todos huyesen de él y cayese en descrédito. ¡ Buen principio y glorioso para conseguir empresas á la casa de un enemigo tan grande, disponiéndole ántes los tiros que el alivio, los agravios que los favores, siempre instruyendo la miseria y la necesidad, polilla y deslustre de todos los buenos usos, con aquellos que no quieren dar el dinero ni hacer merced! Siguieron al almirante varios capitanes y soldados, algunos señores y caballeros, como el duque de Alburquerque, su sobrino, el marqués de Premista, D. Bernardino de Ayala y otros en quien no quiero cansar ni cansarme. Escribióse al marqués de los Velez, que en toda brevedad pudiese artillería en Burguete, por el conócido riesgo que sin ella tenia aquel fuerte, siendo tan importante para defender; que franceses, fiscales ya de nuestras acciones, no pasasen de Navarra: dióse órden marchasen á San Sebastian 4.500 irlandeses que estaban en la Coruña, que D. Diego Lope de Hozos habia traído de Flandes, y diéronle prisa que á toda diligencia aprestase los navios de su cargo y que partiese con ellos la vuelta de la provincia: enviaron al Mortara hácia aquella parte para que gobernase los irlandeses, y al marqués de Torrecosa la gente de Navarra y la que habia de pasar de Plasencia, levantados para la resolucion de portugueses, estando ya sosegados, si esto se podia creer; y ordenase á los catalanes condujesen 4.500 arcabuces á la parte que más necesidad tuviese. Reclamando los vizcainos, que poco ántes se les habian quitado las armas y llevádolas á Guadaluara, atribuyéndoseles desconfianza por haber impugnado un tributo que contravenia á la nobleza y antigüedad de sus fueros, circunstancia que dió adelante motivo á los enemigos á ventar por aquella parte como descontentos y desarmados, habiantes mandado dar otros 4.500 arcabuces para que se fuesen armando, y que la gente se encaminase al socorro: or-

denaron que los corregidores de Logroño, Alfaro y Calabern acudiesen á la frontera con la gente de su obligacion, y que el Consejo de Aragon enviase las órdenes necesarias para que el Reino, no sólo se previniese para su defensa, caso que se le pretendiese hacer novedad por Jaca y sus montañas, sino que dispusiesen infantería y la formasen para pasar á Navarra al mismo tiempo, digo, intento, y acudir al riesgo, pues pudiera suceder. Mandóse al marqués de los Velez que desguarneciese la armería de Egui, porque el enemigo no la tomase ó la pudiese fuego; que D. Diego de Riaño del Consejo de Castilla previniese las milicias que estaban á su cargo; remitiéronse 50.000 escudos á Navarra y 30.000 á Guipúzcoa, corta distribución para tan grandes aparatos y levas de ejércitos, como que hace no arribar las cosas al fin que se pretende, porque estos aprestos llegan mal y tarde, y nunca surten aficion honesta. Reclamóse luego á los soldados viejos y capitanes que estaban pretendiendo en la corte; acudieron todos á casa del conde de Castriello, reconocieron sus papeles y servicios y las pagas que se les debian; dábanles algunas á su cuenta y hacíanlos marchar. Muchos fueron y algunos, tomando el dinero, siguieron otras vías, cansados de servir, ó por ruines, ó por mal premiados, ó por bisoños; señaláronse entre ellos seis capitanes y ocho alféreces á Guipúzcoa, y otros tantos como se pidieron á Navarra, y un Ministro de fogos artificiales, llamado Juan Martínez de Torres. Dióse orden al mayordomo de la casa del Rey, y al burco que estuviere dispuesto y en todo lo necesario á su partida: escribióse á los caballeros de las Ordenes militares; y en lo tocante á la casa, al conde de Castro en ausencia del duque de Alba, que se habia retirado á su casa por ayudar las controversias ó no poder defenderla de D. Fadrique de Toledo con el Ministro, que las queria defraudar; y celóse un bando para que todos los hijodalgo de Castilla se armasen para acudir á Búrgos y á la guerra. Avisaban los del confin por horas al marqués de los Velez, que el francés iba engrosando sus tropas, y que sin duda ninguna le amenazando á Navarra; y como aquel Rey pretende que est

erecho es suyo, cuando se ha afanado tanto por los otros y ha molestado á este fin la Alemania y la Italia, y causado guerra en ambas partes, valiéndose de tantos coaligados católicos y herejes, creian que derechamente venia á la desplazada y al desempeño; pero el marqués de los Velez, cuidadoso del Reino, de su defensa, del servicio del Rey, como lo han profesado todos los de su casa, dispuso que la gente de los reales del Roncal y Salazar á Lizcoa, quedase á cargo del capitán Francisco de Ibero, caballero del hábito de San Juan; ocupasen los puestos y pasos fuertes de su frontera, impidiendo que el enemigo no tentase por allí la entrada en el Reino, si se apoderase de puesto alguno que le pudiese en esta esperanza: guarneció á Burgete con 4.400 hombres á cargo del sargento mayor Andrés Marín, avisándole que si el enemigo quisiese hacer entrada, diese cuenta á los vasallos de Herro, Eibar, Arco y Egui, cuyos naturales, con particular conocimiento de la tierra, ocuparían y defenderían los pasos de Altazar, Ibañeta, Gabamire, Mende, Juri y Zaro Gayen: puso en Navarra tres compañías de á 100 hombres cada una, á cargo del sargento mayor D. Baltasar de Rada, y 800 en la defensa de Gerraçu, Aruceunai, Pelicueteta y Lecarez, y otros 500 de los reales de Bastan, Vertizurana, que se ocupaban sin embargo de hacer las guardas con los soldados, con orden de acudir á la defensa de algunos puestos por donde el enemigo podia hacer entrada: guarneció las villas con 4.500 hombres á cargo del sargento mayor D. Juan de Rada, caballero de la Orden de Santiago, y dió licencia general que se hiciesen corredurias en los puestos por donde podia hacer su marcha el francés, derribando árboles y embarazando con peñas los caminos, aprestos de su naturaleza y dificultosos al paso de la gente; y estretanto que se hacia defensible el castillo y la ciudad de Amploña, hacia levas en el Reino y fuera de él D. Fray Marín de Redin, prior de Navarra, con aviso de que, al primer movimiento, se lo biciese para acudir en persona á lo de más riesgo.

A esta hora, teniendo ya el principe de Condé junto

Toro LXXVII.

todo su ejército, inclinado á la frontera de Navarra, tocando en todos aquellos valles y contornos, el día de San Juan, comenzó á marchar por la parte de Altavizcar y Valcarlos, intentando con algunos franceses reconocer los pasos; pero siendo impedidos de nuestra gente y hallando dificultosa y defendida la entrada, más de lo que juzgó, surtió con el mayor resto de su gente á la tierra de Labort; y el primer día de Julio, por la mañana, se dejó descubrir desde Fuenterrabía por la parte de Andaya con su caballería y gran número de infantería, juzgándose, por lo más que se pudo ver y rastrear, que llegarían á 46 ó 48.000 infantes y 2.000 caballos. A su opósito se halló D. Diego de Isasi Sarmiento, como coronel de la provincia, con 2.000 vizcainos, levantados á prisa, faltos de municiones y de bastimentos, sobresaltados y todos confusos de ver que venía sobre ellos un ejército formado, grande, armado y puesto en orden, rodeado de todo lo necesario, artillería, bagaje y pertrechos, cuando la tierra no tenía nada de esto, ántes afligida, tanto de la venida de los franceses cuanto de los castigos y disfavores pasados, y hombres en el ejército de aquellos que les hizo la defensa de su libertad, fugitivos que daban á Enrique, príncipe de Condé, esperanzas de ocupar la provincia y más adelante, no con otro fin que por reconocerla indefensa y desproveída, sin hacer cuenta de los avisos de tantos vasallos fieles á la majestad. Estos, pues, pocos, amenazados, tratados con ignominia, profanados y rotos sus privilegios con castigos criminales y deshonribles, resistiendo con el ánimo no más que les habia dejado en el corazon y las fuerzas flexibles, viendo tanta multitud de armas y de enemigos, se pusieron en fuga por las sendas y caminos más incógnitos de aquellas montañas.

Con la huida de estos pocos hombres, engritados los franceses, ya los pareció que no sólo la tierra la tenían llana, empujando todo el Reino; esguazaron el río Vidassoa por cinco partes en bajamar, ordenados y confiados, sin recibir pavor de la artillería que les tiraba Fuenterrabía, matándoles alguna gente y apoderáronse de Irún haciendo su alojamiento el príncipe

de Condé en la casa de Arbelaz, correo mayor de aquella villa y paso; tomaron los puestos más principales de aquel paraje, y el día siguiente, sin opósito y sin impedimento, tomó Oyarzun, Rentería y Lezo, desalojando á D. Diego de Isasi de sus eminencias que habia ocupado sobre Oyarzun, que miraban á la parte por donde el enemigo podia marchar con su caballería: consiguiéntenente ganó los Pasajes, tomaron las armas, artillería y municiones que habia para la defensa, artillería desencabalgada tendida sin orden ni concierto por los arenales, sin tren y sin poder aprovecharse de ella ni ser de servicio, como si no hubiera plazas proveídas del general al teniente de la artillería de España, ni que llevar sueldo por ella, creyendo y siendo más verosímil que habia quien lo llevara antes que quien cuidase de su apresto. Esta providencia tenia aquella tierra y vasallos admirables en las eras pasadas por mar y tierra, terror y asombro de todo el Septentrion. Dio vista á la nobilísima villa de San Sebastian; para quitar el paso el licenciado D. Juan Chacon, corregidor de la provincia y del Consejo de Órdenes, hizo derribar las puertas; sin embargo, el ejército enemigo, usando de su condición y mala guerra, comenzó á destruir todo lo que fué ganado hasta allí, no respetando los pueblos, ni las imágenes, haciendo su oficio los herejes hugonotes: tomaron cuatro navios gruesos que habia en el puerto, escapándoseles los otros cuatro que sacó á la mar D. Alonso Idiaguez; puso guarnicion el príncipe de Condé en los Pasajes, y con la mayor parte del ejército marchó sobre Fuenterrabía, y señoreando de la campaña reconoció los puestos mejores para sitiar la plaza. Don Diego de Isasi, con la poca gente que le habia quedado, reconvenció á Hornani y se fortificó en ella lo mejor que pudo, con ánimo de fundar y establecer allí plaza de armas, convocar gente y socorros, que precisados y flacos por el desánimo y disfavor de la tierra, dejó en los esguazos de Loyola y Asigarra 500 hombres para su defensa; pasaron los franceses á desalojar á D. Diego y ocupar la villa y correr con velocidad más adelante ya cuanto les fuese posible: defendiéndola con in-

vencible corazón y valentía de ánimo esforzado, rechazados á los enemigos y haciéndolos volver atrás con pérdida de gente, y forzándolos á contenerse en lo ganado sin pasar adelante. Ocuparon el castillo del Ygnier que llaman de San Telmo, por defender la boca del puerto, baluarte pequeño y de ninguna consecuencia y que apenas guardaban 40 soldados y un capitán, que le desampararon arrojándose á la mar, ó caminando á salvarse á Fuenterrabía, porque el grueso de los franceses era tal, que no le podían defender, y era temeridad exponerse á no más facción que á experimentar el cuchillo. Yo habia escrito, por mi diligencia y lo que habia podido investigar, al lado de la noticia este suceso, y viéndole salir despues la impresión más copiosa y aumentada, por un grande ingenio, dicho por habersele comunicado con liberalidad y dado de los papeles, cosa que me dejó con singular envidia; ahora, por no ver esta obrilla deslucida y mengoscabada, en primer lugar por la autoridad y honra del caso, que fué notable, y ántes que quedar corto y con imperfeccion, rendirme á borrar y seguir aquellas pisadas, ilustraré este libro, aunque con pluma leída del trabajo y exornacion más erudita y elegante. Si el que leyó allí no se ha cansado de verle, aquí, no obstante, se le displacerán algunas pinceladas, que faltan en aquella historia, á que no se atrevió el autor y á que yo más me inclinaba para ser de algun fruto á la patria y á los Príncipes prudentes, porque aunque sea tan perfecto y tan cabal D. Juan de Palafox por lo que veíamos en su vida, y costumbres sin reprehension, ningun historiador imprime y publica sus obras en su vida, y más si es mandado de alguna superior potestad, por mirarse desvanecerse en esta fuente, y porque sepan que fué él que lo gobernó, y se exployo por el mundo esta gloria, (vaya gloria de Validos!) aunque no el que lo ejecutó y dió la ventura al que la mereció y la dió, sino que ántes se la tomó para mí. ¡Curioso y fresco modo de tiranizar! Aquí, pues, describe la realidad? No, sino á la lisonja y á la adulacion, de miedo del poderoso. Doctrina es de Tácito, y tan antiguo este embeleco en los escritores públicos. La lección arcana tira con claridad por

confianza de los venideros y á insinuar sus vicios, como también á ensalzar las virtudes, y otrosí el descuido, la flaqueza y la falta que tuvieron en el gobierno; que es el verdadero y más nativo modo de historiar, mostrar el ejemplo y los yerros á ellos y huir el vajo y el escollo para no peligrar. El omni-estímulo Guichardino, príncipe de los historiadores toscanos, se le desdennó en el comienzo de sus obras, para regirlas bien y dejarlas inmortales al mundo, no faltando á la claridad y expresión de los acontecimientos de aquel tiempo, de referir los más famosos autores de que se habia valido, y dice que se valió de Pontano, de la guerra de Nápoles; de Leonardo Aretino, de Fabrizio Capeli, de la guerra de Milan, por el duque Francisco Maria, del autor del hecho de armas del turco; de Paulo Jovio en su parte primera y segunda de su Historia, y en sus Varones ilustres; de Marco Antonio Savelico en su Historia de Venecia; de Paulo Emilio de la de Francia; de Pedro Bembo de las Historias venecianas; del Corio de las cosas de Milan; de Nicolo Machiavelo de las cosas de Florencia; de Agustín Justiniano de las hechas de genoveses; de Guillermo Paradino y de Felipo de Comines, señor de Argenton, ambos de las cosas de Francia. Si se ha de decir la verdad en cosa tan sagrada, de creer que no se ha de inventar, porque de otra manera seria escribir libros de caballería, y todo se tendria por apócrifo y de ninguna autoridad; pero habiendo aquí algun reparo á quien se acusa la malicia de esta tacha, aunque haya sido el más diligente escritor de unos siglos y de otros, á los más escogidos y de las mayores clases y academias, como las de Alemania, Flandes, Francia ó Italia, España y todo lo demas que se incluye y contiene en Europa donde luce y se profesa este arte, se le oido cargar de esta falta. Sólo uno quiero traer aquí, de los más señalados y de no menos confianza, para ejemplo de los demas, y sea por lo ménos el Franqui, que se dijo de él, en lo que escribió de la union de Portugal á Castilla, que si bien acertó en esta materia con loor notable y aclamacion de los ingenios y de las plumas, erró en lo que escribió de Flandes, y que faltó en aquella, culpándole de mentiroso; y entre los

de Nuestra Señora de Gracia; y al Mediodía mira hacia un brazo de mar que, con la crecida, cubre unos juncos desde donde se puede recibir daño la plaza. Al surgidero, fondable y bueno, ámanle los naturales la Concha por la figura que hace su circunferencia; pero la barra por donde se entra no llega en la mayor creciente á siete codos de profundidad, y su meiente apénas deja codo y medio de agua, con que se halla incapaz de poder entrar navío de gran porte: corre por la parte de Levante el río Bidasoa, que divide á España de Francia, á pocos pasos de la plaza, de pequeña corriente; y atoradas las aguas del flujo y reflujó del Océano, que, cuando crece, manda los arcales de la villa hasta llegar con ellos al recinto de sus mismas murallas. Ha sido celebrada esta plaza en las invasiones francesas y en varias fortunas, mostrando siempre sus vecinos igual el valor: en tiempo del rey D. Enrique, que fué el año de 1470, la combatieron con grande fuerza y la defendió valerosamente Estóban Gágo, capitán de acreditada opinión, y el conde de Salinas, D. Diego Pérez Sarmiento, que después entró en ella para asegurarla: el de 1521 la ganó el rey Francisco de Francia, rindiéndola Diego de Vera, general de la artillería, soldado viejo y de opinión, que hubo de valerse tan breve el tiempo de la defensa, que hubo de valerle el esfuerzo con que en otras ocasiones obró este capitán para que pudiese dudarse si la perdió bien perdida. Defendieronla mejor franceses tres años que la tuvieron en su poder á costa de mucha sangre y gente, siendo de no pequeña gloria á una y otra nación el sustentarla, sin alzar apénas la mano en todo este tiempo de la controversia. Finalmente, la ganó el Condestable de Castilla, D. Íñigo de Velasco, el año de 24, rindiéndola á honrados pactos Monsieur de Banguisu, gobernador, con tan grande sentimiento del rey Francisco, que le mandó afrentar públicamente en Leon de Francia, despojándole de todos los honores de noblicza, rayándole las manos y el escudo y bajándole de caballero á plebeyo. Dejaron destruida la villa los franceses, asoladas y deshechas las casas, así por los naturales efectos de la guerra quanto por

demás calificadas, el no ménos esforzado que prudente caballero, D. Cárlos Coloma, gobernador de Milan, en sus Comentarios, diciendo que se habia dejado llevar apasionadamente de la nación, acumulando á algunos Príncipes y capitanes italianos hechos que no cometieron, defraudando de ellos y de su valor por el ódio que nos tienen á los españoles que les consiguieron. Hacen por esta parte una respuesta muy graciosa de Mancio, varón grande en letras divinas y humanas, que dió á un bachiller y estudiante que le oyó predicar y se le atrevió á decir: «Padre, todo lo que predicó vuestra paternidad el otro día, y aquellos lugares de la Escritura, son comunes y están en esta parte y en otras muchas; y él le respondió, por salir de la dificultad, con el natural donaire que tenía: «Abí verá que no lo levanto de mi cabeza.» Viene á propósito del argumento, muchas veces, por la falta de papeles que no se dan á todos; si los hay en la estampa, para hacer una obra cumplida, se ha de seguir aquella senda, y muchas veces, por se faltar al rigor de los preceptos y de la letra, se han de trasladar.

Con esta confesion, si merezo ser absuelto, prosigo. Es Fuerterrabía (que en lengua de su provincia llaman Hondarria, que quiere decir lugar sobre arena), la primera puerta de España por la parte de Septentrion, en la tierra que llamaron los romanos Bardulia y los españoles Guipúzcoa; y la provincia está fundada en una razonable eminencia, á modo de península, muy cerca del Piamontorio ó Learzo, famoso entre los geógrafos antiguos, de quien hacen señalada mencion Estrabon, Plinio y Tolomeo, en sus tablas. Mira por la parte de Levante á ménos de 2.000 pasos de Andaya, primero lugar de Francia en la Guiena, que llaman los naturales tierra de Labort: al Norte está el cabo de Yguer sobre la misma mar, á 4.000 pasos de distancia con el puerto de Astubiaga, defendido del castillo que hemos dicho con cuatro piezas de artillería, un alférez, dos artilleros y 40 soldados de guarnicion: al Occidente mira á unas montañas eminentes más de 200 pasos de distancia, y á tiro de mosquete hay un puesto de altura que no deja de ser padrastro á su defensa, en cuya salida se ve la ermita que llaman

odio particular de los vecinos, á quien siempre experimentaron y tuvieron por importunos y crudos enemigos; pues no pudiendo asegurarse de ellos en la plaza, los enviaron á Bayona los tres años que fueron señores de ella. Luego que le cobró el Condestable, mandó el Emperador Carlos V fortificarla, con grande costa y cuidado, reparando sus lienzos, levantando los baluartes, que fueron el de la Reina y Leina, del cubo de la Magdalena, haciendo perspectiva muy hermosa al palacio del gobernador, y murallas á la villa muy altas, de piedra de sillería, con 14 piés de grueso, fuertes y eminentes como el corazon del Príncipe que las mandó edificar, ó hizo otro baluarte el año de 598 á la parte de Francia: tiene dos puertas la villa principal; de Santa María y San Nicolás, la una á Mediodía y la otra al Poniente, ambas á dos con puertas levadizas, cabos y rebellones; pero sin fortificaciones algunas fuérá de donde puede fácilmente dominarlas el enemigo, ocupando algunas eminencias á tiro de mosquetó, y desde allí, plantando su artillería, quitando los reparos y la defensa á la plaza. La tierra que cae al Occidente es áspera, montuosa y doblada, que da comodidad para emboscarse al enemigo y acercarse á ella con facilidad; la vecindad del pueblo de 400 hombres, todos militares, criados en la guerra de aquella frontera, con el odio francés en el corazon y amor al servicio del Rey y su patria. Las armas están á cargo de un gobernador que pone S. M. sujeto al virey de Navarra cuando no hay capitán general señalado de la provincia, por ser el gobernador de esta plaza teniente de capitán general, que gobierna el presidio de San Sebastian y toda la demas guerra militar que se tiene en los castillos de aquella costa: está guarnecida ordinariamente con 500 soldados pagados, y obligación de la provincia de poder otros 500 en la ocasion, con los cuales y con la gente de la villa se hace bastante número para defenderla.

A la hora que el enemigo llegó á cargar la plaza, apenas tenia 700 hombres entre soldados y vecinos, por no haber podido armar ni meter los que tocaban de derecho y de

obligacion á la provincia; y la alteracion fué grande y el desorden mayor, ántes que poder tocar en embulacion alguna ó procedencias que tienen entre sí las provincias. No estaba en el gobierno de Fuenterrabía el maestre de campo D. Cristóbal Mejía Bocanegra, su gobernador, y salió á la defensa, gobernándola en su ausencia el capitán Domingo de Civa, natural de Bilbao, soldado viejo, de valor y de buenos servicios, que visto el rayo que venia sobre todos, alentó los soldados y los vecinos á mantenerla como verdaderos españoles, á la vista de tanto número de franceses, siendo los nuestros tan pocos; pero fundados y animosos en la esperanza del socorro, y siendo costumbre recibida y usada en la villa correr todos cada año, á 30 de Junio, sabiendo que el enemigo se estaba la tierra y la entraba sojuzgando y los esperaban sobre sí con certidumbre de sitio, entre las mismas prevenciones marciales, pasaron adelante con ella á vista de las banderas enemigas; sin embargo, estaba la plaza bien proveida de municiones, bastimentos y artillería, pero con poca gente, estando ménos la de la provincia, porque si bien la parte de la muralla que cae á la mar estaba caída, pero el reconocer por allí tan alto aquel puesto y haberlo reparado con una estacada, hacia ménos el peligro, y el enemigo no intentó nada por aquella parte. Antes que el príncipe de Condé cerrase nada de la plaza, el generoso ánimo de los nobles de la tierra hicieron encaminar á ella los que pudieron, y entraron el capitán Domingo Osorio de Guiva, natural de Bilbao, que fué gobernador de Orduña, y en esta ocasion hizo oficio de sargento mayor en Fuenterrabía; los capitanes Martin de Elizalde con 50 hombres de Tolosa, y Francisco Lopez de Ondearria con 22 de Apetitia: el coronel D. Diego de Isasi envió cuatro cañones de bala, haciéndoles los vecinos cureñas, fabricando pasados de 400 cestones, sobre más de otras tantas pipas y toneladas que dieron de sus casas para coronar la muralla y que obraron los artilleros con más seguridad; pero el Ministro gobernador, en presencia de D. Juan de Isasi, Ministro del Príncipe, en su cuarto, se lamentaba con impaciencia del proceder de

los vizcainos, de no haberse opuesto al tránsito de los franceses con más brío, no dejándolos entrar, y decía: «No ha habido quien desnude una espada, quien se caliente y embista al enemigo, quien saque las gentes de sus casas, los arme y los haga hacer picé contra la invasión». Como si esto pudiera ser de valor contra tanto descuido, como si ellos pudieran ó estuviera en su mano levantar un ejército tan poderoso como el que tenían delante, tan fornecido y municionado, y lo de mayor reparo que no pusieran á esta diligencia algún obstáculo por lo pasado. Y proseguía: «¿Para cuándo eran los arcabuces y los mosquetes?» Y los denostaba vergonzosamente, como lo tenía de natural, cuando se los había quitado. Venían en el ejército francés, el duque de la Baleta, hijo del duque de Pernon, el conde de Agramonte, el marqués de la Forza, hereje, muchos señores y Príncipes de la Francia que seguían á Condé con ricas recámaras, vajillas y joyas de precioso, vestidos bordados, cadenas, casacas y copotes de gran valor, y brocado, caballos aderezados con lucidas clavazones y bordaduras de campaña, como si vinieran á la conquista de toda nuestra tierra: á la verdad, así lo decían, como cuando el rey Francisco de Francia pasó á la invasión de Italia y se puso sobre Pavia. Con este orgullo y con esta braveza alojó el príncipe de Condé en Irún, como se ha referido, sin haber arcabuz ni pica que se lo estorbase: el duque de la Baleta tomó su puesto en el contorno de la plaza, y los demas cabos conforme el orden que se les dió; y el marqués de la Forza, en la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, que ya los de Fuenterrabía, con celo verdaderamente católico, metieron en la villa y colocaron en la Iglesia mayor. Allí hacía sus predicaciones el hereje y profanaba con sus dogmas y sectas aquel sagrado lugar; cometiendo los demas franceses, hugonotes, tuteranos y calvinistas las mismas maldades en las demas villas y lugares en las imágenes, aras y altares, ornamentos y vasos sagrados con que comenzaron á ser insolentes y á prometerse la conquista de España. Era el diseño sitiar á Fuenterrabía, tomarla, pasar á San Sebastian y asirla, correr y asolar toda la tierra

sojuzgar las villas, entrar por Navarra y apoderarse de Pamplona y su tierra, de los demas lugares circunvecinos, y no parar con la caballería hasta las puertas de Madrid. Eran muchas de estas cosas vanas y ostentativas; pero, sin embargo, de cuidado, por el sentimiento entrañable y el que se deja consistir, porque llena ya Castilla y la corte de este accidente, se estremeció, y cada uno de los vasallos pensaba que veía sobre sí el fuego, el enemigo y la espada hinchando de pavor y de horrra los carozones más confiados y constantes.

Habiendo, pues, como dije, con estas nuevas pasado el Rey del Retiro á Palacio, á primero de Julio, no se oía otra cosa por las calles que sollozos y lamentos, apretar las manos y mirar al cielo, diciendo: ¿Qué influencia de astros es ésta, en tan pocos años fulminada sobre nuestras casas? Ayer, España puesta en admiración de los extranjeros y temida de todos, y hoy hollada á honra y prez de la nación en la mayor altura que se vió, y en los primeros dias de un gobierno bundida, y sepultada en el profundo de la miseria: el lustre puesto en el mayor parangón y ahora oscurecido y amancillado! ¿Qué descuido es éste? ¿de dónde nace tan grave calamidad? Ayer bastaba el caudal del reino para debolar los enemigos, y hoy, ni aquí ni los tributos para no hacer morir de hambre un ejército: ¿cuándo España se vió en estos trances, que no basta tolerar la guerra en las provincias extranjeras sino que ya se ve en la patria propia y en el corazon, y lo peor de todo, que parece que la queremos perder ó la aborrecen los que la gobiernan? Decían esto y otras muchas cosas más pesadas, y tocando en todo proseguían, que habían abierto el paso y allanado los montes, que tales sirvieron de trincheras por naturaleza contra las sublevaciones de los franceses, con no más generoso fundamento que para una guerra moderada, hecha sin utilidad ni reputación, con no más triunfo que una villeta ó dos y un puercuello, aprovechándose los enemigos de nuestras fatigas y de la ocasión que habían de haber tomado por suya y costándoseles sudor y trabajo, y áun se les habíamos de frustrar por ser nuestro el derecho que ahora toma por suyo. Esto de haber

abrió los montes, sobre que más se debatía y murmuraba en la corte, llevaron luego los ventores de Palacio á las orejas del Ministro, con que saltaba al cielo, bufaba y daba voces sin prudencia; y no habiendo reparado primero en discursarla ni refutarlo, y no dar la orden, despues de ejecutado y cuando el daño no estaba sólo en la cabeza, pero en el corazon y en las venas de todo el cuerpo, preguntaba quién habia abierto aquel paso: dijeronle que D. Francisco de Irazábal, marqués de Valparaíso, hombre que, habiendo escapado de Flandes á una de caballo de la ira y enojo del marqués Spinola por alguna justa causa, porque deseaba haberle á las manos, no sé por qué le hallaron ahora á propósito y con servicios para hacerle marqués ó virey de Navarra, y de utilidad para otros puestos y oficios de calidad. Llamáronle, y pidiéndole los órdenes y cartas de haber demostrado y abierto ya aquél camino desde Irún para Francia, mostró las que bastaban para enmudecer el poderoso, que fué el año de 636, para no más empresa que la de San Juan de Luz, Zocoá y otros portezuelos y dejarlos; y con esto enmudeció el gobernador y calló, porque fuera mayor falta no conocerse. Fué grande la alteracion y el conflicto de todos, y la confusion de unos Ministros y otros: todo era llamar consejos y secreterios, hacer y formar juntas eternas, no de pocos, sino de los mejores, y de muchos; convocar maestros de campo, capitanes y soldados, adforasteros como naturales. La falta de gente de Fuenterabía hizo que el que al presente gobernaba, imitando á los antiguos griegos y romanos en el ingenio y en el valor; que las mujeres de la villa, viéndolos alterados y gallardos, ayudaran en el trabajo y la defensa á sus maridos, padres, hijos y hermanos que llenasen de tierra los costones y acudiesen á las otras máquinas, fatigas, cortaduras, fortificaciones, y tal vez á las armas, que manejaban con destreza y corazon, dando ejemplo á los varones de mayor robustez y aun á los flacos, y admiracion á los naturales y á las provincias circunvecinas, y se poco asombro á los franceses. Habia ya casi cinco compañías de infantería en la villa, con lo que habia ántes y la que

habia entrado con industria y con esfuerzo de los naturales. Puso la suya Domingo de Guiva en el cuerpo de guardia principal del gobernador y su Palacio, para acudir desde allí á los socorros más necesarios; la del capitán D. Juan do Beamonte, al baluarte de la Reina; la del capitán D. Juan Garcés, á la puerta de Santa María, guarneciendo todo aquel lienzo de muralla hasta el Orejon de la Reina; la compañía de D. García de Alvarado, que gobernaba por su indisposicion Estéban de Leasca, su alférez, puso en la obra nueva hasta una plataforma que caia á las espaldas de Palacio, corriendo hasta la garita de San Andrés; al capitán D. Juan de Sein puso para que defendiese el rebellin, que está junto á la estacada; la de D. Martín de Elizalde, al baluarte de San Felipe; á Inigo Lopez de Eudarra, al cubillo que cae desde la estacada de San Felipe al baluarte de Leina y cubo de la Magdalena; el capitán Diego de Batron, alcalde de la villa, se encargó de la defensa del lienzo que estaba derribado donde se habia hecho la estacada, por ser privilegio particular de aquella villa, estarle consignado el mayor riesgo; y los demas vecinos asistian en el cuerpo de guardia para acudir á lo más necesario: encargósete la artillería al capitán Juan de Urbina, natural de la villa, que sirvió caravillosamente.

Avisaban al Rey por instantes del estado de la guerra, á Diego de Isusi, y el licenciado D. Juan Chacon de la provincia, la afliccion en que se hallaban con armas sobre sí tan poderosas, los lugares de la comarca abiertos y sin defenso; y con este celo y cuidado hasta Calahorra y aun hasta Búrgos, donde habia ya alcanzado á divulgarse el designio y estrépito de los franceses: escribió el gobernador y alcaldes de Fuenterabía, ofreciéndose á la defensa hasta la última gota de sangre y á morir en la demanda; pero invocando el socorro, porque los prósperos sucesos del enemigo al principio dieron cuidado: ofreciéronse muchos señores y caballeros para ir á una ocasion; muchos se alistaron y levantaron infantería y artillería, y diéronles órden que no se moviesen hasta avisarse, mas que estuviesen á punto y prevenidos para su tiempo.

Habian partido algunos sin tomarla, y los mandaron volver expresamente y que hiciesen alto en Búrgos, porque no era bien que el francés, aunque la ocasion era demasiadamente árdua, que fuese el cuchillo de la nobleza de España, cuando se prevenia lo necesario para echarlos de allí: sin embargo, excedieron algunos corriendo con velocidad el dictamen de sus obligaciones, y al estímulo que les solicitaba el corazón á parecer honrados. Con todos estos avisos, que eran muchos, vino nueva como D. Diego de Isasi, por hacer algo en ocasiones tan lastimosa y precisa, para alentar la tierra y la gente, y hacer entender al enemigo que no estaba tan desterrada, tan desnuda ni desarmada de fuerzas, y por mostrársela, sacó 2.000 hombres, alistados á la defensa de la patria, que embestidos de los franceses, volvieron á los franceses la espalda dejando sólo á D. Diego, y muy al trance de ser prestado. Siguió á esto que desamparaban muchos sus casas, particularmente los que vivian más cerca de los alojamientos de los enemigos; que llevaban sus mujeres, los hijos y las haciendas á los lugares más retirados; que hacian mucho de su parte los nobles, y D. Diego de Isasi cuanto podia, para armar y hacer salir la gente; pero que estaban ya amenazados de las cargas de mosquetaría y arcabucería, recibidas de los enemigos en los primeros encuentros, y no habia remedio de hacerles salir. Decian eran pocos, desarmados, violados sus privilegios y castigados otros por defenderlos; que pelease quien quisiese, y señalaban la persona y que esa viniese á pelear; y enviando estas razones con otras palabras libres, dichas con rencor y cólera, que el tiempo y el estado miserable de las cosas hacia disimular á las cabezas y no darse por entendidas. Cosa es ésta para admirar que, en tan breves dias y en no más número de años que de cuatro ó seis, una nacion tan admirada en el mundo, conocida por el valor de todos sus encargos septentrionales, los mayores marineros y soldados que conoció la war y la tierra, la encarecida opinion en que fueron recibidos y altamente alabados de los espíritus más místicos y navales, la gloria de sus cabos y generales, los de

Baures, Brotendontes, Ballorillas, Baspures, Oquendos y otros innumerables temidos en Oriente y Occidente, que era cada uno y todos juntos acérrimos defensores de las costas de España, como terror de los rumbos más remotos del mar Océano, con la escuadra de las cuatro villas, asombro de herejes y subometanos, con sólo el nombre de cántabros, temido en ambos mares...., hayan caido en tan poco tiempo de aquella opinion, y fracasado á la tempestad de un descuido y casualidad. Esta flaqueza de los vizcainos causó desconfianza, y entró el incertidumbre de no poder averiguar con puntualidad el número de la infantería y caballería del principe de Condé: quién la hacia del número ya referido de 48.000 hombres y 2.000 caballos, y quién de 20.000 y la caballería de 4.000, y aun más allá. Esparcia Condé tambien sus motivos y designios con la jactancia de franceses, publicando las órdenes que traia del Rey Cristianísimo, para causar más horror que esperanzas de conseguirlos: decia ó inventaba que ganasen en ocho dias á Peñterrabia y en otros tantos á San Sebastian, y que fuesen á tomar posesion del reino de Navarra. Estas arrogancias, dichas con soberbia, si bien ahora daban cuidado, poco despues las castigó Dios poniendo las plantas en las cabezas venenosas y deformidables de la idra. Atendian á todo esto con vigilancia nuestros Ministros y los otros dos Consejos de Estado y guerra, y aun todos los demas de Castilla y de las otras Comarcas; pasaron á la galeria del ciezro de Palacio la secreta noticia de guerra de D. Fernando Ruiz de Contreras, con asistencia perpétua de D. Pedro Pacheco, marqués de Castro-Sorte, para estar más cerca del cuarto del mayor Ministro y para acudir con más prontitud y brevedad al socorro y despacho de los órdenes; y los correos eran continuos los que iban y venian, y la vigilancia sin encarecimiento. Reclamóse á la parte de las milicias de Castilla y Navarra que acudiesen á la frontera; y echóse bando en toda España, que todos los que hubiesen llevado sueldo del Rey partiesen á la provincia de Guipúzcoa, pena de la vida, dando á cada uno que mostraba

la razon y cédulas del sueldo que tiraba, dos pagas. Encargóse esta diligencia á D. García de Haro, conde de Castriello, del Consejo de Estado y Cámara, presidente de las Indias; tímulo de la fortuna y del tiempo, porque no resplandecian en otros aunque fuesen de mayor esfera, partes y virtudes, sino en aquellos. Calificaban esto, reconocian y aprobaban estos sueldos, el marqués de Castroluercio y el de Valparaiso, del Consejo de Guerra, y tambien para que enviasen la gento á la provincia, y que el alcalde Mendizábal les diese carruaje para la jornada. Dicen que de los primeros que registraron fué nuestro Senado, como capitan general de la caballería de España, pidiendo licencia al Rey para encerrarse en Fuenterrabia, escribiéndole para esto papel al conde de Castriello ó inventando consulta entre los dos compadres, obligando á que respondiese S. M. lo que prudentemente debia responder á sujeto tan condecorado. Bagatela y hazañería bien excusada; pero las cosas estaban en estado que no bastaban ambas tramoyas para tapar el descuido, pues habiendo tantos meses ántes que se armaba un ejército poderoso en la frontera de Vizcaya y de Navarra, no prevenia la defensa y opósito; porque el lugar que se ocupa, no ha de ser sólo para usar de la potestad y el mando, de las delicias, de las glorias y de las mercedes, sino de los cuidados y las fatigas, de la conservacion del Estado, y tomar lo dulce con lo ágrío: que de esta manera, por especial influencia de la naturaleza, se doma el brio del leon, y éste es el verdadero celo de que se ha de blasonar. Fueron muchos capitanes y soldados los que se aprestaron para la jornada y cumplieron con felicidad, digo fidelidad, su obligacion y la órden expresa del Rey; los cuales dicen que llegaron á 500, y entro ellos generales y almirantes de flotas, sargentos mayores y otros de esta calidad: muchos fueron á su costa, hidalgos, nobles y caballeros, y llevaron companias; y de los pagados, los más de ellos tomaron diferentes derrotas sin ver la cara del enemigo. Diéron orden al Almirante para que, llegados á Vizcaya, los ocupasen en puestos competentes á su calidad y servicios, sin controversia ni disension, ántes disponiéndolos á la importancia de

hecho, y quo los títulos y señores no los admitiesen sin asestar plaza, excusando toda la confusion y embarazo que la multitud de aventureros suele causar. Entro estas prevenciones, nombraron gobernador para la plaza, como si ántes no hubiese estado en ella D. Cristóbal Mejía Bocanegra: el electo fué el maestro de campo D. Miguel Perez de Egea, hombre valiente, y en materia de ingenios y fortificaciones maravilloso, diestro y experimentado; si bien perdió las islas de Sauto Honorato y la Margarita, sitas en el Mediterráneo, en el gólló de Leon, de Francia. Partió con diligencia á lo que se le habia mandado, llegó y metióse en la plaza á la vista de los franceses, y comenzó á tratar de su defensa, fortificaciones, artificios y otras máquinas; á disponer la gente que habia dentro, no sin sentimiento de Domingo de Guiza, cuya emulacion no bastó para apartarle de acudir á sus reparos, riesgos y á cuanto lo pudo sacar de su conservacion como el más ínfimo y ordinario soldado. Enviaron al maestro de campo, Carlos Guasco, capitán muy escogido en valor y grandeza de ánimo, y mandaron al general D. Lope de Hoces, que con toda brevedad, como se lo habian ordenado, saliese con los navíos que tenia en la Coruña, quizá con pocas municiones y bastimentos, y que traese los holandeses que estaban á su cargo, y tomase puerto en alguno de los más convenientes de la Provincia y los metiese en Fuenterrabia; esto, á tiempo que la armada francesa, que el año pasado habia salido de la Rochela y de los otros puertos de la Bretaña, debajo de la conducta del arzobispo de Ardeos, para infestar las costas de Italia y resarcirnos de algunos puertos, habia salido de Marsella y de Tolon, corrido á Golfo, el principado de Cataluña, que en las cartas se intitulaba el mar de España segun geógrafos y marineros, el reino de Valencia, Cartagena de Levante, embocado el estrecho de Cadix, doblado el Cabo de San Vicente, el de Finisterre, y ántes de vista á San Sebastian para asistir por uar al ejército de guerra, asistir y pelcar con nuestras armadas y embarazar los puertos; y otrosí á la conquista de la Provincia y á la empresa de Fuenterrabia con otros navíos que ya estaban aprestados de

Francia y Holanda, así de pelea como de fuego, para juntarse con ellos un bajel de 4.000 toneladas, fábrica del genio del cardenal de Richelieu, en que fundaba la esperanza de muchas victorias navales, y de embestir con otro de los demas, por fuertes y artillados, de cualquiera poderosa armada. Estaba ahora allí las costas, como casi todas las de España que invade el mar Océano, desapercibidas de navios, porque el duque de Maqueda y Nágera y el general D. Antonio de Oquendo, que gobernaban la armada real del mar Océano, estaban surtos en Menorca en el puerto de Mahon, á la defensa de aquellas islas y de las demas, en contraposición de la francesa, sin hacer nada; ni con una grande junta de galeras que se empezó á hacer para conseguir algunos honrosos progresos contra los enemigos, tuvo otro más glorioso fin que calmar en Rozas de suerte que eran prontas las fatigas, pero no las verdaderas resoluciones y empresas, ántes fatales y sin fortuna para la expectacion.

Marchó la gente que habia en Perpiñan á los ataques de Tortosa, para desde allí encaminarla á Fuenterabia, y la pólvora que estaba destinada para los intentos de aquel Principado, retrocedió á la provincia de Vizcaya. Solicitó el Consejo de Cámara de Castilla á las ciudades para que hiciesen levatas, concediéndoles facultades á los que propusiesen efectos para sacar dineros, nombrando Ministros para sus expedientes y para reconocerlos, y á los señores que se ofreciesen á la jornada, no obstante las órdenes dadas ántes y referidas y demás de esto, que dispusiese la corona de Aragon, así en Valencia como en Cataluña, no embarcasen las sacas de trigo para el abasto y provision del ejército, nombrando por proveedor general al licenciado D. Fernando Marichalar, del Consejo de Navarra. Avisaba el marqués de los Velez, que aunque el enemigo habia hecho su entrada por la Cantábrica, Monsieur de Saupier con un grueso grande del ejército no apretaba los pensamientos de las fronteras de Navarra, ni acataba de desarmarse de ella; temiendo por esta causa de diversos á invasion, por hallarse el reino continuamente amenazado.

haciendo reparo en que no era bien desampararle ni sacarle la gente que tenia para Vizcaya. Dábase prisa al Almirante que partiese, cuya dilacion era no tener con qué salir ni queréscelo dar; señalándole para socorro tan importante, y habiendo reparo en todo, no se hacia en esto, como si no fuera de importancia que la cabeza marchase bien provida y con lustre para el agasajo de los señores, títulos y cabaleros, cabos y capitanes que siempre asisten y se alimentan á su sombra y á su mesa. Entretanto que el Almirante partia, se mandó á D. Diego de Isasi, que los soldados viejos que se habian enviado de la corte, se incorporasen en las compañías de la Provincia y los mezclase con los bisoños, para que el ejemplo los hiciese más alentados: á D. Alonso Idiaquez que con los navios que habia sacado del Pasaje y con las demas embarcaciones que se hallasen en los otros puertos, procurase inquietar á los franceses y meter alguna gente, entretanto que llegaba D. Lope de Hoces y se podia hacer con más brío y calor, supuesto que D. Diego de Isasi habia hecho plaza de armas en Hernani; advirtiéndole que se fortificase en ella, y que con la gente de la Provincia molestase con proligidad á los franceses, hasta que se formase el ejército tal que los pudiesen embestir y llegasen las cabezas que le habian de mandar. Escribióse á D. Sebastian Granero, teniente general de la artillería que se hallaba en Navarra, pasase á la Provincia á asistir á D. Diego de Isasi. Marchaba, pues, á esta hora el maestro de campo general Jerónimo Ros, de Cataluña, la vuelta de Vizcaya, con 4.500 infantes de la coronella del Duque, el regimiento del marqués de la Inojosa, 4.400 hombres de la armada y 300 napolitanos del tercio del maestro de campo Moles, con cuatro compañías de caballos, gente muy escogida y de valor, con órden expresa que caminasen á toda diligencia y á tiempo que pudiesen juntarse con las demas gentes que se iban levantando y conduciendo para socorrer la plaza á viva fuerza. Previase al conde de Santa Coloma, gobernador y capitán general del principado de Cataluña, conmoviese á las Universidades para que acudiesen con el mayor número de infantería que fuese

posible, para juntarla con la que habia quedado de la coronación del Conde-duque, para mayor seguridad de sus fronteras. A D. Antonio de Oquendo, que dejase el puerto de Mahon y los navíos que tenia fletados á sueldo con los cinco de la escuadra de Nápoles (número, al parecer, que bastaría á defender las costas de Italia), y partiese con los bajeles restantes la vuelta del mar Océano hasta las riberas de la provincia de Cantabria, y tomase de paso 300 soldados de la costa del reino de Granada, y los demas que se hallasen en Cartagena, el tren de la artillería y los que habia en Cádiz del tercio de D. Gaspar de Carvajal. Fortificóse á Santander, principal puerto en aquella costa, y tambien se resolvió que navegasen fragatas de Donquerque para disponer los socorros por la Concha de Fuenterrabía, hallándolos de mejor calidad para este intento, que galeras: fortificáronse las armerías de Pluencencia y Guipúzcoa, y los caminos de la Provincia por donde podia tentar más progresos el enemigo; y dióse aviso que en juntándose gente y trozo considerable, se recogiesen á los Pasajes, por quitar, como convenia, aquel puerto á los franceses. Nombraron por gobernador de la caballería que se habia de juntar en el ejército que ya se iba formando en Vizcaya, á D. Pedro Dávila, hermano del marqués de las Navas, acabándose él y todos sus hermanos de achaques y de enfermedades, recayendo el Estado en hembra. Hizose provision de 100.000 hanegas de trigo y 30.000 de cebada para el ejército. No perdiera tiempo el príncipe de Condé, si fuera más afortunado en los aprestos de su empresa, y en reconocer y aprovecharse de los puestos más á propósito sobre Fuenterrabía: mejoróse en buena parte de su ejército, hasta la colina de Nuestra Señora de Guadalupe, y puso tres regimientos escogidos de soldados veteranos entre la roca y la misma colina, y abrió trincheras y guarneciólas de gente y artillería, en que corrió fama á esta hora, más bien corregida, que llegaba su gente á 14.000 hombres infantes y 1.500 caballos. Puso en la Concha 42 navios, en tanto que hacia mayores efectos la armada del arzobispo de Burdeos y los demas que se armaban en los puertos de Francia, para

oponerse á la nuestra, que forzosamente se habia de prevenir, como ya se avisaba; y con esto y con ser señor del castillo del Yguer, juzgaba tener del todo cerrada la plaza, si bien por el mar aún no lo estaba del todo; y así se daban prisa de una parte y otra á formar armadas: nosotros para meter socorro, que se podia hacer con embarcaciones ligeras, y ellos para estorbarle. Plantó las baterías contra la plaza con buena y gruesa artillería, de suerte que en el discurso del sitio, llegó á bajar por seis partes: defendíanse los de Fuenterrabía valerosamente, ayudándose de cuanto podian hallar dentro; y viendo ya que el enemigo iba abriendo ramales y trincheras para irse acercando al foso, determinaron de terraplenar la puerta de Santa María. Pedia el gobernador socorro á D. Diego de Isasi: envió una chalupa á San Sebastian á lo mismo, que salió de entre los bajetes de los enemigos, y con industria, en mar creciente: socorrióle el Isasi con 160 hombres de Tolosa y Azpeitia, que llevó á su cargo el alférez D. Miguel de Ubilla; y viendo que el enemigo se iba acercando con diligencia y llevaba sus trincheras al cubo de la Magdalena, y que estaba cerca del foso, determinaron los de adentro hacer alguna salida aunque se hallaban faltos de gente: sin embargo, salió el sargento Chacon, que lo era de la compañía de D. Juan de Beamoto, con 40 hombres, embistió con las trincheras del enemigo y lo degolló 20 soldados, y entre ellos al ingeniero que los gobernaba, volviendo los nuestros cargados de capotes, espadas y otros despojos de los franceses; cosa que alegró á los de la plaza.

A 11 de Julio resolvieron hacer otra salida por la tarde, señalando para ella á D. Juan de Beamoto. Salió con 150 hombres y embistió á los franceses entre trincheras; defendieron con valor lo que les tocaba, no obstante, el cabo de escuadra Mosquera, mató tres de un escopetazo y pudiérase hacer algun estrago en ellos si nuestros soldados siguieran el ardor y denuedo de los cabos. No tenian los sitiados puerta de salida encubierta, porque al tiempo de salir eran avisados los franceses de los de Andaya, lugar de Francia puesto en la

otra ribera; de suerte que siendo todo arduos la guerra y muy necesario valerse de ellos, no los podían coger descuidados, ántes con las armas en las manos y con ventaja tan superior, que hubieron de suspender las salidas por entónces. Bacia el enemigo con porfía y tesón la muralla; demolió todos los reparos, derribando todos los parapetos; pero los de adentro, con su vigilancia y asistencia continua, con la artillería les iban retardando los artificios y ejecuciones.

A 13 de Julio, como dejamos expresado, entró en la plaza el maestre de campo D. Miguel Perez de Egea, del hábito de Montesa, natural de Mallorca, con embarcaciones pequeñas, sin poderlo estorbar el enemigo, y con 150 soldados viejos y de valor con sus capitanes, D. Oliverio Jaralín, D. Daniel Ochoa y D. David; y al ayudante D. Pedro Jaralín, siguiéronle cuatro españoles reformados, soldados de corazón, de experiencia y de provecho para la defensa de la plaza, que fueron el capitán D. Jerónimo de Ibaña, el ayudante D. Agustín de Valencia, los alféreces Juan de Roa y Alonso de Vergara: no lo pareció bien á esta hora que el francés se llegase tanto con las galeras, las minas y las brechas, que ya se daban á sentir la falta de socorro; fué ordenando con mucho calor las fortificaciones de adentro, ya que no se habían podido hacer algunas fuera, por la presteza de la llegada del enemigo y las pocas fuerzas y portrechos de la Provincia; y por las demás cosas referidas, contra providencia en cosa tan importante, dió el Rey el hábito de Santiago á Domingo de Guita; y el Egea hizo abrir algunas cortaduras y retiradas para que en cualquier lance tuviesen donde repararse y defenderse, y hacer más largo el sitio y dar tiempo al socorro. Iban ya los franceses desembocando el foso, y reconociendo D. Miguel de Egea que se le arrimarian á la muralla, para enfronar y detener el curso de sus progresos, resolvió hacer una salida para echarlos de los puestos adonde se habían avanzado. Escogió 400 hombres de entre los soldados y vecinos que tenía la plaza, y á 14 de Julio, al amanecer, embistió á los franceses que estaban sobre sus trincheras, y trabándose unos con otros

asadamente, degolló razonable número, con pérdida de 12 de los nuestros y 40 heridos. Retiróse, caminando los enemigos á usar contra la plaza de la ira calamitosa de las bombas, arrojando y metiendo cada día dentro 12, 14 y 16, con ruina de la mayor parte de las casas, porque las abrasaban y las iban talando hasta los cimientos sin poderlo remediar, aflijendo á los vecinos y soldados. No temiéndose por seguros en ninguna parte, recogiéronse á la iglesia mayor, al hospital y á los lugares más fuertes y defensibles de la villa, y aun allí no les era concedido el reparo, ni en los edificios más incapaces, bastantes á resistir violencia tan infernal: pasaron al suelo más bajo del hospital los enfermos, donde hallaron defensa, por particular providencia del cielo: desde 15 hasta 24 de Julio batió fuertísimamente el francés la plaza, y aterró casi todos los reparos y casas de la villa, de suerte que con dificultad podían manejar los mosquetes por lo descubiertos que se hallaban, por las continuas lluvias de las balas enemigas que venían sobre ellos y á las baterías de afuera, y expuestos á la ira continua de las bombas; pero siempre con el mismo intrépido y constante valor en todos trances, que los enemigos, digo peligros, reparando de noche lo que les desahacian de día con los cañones de batir: abrázabatos el gobernador con las guarnaldas que halló en la plaza, con que los pudo fatigar por espacio de media hora, con que entretenía á los franceses y los imposibilitaba para no pasar ni correr con sus designios tan adelante como ellos quisieran para poner á Fuenterrabia en el último estrecho de desesperacion: quiso saber el estado que tenía el trincheron del fuerte de la Reina, y aunque envió para ello al alférez Diego Sanchez con algunos soldados, no lo consiguió: encargó una salida al alférez Juan de Roa, que surtió con poco efecto, aunque dió noticia de su valor á los enemigos, habiendo recibido algun daño de una lluvia de los ingenios y máquinas que llevan á la plaza y quiso salvar dos piezas de artillería que estaban plantadas. Encargó la facción á D. David Barri, irlandés, y al ayudante D. Pedro Jaralín, de la misma nación, y fué de impedimento el en-

cenderse dentro de la plaza cuatro barriles de pólvora que maltrataron á algunos soldados: fabricó una espaldá el gobernador sobre la pared que cierra el cubo de la Magdalena, creyendo que por allí penetraría el enemigo ó dañaría cuanto pudiese por ir ya desembocando al foso; plantó un medio cañón sobre una plancha de madera con que desbizo toda la galería que tenia formada para arrimarse al muro, matándole algunos franceses; sin embargo, la noche del 26 arrimaron cantidad de madera á la muralla en el ángulo que forma afuera la cortina del cubo de la Magdalena, y pusieron dos ó tres debajo de ella que la comenzaron á picar, cuyo ruido, sentido de las centinelas de adentro y avisando á las cabezas, acudieron á la muralla, arrojáronle piedras grandes, bombas y granadas y agua hirviendo para que cesase la obra; no obstante, no los pudieron desalojar, aunque se los hizo gran daño con el medio cañón que habia puesto en la casamata, tirando bala y palanqueta, alumbrando el foso con guirnaldras para obrar con más acierto; con que los rompieron las maderas, matando los que picaban la muralla; y así los demas cedieron del intento: mataron al ingeniero Juan de Enciendo, que habia trabajado con diligencia en la defensa de la plaza. Plantó el enemigo una batería enfrente de la cortina que junta los caestones y la Magdalena, batiéndola con tres piezas furiosamente, y arrojó por la parte de la mar un artificio de madera desde donde pudiese picar la muralla con ingenio de hacer brecha por aquella parte: rechazóle valorosamente el alcalde Diego Butron con los vecinos de la villa, cuyo puesto estaba á su cargo, obligándole volver á retirarse á sus trincheras y fortificaciones.

A esta hora resolvió D. Diego de Isasi recobrar los Pasajes y Reutería, enviándole órden muy apretada para hacerlo. Hallábase con 700 vizcainos y 400 alaveses, 4500 irlandeses y cerca de 400 hombres reformados, que se habian enviado de la corte, toda gente escogida; confiriólo ántes con los cabos de mayor experiencia y reputacion en la milicia, y resuelto de embestir el puerto del Pasaje, eligió el sargento

mayor D. Pedro Velez de Medrano, para que con 4.000 hombres, los mejores de aquel trozo, repartidos por cuatro partes, por la de la montaña cerrase por las tres, y con el otro por la calle principal del Pasaje; y que D. Miguel de Berrey, con otros 4.000 soldados pasase por la parte de Astigarraga á sponerse entro Reutería y el Pasaje, y estorbase el socorro, y que la gente de Oyarzun ó Irun tocasen arma dando cañor al intento. Habiéndose efectuado esto al amanecer de aquel dia, siendo al principio la resolucion de nuestra gente paliada, que obligó á los franceses á hacer algun movimiento de cobardía, dejando algunos muertos á la parte de la tierra: reformados de gente, volvieron á recobrase de manera que, habiundo peleado por largo espacio con teson y denuedo por ambas partes, últimamente se hallaron constreñidos los nuestros á retirarse, sin ombargo de haberse señalado mucha de la gente noble, cabos y capitanes. Procuró el general Feijóo socorrer la villa de gente por la mar, y no tuvo efecto por no haberle sido favorable el viento: llegó el Almirante por sus jornadas á Tolosa, acompañado de muchas personas ilustres, amigos y deudos; informóse del estado de Fuenterrabia y de la gente de guerra que habia en la Provincia: fué visitado de D. Diego de Isasi y de toda la nobleza de la tierra, de quien recibió los avisos más prontos y verosímiles que estaban en la memoria de los más cuidadosos y diligentes de la tierra; refirióle la libertad de los franceses, sus iniquidades, desacabos y abominaciones con la gente, sacerdotes, iglesias y conventos, más fcas y execrables que las cometidas en Flandes y en Italia; la forma del asedio y conflicto de Fuenterrabia; las balas que cada dia le tiraban, las bombas de fuego que desmenuaban y abrasaban las casas, las defensas y retiradas que habia hecho Domingo de Guisa, las salidas, ingenios y otras máquinas de estacadas, espaldas de D. Miguel de Ejea; la ira y teson de los enemigos en expugnar la plaza, los artificios que se encaminaban contra ella. Púsole delante D. Diego de Isasi la poca milicia que allí habia, rota dos veces, aunque habian escrito al Rey y al Consejo de Estado estaban arresta-

dos, y por memoria sus 4.000 infantes, que tomarian armas, pero esto era falso, que no habia si no es muy poca gente, y esa bisoña y amedrentada del demasiado poder del francés, y con desconfianza en las cabezas para aventurarlos. Entendido el Almirante del estado de las cosas y conflicto de la provincia, puso el hombro en la defensa, y el cuidado en hacer levantar de Fuenterrabia al enemigo, y envió á D. Miguel de Urbilla, y á los capitanes D. Martín de Sepúlveda y Adrian Pellido á que procurasen entrar en la plaza: escribió al gobernador y á los más principales que estaban en ella, así capitanes como soldados, en que se les daba cuenta de su venida, y advertia como se iba juntando un ejército poderoso, formidable y de reputación para socorrerlos; que estuviesen de buen ánimo y muy ciertos del efecto y de la ejecución. Entraron los capitanes en Fuenterrabia, alentaron y pusieron en gran confianza las cosas, cohortaron á los soldados y á los vecinos de la villa: ántes que se afirmase en Hernani, fué avisado del Rey, que no se descuidaba en el desempeño de esta causa, cubriéndole importaba el abreviar con el socorro de Fuenterrabia y el formar desde luego el ejército de la gente que estuviese y fuese llegando, que diese prisa á las milicias que el licenciado D. Diego de Riaño llevó orden de levantar; que la parte principal, por donde habia de ser socorrida la plaza, era por el mar, que reformase los bajeles que hallase, de manera que osasen pelar con los del enemigo, á tiempo que con embarcaciones menores intentase el socorro; que fuese tomando pretextos para divertir ó inquietar al francés é irle estrechando é incomodándole en los viveres, y cobrando todo lo demas que se enseñese la ocasion y el buen juicio; haciendo entrada, si se parciese, continuamente el marqués de los Velez por Navarra para que la diversion fuese retardando los progresos del enemigo y la ejecución del sitio; que procurase tomar particulares noticias de los regimientos, de cuánta gente se componian el ejército y si se desahacia ó aguardaba socorro, y todo lo demás que conviniese y pudiese; remitiéndolo todo á su gran discreción y prudencia y consejo. Eran estos avisos muy buenos si hubieran

bajeles y gente para emprender el socorro, porque apénas habia lo suficiente para resguardar los pasos de Castilla. Para socorrer el Almirante á negocio de tan gran cuidado como estaba á su cargo, y dar luz á sus empresas, llamó á Consejo á D. Diego de Isasi, que lo era del de Guerra; al marqués de Morón; al teniente de maestro de campo general, D. Antonio Ganado, y á los maestros de campo Sebastian Granero, teniente general de la artillería; á D. Cristóbal Mejía Bocanegra, que gobernaba á San Sebastian, y al licenciado D. Juan Chacon. Escarrió las órdenes que tenia del Rey y lo que importaba el socorro de la plaza, pendiendo de ella, no sólo la vida de la provincia pero la del reino, y otras razones y congruencias esenciales á la materia que tenían delante de sí; la calidad y fuerzas del ejército francés; las que se tenían y esperaban de nuestra parte; el estado en que se hallaba Fuenterrabia; los avisos del gobernador; y propuestas estas y otras particularidades, pidió á todos su parecer para resolver en lo más conveniente. Todos le dieron en que, habiendo tan poca gente y no habiendo llegado la de Cataluña y que no llegaría tan presto, en quien se fundaban los nervios más principales del ejército que se pensaba formar, los socorros de Aragon y Valencia ni los que estaban á la defensa del reino de Navarra, que habia de enviar el marqués de los Velez, de que tenia orden el Rey sentase el socorro por mar. Con este acuerdo fué orden el Almirante á D. Alonso Idiaguez, que con algunas fragatas y barcos de corso, bien guarnecidos de gente y bastimentos de viveres, haciéndole escolta D. Francisco Mejía con otros bajeles que ya estaban aprestados de gruesa artillería y municiones, fuese por mar á socorrer la plaza; abriéndole camino D. Francisco Mejía, peleando con los navíos del enemigo que estaban en la canal de Fuenterrabia. Al tiempo que iba á ejecutar esta facción, no con pocas esperanzas del efecto y de conseguirlo, cuando ya iban á salir se dejó ver la armada francesa, navegando sobre los Pasajes, acaudillada del general arzobispo; enviaron á reconocerla al capitán Baltasar de Torres, y gustó que constaba su número de 37 bajeles, todos de gran

porte, que juntos con los que estaban en Fuenterrabia, hacian una armada muy gruesa. Sin embargo, persistió el Almirante en que D. Alonso Idiaquez intentase el socorro en las piraguas, discutiendo que por ser los bajeles de gran porte y no poder llegarse, y las piraguas pescar poca agua y no poder ser seguras de los mayores, se conseguiria el fin. Partió D. Alonso, y amaneciéndole antes de llegar al canal, y faltándole la marea, y siendo descubierto de la armada enemiga que se ponía en arma, echando fuera todas sus embarcaciones pequeñas armadas y puestas á punto, hubo de virar D. Alonso, y volverse á San Sebastian. Viendo el Almirante que no se habia podido efectuar el socorro, y que D. Miguel Egea le habia significado que no tenia gente ni balas, que le socorriese con toda brevedad por el riesgo que corría la plaza, llamó á D. Miguel de Urbilla y le preguntó si se atreveria á introducir el socorro por la parte por donde habia entrado antes y salido tantas veces: ofrecióse á hacerlo de buen corazon, y diéronle 300 hombres escogidos del presidio de San Sebastian, parto vizcaínos y parte irlandeses, estos con mochilas y en ellas balas de mosquete y de arcabuz: fueron caminando por sendas incógnitas y por las trochas de ménos noticia de la tierra, expuestos á peligro y al riesgo, y cuando ya parecia que iban venciendo la dificultad, siguiéndose unos á otros al amparo y tinieblas de la noche, por ado ó destino fatal, si ya no fué por traición se disparó un mosquete de los nuestros que los puso á todos en turbacion, y creyendo que ya eran sentidos y que tenian al enemigo sobre sí, no fué posible hacerlos pasar adelante por más que los animaban los capitanes: sin embargo, entraron 73 soldados, y entre ellos, los capitanes D. Inigo de Salazar, Don Francisco de Heredia, el alférez D. Francisco de Molina, el ayudante Antonio de las Ileras, el alférez Vergara, el teniente Don José Lozano, el alférez Vidaurre, el capitán Nicolás de Arzacón, el capitán D. Terencio Galfier, caballero irlandés; y otra cosa muy de ponderar que, á 5 de Agosto, en la noche, un hora antes que se intentase el socorro, dijeron los franceses desde las trincheras á los cercados que se hallaban en las ma-

allas: «Mañana os entrará vuestro socorro, pero nosotros los degollaremos.» Indicio bien claro de los avisos que tenían de los extranjeros que andaban con nuestra gente, porque de los naturales no podia ser no teniendo nosotros ninguno del suyo. Hallábanse los cercados de dia y de noche en continua fatiga en la vecindad del enemigo dentro del foso, haciendo incansables baterías con la artillería por tres ó cuatro partes de la muralla, formando galerías para hacer las minas, y el ejército siempre superior á nuestras fuerzas; su armada naval doblando en todas aquellas costas, esperando más navios suyos y del coligado hereje para hacerse más poderoso, porque nuestros ministros, viendo embarazado su paso donde se pensó socorrer, y la plaza cerrada en toma de gente, trincheras, reductos y otras fortificaciones, se dispusieron, aunque tarde, á armar armada sin tener bajeles, aunque venia navegando el duque de Navarra y D. Antonio de Oquendo del mar Mediterraneo á Cádiz y tenían destinado á D. Lope de Hoces para que, dando los navios que se pudiese, tomados en Santander, la Coruña y Lisboa, fuese á pelear con el arzobispo de Burdeos. Si bien necesitados los de Fuenterrabia de mayor y de más prospero socorro para conservarse en el sitio y salir de él, todavía se alegraron mucho con el que les entró, por ser toda gente de calidad y honra; y otrosí, leyendo la carta que recibieron del Rey y del Almirante, en que les certificaba seria con brevedad el socorro, de todas maneras grande para echar los franceses de toda la tierra, la constancia del gobernador, capitanes y soldados, reforzó el ánimo de los de la villa, hasta de las mujeres y los muchachos, reducidos todos á la defensa. La carta decía:

«Consejo, justicia y regimiento, caballeros é hijodalgos de muy noble y muy leal villa de Fuenterrabia: el maestre de campo D. Miguel Perez de Egea, me ha mandado cuenta del valor y fineza con que procedéis para que los intentos del enemigo no sean de ningun efecto, mostrando vuestra mucha fidelidad, y esto es en mí de tal estimacion, que he querido advertiros que en ello recibo grato servicio, y en todas las

ocasiones le reconoceré, y no sólo asistiré á mantenerlos como lo merecen tan buenos vasallos, y á socorrerlos como se procura por todos los medios posibles; pero demás de satisfacer los gastos que hiciéreis con la guarnición de la plaza, y los daños que el enemigo os causare en vuestras casas, de que os doy mi palabra Real, os haré muy particulares mercedes, como es justo las reciba quien tan singularmente obra en lo que tanto importa.»

Fué formando el Almirante su ejército de la gente del batallón de Castilla y de los 3.000 guipuzcuanos que dió la provincia, en que intervinieron sus diputados D. Pedro Iparrieta, de la órden de Calatrava y caballerizo de la Reina, y D. Pedro Idiaquez, de la órden de Santiago, caballero de mucho valor y osadía para emprender cosas árduas: hicieron cuatro tercios que se dieron á los maestros de campo Granero, Bocanera, Mejía y Mortara, que por órden del Rey, en los tercios de guerra y acometimientos, habia de llevar la vanguardia, y á su cargo y manejo la coronelia del Conde-duque; y en llegando, repartiéronse las compañías á capitanes de esperanzas y de valor, que en otras ocasiones habian ocupado mayores puestos y los recibian por servir en ocasion de tanta necesidad y de riesgo. Con estos cuatro tercios y los dos de irlandeses, y con el de la provincia de Alava, resolvió el Almirante salir en campaña; sin embargo, era poca gente, y la más colecticia. Dejó en San Sebastian aprestados los 8 bajelos de Don Francisco Mejía, guarnecidos del tercio de Vicerna; otros 400 soldados del presidio y otros 400 del batallón de Castilla, con la pólvora que envió D. Lope de Hoces, y los marineros que le pidieron para el gobierno de aquellos navíos: poca armada para la que teníamos á la vista, que no les dejaba obrar, haciendo de noche y de día á San Sebastian. En Navarra, el marqués de los Velez, además de atender por todas partes á la defensa del reino, enviaba socorro al ejército Provinciano, aunque siempre amenazado por las fronteras de los franceses, insidiosos de molestar ambas provincias, aun teniendo situada á Fuenterrabía, porque los enemigos siempre tuvieron gruesos

ropas en los pasos de Navarra y sus confines, con intencion de apoderarse de algunos de ellos para meterle infantería y caballería dentro, y fomentar la invasion en todas partes, embarazando las armas católicas y españolas para diversos y particulares fines. A esta hora, que se contaban 16 de Julio, se salaron por la tierra 6.000 infantes franceses y 500 caballos: cubistieron con Vera y la quemaron; pero los vecinos, mirando ántes por la honra del reino que por sus casas, los rechazaron, degollándoles parte de su retaguardia, quitándoles las municiones que llevaban, sin pérdida de sangre ni de ningún hombre. Avisó de esto el Marqués al Rey, alabando á los de Vera, pidiendo que los galardonasen y que por no haberles quedado con qué sustentarse ni cubrirse los habia recibido al suelo.

Echados los franceses de Navarra, se ofreció el marqués de los Velez de servir una pica en Fuenterrabía; fué agraciada la oferta y mandáronle que tuviese prevenida su gente para juntarla con la del Almirante para hacer el socorro cuando fuese avisado; pero, entretanto, esperando en la corte nuevas del sitio y del estado de la guerra, cuando no lo veian todo acabado, no estaban sabrosos ni contentos; quisieran que el Almirante con la gente que le prometian hiciera grandes cosas, acometiera ciegame, como si se la hubieran dado afectiva, á los franceses á desalojarlos, y á otros intentos sin juicio; mas él, portándose cuerdaente, hizo un trincheron de aquella gente y la puso en los pasos más convenientes para defender lo demas de la tierra, y que los franceses no entrasen en pensamientos de extender ni de pasar adelante mientras venia y llegaba el socorro, para cerrar con ellos y hacerlos dejar los puestos y descercar á Fuenterrabía, como lo pedia el estado de las cosas y el número considerable de enemigos. Ellos, por consiguiente, habian propuesto de no desasirse de ella, creyendo (y no andaban fuera de camino) que en su expugnacion y presa consistia el señorear la tierra, la Navarra y las otras provincias de Castilla; pero porque lo digamos todo, á esta hora, cuánto habia ocasionado el descuido de nuestros

maestros, todo lo lograba el cuidado; el desvelo era notable y la fatiga en acudir y proveer, así en soldados, armas, municiones y otras cosas, cuanto en el Consejo: causaba congoja, y era fuera del sentir de los de mayor prudencia, ver que si se perdía Fuenterabía se arraigaba una guerra en España que había de ser prolija y pesada, y que no sólo había de costar grandes tesoros, pero que había de haber mucha efusión de sangre; y que el cchar de allí á los franceses, una vez fortificados en la tierra, había de ser tarde, acordándose cuánto tiempo la tuvieron en las eras pasadas, cuán adentro estuvieron de los pueblos vecinos, y ni más ni ménos que había de ser de cuidado para las otras plazas de armas de Flandes y de Italia, y que se había precisamente de faltar á ellas para acudir á la España por la astucia y artes del cardenal de Richelieu, que deseaba hundir y tragárselo todo; y era fuerza que caducasen, y áun que se perdiesen, por no poder acudir á todo, no faltándole nervios ni inteligencias en la Liga de los hercejes para tentar y arrastrar á mayores designios y pensamientos, y presumir diferentes y distintas novedades. Todavía se quejaba el mayor Ministro con D. Juan de Isasi del proceder de los vizcaínos, cuando no veía echados á los enemigos, y repetía el no haber á los principios quien desenvainase una espada, habiéndoselas quitado poco había y desarmado toda la tierra, y hecho venir las armas á diferentes armerías, diciendo, cuando entraron los franceses, con poca prudencia y ménos seso, como si él no lo hubiera tomado á su cargo todo, sin dejar á nadie ser señor de una respiración sola, ni gobernar, ni poder disponer un átomo sin entrar sobre él: «Ahora veremos cómo se defienden los vizcaínos». Y esto porque no abrazaron el tributo de la sal: y quejábase de ellos porque no se iban á perder; pudiéndose quejar de su poca atención y cuidado y de no haber tomado el consejo de los hombres maduros que disuadieron acertadamente que por allí no tentase la guerra. ¿Qué habían de hacer ellos si una vez se la metieron dentro de su casa, y otra se la provinieron, sin tomar satisfacción, per-

los mismas huellas, y cuando ellos en sus manifestos publican que son de ofensas recibidas, y de amenazas, y más habiéndoles dejado la tierra á su mandar, y desembarazada? ¿qué suceso que gozasen de la ocasión de la desazon de la Provincia, y corriesen á tentar el ánimo de los naturales, que poco antes los habían desatinado, á motivos de desobediencia?

Enviaron al duque de Medinasionia recogiese toda la pólvora de la Andalucía y la enviase: ésta se vió pasar por la plaza de Palacio de Madrid, en carruajes, presagio de mayores revoluciones; espantándose los hombres que ya tan dentro de España y en el corazon de ella se viesen los materiales de la guerra para su misma defensa. Todo era juntar gente y caballos y echar bando que se alistasen los hijodalgos: envióse á Granada por los 400 mosqueteros de la costa de aquel Reino, hombres robustos, de fuerza y diestros en manejar el mosquete, con sus monteras, capote y alpargatas, que pasaron por la corte; y llamaban gente de toda España. Ofreció el reino en Cortes 6,000 hombres pagados; condujéronse algunas bandas de caballos por las faldas de los Pirineos, y los mallorquines, que tenía á su cargo el maestro de campo Francisco de Espejo, que habían quedado del desbarato de Leocata. Viendo los enemigos que, por la parte de la mar, que hacia unos mazzos con las crecientes y menguantes, metían socorro los españoles con la baja marea en la plaza á todas horas, sin poderlo impedir, trajeron algunas barcas, y amarrándolas con cadenas, metiendo artillería y arcabuceria en ellas, cerraron aquel paso, impidiendo que les entrase nada; con que cada día iba la plaza imposibilitando de defensas, y los franceses iban sobre ella con calor y fortuna. Habíasele ordenado al Almirante, que se gobernara por el consejo del maestre de campo Roo, milanés, quien el duque de Parma, en la Liga de Italia, había hecho tabo de su gente cuando salió con Monsieur de Croqui el duque de Saboya á la invasión del Milanés y cargaron á Valencia del Pó. Este soldado fué tan fiel al servicio del Rey, á sus obligaciones y patria, que cuando fué avisado que el duque de Parma iba contra el rey de España, cedió la gente y

el cargo y dejó su servicio. Iban llegando cada día muchas gentes, soldados particulares, caballos y gente noble; los hidalgos que vivían en Castilla, que tenían allí sus solares, por la noticia que les insinuaron sus padres y abuelos, todos dejaron sus casas y sus mujeres, y fueron á la defensa de la patria. El marqués de los Vélez esperaba órden para marchar, teniendo aprestados 6.000 infantes, siguiéndole mucha ó casi toda la nobleza del reino: quisieran el Rey y el Ministro que el Almirante, con la gente que se le iba juntando, la de la tierra, nobleza y de D. Diego de Isasi, corriese con un cuartel del enemigo, y que rompiéndole, pareciéndoles que para esta había lo necesario, si surtía con prosperidad y con fortuna pasara los demas, y poco á poco irles deshaciendo; pero él decía, que aguardaba más grueso de gente para ejecutarlo con más prudencia, porque la gente que se le señalaba, los soldados viejos enviados de Madrid por el conde de Castiello, eran pocos, los allegadizos bisoños, y toda la tierra acobardada y tímida de lidiar con muchos, porque decían que cómo habían de acometer, siendo tan inferiores, á un ejército cuyo número pasaba ya de 20.000 hombres armados, fuertes, concertados, prevenidos, disciplinados debajo de órden y consejo, los que apenas eran más que 6.000, faltos de armas y de auxilio? De esta remision, y de querer el Almirante esperar punto, hizo juntar gente y armas para obrar de una vez; y con efecto, luego le quisieron calumniar y hacer tiro á la experiencia, al ánimo y al valor, que parece que descaban que se perdiese: porque si fuese roto, ¿con qué fuerzas podia defender la tierra ni sustentarla y aspirar al principal intento, que era el socorro? De aquí salió decretado de una junta, que pasasen á Guipúzcoa tres Consejeros de Estado, el marqués de Villafraanca, general de las galeras de España; el conde de Oñate, poco antes venido de Alemania, de la coronacion de Ferdinando III para Rey de Romanos, cargado de achaques y de servicios, y el conde de Monterey, de remuneracion y de premios, que acababa de desembarcar en Barcelona, del cargo de virrey de Nápoles; y allí no le exensó del sobresalto de no llegar á la corte, cuya

orden luego se murmuró, juntándola con la detencion de Gótyeva para las cosas del estado de Milan: materia mañosa para que nunca acabase de llegar, por enfiados que de sus cosas hacia nuestro gobernador: cuñados al fin, sobre que cargaban estos sinsabores, porque todos le estuviesen sujetos, así vassallos como deudos, aunque estos premiados, porque era la Codessa demasiado aflicta al hermano; más de lo que sufre un marido.

Era esta junta para ocurrir á tan grande cuidado, como á resarcir el asedio de Fuenterrabía, encaminar las cosas, asistir con atencion y prudencia á aquella guerra, que al sentir de todos se habia de arraigar por algun tiempo en aquella provincia, si los recelos no pasaban á otra emulacion; á guiar al Almirante, á aconsejarle y enseñarle las artes del guerrear y del vencer: cuando le enviaron, parece que le solicitaron sólo la fatiga; cuando le vieron arribar á la alteza de la empresa, se la eclaron y quisieron emular y atribuir á diferentes consijos.

Mandóse á D. Diego Mejia, marqués de Leganés, gobernador y capitán general del Estado de Milan, que dejando aquello al cuidado y manejo de D. Francisco de Melo, como ya se le habia encargado, con 8.000 italianos, viniese á tomar por su cuenta aquella guerra y aquel sitio, y á aliviar á España de este afan y contagio de franceses, que parece que inficionaban al mundo; porque ya no nos habia quedado otro capitán de más reputacion ni más nombre que nos librase de los enemigos; como cuando el Rey D. Fernando el Católico, por la pérdida de la memorable batalla de Rávena quiso volver á enviar á llamar á Gonzalo Hernandez de Córdoba, Gran Capitan. A esta traza y á este ejemplo se traía á este caballero de Italia á España, para que con su valor enmendase los avisos de los otros; por donde ya iba logrando el cardenal de Richelieu sus designios y materias militares, bien afortunadas, en sacar los caudillos de la Lombardia y la gente, por hacer allí con desembarazo la guerra y reforçarse de ella, que era su mayor audacia é inclinacion, y por eso tentaba estas diversiones; yo no hubiera quitado de

Milan á D. Carlos Coloma, por su noticia, experiencia, edad y antigüedad en la guerra, y por las virtudes que resplandecían en todos los espíritus militares en su persona, y por la prudencia y sagacidad que tuvo en hacer á toda la Liga de Italia y franceses levantar el sitio de Valencia del Rey, que tampoco quitar de allí ahora al marqués de Leganés, porque ya tenía entendido aquello, y procedido con reputación y efectos dignos de premio y de alabanzas, por no exponer de otro lo que no nos podíamos prometer, y donde se podía levantar centella que abrasara la Lombardia y las otras provincias de armas; que no es Milan para hombres bisoños. Los acometimientos de los franceses por todas las fronteras de España, no son de más calidad que de ruido y diversiones; de la provincia de Vizcaya, para Flandes, para Italia, porque todo escala; las del Condado de Rosellon, para Italia, porque todo estas artes, sin variar en otros discursos, son invasiones para y sin linaje de duda ciertas, por aspirar al señorío de la España. El primer paso que dió el Rey Católico, D. Felipe III, á su padre, y su confidente el duque de Lerma, aunque acabada la guerra y pacificada Italia, fué poner en aquel Estado, despues de Juan Fernandez de Velasco, condestable de Castilla, á D. Pedro Enriquez, conde de Fuentes, en aquella era el soldado de más satisfacción y nombre por sus hechos que se reconocia entónces; y de allí nació y so siguió el suceso de ella y el freno para el Senado veneciano, inquieto en materias de acrecentamientos por sus confines con los príncipes de la Casa de Austria, particularmente con Ferdinando, duque de Estiria, y contra las dilidencias introducidas con Pablo I. Llegaron á las orejas del Almirante estos desórdenes y mentos, en que le deponian y vejaban, y de que su persona era á propósito para aquel cargo ni para el puesto que le habían dado, y resistió callando, como todo los demás que desde el año de 626, por el mes de Abril, le vieron sufrir en Barcelona. Con esto se ve ya que las reliquias de aquel furor se las conservaban á las cenizas de la memoria; que las pasiones del ánimo no son de ménos baja materia que ésta, para

siempre y sin un punto de intermision doblegando, si acaso se siguió el orgullo de él nuevamente exaltado: porque qué cosa de hacer aquel hombre, enviado de prisa, sin socorro alguno para encaminar su casa y su persona, si no si ántes se le manda y empuñada ahora, mas sin soldados en la tierra, y para obrar algo se los habian de dar y los habia de enviar? qué más podia hacer un señor que empeñarse, no sólo en rentas, pero en las alhajas de su casa, sacándolas á vender públicamente, comiendo vaca y otras cosas peores para pagar su honra y el puesto á que le habian enviado, como el conde de Feria á la Alsacia? El Rey se quitaba muchas cosas de sueño por esperar que se acabasen los despachos, que iban de partir de media noche abajo, para firmarlos; y por el contrario, el rey de Francia y Richelieu, estaban muy falsos y ansiosos de ver la agonía en que nos habian metido, y que no se habia de entrar en provecho la toma de Brema y de Beromünster, en Milan y el Piamonte. Y era así, porque cuantas nuevas iban y buenos sucesos de otras partes, ninguno satisfacía; pero estaban resueltos á entregarse de todo corazon en la batalla, y caso que se perdiese en la recuperación, dábanse á todas partes á que llegasen las tropas que habian de formar el ejército. Pidióse gente á algunas ciudades del reino, enviaron compañías de hombres escogidos, y estaban á punto y para marchar 2.000 aragoneses; pero con alguna duda y réplica sobre si los de aquel reino tenían obligacion de salir para sus fronteras; sin embargo, la necesidad tan vecina y presente al remedio suplió por esta vez el poder abrogar las leyes y fueros, extragándose de un ánimo y de un corazon los señores y las universidades, que es lo mismo que ciudades en Castilla, á la defensa de la Corona. Pasó el conde de Aranda á la defensa de Jaca, puesta á la cordillera de los Pirineos; el conde de Fuentes á la de Berdan, y á la de Lusa el de Castañedo, llevando á su cargo la gente con que sirvió la ciudad de Zaragoza y las demas universidades. y Bortalba, jurado en capitán con título de coronel. D. Fernando de Borja, conentador mayor de Montesa y viroy de Valencia, tenia en pié y

aprestados 2.000 valencianos, no sin rumores y alguna conmoción de aquella gente que los sacaban de sus casas y sus oficios, y no querían ir á Fuenterrabía; oyéndose palabras pesadas y de mucha injuria contra nuestros Ministros, diciendo que fuese á pelear el causador y el que los desazonaba y desacomodaba; deshaciéndose un motín, que no fué poca dicha, que casi tuvo forma de riesgo, y pasándose á las montañas y pasos fuertes de la tierra muchos de ellos.

Llevaron esta gente á su cargo D. Luis Ferrer y Cardona, gobernador, y el almirante de Aragon, marqués de Guadaleste, baile general del Reino; iba, por consiguiente, marchando la de Cataluña. Dió intencion el Rey de pasar á Búrgos con la convocacion por sus cartas de los caballeros de las Ordenes militares, de los hijodalgos y caballeros de Castilla; pero dándoles cuidado la armada francesa que tenia enfrenada la plaza y en terror todas aquellas costas, daban prisa al general Don Lope de Hoces que saliese á pelear con los enemigos. Decía D. Lope era constante opinion por todos aquellos puertos, que la armada del arzobispo de Burdeos se componia de muchos y muy grandes bajeles; los que él habia traído, y los que se le habian juntado de la Francia y de Holanda, reformados en sus mismos puertos de municiones, bastimentos, soldados y artillería, y que los suyos no eran más de 12; que se los doblasen de los que esperaban de los de D. Antonio de Oquendo y del duque de Nágera, y algunos más de las armadas de Lisboa, que estaban para navegar al Brasil, y que iría Denegósele todo, diciéndole que D. Antonio de Oquendo y el duque de Nágera no podian llegar tan presto para juntarse con él, y que la necesidad de socorrer por mar á Fuenterrabía pedía más brevedad; que tomase los 4 navios del gobernador de Feijóo, que se esperaba, porque los que estaban aprestados para pasar el Brasil no podia ser; mas que se enviaria órden para que le diesen la nao *Santa Teresa*, que era de memorial digno 1.000 toneladas, y con ésta podia hacer rostro á la armada francesa y al galeon de Richelieu. Parece que estaba destinado para tumba de D. Lope la Inglaterra, como lo es-

cribiremos en el libro que sigue; pues no pudiendo hacer nada con él, por su inmensa grandeza y peso, escapando de un fuego le reservó la fortuna para otro más tremendo, y en ocasion más fatal: no se ajustaba D. Lope con lo que se le daba, pareciéndole pocas sus fuerzas para las que tenian los franceses. Navegó la nao *Santa Teresa*, no sin dolor de los portugueses, que se la sacaban como cosa suya y hecha á su costa; pero los temporales la retardaron de manera que no pudo servir por este año, sin embargo de no querer dividir las dos armadas de Castilla y Portugal, que estaban vergas en alto para socorrer la bahía y ciudad del Salvador, y la más esencial de toda la recuperacion de Pernambuco. Los mandaron detener hasta ver el fin de esta guerra y sitio de Fuenterrabía; pero Richelieu, viendo que en España los ministros de Estado y guerra prevenian bajeles y formaban armadas contra la suya, hizo aprestar más, invocando los más gruesos y poderosos de Holanda para juntarlos con los demas y con aquel que habia echado al agua y labrar de su capricho, fortísimo, de más de 1.500 toneladas, que llamaban *La Reina*, para contra quien se habia armado la nao *Santa Teresa*; por el consiguiente, aquel Ministro habia agregado á los suyos bajeles de fuego, para quemar la nuestra, que de esta manera y con este coraje pelearban, y con tantas veras, cuando, no sé por qué causa, contemporizábamos con ellos, olvidados de en cuánta ruina los pasamos y cuántos estragos les ocasionamos en las guerras pasadas, temiéndonos y no osando llegar con nosotros á las manos por las innumerables batallas en que quedaron vencidos. Preveníase todo lo necesario para D. Lope de Hoces, armas, pólvora, balas, soldados; pero él, escribiendo á su casa y á su mujer, se pronosticó diciendo que le encomendasen á Dios, que estaba para perder la honra, la vida y el alma, conreñido de una violencia que le habia de hacer fracasar, porque querer ir pocos contra muchos era temeridad.

A 28 de Julio, comenzaron á desembocar el foso los franceses por el batuarde de la Reina, haciendo dos surtidas por debajo de la estrada encubierta: siendo descubierta la que